



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE
HIDALGO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

PROGRAMA DE MAESTRÍA EN HISTORIA

COMANCHES Y LA GUERRA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA

FELIPE ZAMORA BELLO

DIRECTOR DE TESIS

DR. MOISÉS GUZMÁN PÉREZ

MORELIA, MICHOACÁN, AGOSTO 2020



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS
UMSNH

PRESENTACIÓN

En términos de la historia de la especie humana, las sociedades agrícolas sedentarias no dejan de ser un pequeño paréntesis en el recorrido. Son parte de experimento interesante e intrigante, pero sin mucho bagaje, que comenzaron a ganar notoriedad y preponderancia hace apenas unos miles de años, justo en los últimos instantes del Pleistoceno. En otras palabras, las sociedades agrícolas con sistemas estatales, representan estrictamente un ínfimo lapso de la existencia de la especie humana. Por su parte, el modo de vida cazador-recolector, predominante a lo largo del Pleistoceno por cerca de 2.5 millones de años, perduró en distintos lugares del planeta, manteniéndose pujante casi en la totalidad de nuestra actual época geológica, como una realidad histórica preponderante en inmensas regiones incluso hasta finales del siglo XIX. Desde consistir en el modo de vida primordial preeminente hace unos 12 000 años, hasta ceder paulatinamente a la primacía del conjunto de sociedades agrícolas y sedentarias hasta el día de hoy, los cazadores recolectores han sido sujetos históricos cuyo estudio conjuga muchas veces desconcierto e inquietud.

Detengámonos un momento en ello, y no trivialicemos que nuestros paleo ancestros, pese a la ausencia de la ciencia moderna, la agricultura, la ganadería e internet, se las arreglaron por milenios para extender la saga de la humanidad hasta nuestros días. Una saga que, hasta hace unos 150 años, presentaba dos universos históricos y ecológicos en el norte del continente americano, marcado por la interacción de dos mundos diferentes, que sobrepasa la dicotomía indígena-europeo y colonizador-conquistado. Del devenir de distintos pueblos incrustados en una contraposición de sistemas ecológicos a nivel macro, cuya propiedad esencial consistía en las interacciones ocurridas entre sociedades nativas de cazadores-recolectores con aquellas sociedades sedentarias no jerárquicas también nativas, junto con aquellas sociedades euroamericanas producto de la irrupción europea. En la esfera cotidiana de estas historias, pueden apreciarse interacciones que provocaron fricción, alianza, rencillas, simpatía, venganza y reconciliación entre distintos grupos humanos; en cambio, en la esfera de larga duración, puede observarse el cambio radical producto del colapso del modo de vida cazador-recolector.

Que los comanches estuviesen en medio del conflicto internacional entre México y Estados Unidos en 1846 no fue un accidente, pero sí una coyuntura paradójica en medio del desarrollo de la historia política, social y ecológica de la región conocida como las Grandes Planicies de Norteamérica. En términos políticos, la guerra estalló en momentos que primaba un conjunto considerable de comunidades con maneras de organización política informales, dentro de las que se llegaron a desarrollar gran variedad de estilos y estrategias de supervivencia. No obstante, a pesar de que el empleo de categorías etnográficas para distinguir esta diversidad de modos de organización humanas en el espacio de estudio, son útiles para delimitar y especificar vínculos entre distintas identidades, la dicotomía entre cazadores-recolectores y comunidades sedentarias estuvo lejos de ser invariable y tajante luego de aparición de los distintos actores euroamericanos a partir del siglo XVI. Esto es cierto si reparamos en el hecho de que tanto cazadores-recolectores llevaron a cabo conocimientos agrícolas mayormente relacionados con las sociedades agrícolas-sedentarias, como que estas llegaron a hacer parte de actividades que de forma convencional se atribuyen a las primeras. De esa forma, la interacción entre comanches, apaches, cheyenes, navajos, yutas, kiowas, mexicanos, americanos, hispanos, texanos, franceses y germanos representan algunas de las identidades de este espacio geográfico que, por otra parte, fueron de cuando en cuando cambiantes y permeables.

En términos ecológicos, la guerra México-Estados Unidos, se desarrolló luego de que los comanches llevaran al menos un siglo de haber elegido la cacería, la transformación de los productos de bison y el comercio de caballos, en los ejes de su supervivencia. Más aún, la guerra de 1846 ocurrió dentro del periodo en que los comanches, tras haber alcanzado a su propio cenit bélico como guerreros de caballería, comenzaban a experimentar distintas crisis que comprometían su autonomía. Así mismo, el conflicto internacional se desarrolló durante los años en que la carrera tecnológica de armamento, que en su momento favoreció a los comanches y otros indios de las planicies, inclinó la balanza en favor de los norteamericanos, por lo que su escabrosa victoria contribuyó de forma definitiva a la eliminación del modo cazador-recolector como alternativa preponderante en las interacciones de los seres humanos con el entorno ecológico en Norteamérica.

Así, en el primer capítulo nos acercamos a la historicidad de el grupo humano de cazadores-recolectores, Numunu como se nombraban así mismos sus integrantes, y denominados por las fuentes euroamericanas como comanches. La historia de los comanches, previo a la reservación, parte como un grupo derivado de otro más antiguo, los shoshones, y herederos de los cazadores-recolectores que habían habitado el norte del continente por milenios. En las Grandes Planicies, los indios nómadas de cazadores-recolectores habían compartido una macro región con las sociedades agrícola-sedentarias, conocidas por los europeos como Indios Pueblo, no obstante, que estos últimos permanecieran ajenos a las formas de organización agrarias propias de las civilizaciones mesoamericanas.

Asimismo, se expone la estructura general de la sociedad comanche y cómo las condiciones histórico geográficas determinaron sus distintas maneras de adaptación. Se destacan algunas estrategias tomadas por los mismos, en base a determinados cambios socioculturales y medioambientales que afectaron las Grandes Planicies y que influyeron en la esencia comunitaria de la sociedad comanche, así como en su actuación cotidiana, desde lo que ocurría en la unidad elemental o ranchería, hasta en las relaciones diplomáticas interétnicas. Por tanto, el capítulo ofrece una descripción general de las esferas social, política, económica y militar del pueblo comanche, con la intención de sentar las bases que permitan comprender las posturas que asumieron años antes y durante la Guerra México-Estados Unidos.

El segundo capítulo hace un recuento crítico de los diferentes acercamientos diplomáticos comanches con Nuevo México, Texas, estados del norte de México y Estados Unidos. De algunas de esas reuniones florecerían las bases para la firma de tratados de paz materializados en una cantidad significativa de acuerdos por escrito, no siempre ratificados por los poderes ejecutivo o legislativos, entre diferentes delegaciones comanches y representantes de los gobiernos hispano-mexicanos o anglo-estadounidenses. Los tratados tuvieron cierto valor para las autoridades euroamericanas locales y se presupone que así lo fue para determinados comanches sabedores de los convenios pactados. En ese sentido, el tratado de paz firmado en 1846 entre comanches y norteamericanos, parece indicar, si se estudia de manera aislada, que los miembros de la comanchería habrían aceptado una neutralidad en favor de Estados Unidos, y que México no había tenido ni la intención ni la

oportunidad de establecer convenios semejantes con los indios de las planicies. Sin embargo, las evidencias documentales muestran lo contrario y ponen de manifiesto el reiterado esfuerzo mexicano por ganar la simpatía comanche, así como la fragilidad misma de los acuerdos al margen del gobierno euroamericano negociador.

Finalmente, el tercer capítulo aborda el periodo específico de la Guerra México-Estados Unidos y los sucesos violentos ocurridos en el Camino a Santa Fe durante dicho conflicto internacional. El cuerpo documental consta de distintos materiales que denuncian el rompimiento de la neutralidad pactada entre comanches y norteamericanos sobre todo a partir de 1847. Se han estudiado las denuncias sobre robos y asesinatos para evaluar su autenticidad por medio del cotejo de información, con la intención de clasificar las distintas modalidades de ataque, frecuencia e intensidad de las mismas. Esto ha permitido hacer una estimación del grado de perjuicio causado a las caravanas comerciales, aquellas de abastecimiento y las formadas exclusivamente por elementos castrenses norteamericanos. Se busca que los resultados permitan estimar el grado de influencia que las acciones de los comanches y otros indios independientes tuvieron en el desarrollo general de la guerra y en la campaña de Stephen W. Kearny en particular.

Dado que la campaña de conquista norteamericana consistió en uno de los acontecimientos principales que conformaron el proceso de expansión del modo de vida agrario sedentario en Norteamérica, el sistema ecológico ancestral de sociedades no estatales junto con los individuos que le integraban, comenzó a experimentar una serie de cambios, contradicciones y desafíos únicos en la historia del continente. Estos fenómenos, marcados por el cambio tecnológico que supuso la reintroducción del caballo y el contacto con la economía de mercado por parte de los habitantes del sur las Grandes Planicies, encuadran la conformación de una época intermedia y de transición, que va del siglo XVI al XIX. Así, el tratado Guadalupe Hidalgo, aparece como uno de los íconos del avance de occidente y de las sociedades agrarias en la historia de Norteamérica, y un evento que representa el declive de las sociedades no-jerárquicas, tradicionales y ausentes de aparatos estatales en el actual territorio de Estados Unidos. En un sentido cronológico, los comanches y otros indios independientes de las planicies terminaron por experimentar el internamiento de sus disminuidas poblaciones en reservaciones federales alrededor del último cuarto del siglo

XIX, pero el estudio amplio de las interacciones de los sujetos históricos que aquí ocupan no deja de cuestionar la inevitabilidad de dicha suerte.

Sin lugar a dudas, los habitantes del septentrión mexicano, cazadores-recolectores, nómadas-ecuestres independientes como los comanches, son una de las piezas faltantes, extraviadas en los elementos de análisis que explican los problemas fronterizos y los problemas nacionales decimonónicos. Así como estos sujetos históricos son parte esencial al abordar la historia del norte de México, este cobra su significado como parte de la historia nacional. En consecuencia, el efecto de las acciones de comanches y otros indios de las planicies, que seguramente protagonizaron los accidentados acontecimientos en el Camino a Santa Fe en 1846-1848, son parte de la historia de México en su conjunto y del devenir de los distintos grupos humanos que conforman nuestra nación.

AGRADECIMIENTOS

Por esa tendencia a encontrar gente que cuida más de mi, lo que yo de ellos, ya sea producto de los diálogos atómicos o del creador omnipotente, estoy sinceramente agradecido. En especial a Dago e Ivón Padilla y a todos mis amigos morelianos.

A los profesores del IIH, en especial al Dr. Fabián Herrera León, Dr. Martín Pérez Acevedo, así como don Roberto y Bersaín Torres por hacer la estancia más cordial e interesante con sus clases, consejos y charlas. Al Dr. Gerardo Sánchez y la Dra. Lourdes de Ita, por sus comentarios y correcciones a lo largo de la investigación. Y por supuesto al Dr. Moisés Guzmán Pérez, a quién le tengo todo el respeto y admiración.

A todos los que con su buena y desinteresada disposición, permitieron que mis aventuras por Texas, Oklahoma y Kansas tuvieran su dosis de rigor académico. Especial agradecimiento a Joaquín Rivayá-Martínez, por su valioso tiempo en Austin; a José Montelongo por facilitar la estancia; a Linda Gill por su ayuda en la biblioteca de la colección Nettie Lee Benson; a Brian DeLay por compartir sus materiales incluso sin presentación previa; Anne Hyde, por la valiosa conversación y su tiempo en Norman, así como Jackie Reese y Jackie Slater de la Western History Collections de la Universidad de Oklahoma por el apoyo en la colección; y a Andrew Isenberg por sus valiosos comentarios durante mi paso por Lawrence, Kansas.

De igual forma, a Isabel Picazo y familia que me recibieron en Kyle, Tx., así como sus amigos que me hicieron sentir en casa. Finalmente, a las Siervas de María en Kansas City, Kansas, por su generosa hospitalidad. Dios les bendiga.

A las personas imprescindibles. Conchita, Felipe, Goretti y Dionicia.

ÍNDICE

Introducción.....	1
Capítulo 1. Elementos económicos, sociopolíticos y militares de los comanches.....	25
- 1.1 Política y sociedad comanche.....	45
- 1.2 Violencia, incursiones y sociedades guerreras.....	56
- 1.3 Economía en los tiempos de las Grandes Planicies.....	66
- 1.4 Patrones alimenticios y requerimientos nutricionales. Cazadores-recolectores y las Grandes Planicies.....	74
Capítulo 2. Tratados de paz, alianzas, comercio y conflictos interétnicos de los comanches antes de la guerra de 1846.....	81
- 2.1 Tratados con Texas. <i>Atacar o pactar según lo dicte el ánimo del presidente</i>	90
- 2.2 Tratados con Estados Unidos. <i>Los tiempos convulsos que trajeron mucha gente</i>	102
- 2.3 Tratados con el norte de México. <i>Estos son nuestros amigos comanches, aunque a ustedes les hostilicen a sangre y fuego</i>	105
- 2.4 Tratados con Nuevo México. <i>A la familia no se le ataca</i>	117
Capítulo 3. Ataques en el Camino a Santa Fe durante la Guerra México-Estados Unidos.....	124
- 3.1 Problemas en el Camino a Santa Fe a pesar de la alianza pactada. <i>La amistad que acabo porque nunca empezó</i>	128
- 3.2 Comerciantes, soldados e indios. <i>¿A quién se acude en este mar de llanuras cuando hay problemas?</i>	138
- 3.3 La guerra se prolonga. Ataques a las caravanas e intentos norteamericanos por “controlar” a los indios, 1847-1848.....	161
Conclusiones.....	170
Anexos.....	179
Bibliografía.....	186

Resumen

En este trabajo se aborda el panorama esbozado por las interacciones y estrategias de subsistencia ocurridas entre grupos humanos de cazadores-recolectores y aquellas sociedades sedentarias no jerárquicas nativas del suroeste de Estados Unidos, junto con aquellas sociedades euroamericanas producto de la irrupción europea ocurrida en el siglo XVI. El grupo preponderante en el sur de las Grandes Planicies durante los siglos XVIII y XIX fueron los denominados comanches. Las últimas décadas del predominio comanche coinciden con la apertura del Camino a Santa Fe y la guerra entre México y Estados Unidos ocurrida en 1846-1848. Las interacciones y estrategias de subsistencia que los habitantes nómadas de cazadores-recolectores habían compartido en una macro región con las sociedades agrícola-sedentarias, conocidas por los europeos como Indios Pueblo, sufrieron cambios significativos por el arribo de los europeos y la propensión comanche a la cultura ecuestre. En su historia, estos últimos experimentaron una etapa de cierta prosperidad en su estancia en las planicies como grupo independiente en términos políticos y económicos. Esta condición les permitió una actuación propia y la realización de diferentes acercamientos diplomáticos con las autoridades euroamericanas. De algunas de esas reuniones florecerían las bases para la firma de tratados de paz materializados en una cantidad significativa de acuerdos por escrito. El tratado de paz firmado en 1846 entre comanches y norteamericanos sugiere que los miembros de la comanchería habrían aceptado una neutralidad en favor de Estados Unidos, y que México no pudo llegar a términos pacíficos con los indios de las planicies. Los sucesos violentos ocurridos en el Camino a Santa Fe durante 1846-1848 indican, por el contrario, un rompimiento de la neutralidad pactada entre comanches y norteamericanos. El estudio de estos sucesos y las interacciones de los comanches en general aclaran perspectivas para explicar la guerra México-Estados Unidos.

Abstract

Interactions and subsistence strategies between plains and Pueblo Indians are studied. The most successful group of hunter gatherers of the southern Great Plains in the 18th and 19th centuries were the Comanches. Its cenit occurred alongside the development of the Santa Fe Trail and the consequences of the Mexican War. Plains-Pueblo interactions had been taking place in the Southwest long before the irruption of the Spaniards. The new social actors from European lineage and the horses taken by the Comanches at the end of the 17th century shift interethnic politics, economics and environmental values of native populations in general and the Comanches in specific. As a group of independent indians the Comanches signed different peace treaties with euroamerican representatives long decades before the Mexican War. In 1846, the government of James K. Polk and many Comanche chiefs signed a treaty of amity and peace but the caravans of the Army of the West suffered attacks constantly in its Santa Fe Trail journey during the international conflict. It seems that the Indians were the offenders but the data is unclear. The study of this events as well the interactions and actions of the Comanches can make lighter the understanding of the Mexican War.

Palabras clave: *Zonas fronterizas, México decimonónico, intervención norteamericana, indios independientes, relaciones fronterizas*

INTRODUCCIÓN

Corría el mes de diciembre de 1845 cuando el agente ante los cherokees Pierce M. Butler y M. G. Lewis, oriundo de Tennessee, acompañados de una comitiva de unos cincuenta sujetos, entre los cuales viajaban representantes de las tribus recientemente removidas al oeste del río Misisipi, emprendieron una expedición por el sur de las Grandes Planicies que tenía como objetivo principal el entregar presentes a los comanches, y de ser posible, ganar la amistad del conjunto de aquella comunidad, considerada la más poderosa entre los indios nómadas ecuestres en Norteamérica. La expedición vivió un largo proceso de reuniones y negociaciones hasta lograr, según el testimonio de Butler y Lewis, reunir la representación de la mayoría de las bandas o divisiones de la denominada comanchería, quienes consintieron una alianza con el gobierno norteamericano. Las conversaciones y negociaciones culminaron con la firma de un tratado de paz y amistad en Mayo de 1846 entre líderes o representantes comanches y los delegados estadounidenses. En teoría, los jefes indios se comprometían a respetar el avance de las caravanas militares, comerciales y de provisiones que estaban por atravesar el Camino a Santa Fe desde el fuerte Leavenworth, al noroeste de la actual Kansas City, hasta Santa Fe, la principal urbe del Nuevo México decimonónico.¹

La anécdota anterior consistió en uno de los momentos cruciales de un proceso histórico y ecológico más amplio que forma parte de los deseos expansionistas de la administración del presidente James K. Polk. Un proceso del que son protagonistas mexicanos, norteamericanos y los llamados indios de las planicies, en tanto miembros de tres fuerzas distintas cuyo devenir las hizo coincidir, enfrentarse y coexistir como entidades políticas independientes, desde el arribo de los primeros exploradores españoles a la cuenca

¹ Para el tratado íntegro véase Treaty with the Comanches and other tribes, 15 de Mayo 1846, en Fay, George E., ed., *Treaties between the Tribes of the Great Plains and the United States of America*. Greeley, Museum of Anthropology, University of Northern Colorado, 1982, pp. 13-18; y Treaty with the Comanche, Aionai, Anadarko, Caddo, etc., 15 de Mayo de 1846, ratificado por el Senado de Estados Unidos 8 de Marzo de 1847, The Official Page of the Lipan Apache Tribe, en http://www.lipanapache.org/Treaties/CouncilSprings_1846.html [consultado el 7 de Julio de 2018]. Para un contexto relativo a la expedición de Butler y Lewis véase, Foreman, Grant, "The Texas Comanche Treaty of 1846." *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 51, no. 4, 1948, pp. 313-332.

norte del río Grande, en el actual estado de Nuevo México durante el siglo XVI, hasta finales de la década de 1870.² Estas tres fuerzas humanas, que tienen una historia igual de enigmática y profunda, comparten la cualidad haber formado parte de trayectorias distintas; tres entidades históricas con horizontes culturales propios objetivados en la manera de relacionarse y modificar el entorno natural. En otras palabras, el periodo de los comanches en las Grandes Planicies son un ejemplo tardío de cazadores-recolectores que de antaño habitaron la zona sur de dicho espacio geográfico en Norteamérica, al tiempo que representan uno de los últimos legatarios de ese modo de vida, hoy extinto. Visto desde un panorama milenario, mexicanos y norteamericanos personificaron un modo de vida, que portador de la civilización se jactase, propio de las sociedades agrarias, estatales, jerárquicas y sedentarias. En contraposición, los habitantes nativos del actual Estados Unidos, pese a que los casos puntuales y persistentes de sociedades sedentarias-agrícolas animen a encasillarles como ejemplos de civilizaciones semejantes a las desarrolladas en mesoamérica, los indicios parecen indicar que podemos distinguirles, sedentarios nómadas al mismo tiempo, como sociedades no agrarias, no jerárquicas y carentes de aparatos estatales u órganos administrativos centralizados.³

Los individuos que constituían dichas fuerzas en los tiempos de la denominada guerra México-Estados Unidos, no imaginaron que sus actos terminarían configurando un cúmulo de leyendas, sentimientos e ideas, que nutren los más acalorados debates hoy en día. Pero antes de adentrarnos en los conflictos interétnicos decimonónicos, tomemos en cuenta que esta historia esta enmarcada en un proceso de transición de los pueblos no jerárquicos o sin organizaciones estatales que habitaban Norteamérica previo a la irrupción del mundo sedentario, agrario y a la postre industrial, abanderado por la expansión mexicana y

² Denominamos río Bravo a la porción del afluente que corre desde el Paso, Tx./Ciudad Juárez, Chih., hasta su desembocadura del río en el Golfo de México. Por otro lado, al tramo del río, que nace en las montañas de San Juan al suroeste de Colorado y que atravieza Nuevo México, le denominamos cuenca norte del río Grande. Adicionalmente, para hacer referencia a la afluencia completa del río utilizamos el término río Bravo/Grande.

³ Como ha señalado Dan Flores, que para entender la historia [ambiental] de las planicies en el siglo XIX, es necesario hacer mirar los problemas en larga duración. En este sentido, el autor advierte la necesidad de cuestionar los sistemas ecológicos de los habitantes prehistóricos de las planicies y su aludido conocimiento superior que los hubiera mantenido en prolongado y sostenido equilibrio, véase Flores, Dan, "The Great Contraction, Bison and Indians in Northern Plains Environmental History", en Rankin, Charles E., *Legacy. New Perspectives on the Battle of the Little Bighorn*, Helena, Montana Historical Society Press, 1996, p. 5.

estadounidense, herederas a su vez, de la hispana y anglosajona.⁴ En ese proceso, los comanches, representan un ejemplo de cazadores-recolectores entre una diversidad de pueblos similares en relación simbiótica con sedentarios agrícolas. El conjunto de relaciones simbióticas era producto de la vecindad de ecosistemas diferenciados y respondía a necesidades de supervivencia básicas entre las sociedades arraigadas en ellos. En el caso de los habitantes de las Grandes Planicies, la presencia crucial de hordas de bisonte habitualmente ofrecieron una mayor disponibilidad de alimentos ricos en proteína, pero las condiciones medioambientales mermaban el acceso y obstaculizaban prácticas agrícolas proveedoras de alimentos ricos en carbohidratos. Esto propició una confusión en el conjunto de los documentos escritos por los primeros exploradores europeos, quienes describieron a los indios de las planicies como cazadores de bisonte de manera lisa y llana.⁵ Entre otras causas, los comanches, apaches, cheyenes y el resto de pueblos ligados directamente a las planicies pasaron a ser considerados, hasta nuestros días, como un prototipo simplificado de cazadores-recolectores que dieron la impresión de desarrollar cualidades fisiológicas de organismos carnívoros, como si de una especie humana distinta se tratase, capacitada en aquellos tiempos para ingerir siempre y simplemente alimentos de origen animal.⁶

⁴ Para una síntesis de la problemática conceptual de las sociedades no jerárquicas precolombinas en Estados Unidos véase, Spielmann, Katherine A., “Interaction Among Nonhierarchical Societies”, en Spielmann, Katherine A., *Farmers, Hunters, and Colonists. Interaction Between the Southwest and the Southern Plains*, Tucson, University of Arizona Press, 1991, pp. 1-2. En sentido general, una sociedad no jerárquica consistiría en aquellas cuyas decisiones individuales estuvieron basadas en un consenso general y donde las posiciones de estatus y liderazgo fundadas en adscripciones fueron casi nulas. En las sociedades no jerárquicas las relaciones políticas no giraban en torno a instituciones centralizado ni formalizadas. Esto no indica que constituyeran sociedades igualitarias ya que las diferencias de estatus estuvieron presentes en las planicies y la cuenca del río Bravo/Grande desde tiempos precolombinos. Los comanches en particular, han sido descritos como una sociedad androcéntrica. Hasta inicios de la década de 1990, antropólogos y arqueólogos tendían a asumir que las sociedades prehistóricas no jerárquicas consistieron en entidades autosuficientes e independientes en términos sociales, culturales y de subsistencia. En cambio, se comenzó a demostrar que este tipo de sociedades insólitamente fueron autosuficientes en lo relativo a la subsistencia. Por lo que tales sociedades fueron propensas a entablar extensas redes de intercambio interétnico de macronutrientes.

⁵ Llama la atención que los primeros exploradores españoles reconocieron la relación simbiótica entre Indios Pueblo y sus coetáneos en las planicies. En esta investigación solo se ha recurrido a bibliografía que menciona la existencia de conocimientos y prácticas agrícolas entre los indios de las planicies, sin haber realizado un escrutinio de las fuentes utilizadas por la misma, véase por ejemplo Gunnerson, James H., *Arqueology of the High Plains*, Denver, USDA Forest Service, Rocky Mountain Regional Office, 1987; y Gunnerson, Dolores A., *The Jicarilla Apaches: A Study in Cultural Survival*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1974.

⁶ Con esto no se insinúa que los comanches hayan desarrollado sistemáticamente la agricultura, o que no hayan desarrollado una dieta con amplia ingesta de proteína de origen animal. Solo se quiere dejar de manifiesto, la inexistencia de una dicotomía tajante entre lo que podemos considerar como modo de vida de cazadores-recolectores y sedentarios-agrícolas en nuestro espacio de estudio.

Ahora bien, si los comanches, como en otras sociedades de cazadores-recolectores, generalmente tomaban la mayor fuente de calorías por medio de la ingesta de proteínas (85 a 90%) ¿para qué molestarse en adquirir granos y otros alimentos en ferias, enclaves comerciales, o por medio de las sonadas incursiones?, ¿es posible que los comanches ignoraran que, la dependencia en ciertas épocas del año (finales de invierno y primavera, periodos del año en que la carne de las presas no eran de la mejor calidad) casi exclusivamente de la ingesta las presas disponibles podía acarrearles repercusiones negativas en el estado nutricional de su población?⁷ Al contrario, parece que estos pueblos desarrollaron un conocimiento relacionado con los problemas que podían causar patrones alimenticios restringidos a la ingesta de un solo macronutriente, y en consecuencia desarrollaron estrategias de subsistencia que proporcionaran el acceso a la ingesta de los macronutrientes restantes. Miles de años de experiencia sobre sus hombros tuvieron que ayudarles a crear distintas maniobras para amortiguar los posibles efectos negativos en la salud de sus comunidades.⁸

Lo anterior responde que en las Grandes Planicies, hogar del emblemático ungulado conocido como búfalo o bisonte, los cazadores-recolectores desarrollaran tácticas de subsistencia para diversificar su dieta. Estas variaron desde el establecimiento de relaciones de intercambio con las sociedades que les rodeaban, la recolección de la flora silvestre y una menor incidencia en prácticas agrícolas, a la par de campañas belicosas de saqueo. Una especie de ciclo vital, por más básico, obvio y trillado que parezca, que permitiera que distintos grupos humanos poblaran por siglos la región. Visto de este modo, la lucha por la jurisdicción

⁷ Speth, John D., y Katherine A. Spielman, "Energy Source, Protein Metabolism and Hunter-Gatherer Subsistence Strategies", *Journal of Anthropological Archaeology*, no. 2, 1983, pp. 1-31.

⁸ Si la mayoría de la presencia de la especie humana se ha desarrollado dentro de sociedades no jerárquicas, el estudio de los patrones de intercambio y procesos de suficiencia compartida en estos sistemas ecológicos es significativo para los estudios sobre los indios de las planicies. En ese sentido, el periodo de los comanches en las planicies estuvo marcado por la presencia y contacto creciente con sistemas estatales (España, Inglaterra y Francia primero; México y Estados Unidos después), y si bien esto aparece como una singularidad con respecto a las sociedades prehistóricas (anteriores al siglo XVI) y las de nativos americanos confinados en reservaciones a lo largo del siglo XIX, es en realidad una situación histórica ampliamente estudiada y de la que provienen la mayor cantidad de los análisis sobre las sociedades no jerárquicas de cazadores recolectores. En otras palabras, conocemos a los cazadores recolectores en condiciones históricas de contacto y articuladas con los Estados contemporáneos. Véase Spielmann, "Interaction", pp. 2-3. ¿Qué tanto cambiaron los patrones de interdependencia entre los comanches en tanto habitantes de las planicies y los Indios Pueblo a partir del siglo XVIII en comparación con los sistemas no jerárquicos prehistóricos?, ¿Qué tan occidentalizados estaban los comanches hacia 1840?, ¿seguían siendo una sociedad perteneciente a los sistemas no jerárquicos?, ¿se estaba convirtiendo en un Estado?

política que llegaba a un punto álgido con el estallido de la guerra México-Estados Unidos, no solo sería una lucha entre dos Estados-nación, puesto que ambos compartían en esencia elementos culturales de las sociedades adjudicadas como portadoras de civilización; a saber, la racionalización del uso de la tierra en métodos agrarios con objeto de su incursión al mercado transoceánico, la formalización y centralización de la esfera político-administrativa, la sujeción paulatina de los denominados bárbaros a la comunidad de vecinos civilizados y la eliminación de los reacios salvajes que mostrasen completa aversión a las bondades de las comunidades sedentarias occidentales. Sino que dicho conflicto internacional formaba parte de los últimos eventos en el proceso de la extinción de las estrategias de subsistencia compartidas por los cazadores-recolectores fr las planicies y las sociedades sedentarias-agrícolas interconectadas.⁹

Ahora bien, los comanches, que arribaron al sur de las Grandes Planicies hacia inicios del siglo XVIII, lo hicieron en un momento en el que el mundo de los cazadores-recolectores y los mecanismos de subsistencia ancestrales con las sociedades sedentarias y seminomadas que rodeaban las planicies comenzaba a desaparecer. Esto ocurría tanto por el arribo de la sociedad de mercado, inicialmente en su fase hispana. Esta irrupción potencializó conflictos interétnicos añejos, amplificó la preexistente esclavitud de nativos, institucionalizó limpiezas étnicas y asimilaciones culturales, y desplazó grupos procedentes del este del río Misisipi hacia la orbita de las planicies, que a la postre se sumaron como un elemento de presión más a la comanchería. Los mecanismos de subsistencia ancestrales, también entraron en crisis en la medida en que las oleadas de otros inmigrantes europeos, fundamentalmente franceses e ingleses fueron consolidandose hasta el empuje sostenido de la población norteamericana a lo largo del siglo XIX, paralelo a la creciente propensión de los pueblos nativos por las

9 A grandes rasgos, se estudia a los comanches como habitantes de las Grandes Planicies del Sur y su territorio denominado como comanchería. Pero para hacer referencia al sistema ecológico existente mucho antes del arribo de los comanches, utilizamos las ideas de los arqueólogos y antropólogos que lo definen como el mundo de las relaciones entre sociedades Pueblo-planicies. Las estrategias de intercambio y subsistencia han sido motivo de amplios debates, véase por ejemplo, Spielmann, “Interaction”; Spielmann, Katherine A., *Farmers, Hunters, and Colonists*, Tucson, University of Arizona Press, 1991; Spielmann, Katherine A., Margaret J. Schoeninger y Katherine Moore, “Plains-Pueblo Interdependence and Human Diet at Pecos Pueblo, New Mexico”, *American Antiquity*, vol. 55, no. 4, 1990, pp. 745-765; Davis, Kaitlyn, “Ritual and Plains-Pueblo Interaction”, Denver, Colorado, American Anthropological Association 114th Annual Meeting, 2015; y Braun, David P., y Stephen Plog, “Evolution of ‘Tribal’ Social Networks. Theory and Prehistoric North American Evidence”, *American Antiquity*, vol. 47, no. 3, 1982, pp. 504-525.

mercancías que la nueva configuración de mercado ofrecía.¹⁰ Asimismo, las parcialidades comanche, que habían experimentado el crucial cambio provocado por la especialización de sus actividades relacionadas con la domesticación de los caballos reintroducidos por los españoles, pronto perfeccionaron sus técnicas de caza y los diferentes usos de la violencia en su nuevo hogar; conocido vulgarmente como la comanchería. El caballo, adquirido por los comanches en algún momento a finales del siglo XVII, tuvo que suponer un cambio tan drástico en el calendario de actividades de este pueblo, que la velocidad con que podían hacer recorridos cortos y en grupos pequeños, comenzó reconfigurar ciertos patrones sociales y económicos desarrollados por los antiguos pobladores del sur de las Grandes Planicies con cientos de años de anterioridad.¹¹

En suma, luego de su éxito militar sobre las diferentes parcialidades apaches a quienes desplazaron paulatinamente hacia los confines de las planicies, los comanches se encontraron en una situación histórica peculiar. Por un lado, pertenecían y desarrollaban estrategias sociales propias de las sociedades no jerárquicas que primaron previo al arribo de occidente,

¹⁰ En periodos previos al arribo de los colonos guiados por Juan de Oñate a finales del siglo XVI, hacia la cuenca norte del río Grande, las relaciones Pueblo-planicies iban de interacciones pacíficas a violentas, con vínculos interétnicos que funcionaban como amortiguadores en contra de los estragos ocasionados por los años de crisis ambientales. La proliferación de socios vinculados por parentesco permitía que individuos de ambas regiones se apoyasen en sus homólogos durante periodos de hambruna. Los grupos afincados en las planicies o en las tierras fértiles del río Grande, habían desarrollado un sistema ecológico que, a pesar de las fuertes sequías y otras alteraciones ambientales ampliadas, había perdurado desde la finalización del Holoceno y las extinciones de los mamíferos gigantes en Norteamérica hasta el arribo de occidente. Los habitantes de las planicies, de preferencia, habían mantenido el modo cazador-recolector, pese a conocer y desarrollar por momentos la agricultura. Existen indicios de periodos en que el bisonte prácticamente desalojaba el centro y sur de las planicies desplazándose hacia otras latitudes, por lo que es probable que los grupos de las planicies desarrollaran prácticas agrícolas para compensar la ausencia de las hordas de ungulados. Por su parte, los grupos establecidos en la cuenca norte del río Grande, eran pueblos agrícolas con fuerte tradición en técnicas de irrigación, que a su vez, cazaban ocasionalmente en las planicies. Sobresalta que, a pesar de los conflictos y las épocas de crisis, ninguno de los dos modos de vida terminó por eliminar u absorber al otro, como si lo terminaría por hacer el avance de las sociedades euroamericanas en el siglo XIX. Al ingresar al récord histórico documental, los comanches constituyeron una anomalía en este “equilibrio” ecológico, fundamentalmente por su giro hacia la cultura ecuestre y la presencia de la sociedad de mercado transoceánica de la que hicieron parte. Para una síntesis introductoria sobre la visión hispana de los primeros exploradores españoles en contacto con el mundo de los Indios Pueblo, véase Wozniak, Frank E., *Irrigation in the Río Grande Valley, New Mexico. A Study and Annotated Bibliography of the Development of Irrigation Systems*, Colorado, USDA Forest Service, Rocky Mountain Research Station, 1997, pp. 13-17.

¹¹ En el tercer capítulo mencionamos las limitaciones que el entorno natural de las planicies imponía a las campañas de gran envergadura. Por otro lado, las incursiones y la guerra en la prehistoria de las planicies fue un elemento presente en las formas de intercambio de subsistencia, solo que esas formas de violencia no contaron con la presencia de sociedades ecuestres. Sin duda, el elemento del caballo otorgó a quienes lo dominaron una superioridad tecnológica sin precedentes durante milenios en las planicies y tuvo, como bien señalan los estudios sobre los comanches, una incidencia directa en la amplificación de las ambiciones individuales entre los guerreros comanche, lo cual entró en conflicto con la estructura social de la comunidad.

pero al mismo tiempo, movidos por el interés que generaban los productos europeos, los comanches ingresaron en la economía de mercado que poco a poco ganaba terreno en el norte del continente. En otras palabras, la historia de los comanches en tiempos de las Grandes Planicies, se caracterizó por los cambios experimentados por sus individuos a un ritmo intenso en un periodo de apenas 150 años. Al tiempo que los temibles y fieros guerreros comanches cabalgaban en ese lapso de su historia, al representar uno de los últimos baluartes del mundo ancestral anterior al contacto con los europeos, de igual manera contribuían a llevar a cabo la transición ecológica y cultural, abanderada por las sociedades agrarias euroamericanas y formalizada por la consolidación de sus proyectos nacionales hacia finales del siglo XIX.

Por parte de los Estados-nación mexicano y estadounidense, entre tanto, la carga histórica del resultado del conflicto internacional de 1846 contribuyó a desarrollar narrativas distintas, bastante diferenciadas, dependiendo del país de origen de los autores dedicados al tema. En líneas generales, la historiografía mexicana tiende a presentar dicho conflicto como una guerra de conquista imperial, catastrófica, desigual e injusta, cuya invasión del territorio nacional y el sitio particular de la ciudad de México maximizaron el agravio. En ese tenor, las causas de la conflagración entre ambas naciones, jóvenes y en construcción accidentada, tienen su origen primordialmente en el empuje del espíritu norteamericano expansionista, acompañado de la tragedia de los modelos administrativos de un Estado mexicano frágil y las consecuencias de sus particulares carencias fiscales y fragilidad del conjunto de sus instituciones. Naturalmente, la narrativa mexicana no ha podido dejar de concebir como inevitable la pérdida de los territorios más septentrionales y la existencia de una guerra interétnica librada entre mexicanos vecinos fronterizos desamparados por el gobierno central en contra de comanches, apaches y navajos, entre otros, permaneció solo en el terreno de las historias regionales y locales, sin conexión inmediata con los conflictos internacionales y fronterizos.

Mientras tanto, la narrativa norteamericana de la guerra con México guarda un lugar y significación diametralmente opuesta a los desarrollados en nuestro país. Pese a las múltiples complicaciones para lograr la rendición mexicana, a final de cuentas pasó a los annales de la historiografía estadounidense como un momento fundacional y victorioso.

Adicionalmente, la guerra con México se ha visto opacada por los estudios de la fiebre del oro y la Guerra Civil estadounidense, dos acontecimientos que han recibido mayor atención y opacan el episodio que les precede. Por lo demás, la guerra con México no goza de la popularidad y significación de su contraparte mexicana por un hecho derivado de una realidad distinta: la historia norteamericana contiene un mayor número de conflictos internacionales, y la cepa de aquellas campañas de intervención se ubica precisamente en el punto de partida del mito de la conquista del oeste, que culminaría décadas después con la guerra Hispano-Americana y la ocupación de Filipinas. A diferencia de México, cuya historia de los fronterizos nortños ha permanecido en un plano regional, la historia regional del lejano oeste es para Estados Unidos, fundacional.

Mientras que para los mexicanos, la historia de los territorios perdidos es estudiada para entender las circunstancias del fracaso nacional, la historia del lejano oeste es estudiada en Estados Unidos para comprender la expansión y las consecuencias de un triunfo. Por supuesto, los estudios norteamericanos sobre la guerra de 1846 no dejan de hacer hincapié en que la principal repercusión de la anexión de los territorios de Nuevo México, Texas y California, fueron la inestabilidad y desencuentros causados por las polémicas relativas al modo de gobierno que tendría que imperar en la tierra conquistada, desacuerdos que llevarían al acrecentado país a una crisis insalvable que propició la Guerra Civil y la atmósfera moral que envuelta en ella;¹² pero incluso las posturas historiográficas más críticas con el *destino manifiesto*, abordan la expansión norteamericana a partir de ese triunfo que institucionalizó el avance norteamericano hacia el oeste, precedido por los hombres de frontera, cazadores y traficantes de pieles.

En suma, ambas formas de narrar y concebir tal proceso han dado sus propios resultados de investigación los cuales han explicado el conflicto como un combate entre dos naciones, dos Estados y dos ejércitos, junto con el nivel de influencia que sus sociedades por medio de la opinión pública y la política interna ejercieron en el desenvolvimiento de la contienda. Aún así, las historiografías habían omitido, hasta hace poco, prestar atención a los llamados indios bárbaros, ni mucho menos considerarles como fuerzas independientes y

¹² Guardino, Peter, *The Dead March: A History of the Mexican-American War*, Cambridge, Harvard University Press, 2017, p. 3.

activas en el conflicto. Esto no significa que los trabajos específicos de los habitantes de las planicies en general y las parcialidades comanches en particular gocen de una tradición de envergadura. De igual forma, abundan las investigaciones referentes al comercio interétnico en los territorios disputados en la guerra, que para el caso particular del área inmediata de influencia comanche presentan una región autónoma configurada por patrones culturales y políticos ajenos a los intereses nacionales mexicanos y estadounidenses,¹³ por lo que Estados Unidos no consolidaría su estructura política y económica sino hasta finales del siglo XIX. Solo hasta hace poco, los académicos han vuelto su mirada al papel de los indios bárbaros y su papel en los procesos nacionales e internacionales de ambos países.

Esta nueva oleada historiográfica sobre los ahora llamados *indios independientes*, ha hecho visible un problema de estudio que se presenta como una de las piezas faltantes en el rompecabezas de la historia de la guerra entre México y Estados Unidos, de la historia del norte de México, la historia del *southwest*, de la narrativa de dicha zona fronteriza. Ya que los comanches son aludidos por los documentos, fundamentalmente de los siglos XVIII y XIX, como uno de los problemas fundamentales que las sociedades fronterizas tuvieron que enfrentar, de entrada no se puede prescindir de su papel histórico en las relaciones entre ambos países, ni mucho menos en la historia de México; los indios independientes del septentrión son parte de la historia nacional. Puesto que los comanches tenían agendas, proyectos, visión y decisiones para establecer su potestad sobre la parte sur de las Grandes Planicies darle continuidad a un territorio, que aunque careciera de fronteras formales, estaba más o menos definido y reconocido por las autoridades euroamericanas hacia la mitad del siglo XIX.

Así, exaltados de forma desorbitante por la literatura como fieros autores de robos y raptos en sus incursiones, excelentes jinetes guerreros, expertos cazadores y audaces diplomáticos, los *caballeros del sur de las Grandes Planicies*,¹⁴ fueron, en gran medida, la causa de lo que los estadistas mexicanos entendían como la inestabilidad de la frontera norte. Los indios comanches, son, desde una construcción histórica euroamericana, una de las

¹³ Brooks, James F., *Captives and Cousins. Slavery, Kinship and Community in the Southwest Borderlands*, Capel Hill and London, university of North Carolina Press, 2002, p. 208.

¹⁴ Véase el argumento de Wallace, Ernest y E. Adamson Hoebel, *The Comanches: Lords of the South Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 1986.

razones esenciales en la demora del avance norteamericano, así como de la imperfecta consolidación de Estados Unidos como Estado-nación en la región. Más aún, los comanches, son la causa del retraso en la consolidación del aparato estatal mexicano en los estados norteros y el terror de otros grupos de indios independientes en los siglos XVIII y XIX. Desde luego, que una perspectiva histórica comanche, no podría concebir el periodo independiente de las Grandes Planicies y la comanchería, como “barreras” a la civilización, u obstáculos al expansionismo norteamericano. De ahí que, esta investigación intente situarse entre ambas miradas.

En efecto, el espacio geográfico habitado por las distintas parcialidades comanches, denominada comunmente como *comanchería*, suele ser presentada por la historiografía norteamericana como una zona de frontera, influenciada y dominada por nómadas cazadores que desarrollaban actividades comerciales de una envergadura sorprendente, beneficiándose del contacto con aquellos miembros de sociedades, ya sea de antiguo régimen o republicanas, a quienes los especialistas recientes han denominado euroamericanos.¹⁵ Los últimos exponentes masivos del tema, que han puesto a estos indios independientes en el centro de sus narraciones y que han contribuido a un florecimiento de la popularidad entre el público general son las obras de Brian DeLay, Pekka Hämäläinen, S.C. Gwynne y Dan Flores. Adicionalmente, el incremento de notoriedad de los comanches ha sido producto de su

¹⁵ El término ha tenido un grado de aceptación discutible. Hämäläinen y Rivaya-Martínez difieren en la interpretación del estatus “imperialista” de los comanches, pero coinciden al utilizar el término, en Oliva, Leo E. *Soldiers on the Santa Fe Trail (1829-1880)*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1967, p. 1, 3, 6 y 16; y Joaquín Rivaya-Martínez, “A Different Look at Native American Depopulation: Comanche Raiding, Captive Taking, and Population Decline”, *Ethnohistory* 61, no. 3, 2014, p. 391. Autores mexicanos utilizan el término de forma indistinta, pero tampoco ofrecen una definición específica al respecto, por ejemplo, Francisco Javier Sánchez Moreno, “Continuidad y cambio en las fronteras internas del norte de México en el siglo XIX”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. 52, 2016, p. 2; y Marcela Terrazas y Basante, “Efectos del nuevo lindero. Indios, mexicanos y norteamericanos ante la frontera establecida al término de la guerra entre México y Estados Unidos”. *Norteamérica*, México, Año 11, no.1, enero-junio 2016, pp. 90-91. En la presente investigación se utiliza el término “euroamericano” de acuerdo a la sugerencia de Rivaya-Martínez, para definir a comunidades con cultura occidental preponderante, que incluye grupos tan variados como los mestizos hispano hablantes y todo el cúmulo de emigrantes europeos con o sin arraigo en Norteamérica. En ese sentido, nos referiremos como euroamericanos a aquellos sujetos que se encontraban bajo la influencia de los aparatos políticos de tradición europea, a excepción de los Pueblos Indio y los infidentes, que serán tratados en el capítulo 2. El término engloba las acepciones, mexicano, norteamericano, europeo, inglés, anglo, francés, etc., en un intento de hacer más rápida la lectura siempre y cuando las contraposiciones entre los anteriores deban ser resaltadas.

posicionamiento en distintas vías de difusión cultural, esencialmente libros, revistas, películas, documentales, y publicaciones periódicas de audio y vídeo.¹⁶

Por otro lado, la historiografía mexicana cuenta con obras especializadas acerca de los indios de las planicies y otros pueblos usualmente conocidos como étnias septentrionales, estos estudios comienzan a abrir el paso a un creciente interés por estas historias, y los especialistas en otras áreas comienzan a voltear su mirada de lleno en comanches, apaches y otros pueblos del septentrión.¹⁷ En ese sentido, los investigadores mexicanos han discutido el grado de influencia de los llamados indios bárbaros en la historia regional y han llamado la atención sobre el potencial que los archivos documentales en los estados norteros tienen para adentrarse en el tema para distintos periodos y enfoques. Por supuesto, no han faltado los estudios dedicados a abordarles desde posturas de reivindicación política anticolonialistas, que les clasifica como actores subalternos, de los perdedores en la historia o actores sin historia.¹⁸ Así que, la historia de los nómadas, cazadores recolectores y ecuestres, comienza a ganar interés académico y divulgación de los resultados de investigación, lo cual genera, como es natural, el agobio de las preguntas resultantes sobre la vida de personas sobre las que aún comprendemos tan poco.

Ahora bien, en la historiografía especializada de la Guerra México-Estados Unidos, no hasta hace mucho, los indios nómadas belicosos aparecían en los relatos como un problema secundario, esporádico o imperceptible en el proceso del conflicto bélico,¹⁹ lo cual

¹⁶ Ejemplo de ello es la contribución como invitados, tanto de Dan Flores como de S.C. Gwynne, en el famoso podcast del comediante y presentador Joe Rogan, *The Joe Rogan Experience*. Ambos han aparecido en los episodios #942 y #1397 respectivamente y en conjunto alcanzan los casi 2 millones y medio de visitas. Para el episodio de Dan Flores véase, https://www.youtube.com/watch?v=LH1RUk1w_xk&t=7243s; para el caso de la entrevista a S.C. Gwynne <https://www.youtube.com/watch?v=Iq8Ss9yg6bo>.

¹⁷ Véase por ejemplo Velasco Ávila, Cuauhtémoc *La frontera étnica en el noreste mexicano: los comanches entre 1800-1840*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2012. p 72. Merece especial atención la obra de Ortelli, Sara, *Trama De Una Guerra Conveniente: Nueva Vizcaya y La Sombra De Los Apaches (1748-1790)*, México, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 2007. Otros autores, han comenzado a girar su atención a los indios independientes del norte de México, como el caso ya citado de Francisco Javier Sánchez Moreno y Marcela Terrazas y Bastante, entre otros.

¹⁸ Véase, Ramírez Almaraz, Jesús Gerardo, *Apaches y Comanches en Nuevo León. 1836-1881*. Tesis doctoral en Historia, IIH-UMSNH, 2014. p, 22-23; y Soto, Martha y Danna Levin Rojo, *Los grupos nativos del septentrión novohispano ante la Independencia de México 1810-1847*, México, UAM-Iztapalapa, 2010.

¹⁹ Consideramos que luego de las obras aparecidas en la primera década del siglo XXI, el factor indio no puede ser reducido ni pasado por alto en la historiografía que trate sobre la guerra de 1846. Por ejemplo, en la obra de García Martínez se menciona el problema indio aunque de forma breve, en García Martínez, Leticia Dunay, *Una guerra inevitable: El noreste de Tamaulipas frente a los Estados Unidos, 1840-1849*, Tesis de Maestría, México: El Colegio de San Luis, 2013, pp. 33-37.

ha cambiado a partir de la obra seminal de Brian DeLay, *War of a Thousand Deserts*, que ofrece conceptualizaciones que apuntan a tratar a los indios independientes como actores históricos protagonistas de problemas estratégicos de orden político y militar en la historia de las relaciones entre ambas naciones. Si en los estudios sobre la Guerra de 1846, se encontraban ausentes los habitantes de las planicies, en cierta historiografía sobre la economía nuevomexicana se había desatendido por completo este agente histórico, toda vez que el argumento de estas tiene su fundamento empírico en las actividades comerciales que tenían lugar con Estados Unidos por medio del Camino a Santa Fe, y el comercio informal dentro de la esfera de los habitantes de las planicies. Y es que, en palabras de Meadows, “After acquiring French guns, the Comanche displaced the Apache, driving them back into the Southwest and gaining control of trade routes between Santa Fe and the Plains”,²⁰ los comanches ejercían un grado importante de influencia comercial en la zona.

Esta oleada de popularidad comanche fue la fuente de sugerencia para adentrarse en tan fascinante tema y esbozar un problema de estudio por encima de la curiosidad por conocer el punto de vista académico de tan famoso tópico, base de los western norteamericanos del siglo XX. Fue entonces que al visualizar el área comprendida por la comanchería a mediados del siglo XIX, cuando las parcialidades comanches expandían su zona de influencia más septentrional hasta la cuenca del río Arkansas, comenzaron a plagar las preguntas sobre algunos puntos que quedaban sueltos. Principalmente, porque la obra de DeLay ha puesto especial atención en las actividades comanches durante la guerra al sur del río Bravo, pero la parte norte de la comanchería, el Camino a Santa Fe, ha quedado soslayado.²¹ De manera

²⁰ Meadows, William C., *Kiowa Apache and Comanche Military Societies*, Austin, TX: University of Texas Press, 1999, p. 252, traducción: “después de adquirir armas francesas, los comanches desplazaron a los apaches, enviándolos hacia el suroeste y tomando el control de las rutas comerciales entre Santa Fe y las planicies”.

²¹ En efecto, DeLay enfoca su análisis en las incursiones hacia los estados del norte de México a partir de 1830. En nuestro caso, se da un panorama general de los comanches como sociedad histórica y su tendencia a establecer alianzas de paz, para finalizar con las relaciones de los comanches y norteamericanos a lo largo de la franja norte de la comanchería. Por tanto, se trata de establecer el grado de influencia e injerencia de la política comanche-kiowa y su comportamiento real a lo largo del conflicto entre México y Estados Unidos. Creemos que de no haber firmado el tratado de paz con los comanches en Mayo de 1846, el ejército de Stephen Kearny no hubiera podido llegar a Santa Fe, con la cantidad de hombres con que lo hizo, lo cual le habría complicado la conquista de los territorios septentrionales a los Estados Unidos. Estas evaluaciones tienen lugar en los últimos capítulos de la tesis, Delay, Brian, *War of a thousand deserts: Indian raids and the U.S.-Mexican War*, New Haven, Yale University Press, 2008. Al final de la investigación, hemos podido identificar dos obras centradas en el Camino a Santa Fe en la década de 1840. Una enfocada en la militarización de la zona a lo largo del siglo XIX, y la otra sobre los ataques de indios independientes en el mismo durante la guerra México-

análoga, las historias generales sobre la Guerra de 1846, no habían puesto demasiada atención a la campaña de Stephen W. Kearny y mucho menos a los indios bárbaros. Parecía que estos se habían esfumado por el lapso de dos años en toda la franja norte y concentrado sus actividades hacia el sur. Entonces, si los comanches extendían su zona de influencia hasta la cuenca del río Arkansas, por donde recorría fundamentalmente el llamado Camino a Santa Fe, utilizado por el ejército norteamericano para la conquista de Nuevo México y California, ¿qué había sido de los comanches y sus famosas incursiones?

Así mismo, hay que tomar en cuenta que la etapa inicial de la guerra, correspondiente a los acontecimientos del año 1846 en la región mas septentrional de la joven nación mexicana, fué opacada por la segunda y tercera etapa que se desarrollaron en los dos años posteriores, abanderadas por la toma de la Ciudad de México en 1847 y el Tratado Guadalupe Hidalgo firmado en 1948. Como bien lo ha señalado Ignacio del Río, entre los mexicanos parece existir la convicción de que “la historia del ‘México perdido’, como lo ha llamado David J. Weber, no es parte de la historia del México que perduró”.²² Es por ello que consideramos significativo acercarnos a esa primera etapa de la guerra, que sin duda condicionó el actuar diplomático y militar de ambos países en las siguientes etapas de la guerra y posterior firma del tratado en 1848. Lo anterior, porque la década de 1840, representa un momento decisivo en la crisis que los indios independientes, pero también nuevomexicanos, vecinos fronterizos del norte de México e Indios Pueblo, habían comenzado a experimentar siglos atrás.

De manera que, la historia aquí presentada trata de sujetos históricos cuyas acciones aparecen extrañas, exóticas y contradictorias, pero que en su momento se mostraban inteligibles de acuerdo al bagaje cultural y las circunstancias geopolíticas que permeaban sus acciones cotidianas. No obstante, para los testigos decimonónicos, los conflictos interétnicos con los indios de las planicies no significaron algo más que una guerra sin cuartel entre culturas, lo que impide vislumbrar los detalles del complejo entramado de relaciones y modos

Estados Unidos. Ambas son las obras de referencia en el tema, véase Oliva, Leo E., *Soldiers on the Santa Fe Trail (1829-1880)*, Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1967; y Chalfant, William Y., *A Dangerous Passage. The Santa Fe Trail and the Mexican War*, Norman, University of Oklahoma Press, 1994.

²² Ignacio del Río, *Mercados en asedio. El comercio transfronterizo en el norte central de México (1821-1848)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, en <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mercados/MEA002.pdf> [consultado 5 de Marzo 2020] p. 13.

de vida de cada una de las sociedades relacionadas en ese sistema ecológico ancestral que conectaba a las planicies con los habitantes sedentarios que le rodeaban.²³ Si bien, en una escala de larga duración la década de 1840 aparece como el punto decisivo para el declive del modo de vida cazador recolector y el sistema ecológico ancestral Pueblos-planicies, a niveles locales y de temporalidad corta, el proceso general presenta sus particularidades propias de los sujetos y procesos históricos. Con todo, esta es una historia en la que la participación de bandoleros, abigeos, infidentes, traficantes, ladrones, militares, colonos, comerciantes y políticos, tienen su contraparte comanche. En suma, el tema a abordar es el papel de la pueblo comanche en la Guerra de 1846-1848, y el grado de influencia que sus actos tuvieron en el desarrollo de dicho conflicto, además de ser un estudio de los comanches como parte de los últimos representantes que significaron una prueba militar en el sur de las Grandes Planicies y uno de los últimos baluartes del mundo de los indios independientes; del mundo de los hombres en sistemas ecológicos no domesticados o ausentes de aparatos estatales, sin sociedades agrarias, previo a la sociedad de mercado, del mundo de las sociedades no jerárquicas en Norteamérica.²⁴

Ya que los estudios más recientes describen a la comanchería como el territorio en el que las distintas parcialidades comanches ejercían autoridad sobre los recursos naturales y en el que controlaban las rutas comerciales que por éste transitaban, resulta sugerente analizar los factores que llevaron a los jefes o representantes comanches a aceptar acuerdos de paz por escrito con entidades euroamericanas, a la manera occidental, en numerosas ocasiones

²³ Como sugerimos en los siguientes apartados, incluso en las zonas fronterizas más afectadas por las incursiones comanches, era probable la existencia de vecinos desmexicanizados o con mayor cantidad de lazos afectivos, familiares y de camaradería con los indios de las planicies, por lo que los testimonios sobre la violencia interétnica solo afectó a aquellos vecinos que en efecto, no estaban comancherizados.

²⁴ Bastante se ha dicho sobre el problema heurístico al estudiar a los indios bárbaros. La ausencia de documentos escritos que provengan de los miembros de esas comunidades en forma directa, las fuentes orales tardías y el carácter político descentralizado de sus sociedades, ha conducido a la debida cautela de los investigadores al argumentar, interpretar y realizar juicios sobre la interacción de pueblos como el comanche con occidente. Sugerimos que al dar lugar a los estudios arqueológicos y paleoantropológicos, la historiografía de los indios de las planicies, así como el resto de los habitantes prehistóricos (antes del contacto con europeos y los testimonios escritos de estos) de Norteamérica, puede adquirir un lente mucho más amplio, al entender a estas sociedades como herederas de las pautas y costumbres desarrolladas por sus ancestros del Pleistoceno. Pautas y costumbres relativas a la dieta y las formas de intercambio entre sociedades en tanto unidades de subsistencia interdependientes, han sido abordadas en diferentes latitudes del planeta. Por el momento, solo podemos hacer inferencias derivadas del estudio indirecto de sociedades de cazadores recolectores en distintos lugares y momentos, pero el caso de los indios de las planicies, que ha ganado popularidad académica en los últimos años, está en camino de generar sus propios estudios arqueológicos y paleoantropológicos de forma especializada.

previo a la guerra y con diversos actores en diferentes puntos cardinales de sus fronteras. Para los aparatos administrativos de las sociedades civilizadas, el que los comanches y otros indios independientes no dejaran de incursionar a pesar de las promesas pactadas en los tratados por escrito, consistía en una actitud incomprensible y embustera, prueba del carácter irreductible, indómito y traicionero de los indios. Pero también eran incomprensibles porque tanto españoles como mexicanos forzaron continuamente su visión de los indios bárbaros como entidades políticas unificadas, al creer que los firmantes ejercían un control real sobre el resto de las parcialidades comanche.²⁵ Con todo, la intensificación de la violencia interétnica y el recrudecimiento de las rencillas entre los afectados fue un elemento generalizado en las fronteras que los comanches compartían con Texas, Nuevo México, y los estados del norte de México.²⁶

Puesto que los comanches ejercían un control sobre los recursos naturales y las rutas comerciales que cruzaban gran parte de las planicies sureñas, es interesante ocuparnos del momento en el que éstos aceptan tratados de paz con la parte norteamericana,²⁷ o en su caso revelar el significado que tenía dicho acto para los comanches. Si seguimos las advertencias de no pocos autores, las fuentes decimonónicas alusivas al problema tienen la particularidad de esconder u omitir más de lo que dicen.²⁸ Esta consideración es importante una vez que abordemos de manera específica el problema de los tratados de paz. De igual forma, la proclividad de los comanches para adquirir tecnología bélica con mercaderes norteamericanos, hace necesaria una investigación sobre la capacidad armamentística de los bandos en cuestión.

²⁵ Como veremos, el rompimiento de los acuerdos pactados desde la postura comanche, tuvo que ver con la ausencia de participación de los oficiales euroamericanos en las reuniones anuales o powwows. El elemento del compartir la pipa para fumar y otros rituales ancestrales, no contaron con la participación continua de españoles o mexicanos, por lo cual, no había razón para continuar al pie los acuerdos. En otras palabras, el equivalente de la ratificación de tratados por parte de otras instancias de los aparatos estatales, no se llevaba a cabo del lado comanche, tras la ausencia de representantes de la civilización en los powwows.

²⁶ Velasco Ávila, *La frontera*, p. 259.

²⁷ Por ejemplo la ratificación del tratado del 15 de Mayo de 1846. Ratified treaty no. 246, documents relating to the negotiation of the treaty of May 15, 1846, with the Comanche, Aionai, Anadarko, Caddo, Lipan, Longwha, Keechy, Tahwacarro, Wichita, and Waco Indians, publicado por The University of Wisconsin Libraries, en <http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?type=turn&entity=History.IT1846no246.p0003&id=History.IT1846no246&isize=M> [consultado el 1 de abril 2020].

²⁸ Velasco Ávila, *La frontera*, p. 29-31.

Por tanto, el estudio de los indios independientes, contribuye de forma específica a la amplitud del conocimiento sobre las estrategias que México y Estados Unidos ejecutaron para pelear la guerra de 1846, así como las acciones mismas de comanches y otros grupos. Asimismo, puede contribuir a la comprensión de las historias nacionales mexicana y norteamericana, que anime a definir a los comanches y demás indios del norte, cazadores recolectores, nómadas, agrícolas y sedentarios, como parte de estas. En el mismo sentido, la historiografía que se centra en los denominados indios bárbaros, requiere de marcos explicativos cada vez más amplios y articuladores con las historias de los Estados-nación.²⁹

Por la parte mexicana, existe una idea de la derrota mexicana provocada por los errores de una generación de oficiales y funcionarios incapaces de mantener el territorio mexicano intacto, al asumir de forma casi obligada que las derrotas en el campo de batalla y la corrupción de las autoridades son muestra de una derrota psicológica de los pobladores decimonónicos en el norte del país. Al contrario, comanches y mexicanos a escala local y regional, ofrecen ese ejemplo de sociedades decididas a hacer valer su posición en el proceso histórico, en tanto que comprende las hostilidades de su entorno inmediato, aunque es verdad que el aclamado estado de guerra tiene ponerse en duda, por la existencia de infidentes, bandoleros, y vecinos fronterizos con fuertes lazos sociales y económicos con los indios bárbaros. Y es que a primera vista, la pérdida de Texas, la intervención norteamericana y demás cataclismos decimonónicos, eclipsan los esfuerzos de pobladores y oficiales mexicanos con clara visión geopolítica, cuyos planes o estrategias fracasaron por circunstancias ajenas a su razonamiento.³⁰

El objeto de nuestro estudio son las relaciones de las divisiones comanches con sus vecinos, a veces aliados, en ocasiones enemigos. Por tanto, se estudian los factores geográficos, económicos y medioambientales que generaron las condiciones para la firma de

²⁹ En el primer y segundo capítulo se discute la aportación de Sara Ortelli, en relación con el abigeato y el impacto que este tuvo en la percepción de los indios independientes. Las valoraciones han sugerido que puede plantearse la conceptualización de un espacio geográfico singular que a través de los patrones culturales compartidos por sociedades que hemos considerado étnicamente diferentes, existió como un espacio político cultural no periférico, el cual giraba en torno a distintos centros de poder ajenos a la Ciudad de México y Washington.

³⁰ Algunos de los casos que replican el mito de la inacción mexicana son, por ejemplo, las diligencias del gobierno de Iturbide en 1822, la visión del coronel don Gaspar de Ochoa y el tratado con los comanches en 1826, así como el plan de Mariano Arista quién esbozó un esfuerzo conjunto entre diferentes provincias para atacar a los comanches al interior de la comanchería en 1841, nunca llevado a la práctica.

tratados de paz, o en su caso, el reinicio de las hostilidades. Intentaremos descubrir si la presencia de comanches, kiowas y otros pueblos involucrados en la práctica de incursiones hacia el norte de México fue un conflicto menor dentro de la Guerra México y Estados Unidos, y el grado de influencia de los mismos tuvieron en el avance del ejército norteamericano de Misuri a Santa Fe. En el mismo sentido, queremos verificar que tan factible es la polémica tesis de Hämäläinen, la cual propone a unos comanches formadores de un núcleo político coherente, unificado en forma imperial informal y descentralizada, desarrollado luego de conquistar las Grandes Planicies del Sur y potencializado por el intercambio comercial con sus vecinos integrados de forma creciente dentro de una economía de mercado. Los elementos en los que apoya su hipótesis, son los relacionados a la cuestión de los cautivos y la esclavitud, como elementos que si bien existían en tiempos prehistóricos, hacia el siglo XVIII y XIX parecen tener un nuevo apogeo; además de las prácticas comerciales en las que el caballo y las armas de fuego figuraron de manera peculiar, revolucionaron la noción del tiempo, las distancias y la distribución del trabajo, convirtiendo a la sociedad comanche en una de orden androcéntrico en constante tensión con los patrones políticos y sociales heredados de las sociedades no jerárquicas.

Así mismo, los factores ecológicos que influían en las decisiones y estrategias de adaptación al entorno, las características topográficas y climáticas de las Grandes Planicies y el norte de México, la considerable extensión de este espacio comparada con la baja densidad demográfica, las prácticas bélicas condicionadas por el entorno físico y motivadas por elementos culturales propios de los comanches, las costumbres comerciales de los comanches que van desde los mercaderes formales, los cobros por el tránsito en las rutas que atravesaban sus áreas de caza y pastoreo, los raptos, y el cobro de tributo a los oficiales y funcionarios de las distintas sociedades occidentales que rodeaban su territorio son elementos que se desarrollan en los siguientes apartados. Aunado a las problemáticas propias de los comanches, se encuentran aquellas de los individuos de afiliación occidental en contacto constante con los indios de las planicies, por lo que son importantes las prácticas comerciales desempeñadas por los comerciantes, bandidos, policías, militares, diplomáticos, viajeros exploradores, granjeros y políticos.³¹

³¹ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 9.

El espacio de estudio comprende la zona de influencia comanche o *comanchería* (Ver Mapa 1). Cabe añadir que la existencia del conjunto de parcialidades comanches como unidades políticas independientes, plantea un problema a la forma en que hemos concebido la configuración territorial del norte de México. Con ello, puede explicarse, por ejemplo, que no existan asentamientos regulares euroamericanos, ni rutas marcadas en las crónicas o mapas de la época, desde la franja meridional que va de Nacogdoches, Austin y San Antonio, hasta Santa Fe en Nuevo México. Los comanches solían ser el motivo aludido por el que ciertos viajeros ajenos a la comunidad comanche, se vieran obligados a rodear la comanchería y así reducir el peligro, ya que “to the hardships of the irregular and little known terrain, was added the more formidable obstacle of the hostility of the powerful Comanches...”³² Sin embargo, esta observación parece pertenecer en realidad a la esfera de la retórica pues los vecinos fronterizos mexicanos que rodeaban la comanchería, las compañías norteamericanas del negocio de pieles y sus cazadores, los comerciantes transoceánicos nuevomexicanos, los comancheros y ciboleros, y los pueblos de indios independientes en alianza con los comanches, habían desarrollado redes de tránsito que rodeaban, como en el caso del Camino a Santa Fe, o que se internaban para comerciar al interior de la comanchería.

Cabe mencionar el contraste existente entre dos formas de concebir la naturaleza histórica del área que comprendían los estados mexicanos mas septentrionales, objetivo del avance del ejército norteamericano en 1846. Una de ellas evoca la existencia de unos territorios norteños tan alejados, que permanecieron en estado marginal principalmente por el descuido de los gobiernos de tradición hispana, cuya situación fue heredada por las administraciones mexicanas.³³ La otra forma presenta a una “periferia” que tiene vida en sí misma y que a pesar de la influencia de los proyectos colonizadores europeos, mantuvo cierta autonomía económica, influenciada por la presencia de las diferentes comunidades de indios independientes e Indios Pueblo. Esta manera de concebir esa periferia autónoma, hace énfasis en las condiciones específicas que ésta planteaba a nivel local.

³² Castañeda, Carlos E., *The Mission era: The End of the Spanish Regime, 1780-1810*, Austin, Von Boeckmann-Jones Co., 1936, en: <https://hdl.handle.net/2027/uva.x002264735> [consultado el 1 de abril 2020] p. 145-46

³³ Véase por ejemplo Medina, Peña L., *La Comanchería*, núm. 62, México, D.F, Centro de Investigación y Docencia Económicas, División de Historia, 2009, p. 2.



Mapa 1. La “comanchería” fue el territorio de las distintas parcialidades comanches desde inicios del siglo XVIII y finales del XIX. El área representada es una estimación por las expansiones y contracciones que experimentó a lo largo de dos siglos.³⁴

Ejemplo de ello es que ciertos colonos españoles sacaron provecho del comercio de esclavos y cautivos con ciertos indios independientes ignorando las disposiciones de la Corona sobre dicha práctica. De cualquier forma, para ambas formas de concebir esta región, en la que el sur de las Grandes Planicies funge como uno de sus núcleos principales, las autoridades centrales tanto de la Ciudad de México como en Washington intentaron emprender distintos

³⁴ En la imagen se señala con línea punteada el territorio del conjunto de parcialidades comanche. A pesar de los distintos momentos de expansión y contracción a lo largo del periodo como pueblo independiente en las Grandes Planicies, el bosquejo integral de la comanchería puede establecerse de la siguiente manera; al norte colindaba con el el afluente occidental del río Arkansas; al este con las franjas arboladas conocidas como Cross Timbers que recorren el actual estado de Texas de norte a sur, siguiendo la franja de las actuales ciudades de Dallas, Waco y Austin; al oeste, con los pueblos orientales de Nuevo México, los cuales también estaban afincados al costado oriental de las montañas de Sangre de Cristo; al sur, el afluente del río Bravo coahuilense es un punto adecuado para establecer los límites de influencia inmediata de la comanchería. El mapa es una adaptación del original de F. Díaz León, *Carta Histórico-Geográfico Mexicana de la invasión norteamericana 1846-1848*, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, CHIS.EXP.M12.V2.0048 en <https://mapoteca.siap.gob.mx/index.php/chis-exp-m12-v2-0048/> [consultado el 2 de Mayo 2019]

proyectos para consolidar durante el siglo XIX lo que en algún momento los gobiernos de tradición hispana habían poseído solo de forma nominal.³⁵

Con respecto a la temporalidad de estudio, la investigación plantea un periodo específico correspondiente a la duración de la guerra (1846-1848) desarrollado en el tercer capítulo y un periodo más general que comprende una síntesis del arribo de los comanches a las Grandes Planicies hacia principios del siglo XVIII y los patrones de subsistencia heredados de las sociedades prehistóricas, desarrollado principalmente en el primer capítulo. Debido al interés por los tratados de paz celebrados entre mexicanos y norteamericanos con distintos representantes o líderes comanches durante la primera mitad del XIX, tomamos como antecedentes tanto la ruptura que se dio en las relaciones de las autoridades mexicanas con las divisiones comanche luego de la Independencia y de cómo se generó un nuevo estado de guerra entre ambas fuerzas.³⁶ Así mismo, los planes estratégicos de conquista o consolidación por parte de los gobiernos mexicano y norteamericano en el espacio de estudio, tuvieron procesos semejantes pero destinos diferentes, lo cual, parecía explicarse, en un primer momento, por una aparente relación entre norteamericanos y comanches más cercana y ponderada, en detrimento del norte de México, que aparece asolado por intensificación de las incursiones en el récord documental durante las décadas de 1830 y 1840, y cuyos ataques muestran a unos indios de las planicies sin miramientos por la población afectada. De acuerdo con ello, la investigación ha dejado de manifiesto que las campañas de guerra e incursiones de los indios independientes del sur de las Grandes Planicies emprendidas hacia México respondieron a multiplicidad de factores y no a las citadas diligencias de los agentes del gobierno norteamericano, como clamaba de forma airada parte de la opinión pública nacional.

El objetivo general de la investigación es el estudio del papel de los comanches en la historia de la Guerra México-Estados Unidos. Lo anterior busca la comprensión del por qué de su actuar aparentemente parcial, en el contexto de la campaña del Ejército del Oeste comandado por Stephen W. Kearny a través del Camino a Santa Fe, y las operaciones de

³⁵ Blackhawk, Ned, *Violence Over the Land: Indians and Empires in the Early American West*, Harvard University Press, Cambridge, 2006, p.32-33.

³⁶ Báez-Villaseñor, María Estela, “Los Indios de Coahuila-Texas en las primeras décadas de vida independiente 1821-1848” en Soto, Martha y Danna Levin Rojo, *Los grupos nativos del septentrión novohispano ante la Independencia de México 1810-1847*, México, UAM-Iztapalapa, 2010. p 79.

logística posteriores al avance del grupo principal, y la disposición de una parte considerable de las parcialidades comanches a firmar un tratado de paz en mayo de 1846 con representantes del gobierno norteamericano. El tratado conocido como Council Springs, fue ratificado por la administración estadounidense, a la vez que los oficiales encargados de las negociaciones enfatizaron que la mayoría de las parcialidades contemporáneas comanches estuvieron representadas en las reuniones previas a la firma del documento, razón por la cual apelaban la legitimidad del mismo.

Al mismo tiempo, el convenio y las promesas de los comanches de respetar el tránsito de las caravanas que viajaban del Fuerte Leavenworth o Independence en Misuri hacia Santa Fe, coincide con el aumento de las incursiones en los estados mexicanos al sur del río Bravo. Sin embargo, pese a la aparente disposición de comanches, cheyenes, arapahos y kiowas a considerar en términos amigables el afluente de caravanas norteamericanas en el Camino a Santa Fe, las denuncias sobre numerosos ataques no se hicieron esperar. Los norteamericanos, culparon de forma indistinta a los indios de las planicies sobre los daños realizados por los pillos a sus propiedades y persona. Con todo, dichas denuncias y crónicas carecen de una descripción detallada de la procedencia étnica de los aludidos atacantes y se limitaron a señalar genéricamente, entre otros, a comanches, pawnees, kiowas y arapahos como los responsables del ultraje. Esta inexactitud de las fuentes que aunque representa una dificultad metodológica, no desmiente la oleada de violencia y el panorama agitado en el avance del Ejército del Oeste en su conquista de Nuevo México, a pesar de que este haya aparentado, por bastante tiempo, haberse efectuado sin realizar un solo disparo.

Los objetivos específicos de este trabajo son: sintetizar los aspectos particulares de la sociedad comanche anterior a la reservación y destacar los aspectos reconfigurados de aquellos mantenidos desde la etapa con los yutas hasta su introducción en las Grandes Planicies; analizar el proceder de los comanches en el uso de la violencia y sus diversas motivaciones; exponer las condiciones que llevaron a los comanches a firmar tratados de paz en los cuatro puntos cardinales de la comanchería y el grado de influencia de esos acuerdos en las relaciones interétnicas; manifestar el frágil cumplimiento de las estipulaciones de dichos tratados y las subsecuentes incursiones llevadas a cabo contra ciertas poblaciones mexicanas al sur del río Bravo; determinar el grado de injerencia que las acciones de

comanches y otros indios de las planicies tuvieron en las estrategias norteamericana y mexicana durante el conflicto internacional entre 1846-1848. Al mismo tiempo, se busca representar a la región fronteriza como un espacio geográfico que en la práctica no fue inmóvil ni marginal, sino activo y autónomo. De manera tal que los objetivos responden a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las características sociales, políticas y culturales propias de los comanches, a su llegada a las Grandes Planicies?, ¿cuál es la relevancia histórica de las parcialidades comanches en la transformación de las condiciones económicas, militares, políticas y ecológicas imperantes en el espacio de estudio, principalmente hacia mediados del siglo XIX?, y ¿qué grado de injerencia tuvieron las acciones de los comanches en el curso general de la guerra?

Las hipótesis que planteamos son:

i. Que si bien las autoridades en la Ciudad de México pudieron tener o idear estrategias que crearan y consolidaran identidades de tradición hispano-mexicanas en los territorios septentrionales, que en la práctica formaban parte de sistemas ecológicos y culturales ajenos a la injerencia formal de los Estados-nación, la falta de coordinación entre los oficiales mexicanos fronterizos y la ausencia de voluntad por parte de las autoridades nacionales favorecieron, en particular, que la independencia política de los indios independientes de las planicies permaneciera pujante al iniciar el conflicto internacional en 1846. En ese sentido, el tratado entre norteamericanos y comanches obedecía a la creciente inclinación de las actividades comerciales de estos últimos hacia el mercado norteamericano, pero ello no implica una soberanía estadounidense hacia los comanches, el resto de los indios independientes, vecinos mexicanos fronterizos y novomexicanos menos familiarizados con occidente.

ii. Por su parte, el gobierno estadounidense desarrolló una política de constantes acercamientos diplomáticos, alterna a las actividades comerciales que distintos agentes o comerciantes norteamericanos entablaban con los distintos grupos de indios independientes al menos desde el siglo XVIII. La inclinación de los comanches a incursionar en el norte de México, fue motivada por las nuevas condiciones que imponía las características poblacionales de Estados Unidos, que demandaban nuevas tierras para las oleadas migratorias de colonización, que se mantuvieron sostenidas y persistentes hacia mediados

del siglo XIX. Los indios de las planicies, a su vez, optaron por ceder el paso a la campaña de Stephen Kearny en la primavera de 1846, seguramente por el atractivo comercial que implicaba abastecer y controlar el paso de mercancías, el cual iba a incrementarse por el tiempo de guerra. Sin embargo, esta alianza se fracturó y algunos guerreros que no estuvieron convencidos del buen criterio de los representantes comanches firmantes del tratado de Mayo de 1846, hicieron caso omiso de las estipulaciones y no repararon en atacar a la nueva oleada de caravanas que recorrieron el Camino a Santa Fe y sus rutas aledañas, durante los años de 1846-1848. Los ataques, debieron ser motivados por la irritación que provocaba el afluente de caravanas, y constituir una expresión de repulsión defensiva hacia los norteamericanos como potenciales invasores de las planicies; aunque no se descarta la existencia de encuentros incidentales, empresas de botín espontáneas o acciones de intimidación con finalidades simbólicas que esclarecieran los límites territoriales de la comanchería.

iii. Después de todo, Estados Unidos tuvo una circunstancia a favor, ya que la campaña de Stephen W. Kearny no tuvo que enfrentar una fuerza u oposición franca de indios independientes en las Grandes Planicies durante su avance por el dilatado y escabroso Camino a Santa Fe. En el caso contrario, la sociedad mexicana fronteriza tuvo que lidiar con la continuación de las incursiones y campañas de destrucción de comanche-kiowas en los estados nortños ubicados al sur del río Bravo, paralelo a las complicaciones resultado de la invasión norteamericana.

La historia de los comanches tuvo un momento crítico en los años del conflicto internacional entre los dos Estados-nación que rodeaban su área de influencia. Es probable que las epidemias de finales de la década de 1840 mermaran su población, y que la superioridad armamentística junto con la ventaja demográfica norteamericana cobrara factura años después, luego de que Estados Unidos finalizara su conflicto interno en la década de 1860. El caso comanche nos presenta un ejemplo de pueblos de indios independientes que experimentaron las consecuencias de su incorporación a la sociedad de mercado, lo cual redimensionó los niveles de competencia, exclusión y conflicto, al tiempo que la comunidad comanche experimentaba tensiones internas entre el intento por mantener patrones sociales y culturales que habían funcionado por siglos entre las sociedades de las Grandes Planicies y sus regiones circundantes. En otras palabras, el arribo del factor europeo representó en

ocasiones la incorporación de un enemigo o un aliado más, dependiendo de las circunstancias, y dio origen a relaciones humanas inéditas, o en su caso exacerbó conflictos inter tribales pre existentes. Así, este estudio forma parte de aquellos que han enfocado sus esfuerzos en ese espacio, las Grandes Planicies, que se mostraban como “tierra de nadie”, primitivo, emocionante y en ocasiones, perturbador; que hacia 1840 continuaba mostrando redes de relaciones humanas con patrones ancestrales y complejos, a la vez que el arribo de los comanches en el siglo XVIII y la Guerra México-Estados Unidos constituyeron dos momentos de ruptura con la estructura Indios Pueblo-Planicies precolombina.

Así como hace aproximadamente 12,000 años algunos cuando ciertos grupos humanos comenzaron a intercalar agricultura con el modo de vida cazador recolector, aquellas sociedades agrarias que comenzaron a organizar sus sociedades en base a la agricultura y el sedentarismo representaban una aguja en un pajar, el pueblo comanche del siglo XVIII y XIX previo a la reservación aparece como uno de los últimos ejemplos de cazadores-recolectores en Norteamérica, ahora ellos eran la excepción. En una época en que mexicanos y norteamericanos imaginaban la incorporación de sus respectivos países, como uno respetable entre el concierto de las naciones, el modo de vida cazador-recolector en el continente experimentaba sus últimos momentos como forma de organización humana alguna vez preponderante. Así como los seres humanos son relativamente recientes en el continente americano, la imagen paradigmática de los indios de Norteamérica, montados a caballo como estupendos jinetes guerreros, constituyó una peculiaridad tardía con un periodo de existencia bastante breve. En ese sentido, es notable los cambios fastuosos que experimentó este espacio geográfico desde que los comanches decidieron introducirse en las Grandes Planicies como sociedad ecuestre, hasta la introducción de los sistemas productivos agrícolas y ganaderos angloamericanos. Por tanto, la coexistencia del mundo de los cazadores recolectores y el de los sedentarios, presente todavía hace 150 años en Norteamérica, no deja de ser intrigante.³⁷

³⁷ La historia de los comanches en el sur de las Grandes Planicies se dio en un periodo en el que los sistemas de interdependencia complejos entre sociedades no jerárquicas había sido remplazado por un híbrido producto de la combinación de estas con las sociedades de corte estatal. Para una introducción al asunto puede verse, Spielmann, “Interaction”, pp. 1-17.

CAPÍTULO 1

ELEMENTOS ECONÓMICOS, SOCIOPOLÍTICOS Y MILITARES DE LOS COMANCHES

En un reporte anual hacia finales de siglo XIX, el agente P. B. Hunt expresó que: “*From being the most cunning, bloodthirsty, and warlike of all the Plains Indians, have become the most tractable and are making greater strides toward civilization than any tribe of blanket Indians to my knowledge*”.¹ Las palabras de Hunt dan cuenta de dos formas de concebir a los miembros de las distintas parcialidades comanches por parte de la sociedad norteamericana a lo largo del siglo XIX. Por un lado, los comanches ingresaron al imaginario estadounidense, tanto en la etapa de las Grandes Planicies y luego en la etapa de las *reservaciones*, como el rival añorado, el verdadero contrincante y barrera a la civilización americana; el enemigo cotidiano que los hombres de armas de las comunidades de las zonas fronterizas anglosajonas. Los comanches habían pasado a la historia nacional bajo la atmosfera de una reputación exaltada dentro del imaginario de la frontera, que siempre avanzaba, hasta su incorporación en los westerns, escritos o audiovisuales, que tendían a enfatizar y atribuirles características guerreras extraordinarias que a la vez magnificaban la hazaña norteamericana.

Por otro lado, la derrota militar de los comanches y su ingreso a los experimentos de reservaciones del gobierno norteamericano, demandaba una justificación frente a propia opinión pública estadounidense. Esa justificación se basó en la incompatibilidad de los modos de vida de la sociedad occidental y de los cazadores recolectores, y cuando las circunstancias favorecieron a la primera, las extraordinarias características de los comanches en el campo de batalla se tomaron como muestra de un atraso evolutivo, que debía ser corregido por la civilización misma.

¹ “De haber sido la tribu más ingeniosa, despiadada, y guerrera de todas las que habitaron las Grandes Planicies, se han convertido en los más dóciles haciendo el mejor esfuerzo para adoptar la civilización que cualquier otra tribu que yo tenga razón.” Kiowa Agency Records, Agent Hunt Annual Report for 1885, Oklahoma Historical Society, 1885.

A la fecha, la denominada *Comanche Nation* es reconocida dentro de Estados Unidos, cuenta con una constitución propia, administra casinos, hoteles, y cuenta con una población afiliada de unos 17, 000 comanches.² En cierto modo, el devenir de este pueblo es representativo de la historia de la región que la historiografía norteamericana denomina como el Southwest, caracterizado en la literatura como una tierra inhóspita, lejana, temible e imponente, que aguardaba por valientes e inmutables aventureros que le conquistaran. En ese sentido, la historia de la frontera oeste fue para los norteamericanos, fundacional, mientras que para los habitantes previos de sistemas ecológicos como el de los Indios Pueblo-Planicies, esa historia constituyó el fin de los indios independientes.

La historia del pueblo comanche goza de una tradición historiográfica importante en Estados Unidos y una creciente atención en México. De modo que, este trabajo es una síntesis de un estado de la cuestión abundante acerca de la organización social, económica y política comanche desde su irrupción en las Grandes Planicies a mediados de siglo XIX hasta la década de 1840.³ Se hacen referencias a etapas previas al periodo de las planicies, así como de otros pueblos previos para ilustrar las relaciones Pueblo-planicies, en la medida en que sirvan para aclarar ciertas particularidades que solo pueden ser explicadas mediante el contraste marcado por cambios coyunturales. Intentaremos hacer notar, que si bien el pueblo comanche no encaja dentro de lo que podríamos llamar un Estado, si representó una fuerza coherente imposible de ignorar a analizar el avance imperfecto de los proyectos de civilizatorios europeos, norteamericanos y mexicanos.

Para comenzar, el término “comanche” presenta dificultades para conocer su origen. La palabra procede seguramente de una deformación de otra escuchada por por europeos de inicios del siglo XVIII, en su intento por concebirlos bajo los criterios de una tribu o nación unificada y distinguirlos de otros pueblos nativos.⁴ Hay referencias que sugieren que la palabra proviene de un término utilizado por los yutas, *kumantsi*, para referirse a un grupo que había arribado a su area de influencia al norte de los Indios Pueblo de la cuenca norte del

² Véase Comanche Nation, About Us, en <https://comanchenation.com/our-nation/about-us> [consultado el 18 de Julio de 2018].

³ Hay que resaltar la casi total ausencia de fuentes documentales y etnográficas producidas por miembros de la comunidad comanche para este periodo.

⁴ Foster, Morris, *Being a Comanche: A Social History of an American Indian Community*, Tucson, University of Arizona Press, 1998, p. 36.

río Grande. Esta palabra podía entenderse como “el que viene”, “el enemigo” o “aquel que quiere hacerme la guerra en todo momento”. También, existen indicios de que el término pudo haber significado “pueblo hermano que viene de lejos”,⁵ sin embargo, el etnónimo “comanche” no es el denominador que los miembros de la comunidad utilizaron para referirse a sí mismos, y se acepta que los comanches se nombraban a sí mismos *numunu*, que significaba “la gente” o “el pueblo”, en el sentido de que solo los individuos reconocidos pública y frecuentemente por la comunidad, podían concebirse a sí mismos como tal.⁶

Es mayormente aceptado, que las diferentes parcialidades diferenciadas de comanches migraron a inicios del siglo XVIII al sur de las Grandes Planicies a través de las montañas de Sangre de Cristo, al oeste del Valle de San Luis y al norte de la actual ciudad de Santa Fe en Nuevo México, luego de haber coexistido junto a los yutas. Los primeros testimonios españoles de su presencia en la zona datan su arribo a las planicies hacia el año de 1706, cuando los comanches llevaban al menos veinte años adaptados a la cultura ecuestre.⁷ La estadía y continua alianza con los yutas permitió a los comanches cazar en las zonas montañosas al oeste de las planicies durante el invierno, cazar bisonte en las planicies a finales de primavera y verano, al tiempo en que asistían a ferias y realizaban incursiones. Esta alianza entre yutas y comanches que aparece bien consolidada hacia 1710 sentó las bases culturales que les permitieron emprender una especie de migración definitiva hacia las planicies y convertirse en cazadores de bisonte cuando una o dos generaciones antes, los comanches participaron en las campañas militares de los yutas y a cambio, recibieron toda esa experiencia militar, política y comercial, que desarrollaron después en su nuevo hogar.⁸ A grandes rasgos, su estancia con los yutas los puso en contacto con el comercio español, las incursiones violentas, la diplomacia con Nuevo México, el sabotaje de ferias, el intercambio de cautivos y principalmente la domesticación del caballo.⁹

⁵ Hämäläinen, Pekka, *The Comanche Empire*, New Heaven, Yale University Press, 2008, p. 24.

⁶ DeLay, *War of a Thousand*.

⁷ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 18.

⁸ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 25.

⁹ No se tiene conocimiento si en épocas anteriores los habitantes del continente hicieron uso del caballo u otros miembros de su género, que seguramente se extinguió en la última glaciación del planeta. Por tanto, los caballos que poblaron la masa continental septentrional supusieron en realidad su reintroducción al continente por parte de las oleadas migratorias europeas. Es sorprendente la cantidad de cambios y decisiones que los comanches tuvieron que realizar en tan poco tiempo, dentro de la región que los europeos consideraban la más estéril entre las que conforman los actuales Estados Unidos. Véase Posthumus, David, “A Lakota View of Pté Oyáte

La estancia con los yutas también puso en contacto a los comanches con el sistema de esclavos y cautivos en Nuevo Mexico. Este sistema era posible gracias a la participación de todos los grupos sociales de la zona, indistintamente del grupo étnico del que formaran parte. Los colonos españoles, por ejemplo, solían valerse del “rescate” de cautivos solo para esclavizarlos luego, con la justificación ante las autoridades hispanas de que con ello les resguardaban del potencial maltrato que sufrirían con otros indios, así como del paganismo y la barbarie. Esto es, que administrativamente los españoles hacían efectivo el rescate de cautivos por medio del pago de compensación a distintos indios independientes, y en la práctica los sometían a su servicio bajo condiciones de esclavitud.¹⁰ Por último, dada la alianza entre yutas y españoles en Nuevo México, basada en la protección mutua y en el comercio de todo tipo de bienes, los comanches ganaron experiencia en el trato diplomático con su contraparte hispana.¹¹ De esta manera, el arribo al ecosistema conocido generalmente como *southwest*, de comanches y españoles, significó una revolución en las relaciones previas entre Indios Pueblo e indios de las planicies.¹²

No está claro el momento en que los comanches dejaron el valle de San Luis para cruzar las montañas de Sangre de Cristo, en dirección a las Grandes Planicies, aunque no se descarta que el proceso haya sucedido en forma gradual. Tampoco es unánime la explicación de las causas que llevaron a abandonar su alianza con los yutas; algunos autores sostienen que se debió a conflictos internos, cuando otros prefieren concebir la etapa comanche entre

(Buffalo Nation)”, en Cunfer, Geoff, W A. Waiser, y Geoff Cunfer, *Bison and People on the North American Great Plains: A Deep Environmental History*, College Station, Texas A&M University Press, 2016, p. 278.

¹⁰ Ver Weber, David J., *The Mexican Frontier 1821-1846. The American Southwest Under Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982, pp. 212-213; Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 26-27; Blackhawk, Ned, *Violence Over the Land: Indians and Empires in the Early American West*, Harvard University Press, Cambridge, 2006, pp. 32-33; y Brooks, James F. *Captives and cousins. Slavery, Kinship and Community in the Southwest Borderlands*, University of North Carolina Press, 2002, pp. 49-51.

¹¹ Blackhawk, *Violence Over the Land*, p. 33.

¹² El arribo de colonizadores españoles a la cuenca norte del río Grande, implicó el establecimiento de una sociedad agraria apoyada en el sistema de relaciones previo, desarrollado por pueblos agricultores conocido como Indios Pueblo, que en diferente intensidad e injerencia se integró a la emergente economía transoceánica del imperio español. La presencia hispana estuvo acompañada la reintroducción del caballo y la subsecuente esparción del ungulado entre los indios independientes. De entre estos, los comanches fueron los que mejor adaptaron y redireccionaron su sociedad hasta otorgar una importancia fundamental a las actividades ecuestres, de tal forma que desplazaron a competidores hostiles. De igual forma, el caballo les otorgó superioridad bélica, de caza y traslado, por lo que podían establecer condiciones de negociación con aquellos pueblos con los que pactar resultara más benéfico. Entonces, los comanches desplazaron a los cazadores recolectores del sur de las Grandes Planicies, quienes habían mantenido relaciones con los Indios Pueblo, para erigirse como los nuevos cazadores recolectores ecuestres. Tanto españoles como comanches representaron un nuevo periodo en las relaciones humanas de los pueblos de estos dos ecosistemas.

los yutas como un momento en la fase migratoria en busca de un territorio propio.¹³ No obstante, de lo que podemos estar seguros, es que esa migración estuvo dirigida por las generaciones de comanches que presenciaron fenómenos sustanciales en la región de la cuenca norte del río Grande.

Es decir, fueron testigos del funcionamiento de las relaciones Pueblo-planicies previo y posterior a la irrupción de los exploradores y colonos españoles, así como la exacerbación de la irritación de cierto sector de Indios Pueblo que desembocó en las rebeliones de 1680 y 1696, lo que pudo ser uno de los factores que influyeron en la actitud cautelosa de los comanches y su actitud hostil hacia Nuevo México en la primera mitad del siglo XVIII. De igual forma, las distintas parcialidades comanches ingresaron en las Grandes Planicies al tiempo en que los poderes coloniales español y francés, visualizaban una posible expansión de sus enclaves imperiales que entrelazaran las planicies con la costa del Océano Pacífico. Los comanches, convertidos en una sociedad nativa ecuestre, aprovecharon esa cualidad híbrida que sacaba provecho del conocimiento del terreno, el modo de vida nómada y el éxito en el uso de la violencia. De tal forma que, los comanches y otros indios independientes ecuestres, aunque carentes de aparatos estatales o núcleos políticos centralizados, impidieron la posibilidad de emprender un avance de los proyectos imperiales europeos de forma sostenida y uniforme.

En ese movimiento migratorio, los comanches pasaron de ser un grupo marginal a un conjunto de parcialidades especializadas en la caza del bisonte y el pastoreo de otros ungulados el sur de las Grandes Planicies, al tiempo que desestimaban ciertas prácticas agrícolas que anteriores cazadores recolectores habían desarrollado en la misma región.¹⁴

¹³ Brooks, *Captives and Cousins*, p. 150.

¹⁴ Spielmann subraya que en periodos cuando la variación climática y los riesgos medioambientales eran mayores, el intercambio entre Pueblo y planicies podía ser una estrategia deseable. Al contrario, cuando la variación climática era baja, el intercambio no era redituable. Entre más incertidumbre mayor comercio, entre mayor estabilidad las sociedades diversificaban sus actividades productivas, véase Spielmann, Katherine A., "Interaction Among Nonhierarchical Societies", en Spielmann, Katherine A., *Farmers, Hunters, and Colonists. Interaction Between the Southwest and the Southern Plains*, Tucson, University of Arizona Press, 1991. Si agregamos a lo anterior, que los resultados sobre la duración, frecuencia e intensidad de las sequías en Norteamérica, sugieren que el siglo XVIII fue el último momento de un periodo de al menos cinco siglos, más templado y con menos sequías, en comparación con el periodo precedente y con las condiciones de extrema sequía en el siglo XIX, los comanches arribaron a las planicies en un momento benéfico para la proliferación del bisonte, pero no diversificaron sus actividades productivas, como lo habían hecho otros cazadores recolectores en periodos de estabilidad climática. Este cambio o irrupción a la tendencia de los comanches, al enfocarse exclusivamente a la caza y el pastoreo, tuvo que revolucionar el modo ancestral de interactuar con

Hämäläinen concibe la fortaleza de los comanches en contraposición de la inferioridad militar de los apaches dentro de las trayectorias evolutivas de ambos pueblos. De acuerdo con ello, los apaches habrían sido menos receptivos a las innovaciones tecnológicas y ecológicas en contraste con la receptividad y adaptabilidad de los comanches, en parte porque los primeros se encontraban experimentando un proceso de transformación hacia una sociedad agrícola desde al menos el siglo XVI. La proclividad apache hacia el sedentarismo y la agricultura fue animada tiempo después por las ofertas hispanas de asistencia y apoyo militar dado el conflicto interétnico que los apaches mantenían con los comanches. Como se ha resaltado, un conflicto fundado por la irrupción comanche en las planicies que les desplazó de los mejores pastizales y hordas de bison hacia inicios del siglo XVIII, cuyas rencillas recrudecieron por las campañas destructivas de los comanches a lo largo de dos siglos.

Las autoridades hispanas ofrecieron apoyo militar a ciertos grupos apaches a cambio de su establecimiento en villas definitivas y la renuncia a las actividades propias del modo de vida cazador recolector. Esto habría puesto a los grupos apaches en una situación incierta respecto con quienes establecer alianzas, al tiempo que su carencia de caballos les colocó en desventaja tecnológica con sus rivales comanches. A pesar de las promesas hispanas y lo cierto es que el apoyo español no tenía la capacidad de impedir las empresas violentas de los comanches en contra de los apaches. Por su parte, los comanches, al volcarse de forma masiva e intensiva al caballo, se encontraron con mayor disponibilidad de tiempo para dedicarse a los asuntos relacionados con la caza, el pastoreo, el comercio y la violencia, volviéndose, según el consenso general de la época en la nación de las planicies mas eficiente en estos menesteres. Sin embargo, esa especialización de los comanches no hizo mas que exacerbar la imposibilidad de autosuficiencia alimenticia propia del sur de las Grandes Planicies, al perder el conocimiento popular agrícola que sus predecesores si tuvieron.¹⁵

los habitantes que rodeaban las planicies. Los comanches históricos se desarrollaron en este conjunto de tumultos y adaptaciones, y las consecuencias siguen siendo motivo de debate.

¹⁵ Véase Flores, Dan, "Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850." *The Journal of American History*, vol. 78, no. 2, Septiembre 1991, en <http://links.jstor.org/sici?sici=0021-8723%28199109%2978%3A2%3C465%3ABEABDT%3E2.0.CO%3B2-X> [consultado 2 de abril 2020] p. 471. Esto no quiere decir que los cazadores recolectores de las planicies anteriores a la irrupción comanche, como los apaches, hayan logrado una autosuficiencia alimenticia con su conocimiento agrícola. En otras palabras, a pesar de conocer y probablemente practicar la agricultura en un terreno tan complicado como la zona sur de las planicies, esos grupos tuvieron que construir las redes de intercambio de las que habla Spielmann

En el mismo sentido, el avance comanche supuso exterrar a los apaches de las planicies cada vez más hacia las zonas fronterizas de Cihuahua y Coahuila, por lo que las estrategias de subsistencia que estos grupos atapascanos con los Indios Pueblo, como la producción e intercambio mutualista y las alianzas para comerciar en tiempos de crisis ambientales, se fracturaron y las relaciones con la región agrícola de la cuenca norte del río Grande se alteró.¹⁶ Entonces, la irrupción hispana en la región de los Indios Pueblo y la de los comanches en las planicies, constituyeron un corte histórico, y fundacional en las nuevas relaciones originadas a partir de la pujanza de estos nuevos actores. En opinión de Hämäläinen, durante la primera mitad del siglo XVIII la parte sur de las Grandes Planicies fue testiga, bajo los comanches, de la más larga y sangrienta conquista territorial que solo tendría paralelo con su contraparte norteamericana un siglo después.¹⁷

El proceso de invasión comanche se habría logrado por medio del uso de la violencia, en conjugación con estrategias de alianzas por medio de parentesco, compadrazgo y amedrentamiento con otros pueblos de indios independientes, cazadores recolectores, que buscaban sacar provecho a los campos visitados por las hordas de bisonte en las planicies, así como pueblos seminomadas que se favorecían del tráfico de cautivos, armas, caballos, ganado y productos del mismo bisonte elaborados por los comanches. En ese sentido, la reconfiguración de la geografía política y comercial de todo el “lower midcontinent” o el sur de las Grandes Planicies durante el siglo XVIII, fue obra de los indios independientes ecuestres, a lo que las autoridades centrales de tradición política europea solo pudieron definir como lugares periféricos, a pesar del importante número de exploradores, comerciantes y militares emprendieran diferentes empresas en la región. De tal manera que la invasión comanche destruyó un equilibrio de interacciones humanas existente, a la vez que contribuyó de manera sustancial a la creación de otro, ahora cada vez más ligado al incipiente sociedad de mercado anglosajona, y en menor medida al imperio francés.¹⁸

y otros, para satisfacer de mejor forma sus requerimientos nutricionales, por lo que sus cultivos jugaron un papel secundario.

¹⁶ Spielmann, “Interaction”, pp. 7-13.

¹⁷ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 18.

¹⁸ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 18-20. Al respecto, el autor no falla al resaltar los cambios que supuso la cultura ecuestre comanche hacia las planicies, al momento de los primeros intentos imperiales europeos. Pero la propensión a continuar el modo de vida cazador recolector y la fuerte influencia que ejercían los patrones sociales de las sociedades no jerárquicas ancestrales ponen en duda, entre otros detalles, la interpretación de las

Los comanches habían logrado establecer alianzas con los Taovaya, Skidi, Tonkawas, Hasiais y los franceses de la Luisiana al menos desde 1750. Esto lo lograron utilizando el conocimiento para la utilización de la tecnología ecuestre y armamentística durante su estancia con los yutas y su contacto con los españoles en el norte de Nuevo México. El desarrollo de su creciente preponderancia en las planicies significó uno de los puntos clave que explican el retraso del avance imperial español, francés y británico en Norteamérica, independientemente de la propia rivalidad de dichas potencias europeas. Los comanches se erigían entonces, como la nación más representativa entre los indios independientes de la región entendida entonces como zonas fronterizas, el territorio indio o el septentrión novohispano, quienes personificaban el principal obstáculo a los proyectos coloniales, cuya ausencia de enclaves consolidados al este de Nuevo México y al oeste de Texas, tendría consecuencias determinantes para nuestro estudio sobre la guerra de 1846.

La presencia de las distintas parcialidades comanches y de otros pueblos, tanto cazadores-recolectores antes pedestres como los sioux y los propios comanches, así como horticultores como cheyenes y arapahos que se volcaron hacia la cultura ecuestre, se volvió determinante en parte gracias al poderío que les otorgaba el caballo.¹⁹ Este ungulado representó una ventaja tecnológica para las sociedades ecuestres de indios independientes, aunque a la postre haya sido uno de los factores que aceleraron los estragos ecológicos de las planicies. Es probable que, durante el periodo de preponderancia comanche, solo determinados socios comerciales y gente allegada a la comunidad se internaran en la comanchería con cierta inmunidad, por lo que otros destacaban en sus memorias que, por ejemplo, los viajes entre las poblaciones de San Antonio en Texas y Santa Fe en Nuevo México tuvieran que hacerse en línea circular, para seguir el litoral del río Bravo/Grande, y rodear la comanchería. Por otro lado, el empuje comanche desde el noroeste provocó el repliegue de los jicarilla y otros grupos apaches hacia el sur del mismo río.²⁰ Es probable que

acciones comanches como muestras de un proyecto imperial. El autor, por supuesto, sostiene que el proyecto imperial comanche, estuvo en pugna directa con el español y francés en un primer momento, y con el inglés hacia la segunda mitad del XVIII y con los proyectos estatales de México y Estados Unidos en el XIX.

¹⁹ Rivaya-Martínez, Joaquín, “La expansión comanche en la frontera norte de Nueva España durante el siglo XVIII”, en Porfirio Sanz Camañes y David Rex Galindo, *La frontera en el mundo hispánico: Tierras de convivencia y espacios de confrontación (siglos XV-XVIII)*, Quito, Abya Yala, 2014, pp. 344-45.

²⁰ Como veremos, la mayor parte de los documentos utilizados por la historiografía tendieron a señalar a los apaches como el problema de la región por excelencia. Sin embargo, la investigación ha llevado a señalar, que en efecto el problema aquí referido es más complejo que el de una guerra interétnica en medio de fronteras

esta fuese una de las razones de la mayor frecuencia en las fuentes mexicanas del uso del término apache, quienes trasplantados de las planicies por el empuje comanche, tuvieron que replantear poco a poco sus actividades de subsistencia en territorios nuevos y con una influencia de las autoridades hispanas que dependiendo el periodo, llegaron establecer reservaciones que conformadas por familias de apaches aripaivas, pinaleños, tontos, mescaleros y chiricahuas, principalmente en los actuales estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila.²¹

En términos generales, la conquista de la parte sur de las Grandes Planicies que constituiría la comanchería, estuvo acompañada de efectos en las relaciones interétnicas existentes y en la sociedad comanche misma. En menos de un siglo, los comanches pasaron desde ser una sociedad marginal tras su ecisión de los grupos shoshones, a una ecuestre bajo la tutela yuta, en donde cambiaron su estatus de cazadores pedestres a cazadores jinetes con amplio adiestramiento en armas de fuego, hasta introducirse en las planicies para convivir en el grupo preponderante cerca de siglo y medio.²² En ese contexto, los comanches aprovecharon los cambios geopolíticos originados por las pugnas de las potencias europeas que impactaron directamente en la Luisiana y Texas, adelantándose en la conquista de la comanchería. Bajo los criterios europeos, esa región fue cedida o traspasada entre Francia, España e Inglaterra, pero en la práctica la zona estaba lejos de ser conquistada de forma definitiva a lo largo del siglo XVIII por alguna de estas.²³

internas alimentadas por la ineptitud y falta de diligencia de la autoridad central en la Ciudad de México. También nos hemos cuestionado la relación directa entre el empuje comanche y la actitud belicosa apache, ya que no contamos con los medios suficientes para determinar si los apaches contaban, en los momentos en que se les acuña los ataques, con las condiciones para realizar dichas incursiones dada la mencionada guerra continua con sus vecinos indios barbaros comanches. No obstante, las sugerencias de Sara Ortelli son significativas, vern Ortelli, Sara “Los circuitos del ganado. Robo e intercambio en el noroeste de Nueva España, Siglo XVIII”, Anuario IEHS, Instituto de Estudios Histórico Sociales, no. 21, 2006; y Ortelli, Sara. "Crisis De Subsistencia Y Robo De Ganado En El Septentrión Novohispano: San José Del Parral (1770-1790)." *Relaciones. Estudios De Historia Y Sociedad*. Vol.31, No. 121,2010, pp. 21-56.

²¹ Babcock, Matthew, “Rethinking the Establecimientos: Why Apaches Settled on Spanish-Run Reservations, 1786-1793”, *New Mexico Historical Review*, vol. 84, 2009, pp. 363–397; Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 64-65. Una vez trasplantada la apachería al sur y suroeste del río Bravo/Grande los problemas referentes a las incursiones, de evangelización y fiscales, se exacerbaron por la presencia de los diferentes grupos apaches. Al norte, en las planicies, los comanches tuvieron la posibilidad, apoyados del caballo y el acceso a las armas de fuego, de influir de manera determinante en las redes comerciales que recién se creaban tanto por su presencia en un punto medular de la masa continental y la activa competencia comercial al este y noreste de la comanchería.

²³ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 68-71.

En palabras de los viajeros de la época como Berlandier y Mézieres, la región dominada por los comanches se caracterizaba por ser un lugar rico en recursos naturales propicios para el pastoreo, cierta crianza de caballos y cacería de bisonte. El proceso de transición experimentado por los comanches durante el siglo XVIII, exigió un grado de adaptabilidad y organización mayor al que habían desarrollado en las etapas anteriores a su arribo a las planicies. Esta translocación puso al pueblo comanche en una situación particular, principalmente por la superioridad bélica que les otorgó un grado de determinación peculiar, que dicho sea de paso, sirvió como pruebas para ciertos testigos occidentales quienes no dudaron en convencerse de una altanería común entre los comanches.²⁴ Esta discutible característica, ha llevado a pensar que dicha sociedad habría sido “étnicamente cerrada”.²⁵ No obstante, otros autores comentan que la identidad comanche más que basarse en una característica racial, se apoyaba en el consenso común logrado en los concilios, fiestas y otras reuniones públicas intra e intertribales. La identidad y pertenencia a la comunidad, tenía sus raíces en las prácticas y valores que aseguraban la supervivencia de las distintas divisiones o parcialidades en su conjunto, por medio de una especie de renovación de pertenencia a la comunidad que era válida solo en la medida en que esta fuera reconocida por el grupo, cuando este consideraba benéfico la relación del individuo con la comunidad. De esa manera, los individuos comanches se vieron envueltos en las contradicciones provocadas por la fricción entre los estándares de su cultura comunitaria y no jerárquica, y las nuevas condiciones geopolíticas apremiantes a finales del siglo XVIII y el XIX. Los individuos comanches, tuvieron que hacer frente a la tensión existente entre la búsqueda de la mejora del estatus personal que podía verse favorecido por el creciente mercado de caballos y productos de bisonte, y las fuertes estructuras comunitarias que restringían la concentración de poder en un solo individuo.²⁶ En este orden de cosas, el color de piel o la procedencia consanguínea de un individuo, era un elemento circunstancial para la comunidad comanche, como en el

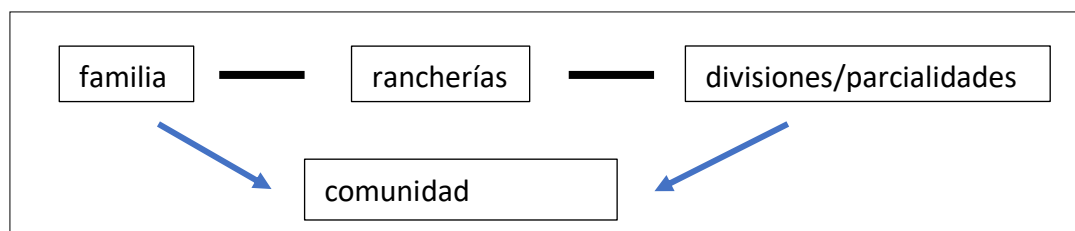
²⁴ Velasco Ávila, Cuauhtémoc, *La frontera étnica en el noreste mexicano: los comanches entre 1800-1840*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2012 pp. 66-67.

²⁵ Velasco, *La frontera étnica*, p. 67.

²⁶ Para una explicación del “ser” comanche a lo largo de su historia, marcada por el nomadismo, la etapa en las reservaciones, y la situación actual véase la obra de Foster, *Being a Comanche*.

caso de cautivos e individuos de distintos orígenes étnicos que, pese a representar casos eventuales, terminaban formando parte de la comunidad como individuos legítimos.²⁷

Una vez, consolidada su presencia en el sur de las Grandes Planicies, los comanches desarrollaron una organización social basada en la ranchería o núcleo social básico, formadas de familias de alrededor de 10 individuos, que contaban con sus propios grupos de cazadores, cuerpos guerreros, reuniones religiosas, grupos de sabios acreedores del conocimiento medicinal, interpretes, recolectores y productores de derivados de piel de bison. En otro nivel, los comanches estaban organizados en cuatro esferas: el núcleo familiar inmediato, el numunahkahni o gran familia, la ranchería o lugar de residencia, y la división política, clan o parcialidad (véase Esquema 1).²⁸ La organización política comanche estaba dividida en relación con las divisiones sociales especializadas en la explotación de al menos cuatro recursos fundamentales: la caza, el comercio, la guerra y las relaciones diplomáticas. Esto quiere decir que, hacia mediados de siglo XIX la sociedad comanche estaba organizada en grupos especializados fuera del núcleo familiar: figuraban entre ellos los que cazaban y pastoreaban, los guerreros encargados de la protección del clan y de realizar los diferentes tipos de campañas belicasas; los comerciantes y por último los encargados de establecer relaciones políticas con otros pueblos del exterior.²⁹



Esquema 1.

Kavanagh indica que cada banda o ranchería organizaba su actividad de cacería en base al beneplácito o dirección de los individuos masculinos principales. Luego de cada jornada de cacería los productos y derivados de los animales se utilizaban tanto para alimentación de la familia, manufactura de pieles y repartición entre la ranchería con la

²⁷ El caso más impactante sigue siendo el de Cynthia Ann Parker. Se puede ver Gwynne, Samuel C., *Empire of the Summer Moon. Quanah Parker and the Rise and Fall of the Comanches, the Most Powerful Indian Tribe in American History*, New York, Scribner, 2010.

²⁸ Kavanagh, *The Comanches: A History, 1706-1875*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1996 p. 478.

²⁹ Kavanagh, *The Comanches: A History*, p. 478.

finalidad de ganar, conservar o renovar lealtades, así hasta que la distribución del resto de la caza entre las familias quedaba a cargo de los miembros femeninos de las poblaciones. Después de un combate, el botín era repartido por los jefes entre los miembros de la partida. Aquellos guerreros que habían logrado éxitos particulares, realizaban distribuciones por su parte durante ceremonias importantes, generalmente para ganarse adeptos y lealtades.

Los jefes administraban los excedentes de la caza de bisonte, del pastoreo y del botín, para vender o intercambiar en transacciones comerciales de todo tipo.³⁰ A grandes rasgos, los comanches practicaron el comercio como vendedores en ferias y puestos comerciales euroamericanos; como vendedores a Indios Pueblo y vecinos fronterizos poco vigilados por las autoridades euroamericanas; como compradores a los viajeros que se internaban en la comanchería; como compradores de los llamados comancheros que guardan una estrecha relación con *genizaros* emancipados.³¹ En este sistema de intercambios, los comanches que ahora contaban con el caballo, tuvieron la oportunidad de hacer eficiente la cacería de bisonte y al tiempo que el siglo XVIII coincide con condiciones medioambientales en las planicies, más favorables para mantener las hordas de bisonte, caballos y otros ungulados que los comanches intercambiaban o pastoreaban. El problema medioambiental sigue formando parte del debate para determinar las causas de la devacle comanche y el resto de los indios independientes de las planicies.

En suma, los comanches recibieron la influencia cultural de una muy variada gama de valores sociales, políticos y tecnológicos. Aprendieron, utilizaron, desarrollaron o desecharon formas de vida, de acuerdo a sus necesidades e intereses. De igual forma, a diferencia de otras sociedades de las planicies, los comanches aceptaron y utilizaron gran parte de la nueva tecnología europea, y sobre todo, se reinventaron a sí mismos, lo que creó una tensión entre los intereses individuales de sus miembros y la identidad comunitaria propia

³⁰ Kavanagh, *The Comanches: A History*, p. 479.

³¹ La historia de los *genizaros* nuevomexicanos es de peculiar interés, y puede imaginarse que su presencia entre las relaciones de los indios de las planicies y Nuevo México sirvió como aminorar las interacciones violentas. Estos grupos de pobladores de los extremos orientales de la provincia, consistían en ex indios rescatados en trueque por familias hispanas a los que ponían a su servicio como retribución por el salvamento. Como su hispanización solo operó en la teoría, los *genizaros* establecieron lazos más fidedignos en la práctica con los comanches y otros indios independientes, y utilizaron las leyes e instituciones mexicanas en conveniencia propia, véase Avery, Doris Swann, "Into the Den of Evils: The *Genizaros* in Colonial New Mexico", Tesis de Maestría, The University of Montana, 2008.

de las sociedades no jerárquicas. Gerald Betty menciona la fuerte influencia que el contacto con el mundo hispano nuevomexicano tuvo en la asimilación de comportamientos y utensilios propios de la ganadería española, por lo que “Comanche horse culture was ultimately a manifestation of an aspect of Spanish pastoralism.”³² En particular, el cambio abrupto de los rasgos socioculturales, así como su devenir singular al optar por un nomadismo ecuestre especializado e intnsificado en la caza de bisonte y el pastoreo de otros ungulados, exponen las razones de su éxito desde inicios del siglo XVIII a mediados del XIX, y parecen explicar las razones de su posterior devacle hacia la década de 1870.³³

En líneas generales, hacia las décadas de 1830-1840, los comanches habían cedido su predominio en el centro comercial ubicado en el extremo noroeste de la comanchería, en la cuenca superior del río Arkansas. El dominio del área y comercio de esta zona por los comanches occidentales estuvo ininterrumpido al menos de 1740 a 1830, pero la presión ejercida por grupos de cheyenes y arapahos, así como los problemas financieros en Nuevo México como secuela de los reacomodos administrativos del México independiente, provocaron la retirada de los comanches. Esta retirada, dejaría el campo abierto para la instauración del Fuerte Bent, cuyas operaciones remplazaron a los comanches como los comerciantes supremos en el sur de las Grandes Planicies y que a la postre significaría el primer golpe al predominio comanche.³⁴ De manera tal que, la franja oeste de la comanchería quedaba marcada por el Camino Real o “paso del muerto” el comercio entre la comanchería, Nuevo México y los agentes comerciales norteamericanos aprovechaban, entre otras cosas las extensas reservas de caballos que los comanches vendían. Al norte, en el Camino a Santa Fe, que recorre el río Arkansas desde la actual ciudad de Kansas a la capital novomexicana,

³² “La cultura comanche ecuestre fue en última instancia, una manifestación de un aspecto del pastoralismo español” en Betty, Gerald. *Comanche Society: Before the Reservation*. College Station, Texas A&M University Press, 2002, p. 142.

³³ La combinación de la irrupción europea en las planicies potencializó la cacería y las rencillas interétnicas. No obstante, es arriesgado asegurar que los comanches se hayan convertido en una especie de potencia agropecuaria, incluso a sabiendas de la actitud conquistadora comanche y la dificultad de reconciliar rencillas de antaño con otros grupos.

³⁴ El Fuerte Bent se convertiría en el principal centro de transacciones del comercio transoceánico de Santa Fe a partir de mediados de la década de 1830. Al perder los comanches la supremacía de este centro comercial, pasaron a convertirse en proveedores secundarios más que intermediarios directos. Esto no implica la inexistencia de otros centros comerciales e itinerarios de mercadeo en los confines de la comanchería, pero indica un golpe contundente al predominio de los comanches occidentales en la región, véase Hämäläinen, Pekka, “The Western Comanche Trade Center: Rethinking the Plains Indian Trade System”, *Western Historical Quarterly*, vol. 29, no. 4, 1998, pp. 511-513.

los comanches tenían entre sus aliados a grupos kiowas quienes fungían, la mayoría de las veces, como intermediarios entre la comanchería y distintos comerciantes norteamericanos sin vínculos inmediatos con los comanches. En el extremo noroeste del Camino a Santa Fe, la presencia de cheyenes y arapahos, junto con el puesto comercial de la firma Bent-St. Vrain Co., conocido como Fuerte Bent, tenían fuerte presencia, hasta llegar a la consumación de una tregua entre estos últimos y la comanchería. En el extremo noreste del río Arkansas, se ubicaba la zona fronteriza norteamericana y el llamado Territorio Indio, habitados por indios independientes de manera esporádica, así como por distintos grupos nativos del este del río Misisipi, removidos por el afincamiento de la sociedad norteamericana.

Al este, en la franja que va de las inmediaciones de la actual ciudad de Dallas a la población de Del Rio-Ciudad Acuña en Coahuila, marcada por la falla geológica conocida como Balcones Fault Zone, texanos y comanches recién veían finalizado un desgastante periodo de conflicto, iniciado luego del cambio radical en la política de la República de Texas en relación con los indios independientes. Esta nueva postura, que abandonó los principios de conciliación seguidos durante la primera administración texana presidida por Sam Houston, viró hacia una de caracterizada por hostilidades francas llevadas a cabo durante el periodo presidencial del sucesor de Houston, Mirabeau B. Lamar.³⁵ Finalmente, al sur del río Bravo, se puede observar un incremento de la violencia comanche-kiowa y ampliación de sus itinerarios que alcanzaron zonas tan meridionales como Queretaro y Guanajuato.³⁶

En cuanto a la organización política de lo que denominamos el pueblo o comunidad comanche, podemos decir que hacia mediados de siglo XIX, se caracterizaba por combinar elementos reinventados por los importantes cambios ocurridos en su devenir histórico en apenas doscientos años. Entre ellos destacan la reciente traslación a las planicies, la pérdida del bagaje cultural agrícola, la transición hacia la cultura ecuestre, la inclinación hacia las armas de fuego y las consecuencias sociales del contacto con el mercado norteamericano transoceánico. El conjunto de estos cambios, originaron que, a nivel individual, los comanches se mostraran incrustados en una carrera por la búsqueda del éxito personal, toda vez que los posicionamientos sociales entre los miembros comanches presentaban movilidad

³⁵ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 159-160.

³⁶ Velasco, *La frontera étnica*, p. 346.

constante. Por otro lado, la organización política seguía manteniendo las bases de las sociedades no jerárquicas y de sentido comunitario, características presentes en la mayoría de las sociedades de los indios de Norteamérica, por lo que los éxitos personales y los rangos sociales dependían fundamentalmente del consentimiento público de la comunidad. En otras palabras, la comunidad comanche era la que durante los distintos rituales públicos validaba, reafirmaba o anulaba el renombre y competencia de determinado individuo.

En ese sentido, los líderes o jefes eran aquellas personas que habían realizado alguna acción importante en las actividades de caza o guerra, o bien contaban con algún conocimiento específico que el resto carecía; aunque existen testimonios de que en ocasiones los familiares descendientes de líderes ancianos heredaban el mando. Éstos jefes procedían bajo una forma de poder horizontal, que limitaba la posibilidad del surgimiento de una figura centralizada que aglutinara los intereses de todos los clanes y que caracterizó su decidida autonomía intratribal combinada con la búsqueda de objetivos comunes, en donde el parentesco actuaba como mecanismo primordial. Esta forma de distribución del poder era fomentada por las reparticiones del botín que los comanches exitosos en guerra o cacería entregaban a otros comanches. Sin duda, esta forma comunitaria entró en tensión con los individuos más resueltos y atrevidos en distintos momentos e intensidades.³⁷ Con todo, la organización social comanche al experimentar las exigencias de su nuevo entorno ecológico y geográfico poco a poco se consolidó como una de corte androcéntrica, ecuestre, comercial, cazadora y guerrera.

Así que para principios de siglo XIX, los comanches presentaban una intensa organización productiva alrededor de los productos del bison formado de distintas parcialidades o clanes, dividida a su vez en rancherías que estaban conformadas por núcleos familiares del mismo o varios linajes. El nombre de las parcialidades y el número total de población continúan como parte del debate, ya que existen las posturas que proponen una población de hasta 30 mil individuos y unos 100 mil caballos, en algún momento de su

³⁷ En el tercer capítulo se aborda este tema para determinar el grado de efectividad de la autoridad que los jefes comanches pudieron desenvolver para evitar que otros comanches desconocieran los diferentes tratados de paz con México y Estados Unidos. Algunos autores han comentado que la erosión de la autoridad de las figuras principales comanches habían llegado a un momento de vejez por lo que las nuevas generaciones no habrían respetado los exhortos de aquellos más ancianos.

estancia en las planicies.³⁸ Sin embargo, lo más seguro es que el número total de comanches ascendiera en torno a los 15 000 en su cresta.³⁹ De igual forma se estima que cada familia contaba con su propio excedente de caballos y otros recursos, entre los cuales figuraban los los cautivos y los derivados del bisonte.⁴⁰

Con respecto a la organización militar podemos afirmar que las actividades bélicas tenían un papel sustancial y gran parte de los rasgos culturales estaban íntimamente ligados a estas.⁴¹ Las actividades que desplegaban violencia tenían tanto motivaciones económicas como aquellas ligadas al estatus de los individuos comanches dentro de la comunidad, el honor del guerrero y de la familia que representaba, así como la preservación de los recursos naturales de los que dependían las actividades productivas. Los estudiosos de este componente de la sociedad comanche coinciden en que la participación de todos los miembros masculinos en actividades de guerra no era imprescindible, a pesar de que el conjunto de la estructura social estaba organizada de manera tal que los guerreros guardasen la suficiente energía y pericia para las distintas campañas de combate.⁴² Incluso, se pueden entender ciertas prácticas, tales como danzas del sol, la economía basada en el comercio de productos del bisonte, el cobro de tributo y la toma de cautivos, como expresiones de

³⁸ La estimación está hecha por medio de numerosas fuentes documentales que coincidían en que por cada familia que habitaba un *tipi*, estaba conformada en promedio por diez individuos. El cálculo se obtiene sobre la generalización de las observaciones que coincidían en que cada ranchería estaba constituida de entre 20 a 30 *tipis*, en Hämmäläinen, *The Comanche Empire*, p. 240.

³⁹ Rivaya-Martínez, Joaquín, “De ‘salvajes’ a ‘imperialistas’”. Una revisión crítica de la historiografía sobre los comanches durante el período anterior a la reserva (1700-1875)”, en Ana Luisa Izquierdo, ed., *Visiones del pasado. Reflexiones para escribir la historia de los pueblos indígenas de América*, Mexico, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 158.

⁴⁰ Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 180-193.

⁴¹ Kavanagh presenta una descripción detallada sobre ello, pero es de resaltar la descripción que hace sobre el comportamiento de los participantes en los *concilios* en donde el uso de la pipa para fumar era un elemento clave; en ese contexto, los jefes eran los primeros en fumarla y el resto reconocía su autoridad absteniéndose de fumar antes que él, como símbolo de respeto y confianza. Véase Kavanagh, *The Comanches*, pp. 30-33.

⁴² Adicionalmente a las motivaciones económicas del hurto de caballos puede citarse los requerimientos rituales funerarios. Algunos observadores, contemporáneos a la etapa previa a la reservación, comentaron la práctica de acabar con la vida de ponis y caballos cuando un comanche. Yarrow afirma el sacrificio de hasta 200 o 300 ungulados aun cuando no ofrece mayor detalle sobre la verdadera capacidad de los comanches para sostener tales cantidades con frecuencia y escala mayúscula. En el texto puede encontrarse una descripción de las enseñanzas moralizantes sobre la buena o mala elección de caballos o ponis como acompañantes de los fallecidos en la otra vida, así como los rituales funerarios en general, véase Yarrow, Harry C., *A Further Contribution of the Mortuary Customs of the North American Indians*, USA, Smithsonian Institution, Bureau of Ethnology, 1881, pp. 99-101.

estrategias de supervivencia exitosas, respaldadas por el poderío beligerante que los comanches llegaron a desarrollar luego del perfeccionamiento de la cultura ecuestre.

En ese sentido, llama la atención que las delegaciones representantes de determinada parcialidad, quienes realizaban visitas diplomáticas a ciertas poblaciones de Nuevo México y Texas durante los dos siglos de estancia comanche en las planicies, ocurrieron casi exclusivamente cuando estos tuvieron que ceder a causa de una derrota proporcionada por alguna fuerza euroamericana o de otros indios independientes, además de los estragos ocasionados por periodos de guerra prolongados, sequías intensas o episodios de epidemias, estos últimos particularmente nocivos según claman ciertos testimonios. También resultaba habitual que las bandas comanches establecieran contactos de reconocimiento oficial y ayuda mutua con las distintas autoridades en Nuevo México y Texas, cada que necesitaban la expresa aprobación y mediación de estos últimos.

Por lo que se refiere a los aspectos económicos del pueblo comanche, resulta apropiado partir con la advertencia de que la actividad de los *nómadas ecuestres* no se reducía al nomadismo y la caza. Aunque no practicaron la agricultura, por motivos que se expondrán más adelante, los comanches desarrollaron numerosas labores que les convirtieron en una verdadera entidad comercial, a quienes algunos autores en su momento interpretaron como la barrera más prominente al avance de los diversos proyectos occidentales de expansión continental en Norteamérica.⁴³ Visto de este modo, las distintas parcialidades comanche no tardaron en discernir que para asegurarse un lugar preponderante dentro de las planicies sureñas, además de la conquista militar, tenían que hacer parte, reformar o en su caso eliminar las redes comerciales, de parentesco y de subsistencia previamente existentes, sin que ello trastocara la naturaleza informal y carente de regulación estatal de aquellas relaciones interétnicas.⁴⁴

⁴³ El mayor exponente de esta interpretación es la obra de Richardson y Jacobs, en Richardson, Rupert N., y Kenneth R. Jacobs, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, Austin, Eakin Press, 1996.

⁴⁴ Entendemos como “informal” a la tendencia de los comanches a desarrollar relaciones sociales intertribales y con las entidades estatales de manera diferente a la tradición occidental. Mientras que esta última, enfatiza la afirmación y reafirmación de acuerdos oficiales por medio de símbolos materiales, como ornamentos, medallas y documentos escritos, los comanches, en tanto sociedad no jerárquica, afirmaba y reafirmaba los acuerdos oficiales por medio de símbolos ligados a actitudes y acciones ceremoniales. Esta disparidad, discutida en el segundo y tercer capítulo, fue una de las causas principales por las que comanches y euroamericanos no pudieron establecer acuerdos de paz duraderos y efectivos.

A pesar de lo escabroso del problema que representa el uso de la violencia entre los indios independientes en general y los comanches en particular, las campañas de incursiones, destrucción y venganza, así como el enaltecimiento de la posición social de los guerreros, se puede decir que estas formas culturales como las incursiones de venganza, las expediciones de destrucción y las incursiones de robo de ganado, encontraban sentido tanto en los patrones culturales, las motivaciones económicas, la estrategia geopolítica y los alicientes que movían a los comanches de forma individual. Es claro que para las autoridades centrales de los sistemas estatales euroamericanos, la elaborada y enfatizada cotidianidad violenta de las zonas fronterizas no dejaba de ser, en el mejor de los casos, muestras de la imposibilidad que los indios de las planicies manifestaban para actuar como gente civilizada.⁴⁵ Entonces, el robo en caminos, las incursiones a poblaciones, el cobro de tributo a otros pueblos de Indios Pueblo e indios independientes, el intercambio de mercancías, el sabotaje de las ferias, la compra de armas, la venta de ganado, el secuestro y el intercambio de cautivos representaron la baraja de actividades económicas de este pueblo al menos desde mediados del siglo XVIII hasta su debilitamiento como fuerza independiente en la década de 1870.

Entonces, el pueblo comanche, respaldado por su capacidad militar, y habilidades de adaptación a los desafíos geográficos y medioambientales, aprovechó el delicado control que ejercía sobre una zona geográfica de suma importancia para las redes comerciales e interacciones humanas de la masa continental que conforma el actual territorio de Estados Unidos. Dada la ausencia de un sistema estatal hegemónico en el sur de las Grandes Planicies, la mayoría de sus regiones circundantes estaban pobladas por pueblos sin Estado o ausentes de sistemas políticos formales. Entre ellos podemos incluir a vecinos fronterizos nuevomexicanos y de los estados del norte de México, Indios Pueblo, vecinos fronterizos

⁴⁵ La aclamada cotidianidad de la violencia en las zonas fronterizas en las fuentes documentales, no puede ser establecida como el estado natural de las relaciones interétnicas en dichos espacios, y debe ser observada con cautela. Si bien, a primera vista el asunto se muestra ciclópeo, endémico y generalizado, la existencia a la par de relaciones interétnicas pacíficas basadas en el comercio, el parentesco y posiblemente de ablandamiento conjunto entre los pueblos de las planicies y los vecinos fronterizos con menor afinidad a occidente, parece indicar que las incursiones eran en realidad eventos inusuales. De igual forma, los vecinos fronterizos afectados, parecen ser aquellos con mayor notoriedad, así como poblaciones más integradas culturalmente a sistemas occidentales euroamericanos. Aún falta mayor investigación al respecto, sobre todo para la primera mitad del siglo XIX, pero Sara Ortelli, ha llamado la atención para periodos anteriores, acerca de la complejidad de este problema, abordado en los apartados siguientes.

tejanos, apaches, yutas, kiowas, etcétera.⁴⁶ En este orden de cosas, los comanches tomaban la iniciativa o actitud bélica activa siempre que se sabían superiores a la fuerza rival, con excepción de aquellas incursiones llevadas a cabo como represalia o ajuste de cuentas derivas por los descensos de guerreros caídos en expediciones anteriores. De igual forma, los comanches establecían relaciones de amistad luego de periodos de conflicto abierto o cuando la fuerza rival podía utilizar de forma efectiva cierta tecnología superior, como sucedió en el caso de los encuentros violentos con los algunas expediciones hispanas en el siglo XVIII, mexicanas en el XIX y con los Texas Rangers a partir de la década de 1820. En particular, esta policía militarizada formada en 1821 fue uno de los pocos cuerpos armados que constituyeron una oposición continua al poderío comanche a lo largo de sus fronteras, durante los dos siglos de preponderancia comanche. La celebridad de los Rangers cobró relevancia luego de obtener una victoria sobre los comanches penatekas en 1840, factor que en su momento contribuyó de forma significativa a la nueva postura conciliadora de ciertos líderes de la comunidad con respecto a los texanos.⁴⁷

Hay que tomar en cuenta que dada la naturaleza del cuerpo documental que da cuenta de los comanches, la mejor forma de acercarnos a la comprensión del funcionamiento de su estructura social es por medio del reconocimiento de que las descripciones decimonónicas y anteriores, parten del supuesto de que los miembros de las sociedades euroamericanas poseían ciertas cualidades culturales superiores en comparación con los indios.⁴⁸ Esto es cierto tanto para la documentación de tradición hispana como anglosajona. Así, es de esperar que las fuentes documentales de la época hayan buscado, en la mayoría de las veces descalificar o deshumanizar a los indios, como una manera de justificar el uso de la violencia, la desatención de las estipulaciones de tratados que derivaban en despojo ilegal de tierras,

⁴⁶ Véase por ejemplo la alianza yuta-española a fines del siglo XVIII luego de que los comanches ejercieran una seria amenaza a estos pueblos ubicados al oeste de la comanchería. En Blackhawk, *Violence Over the Land*, pp. 64-65.

⁴⁷ Para una historia detallada de las fuerzas tejanas que conquistaron y consolidaron su territorio véase Anderson, Gary Clayton, *The Conquest of Texas. Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875*, Norman: University of Oklahoma Press, 2005.

⁴⁸ Sin duda, la utilización del elemento racial en los círculos intelectuales y literarios del siglo XVIII y en especial el XIX, debe considerarse como un rasgo central en el pensamiento político y expresión cultural de euroamericano de momento. Por supuesto, el hecho de que los comanches de la etapa de las planicies no hayan dejado testimonios escritos, presenta un vacío metodológico que no puede ser nivelado precisamente con las fuentes documentales legadas por sus contemporáneos euroamericanos, sino por aportes de otras disciplinas previos a la constante labor hermenéutica.

entre otras argucias de individuos y autoridades occidentales. Incluso, se puede decir que los autores de dichas fuentes legaban a utilizar la concepción del *indio bárbaro* desorganizado, para justificar la ineficacia en la lucha contra el abigeato y las incursiones indias en los estados del norte de México entre 1750 y 1850. Esto es, que los autores no basaban su explicación en los propios errores tácticos de las autoridades euroamericanas, ni tampoco en la pericia de los indios independientes, sino que disculpaban la derrota reclamando que los comanches, apaches, navajos y demás, encarnaban el arquetipo del guerrero traicionero y sin sentido del honor, o bien que no conocían los criterios para llevar una guerra civilizada. Como es de esperar, en caso de victoria de las fuerzas occidentales, los autores de crónicas, diarios y partes de guerra atribuían constantemente el triunfo a las cualidades “europeas”.⁴⁹

En otro orden de cosas, cierta historiografía comenta que la eficacia de la política comanche obedecía a que en realidad no tuvieron el tiempo evolutivo necesario para organizar o desarrollar formas sociales más complejas, en vista de la relativa cercanía temporal de la separación de sus parientes shoshones y la transición a la cultura independiente en las Grandes Planicies. Varios más sostienen que las condiciones geográficas de la comanchería eran mas benevolentes con respecto a las planicies centrales y norteñas, circunstancia que habría favorecido un desarrollo político de las parcialidades comanches hacia una organización pre-estatal. A saber, que una vez instalados al sur de las Grandes Planicies y establecida una predominancia sobre los recursos naturales que el entorno les ofrecía, los comanches mostraron excesiva confianza a su base productiva, al imaginar que la caza, el pastoreo y el comercio de bisonte, junto con el pillaje les aseguraría una especie de hegemonía por más tiempo del que en realidad tuvieron.

Finalmente, un tercer grupo de historiadores respalda la visión que sostiene que en la zona sur de las planicies, las hordas de bisonte menguaban, volviéndose impredecibles en sus movimientos estacionales en comparación con regiones de las planicies situadas al norte del río Arkansas. Por tal motivo, las rancherías comanches solían inclinarse a no instalarse por demasiado tiempo en una locación para no perder de vista las manadas. Asimismo, los comanches, como otros cazadores-recolectores del sur de las planicies presentaron un número de individuos reducido por ranchería, cuya caballada conveniente para sus distintas

⁴⁹ Foster, *Being a Comanche*, pp. 2-3.

actividades entraba tensión constante con las hordas de bison por el circunscrito alimento silvestre disponible para el conjunto de los ungulados que compartían aquel ecosistema.⁵⁰

En líneas generales, estas han sido las formas en que el pueblo comanche anterior al periodo de confinamiento en reservas ha sido estudiado. En particular, la última historiografía sobre el tema ha acertado en estudiar al pueblo comanche desde una perspectiva más amplia, desde enfoques de corta y larga duración, así como la amplitud de perspectivas y formas de análisis de las disciplinas afines a la Historia, como la nutrición, la biología, la ecología, entre otras. No obstante, la línea entre la interpretación, el análisis crítico y los juicios deterministas permanece pujante en nuestras investigaciones, de ahí que el balance historiográfico y la relectura de nuestras aseveraciones adquiera una relevancia en la forma de describir culturas que no dejaron fuentes escritas propias.

1.1 Política y sociedad comanche.

Ha sido una tendencia que en la mayoría de los estudios mexicanos sobre el pueblo comanche se de por sentado, en el mejor de los casos, que se trataba de unos indios belicosos sin proyecto o estructura política compleja, ya que “...al carecer los comanches de una organización política centralizada, era imposible hacer que en conjunto respetaran los acuerdos de paz..., en ese tiempo de alguna manera se consiguió moderar la conducta de todos los ansiosos guerreros de la nación comanche”.⁵¹ En otros casos, se reconoce su valentía y poderío, pero se afirma que “los indios en general fueron recelosos de inmiscuirse en rivalidades que no compartían y a veces ni entendían por ser ajenas a sus patrones culturales” y que “en términos generales, estaban más preocupados por las rencillas étnicas tradicionales...”.⁵² Ambas explicaciones no parecen sostenerse de manera empírica si observamos el desenvolvimiento de las parcialidades comanche en una perspectiva amplia.⁵³

La historiografía norteamericana tiene una tradición más antigua y más familiarizados con el tema sin que esto implique necesariamente una mejor aproximación. En general, esta

⁵⁰ Foster, *Being a Comanche*, pp. 53-54.

⁵¹ Velasco, *La frontera étnica*, p. 363.

⁵² Velasco, *La frontera étnica*, p. 364.

⁵³ No se sabe hasta qué punto, debido a su condición de sociedad meramente continental, los comanches desconocían el verdadero alcance del mundo industrial que tocaba a sus puertas. Es decir, los comanches adaptaron su funcionamiento social a los cambios tecnológicos que le ofrecía Occidente, pero en última instancia, no desarrollaron una industria propia o un mercado transatlántico como si lo haría Estados Unidos.

tiende a presentar al pueblo comanche, y muy recientemente de la misma manera a las fuerzas mexicanas, como individuos que significaron un combatiente imprescindible en la conquista de los territorios ubicados al oeste del Misisipi en la primera mitad del siglo XIX.⁵⁴ Aunque es verdad que la historiografía norteamericana ha tendido a excluir de sus análisis fuentes documentales de procedencia hispana o francesa, los planteamientos de sus corrientes más recientes apuntan a la utilización de las mismas a la par de los resultados de la arqueología, meteorología, entre otras.⁵⁵ Con todo, la historiografía mexicana y norteamericana, transcurren en un proceso de entrelazamiento de intercambio de ideas desde hace varias décadas, por lo que sus metodologías y resultados comienzan a revelar a los comanches cada vez más como sujetos históricos y menos como instrumentos de construcción de las respectivas mitologías nacionales.

Dicho lo anterior, se puede afirmar que las expresiones políticas y sociales del pueblo comanche se caracterizaron por compartir elementos desarrollados por habitantes previos de las planicies pero diferenciándose en otras. Como ya se mencionó, este grupo provenía tanto de la familia lingüística Uto-Azteca, como también lo fueron yutas, hopis y aztecas, así como de la familia de las lenguas númicas o Plateau Shoshonean. Existe un consenso sobre los rasgos culturales que los comanches conservaban de los Shoshones, quienes desaparecieron del registro histórico hacia el siglo XIX, sobre todo en relación a la forma de organización del poder como una no centralizada, androcéntrica y basada en el honor y el mérito de sus miembros. En cierto sentido, su sistema político social parece haber evitado las concentraciones excesivas de poder y desarrollado una tensión entre las aspiraciones individuales y el sentido comunitario tradicional. La repartición del poder y las relaciones en las que estaba basado, tiene su explicación tanto en su pasado shoshoneano y en el entorno de las Grandes Planicies.⁵⁶ Cuando las distintas parcialidades comanches emprendieron su consolidación en esta región optaron por una organización social basada en rancherías que no excedían las 300 personas. Esto ocurrió, en parte por las exigencias del medio geográfico y por la necesidad de lograr un equilibrio entre las actividades de caza propias de los

⁵⁴ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 9-12.

⁵⁵ Gelo, Daniel J, *Recalling the Past in Creating the Present: Topographic References in Comanche Narrative*, *Western Folklore*, Western States Folklore Society, Vol. 53, no. 4, Octubre 1994, en biblioteca Jstor <https://www.jstor.org/stable/1499451> [consultado el 20 de Julio de 2018] p. 295.

⁵⁶ Foster, *Being a Comanche*, p. 53.

comanches, y la presión que otros pueblos, rivales o aliados ejercían sobre los campos de pastura favoritos del bisonte. Algunos autores decimonónicos como Berlandier, opinaban que la comanchería no ofrecía la capacidad de recursos naturales para el pastoreo de ganado y la caza de bisonte, por lo que la presencia masiva de ambas especies impactaba de forma negativa al entorno ecológico. Otros observadores apuntaron, que hacia el siglo XIX las condiciones medioambientales apremiaron en las planicies, factor que obligaba a que los comanches se vieran en la necesidad de agruparse en grupos más reducidos de los que habían existido en periodos anteriores, a pesar de que comercial y militarmente parecieran pujantes hacia mediados del siglo XIX.⁵⁷

La organización social basada en unidades demográficas poco pobladas y estructuras políticas no jerárquicas les aseguraba cierto grado de protección en ese extenso territorio, ya que las pequeñas rancherías se desempeñaban con mayor movilidad en circunstancias de peligro, y más importante, garantizaba que en caso de que una ranchería fuese abatida la estructura general no se veía comprometida.⁵⁸ Ante los estándares occidentales, la configuración de la sociedad comanche aparecía como poco convincente, precaria o endeble, pero para vida cotidiana en las planicies, este tipo de organización social y política cohesionada por el sentido comunitario basaba su éxito en lo que Brooks llama “creatividad y flexibilidad”, enfocado a suprimir la concentración individual de poder. Brooks también ha señalado que aunque la comanchería no establecía líneas fronterizas formales o definidas, las rancherías del conjunto de los clanes parecían preferir la cohesión dentro del pueblo comanche en tanto comunidad, dado el grado de protección que de otra forma, no estaba garantizado fuera de él.⁵⁹ En palabras de Velasco Ávila “los acuerdos en los consejos comprometían en primer lugar a los jefes comanches, pero representaban al mismo tiempo el sentir general de las rancherías y sus intereses.”⁶⁰

La organización política de los comanches es mejor entendida si se observa la influencia de las movilizaciones migratoria en las estrategias de estos para reorganizar las

⁵⁷ Meadows, William C., *Kiowa, Apache, and Comanche military societies: enduring veterans, 1800 to the present*, Austin, University of Texas Press, 1999, p. 161.

⁵⁸ Foster, *Being a Comanche*, p. 53. Si los comanches comprendían cabalmente esta condición histórica es una cuestión que solo puede sospecharse y esbozar de forma indirecta, por medio de las fuentes de actores contemporáneos de filiación occidental.

⁵⁹ Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 53-54.

⁶⁰ Velasco, *La frontera étnica*, p. 74.

relaciones de subsistencia existentes en las planicies antes de su irrupción en la región. En otras palabras, las distintas oleadas de comanches que arribaron al sur de las Grandes Planicies, lo llevaron a cabo como entidades comunitarias ecuestres y cuando los vínculos comerciales con traficantes franceses y españoles se hizo inminente, los miembros de mayor jerarquía adecuaron ciertas formas de interactuar con sus interlocutores extranjeros. De este modo, era bien sabido, aunque sin determinar con exactitud la frecuencia con que tenía lugar, que los jefes de las parcialidades con mayor prestigio militar, o aquellos que querían de alguna manera obtenerlo, recurrieron a la búsqueda del reconocimiento de su potestad por autoridades nuevomexicanas o texanas. Paralelamente, la existencia de disputas políticas internas entre los comanches, buscaron frecuentemente la mediación de autoridades nuevomexicanas para acordar soluciones a los conflictos entre comanches. Un periodo de paz entre autoridades hispanas en Nuevo México y comanches occidentales llegó a mediados de la década de 1780, luego de las expediciones lideradas por el gobernador Juan Bautista de Anza dirigidas a coaccionar a los comanches al interior de las planicies, tras los esfuerzos de la corona por conformar la Comandancia General de las Provincias Internas. El conjunto de circunstancias medioambientales y de epidemias, junto con la política belicosa del gobernador de Anza, propiciaron que diferentes representantes de los comanches formalizaran relaciones con las autoridades españolas. Así como, las hazañas en batalla consistían en fuentes de prestigio entre los comanches, la nueva diplomacia se convertía en un principio social de reputación igual de válido.⁶¹

A su vez, la sucesión del liderazgo se llevaba a cabo por medio del linaje o por méritos obtenidos en la guerra y la cacería, y los aspirantes a liderar los distintos niveles de la organización política, buscaban tanto la aprobación de la comunidad como la de autoridades

⁶¹ De esa forma, los distintos grupos de apaches desplazados por los comanches, comenzaron a entrar en conflicto con los españoles y otros grupos en los confines de las planicies. Las autoridades hispanas llevaron a cabo una estrategia doble, que se valía de distintas facciones de distintos pueblos para emprender campañas contra los indios a someter. Como hemos visto, en ese proceso, un considerable número de familias apaches aceptaron la protección hispana y se establecieron en reservaciones. Aquellos apaches que se aferraron a la condición de indios independientes, tuvieron que lidiar al conjuntamente con la violencia desarrollada por comanches, hispanos y posteriormente con las colaboraciones en el comercio de cautivos apaches entre otros indios independientes y mercaderes franceses a lo largo sureste de las Grandes Planicies. Véase principalmente Rivaya-Martínez, Joaquín, “Diplomacia interétnica en la frontera norte de Nueva España. Un análisis de los tratados hispano-comanches de 1785 y 1786 y sus consecuencias desde una perspectiva etnohistórica”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 30 de Noviembre 2011, en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/62228> [consultado el 14 de Julio de 2019]; y Betty, *Comanche Society*, p. 23.

euroamericanas. De manera interna, porque debían demostrar su valía en tanto guías, protectores y proveedores de ciertos bienes a la comunidad, cuyos individuos le retribuían con su lealtad y reconocimiento; y externa, porque también la confirmación o reconocimiento de los políticos euroamericanos aumentaba su prestigio y conexiones comerciales.⁶²

Según Foster, los comanches lograron parte de su poderío en las planicies gracias a la coyuntura histórica del contacto con el comercio transoceánico europeo, y no solo a su ánimo guerrero o las considerables hordas de bisonte. Es decir, el pueblo comanche alcanzó su cenit de influencia en Norteamérica durante el periodo que va de principios del siglo XVIII a mediados del XIX, que también coincide con el momento en que las autoridades de Nuevo México y Texas se convirtieron en una de las fuentes de poder de los jefes comanche, gracias a los regalos, tributos y otros símbolos que los autorizaban, tanto a ellos como a sus comisionados, para establecer relaciones comerciales y de asistencia militar.⁶³ En palabras de Foster “the idea implies that without a European presence in North America there would have been no Comanches”.⁶⁴ En efecto, esa migración estuvo fuertemente impulsada por el interés de las bandas comanches en los cambios o novedades que ofrecía el contacto con la presencia española, francesa e inglesa en las planicies, en especial los referentes a las armas de fuego y el creiente mercado de caballos, ganado y piel de bisonte. Los comanches entonces, tuvieron que cambiar algunos parámetros culturales, aunque mantuvieron los rasgos lingüísticos y el sistema de parentesco como elementos de cohesión en el proceso de transición. Una vez esparcidos por el sur de las planicies, las reuniones o conesejos intratribales debieron mantenerse frecuentes e imperantes para resolver asuntos derivados de rencillas internas, acordar expediciones de caza, incursiones y sobre todo, reafirmar la cohesión de la comunidad comanche en este nuevo y extenso territorio.⁶⁵

Hemos visto que una de las fuentes que otorgaba notoriedad e influencia a un individuo dentro de la sociedad comanche provenía de la esfera militar. Ahora mencionemos otra fuente, la cual proviene de la esfera espiritual. Los comanches mantuvieron semejanzas, en cuanto a sus creencias espirituales se refiere, con el resto de los pueblos de lengua númica.

⁶² Foster, *Being a Comanche*, p. 55.

⁶³ Foster, *Being a Comanche*, p. 55.

⁶⁴ Foster, *Being a Comanche*, p. 32.

⁶⁵ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 137.

Por ejemplo, el concepto referente al enaltecimiento de determinados lugares, como el caso de lugares especiales de montañas y altozanos, donde se hallaba el hogar de los espíritus benignos; en contraposición, en los lugares de menor altitud como en lagos aislados, arroyos y barrancos, se ubicaba la morada de los espíritus malignos.⁶⁶ A grandes rasgos, los comanches tenían formas de construir su horizonte simbólico religioso, y los lugares considerados *sagrados*, jugaban un papel primordial para efectos del poder que representaba cierto miembro de la comunidad con poder medicinal o *puha*. Así, en los lugares sagrados, como ciertos montes o las tumbas de antiguos hombres poseedores de poder o *puhakatu*, ciertos comanches solían llevar a cabo una experiencia de sigilo o *puhahabitu* encaminada a la obtención del poder medicinal que luego podían compartir con otros formando pequeñas sociedades.

La obtención de el conocimiento sagrado era fundamental tanto en la vida cotidiana de los comanches como en las actividades guerreras, de ahí que autores como Kavanagh afirmen que este era uno de los modos principales de obtención de honor, que además otorgaba poder e influencia del individuo entre el resto de los miembros de la comunidad.⁶⁷ En esencia, uno de los procedimientos de adquisición del *puha* consistía en realizar un campamento de cuatro días en los montes sagrados, para esperar a entrar en contacto, por medio de los sueños, con un espíritu. Este presentaba y exigía la superación ciertas pruebas a las que el aspirante debía hacer frente y al superarlas hacerse merecedor de la obtención del poder curativo. Es otras palabras, aquel comanche que vencía en batalla las pruebas del ser aparecido en los sueños lograba la retribución del conocimiento medicinal, al cual accedía tan solo un grupo exclusivo.⁶⁸ Esta “batalla” constituía parte de un proceso de curación del alma que ponía a prueba facultades de concentración, paciencia y humildad, necesarias en la persona dispuesta a subir a dichos lugares *sagrados*. Se asegura que los poseedores del conocimiento medicinal, relataban su propia experiencia en el *puhahabitu*, como parte de la narrativa religiosa del pueblo comanche para cumplir propósitos moralizantes, didácticos y de esparcimiento entre la población.

⁶⁶ Gelo, *Recalling the Past*, p. 296.

⁶⁷ Kavanagh, *The Comanches*, p. 28-29.

⁶⁸ Gelo, *Recalling the Past*, pp. 297-298.

En suma, el honor y magnitud de influencia entre los jefes o líderes comanches, provenían fundamentalmente de sus hazañas y aptitudes para la guerra, el conocimiento medicinal y la repartición del botín entre los miembros de la comunidad. El grado de influencia trascendía, incluso, hacia las denominaciones con que se reconocía y diferenciaba a las divisiones y/o rancherías habitadas por estos individuos, que por añadidura pasaban a su responsabilidad. Es decir, según parece, se nombraba a las rancherías con el nombre del individuo más prominente de la misma, y en ocasiones del apellido de ese individuo principal.⁶⁹ Esta designación no era ni fija ni inalterable, por lo que cada designación dependía de la permanencia del líder en los altos mandos junto a su buen criterio, avalado de forma constante por la comunidad. En consecuencia, los individuos pertenecientes a determinada ranchería pasaban a formar parte, en una relación simbiótica, de la identidad del jefe y principales.⁷⁰ Cada una de estas unidades sociales, al recibir esta denominación, reafirmaba su identidad del resto de rancherías y/o parcialidades, lo que permitía establecer relaciones de parentesco no solo en el núcleo familiar cotidiano, en el conjunto de la comunidad comanche y en niveles interétnicos.⁷¹ Si el líder que sustituía al antiguo jefe pertenecía a otra familia, la denominación de las rancherías o en su caso el conjunto de las parcialidades podían de igual forma cambiar su designación.

Por otro lado, la movilidad de los individuos de una ranchería a otra parece haber ocurrido de forma común. Esta puede ser una de las razones por las cuales, cada parcialidad y ranchería no podían tomar decisiones de manera completamente autónoma o desfragmentada ya que las relaciones de parentesco eran de suma importancia al representar formas de atenuar conflictos entre diferentes grupos. Lo anterior, junto con los concilios celebrados entre los miembros de las distintas parcialidades, donde por ejemplo, se establecían nuevos lazos matrimoniales, representan la sociedad comanche como entidad política coherente sin que eso implicara el desarrollo de estructuras formales, como en el caso de las sociedades vecinas de la comanchería, que a su vez eran enclaves periféricos de las respectivas metrópolis.⁷² También, algunos estudios apuntan a que los comanches prohibían el matrimonio entre individuos de una misma parcialidad y que estos basaron su estructura en

⁶⁹ Betty, *Comanche Society*, p. 20.

⁷⁰ Betty, *Comanche Society*, p. 20.

⁷¹ Betty, *Comanche Society*, p. 19.

⁷² Betty, *Comanche Society*, p. 21.

un comportamiento de preservación de los intereses de la ranchería en su conjunto, donde el individuo enfocaba sus acciones a la protección y los intereses de la familia en sacrificio de los intereses individuales. El sentido de protección ha sido ampliamente discutido y existen referencias que indican que los comanches más jóvenes estaban generalmente a cargo del pastoreo y no de actividades de mayor peligro, lo cual puede ser muestra de una intención corriente la de proteger al “futuro” comanche guerrero o cazador.⁷³

Esa consideración social por la figura de los guerreros tuvo que agrandarse con el creciente y sostenido uso del caballo, que en las planicies constituiría uno de los elementos centrales que les caracterizaría y elevaría a constituirse como el arquetipo del indio de Norteamérica, el nómada ecuestre.⁷⁴ El caballo reintroducido al continente por los distintos flujos comerciales europeos, fue utilizado por los indios independientes en general como medio de transporte, para la guerra, la caza, y también en su comercialización, por lo que no es de extrañar que los comanches ganaran fama con ello. La domesticación del caballo, también pudo estar relacionada con una especie de cambios en el estado de ánimo de los comanches referida por ciertos testigos, que clamaban una especie de nueva concepción de su existir. Como adquirieron preponderancia en el robo, crianza y comercialización de los mismos en las redes de interacción del sur de las Grandes Planicies, el pueblo comanche se encontraba en una posición ventajosa entre el resto de los pueblos de indios independientes. Esta reestructuración del balance de poder conllevó a distintas enemistades y nuevas alianzas.⁷⁵

Así, en la medida en que los comanches adquirían preponderancia de gran parte del sur de las Grandes Planicies, hacían parte y diversificaban las redes de cautivos, esclavos y robo de ungulados, especializándose en la caza de bisonte, además de la guerra de amedrentamiento y arrasamiento hacia pueblos con tecnología bélica inferior. En ese proceso, los comanches coaccionaron a distintos pueblos de indios independientes, así como

⁷³ Betty, *Comanche Society*, p. 139.

⁷⁴ Hay que recordar que los miembros de civilizaciones occidentales que intentaron conquistar las planicies partían de definir su a la civilización en la medida en que esta se relacionaba con modos de vida caracterizados por la prevalencia del sedentarismo, agrarismo, ganadería, leyes formales y derecho a la propiedad, que en su conjunto formaban los Estados. En ese sentido, los indios de las planicies eran considerados no civilizados primordialmente por su falta de organización estatal, más que por el grado de inteligencia, destreza militar, o grado de asertividad y empatía de sus miembros.

⁷⁵ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 25.

a enclaves euroamericanos e Indios Pueblo tanto para conseguir cierto balance en su dieta como para satisfacer las demandas de las jerarquías de su sistema social, que de otra manera les era imposible conseguir con los recursos de las planicies y su especialización productiva.⁷⁶ En ese sentido, Velasco apoya la idea de los estudios norteamericanos al afirmar que la condición nómada en cierto punto consistió en una desición social, elección encaminada a la supervivencia y determinada por la experiencia en la observación de realidades alternas.⁷⁷ Además, si bien los comanches estuvieron familiarizados con el modo de vida agrícola sedentario desde su contacto con los Indios Pueblo desde el siglo XVII y luego por el mayor contacto con sociedades euroamericanas a los cuatro puntos cardinales de sus fronteras a partir del XVIII, la evidencia disponible indica que experimentaron en un grado mínimo el modo de vida sedentario antes de las reservaciones federales. El caso de San Carlos de los Jupes, por ejemplo, aparece como una anomalías a la inclinación de los comanches por el modo de vida nómada cazador-recolector.⁷⁸

Esa transición de la economía comanche hizo que su dieta sufriera un desbalance, luego de que los patrones alimenticios cambiaran de forma radical luego de su ajetreada trayectoria migratoria hasta que arribaran de forma regular al ecosistema de las planicies. Una vez instalados en este, la clamada gran disponibilidad de bisontes y la presumible ausencia de actividad agrícola en su estructura productiva demandaba la adquisición del resto de los requerimientos en macro y micronutrientes del exterior de la comanchería. Si bien, la mayoría de los miembros femeninos de la sociedad comanche pudieron preservar cierto grado de conocimiento sobre plantas silvestres comestibles y ciertas prácticas agrícolas, el paisaje vegetal de las planicies y sus condiciones medioambientales imponían mayor dificultad para desarrollar la agricultura en comparación con otros ecosistemas vecinos. Esta

⁷⁶ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 30.

⁷⁷ Velasco, *La frontera étnica*, p. 75. Queda investigación por delante para explicar las causas de la elección de los comanches de trasladarse a las planicies más allá del argumento de la abundancia de bisonte. Si bien, la piel del ungulado proporcionó beneficios puntuales, los aspectos dietéticos y nutricionales continúan siendo poco claros, sobre todo teniendo en cuenta que en determinado momento, en su estancia junto a los yutas, pudieran haber iniciado un proceso de reforzamiento de su propio conocimiento agrícola. La discusión es por mucho inacabada.

⁷⁸ El caso del poblado de San Carlos de los Jupes al norte de la comanchería, ha sido interpretado por los estudiosos del pasado comanche como una anomalía tanto para los esfuerzos europeos por pacificar la zona, como de los comanches solicitando ayuda euroamericana. El poblado fue bastante efímero y marcó el declive de la parcialidad conocida como jupes hacia la primera mitad del siglo XIX, en Betty, *Comanche Society*, p. 24.

circunstancia fue uno de los motivos, entre otros casos, de que las guerras entre apaches y comanches consistieran en lo que un autor define como un conflicto por el acceso a los carbohidratos.⁷⁹ De este modo, las luchas interétnicas por el control de la tierra y sus recursos estuvo en el corazón de la causa por la cual, las rencillas de antaño fueron tan difíciles de enmendar entre aquellos indios independientes desterrados, los comanches y las sociedades euroamericanas. Hämäläinen indica que en determinado momento antes del siglo XIX, los comanches tomaron la decisión de no emular las estrategias de subsistencia apaches orientadas a mezclar actividades agrícolas con las propias de los cazadores-recolectores, puesto llevarlas a cabo consumirían gran cantidad de energía en el trabajo necesario para producir parcelas eficaces; vigor e intelecto que bien podían ahorrar para las actividades ecuestres como las tácticas de guerra, la cacería y los derivados de la piel de bisonte.

Es más, los comanches, al inclinarse por la vida en torno a la caza, el pastoreo y la confección de pieles, tuvieron que compensar las limitaciones nutricionales que emanaban de dicha especialización productiva, y lo lograron solo con la importación de otros alimentos que completaran el resto de los macronutrientes que no estaban disponibles en la carne del bisonte, el caballo y el ganado. De esta manera, la considerable concentración de parte de sus esfuerzos por sacar excedentes de la caza del ungulado para la compra e intercambio de aquellos productos faltantes en su dieta y que no producían por su cuenta, tiene buena parte de su explicación en un problema básico y fundamental para la supervivencia humana como lo es aquellos problemas alimenticios y nutricionales de toda sociedad humana.⁸⁰

Por otro lado, en términos sociales, existen indicios de que el pueblo comanche no estuvo del todo cerrado, tal vez por necesidad o por simple empatía, a la diversificación

⁷⁹ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 31. Hämäläinen relaciona indistintamente y sin mayor detalle los requerimientos nutricionales con un grupo de alimentos dependiendo su origen en la cadena trófica. Simplifica el tema, como la mayoría de los autores que de forma escueta lo abordan, al conectar indistintamente carbohidratos con alimentos de origen vegetal por un lado, y por otro a proteínas/grasas con alimentos de origen animal. Sin embargo, hay que hacer la puntualización de que los comanches, como otros cazadores recolectores, pudieron sobrevivir y desarrollar sus capacidades intelectuales o en su caso sufrir desnutrición gracias a completar/mermar la ingesta de nutrientes, y no al alimento en sí. En otras palabras, la diversificación de la dieta, al incluir alimentos de origen animal, solo consistió en una estrategia de nuestra especie, apoyada de adaptaciones fisiológicas, para completar los requerimientos nutricionales en circunstancias en las que era imposible obtener proteínas y grasas de alimentos de origen vegetal. Para una inserción general al tema que relaciona la dieta del hombre paleolítico con las cualidades fisiológicas y digestivas del ser humano véase, Katharine Milton, "A Hypothesis to Explain the Role of Meat-Eating in Human Evolution", *Evolutionary Anthropology*, vol. 8, num. 1, 1999, pp. 11-21.

⁸⁰ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p.32.

genética de su población. Por ejemplo, los individuos incorporados, pero sin relación sanguínea, fueron reconocidos como miembros legítimos de la comunidad en un índice creciente.⁸¹ En otras palabras, existen elementos para afirmar que la comunidad comanche no tenía impedimentos para incluir a individuos de procedencia étnica, lingüística y racial diferente. A pesar de que a nivel de bandas y rancherías predominara la exogamia, y que las divisiones fueran fundamentalmente endógamas, los comanches incorporaron personas de distinta ascendencia genética a sus filas.⁸² En palabras de Hämäläinen “Behavior and beliefs, not blood lineages, determined who would be accepted into Comanchería and could become Comanche”.⁸³

Finalmente, existe un argumento utilizado por la historiografía mexicana para explicar la causa de las incursiones comanches hacia los estados de Nuevo León y Tamaulipas en los primeros años del México independiente, consiste en señalar una relación directa y casi unilateral entre el empuje expansionista norteamericano emprendido desde los tiempos del presidente Andrew Jackson y la movilización de las tribus indias removidas en ese proceso. Como estas tribus fueron trasladadas al oeste del río Misisipi, las rencillas con los indios de las planicies no tardaron en aflorar, por lo cual, estos últimos no habrían tenido más remedio que emprender sus campañas de incursiones sobre las poblaciones mexicanas, para compensar la presión que las llamadas tribus removidas ejercían sobre las hordas de bisonte y los pastizales de pastoreo de las planicies correspondientes al área de influencia

⁸¹ Un punto de partida sobre este asunto en particular es Rivaya-Martínez, Joaquín, “De la civilización a la barbarie. La indianización de cautivos euroamericanos entre los indios comanches, 1820-1875”, en *La indianización. Cautivos, renegados, «hommes libres» y misioneros en los confines de las Américas, s. XVI-XIX*, Salvador Berbnabéu Albert, Christophe Giudicelli, y Gilles Havard eds., Sevilla, Doce Calles and École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2013, pp. 107-136; “Becoming Comanches: Patterns of Captive Incorporation into Comanche Kinship Networks, 1820-1875”, en *On the Borders of Love and Power: Families and Kinship in the Intercultural American West*, David Wallace Adams and Crista DeLuzio eds., Berkeley, University of California Press, 2012, pp. 47-70.

⁸² Como se apunta en el tercer capítulo, el *ser* comanche estaba más fuerte relacionado con la *presencia* reconocida por la comunidad y la aceptación del individuo dentro de la misma. Por otro lado, es posible que la población comanche previa a la reservación haya presentado cierto incremento del sector de su población conformado por individuos incorporados, en especial por la tenencia de cautivos, mientras el sector de la población comanche original entraba en decadencia probablemente por la exposición genética a las epidemias y la sostenida cultura de práctica de guerra, sin que ello colaborara a sostener índices de crecimiento poblacional durante todo el siglo XIX, véase Rivaya-Martínez, Joaquín, “Incidencia de la viruela y otras enfermedades epidémicas en la trayectoria histórico-demográfica de los indios comanches, 1706-1875.” En Chantal Cramaussel, ed., *El impacto demográfico de la viruela en México de la época colonial al siglo XX*, vol. 3, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 2010, p. 69.

⁸³ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 177.

comanche. Bajo esta línea argumentativa, “estos indios [los indios removidos] muy pronto empezaron a invadir las praderas para cazar el bison, del cual dependían fundamentalmente los comanches y los kiowas. De modo que fue el avance colonizador del pueblo norteamericano una de las principales causas de que entre 1830 y 1840 las invasiones de los indios bárbaros se hicieran frecuentes en los estados del norte de México”.⁸⁴ Pero como veremos a lo largo de la investigación, los comanches tenían motivaciones propias para dirigir la violencia hacia el sur de sus fronteras, probablemente más significativas que las presiones geoestratégicas que impactaban a su sociedad. En última instancia, ambas esferas jugaban un papel simbiótico que influyó para que hacia la década de 1840 la violencia se desatara a lo largo del norte de México.

1.2 Violencia, incursiones y sociedades guerreras.

La historiografía mexicana tiende a presentar a estos pueblos como sociedades amenazadas y a la defensiva en respuesta a un inminente y arrasador avance de la civilización occidental, que bajo la faceta del “destino manifiesto” habría arrasado de forma contundente y homogénea sobre el resto de las formas de vida presentes en lo que actualmente conforma el territorio de Estados Unidos.⁸⁵ Se ha dicho también que la predisposición a guerrear por parte de los indios de las planicies estaba determinada por la competencia al acceso y control de los recursos naturales y materiales de la región.⁸⁶ Es decir, cierta narrativa mexicana sobre los indios bárbaros se ha basado en una serie de supuestos que pueden resumirse de la siguiente manera: que ante el contacto con la civilización occidental, las naciones indias sentían amenazadas sus identidades por lo que su historia reciente está enmarcada por la resistencia a la destrucción de su forma de vida basada en comunidades no competitivas, carentes de exclusión y pugnas étnicas; que las tribus nativas norteamericanas eran en muchos sentidos pasivas y solo buscaban su mera supervivencia; que “desde principios del siglo XIX, los distintos pueblos indios veían con preocupación la creciente presencia de los angloamericanos”;⁸⁷ que el avance anglosajón fue tan contundente que los indios no pudieron

⁸⁴ Montemayor Hernández, Andrés, “Sobre Isidro Vizcaya Canales, La invasión de los indios bárbaros al noroeste de México en los años de 1840-1841”, *Historia Mexicana*, serie 1, vol. 19, no. 1, julio 1969, en <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/1234/1125> [consultado el 25 de julio 2018], p. 154-156.

⁸⁵ Velasco, *La frontera étnica*, p. 21.

⁸⁶ Velasco, *La frontera étnica*, p. 20.

⁸⁷ Velasco, *La frontera étnica*, p. 21.

gozar de circunstancias favorables que pusieran ese avance en entredicho;⁸⁸ y que el destino manifiesto fue tan implacable como para aglutinar las conciencias norteamericanas en un mismo objetivo. Todos estos supuestos, como es de esperarse, cuentan con sus propios matices.

Para ciertos observadores de la época, la cultura guerrera comanche era considerada en la mayoría de los casos deshonrosa, como en el caso de M. Paino, quien asentaba que “es innegable que los bárbaros son de un valor extraordinario pero desconocen lo que en nosotros se llama honor”.⁸⁹ Esta imagen de los indios de las planicies se popularizaba mientras que otros testigos manifestaban que “it is a fact which to be worth noting here, that amongst all Indian tribes, that I have yet visited, in their primitive, as well as improved state, the *white flag* is used as a flag of truce, as it is in the civilized parts of the world, and held to be sacred and inviolable”, descripción que cambia diametralmente la imagen de los comanches con respecto a la familiarización que tenían con respecto de los símbolos y formas culturales occidentales.⁹⁰ Velásco Ávila confirma que tanto españoles como norteamericanos documentaron diferentes grados y distintas formas del uso de la violencia entre los indios de las planicies.⁹¹ Es común, que al explicar las motivaciones culturales de los comanches para realizar las incursiones en poblaciones no indias, los testigos occidentales mostraran una visión romántica del indio basada en la imagen de un individuo que va a la guerra para cumplir con algún ritual de la tribu y que desplegaba violencia como reacción rudimentaria y natural ante el peligro que representaba la presencia de occidente. Es evidente, que para los vecinos fronterizos afectados en las fronteras de la comanchería, los estragos causados por los comanches se veían como casos frecuentes pero instintivos e inconcientes, y no como expresiones de estrategias bien panificadas. El *escalpe* y la muerte ejercida con el *tomahawk* (hacha), que fueron entendidos como elementos rituales que otorgaban prestigio a los

⁸⁸ Como se estudia en el capítulo siguiente, los comanches establecieron alianzas con el Nuevo México colonial y republicano, con la Texas en jurisdicción de Coahuila y con la República de Texas. También tuvieron acercamientos en distintos momentos con diferentes autoridades de los estados de Coahuila, Chihuahua y Durango, durante el México Independiente.

⁸⁹ Como se cita en Velasco, *La frontera étnica*, p. 72.

⁹⁰ “Cabe notar que, entre todas las tribus indias que he visitado, en su primitivo pero desarrollado estado, la bandera blanca es utilizada como símbolo de tregua, así como se usa en las naciones civilizadas”, en Catlin, George, *Letters and Notes on the Manners, Customs, and Condition of the North American Indians*. New York, Wiley and Putman, 1842.

⁹¹ Velasco, *La frontera étnica*, pp. 65-67.

guerreros comanches,⁹² así como acciones cargadas de simbolismo en términos de diplomacia interétnica, aparecían ante los ojos de los individuos letrados en las comunidades fronterizas como meros actos de barbarie, a pesar de que las autoridades mexicanas acudieron en variadas ocasiones a los servicios de mercenarios cazadores de indios, quienes practicaron la práctica denominada popularmente como *quirquismo* en referencia a la fama de mercenario James Kirker.⁹³

Sin negar que los euroamericanos, en especial en la administración de Mirabeau Lamar en Texas a principios de la década de 1840 y los justicieros o mercenarios profesionales utilizados por las autoridades mexicanas y norteamericanas posterior a 1848, realizaron prácticas semejantes cada que capturaban o vencían alguna partida comanche,⁹⁴ los ejemplos de las formas de violencia entre los indios de las planicies deja de manifiesto que occidentales y nativos concebían la guerra de forma radicalmente diferente, brecha que no solo se manifestaba en las motivaciones de la violencia sino en las tácticas de guerra desenvueltas en el medio geográfico de las planicies y las zonas fronterizas en general. Las tácticas bélicas de los indios de las planicies evitaron las confrontaciones formales o batallas, y dieron lugar a la prevalencia de ataques fugaces, de suerte que las fuerzas armadas de tradición hispana, tanto española como mexicana, se vieron imposibilitadas de desarrollar formas de guerra basadas en la confrontación formal y directa, habituales a las sociedades agrarias estatales.

Los comanches sacaron provecho de ello durante siglo y medio. En líneas generales, sus movilizaciones violentas e incursiones no estaban destinadas a conquistar o asegurar territorios delimitados que ocupar luego por medio de enclaves y poblaciones permanentes, sino a crear relaciones comerciales, vínculos de parentesco así como extender las áreas de caza, pastoreo y pillaje; ante ello, cada que las autoridades euroamericanas intentaron

⁹² Velasco, *La frontera étnica*, p. 66.

⁹³ La cultura de los mercenarios como cuerpos armados encargados de proteger las poblaciones fronterizas de las sociedades euroamericanas ha sido uno de los rasgos más controversiales. James Kirk representa el prototipo de estos hombres contratados por las autoridades para capturar a delincuentes, forajidos e indios independientes. Los niveles de violencia y atrocidad han sido bien documentados en la historiografía. Para una introducción al tema véase, Smith, Ralph Adam, *Borderlander. The Life of James Kirker, 1793-1852*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.

⁹⁴ El escalpe practicado por las fuerzas occidentales consistía en una refriega o ajuste de cuentas, más que un símbolo de honor. Esta práctica fue común entre soldados regulares, voluntarios, milicias y mercenarios a sueldo de autoridades euroamericanas.

desarticular al pueblo comanche mediante la violencia, se encontraron con que las tácticas militares vislumbradas para coaccionarles fueron en su mayoría ineficaces dada la naturaleza inestática de las rancherías y la forma descentralizada de organización social. De igual forma, el conocimiento de los comanches relativo a una potencial insuficiencia de provisiones necesarias para el mantenimiento de tropa y caballada en el desplazamiento por las planicies durante las distintas estaciones del año, apuntaba otro elemento en favor. Como consecuencia, salvo determinados casos de fuerzas occidentales que lograron derrotar a los comanches con movilizaciones hacia el interior de la comanchería, en el fondo, las autoridades euroamericanas no crearon las condiciones para emprender una invasión masiva par subyugar a los indios independientes de las planicies.

Pese a que, de cuando en cuando ciertos estrategas mexicanos plantearon maniobras activas y agresivas, en la práctica, movilizaciones similares hubieran presentado numerosas dificultades de costos y logística, de ahí que la estrategia común y habitual de las autoridades fronterizas se basara en medidas de mitigación y defensa, en lugar de contención y sojuzgamiento. Incluso, aunque el gobierno norteamericano convocó a un considerable número de soldados y voluntarios en las campañas de invasión de México, lo cierto es que evitaron de manera resuelta el enfrentamiento directo con los comanches, y menos una invasión a la comanchería. por último, porque los comanches aprovecharon y no repararon demasiado en valerse del comercio informal con su mejor exponente desarrollado en la figura de los llamados *comancheros*, que desarrollaron y perpetuaron estas relaciones comerciales hasta el último cuarto del siglo XIX.⁹⁵

Las armas de fuego y el caballo hicieron de los comanches una fuerza de indios independientes de las planicies prácticamente imbatible e impenetrable,⁹⁶ a lo largo del periodo que va de 1750 hasta inicios de la década de 1840, en el que con todo y algunas expediciones punitivas exitosas de cuerpos armados euroamericanos hacia el interior de la comanchería, en el balance general el objetivo de colonizar la zona solo pertenecía a la esfera de vivo en las promesas políticas y los ánimos conquistadores. En otras palabras, la región Indios Pueblo-Nuevo México-planicies ilustraba, para los intereses hispanos y luego de los

⁹⁵ Weber, *The Mexican Frontier*, p. 98.

⁹⁶ Esto no implica las derrotas parciales de algunos clanes comanches, así como conocida apertura a dar paso y protección a aquellos comerciantes que gozaban de su aprobación y amistad.

Estados-nación, perfectamente aquella frase de Felipe II “obedézcase pero no se cumpla”, donde las decisiones locales tenían muchas veces que hacer caso omiso a las disposiciones de los gobiernos centrales. En palabras de Weber “Repeated orders by Pérez and other officials did little to check gun-runners or curb illicit trade in New Mexico”.⁹⁷ Si bien esto refleja que la región se caracterizaba por faltar a las disposiciones legales con respecto a la esclavitud, el contrabando, etcétera, también es cierto que las autoridades locales euroamericanas gozaban de relativa independencia económica y política. Se puede decir que a los ojos del imperio español y de la posterior República Mexicana, la región formaba parte de su territorio político y ordenaba disposiciones oficiales para proteger su soberanía en las provincias septentrionales; pero para los ojos de la administración local, esas disposiciones políticas, fiscales y militares no correspondían con la realidad social que vivían sus pobladores con relación a los miembros de las sociedades de indios independientes.

El siglo XIX presentó coyunturas históricas contradictorias para los indios de las planicies y aquellos pueblos con los que guardaban nexos cotidianos. Las relaciones que se generaron entre indios independientes y los indios exiliados por el avance de Estados Unidos representan, desde una perspectiva amplia, el dramático declive del modo de vida cazador-recolector y las sociedades no jerárquicas en Norteamérica. Los comanches alteraron sustancialmente los patrones ecológicos de las planicies tras su arribo en el XVIII, y el modo cazador-recolector pedestre en las planicies desapareció con la expulsión paulatina de los diferentes grupos apaches. Con todo, el avance territorial de Estados Unidos supuso la reubicación de distintos pueblos nativos (Cherokees, Chickasaws, Choctaws, Creeks, Delaware, Shawnee y Kickapoo, entre otros) hacia el oeste del Misisipi acercándolos al rango de influencia de las Grandes Planicies, de los Osages y por ende al extremo noreste de la comanchería. Comanches y Osages habían permanecido en constante conflicto desde inicios del siglo XVIII, cuando los intereses franceses aún figuraban desde la costa de Texas hasta los límites orientales del sur de las Grandes Planicies.⁹⁸ No fue hasta la década de 1830 que

⁹⁷ Weber, *The Mexican Frontier*, p. 98.

⁹⁸ Luego de la irrupción paulatina de los comanches en las planicies los diferentes grupos de apaches que habían habitado las planicies se dispersaron y de manera general quedaron ubicados, durante finales del siglo XVIII y hasta mediados del XIX, de la siguiente forma. Al noroeste de la comanchería, los jicarillas; al sur y suroeste principalmente en Coahuila y Chihuahua, los mescaleros y chiricahuas; y al sur y sureste los lipanes. Mientras que en el siglo XVIII, los chiricahuas, mescaleros y jucarillas fueron neutralizados directamente por coaliciones de comanches y yutas, los apaches lipanes fueron contrarrestados por los osages y otras confederaciones, que

comanches y osages comenzaron un proceso de relaciones pacíficas animadas por los beneficios económicos que potencializaron la unión de sus redes de intercambio y formalizadas por intervención del gobierno norteamericano en 1835, dados los problemas ocasionados por la confrontación que ocasionaba la traslación del Territorio Indio hacia los terrenos ocupados por comanches orientales y por osages.⁹⁹ A pesar de que los osages se erigieron como los mediadores de armas de fuego y venta de caballos entre comanches y el mercado norteamericano en la franja noreste de la comanchería acarreado beneficios inmediatos a los comanches, los efectos negativos del arribo de las tribus removidas y los osages estuvieron relacionados con la sobre explotación del bison y el mayor número de competidores comerciales no euroamericanos.¹⁰⁰

Mientras tanto, al oeste de la comanchería las relaciones entre las autoridades nuevomexicanas y los comanches kotsotekas habían entrado en un periodo de crisis desde inicios de siglo XIX y los cambios administrativos no pudieron redirigir, para beneficio de la consolidación del Estado-nación, las relaciones comerciales que en forma de contrabando oficiales gubernamentales, mercantes prominentes y clérigos nuevomexicanos mantenían con el mercado norteamericano. De igual forma, en ciertas microregiones de Nuevo México, como la conocida como río Arriba, al norte de Santa Fe, cuyas características sociales de sus habitantes se asemejaban más a las de las sociedades comunales, mantenía más y mejores vínculos comerciales con los indios de las planicies en desafío a las disposiciones oficiales para contener el comercio informal.¹⁰¹ En palabras de Weber “Trade went on between the

entraron en contacto comercial con marcaderes y exploradores franceses quienes extendían sus redes de intercambio desde la costa de la Luisiana hasta el valle del Misisipi en épocas tempranas. Los lipanes quedaron diezmados por estos reacomodos y las rencillas con los pawnee y con los comanches del este se revitalizaron. Hacia el siglo XIX, con los franceses prácticamente fuera del tablero, osages y comanches rivalizaron por el control de las mejores rutas y mercancías, hasta la paz formalizada durante la década de 1830, véase Rollings, William H., *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains*, Columbia, University of Missouri Press, 1992, pp 117-18; Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 32-33, 154-155.

⁹⁹ El tratado puede verse en “Treaty with the Comanche, etc., 1835”, en Kappler, Charles J., *Indian Affairs: Laws and Treaties*, Washington D.C., Government Printing Office, vol. 2, 1904, en <https://dc.library.okstate.edu/digital/collection/kapplers/id/26276> [consultado el 10 de abril de 2020] pp. 435-39.

¹⁰⁰ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 152-56, 294-95.

¹⁰¹ Para el caso del sur de la comanchería, Báez-Villaseñor menciona el decreto de Francisco Vidaurri y Villaseñor del 19 de Abril de 1834, el cual prohibía hacer regalos a los indios, así como realizar comercio de armas y municiones, en Báez-Villaseñor, “Los Indios de Coahuila-Texas en las primeras décadas de vida independiente 1821-1848” en Soto, Martha y Danna Levin Rojo, *Los grupos nativos del septentrión novohispano ante la Independencia de México 1810-1847*, México, UAM-Iztapalapa, 2010, pp. 81-82.

pobladores of río Arriba and groups of Navajos, Utes, and Comanches, even while New Mexico was ostensibly at war with these ‘nations’”.¹⁰²

Ahora bien, la esfera militar también tenía injerencia en el funcionamiento interno de la sociedad comanche, y tanto los testimonios decimonónicos como la historiografía han puesto un especial interés en la misma. Nos atreveríamos a decir que el principal atractivo de los comanches radica en su fama guerrera. Como Meadows señala, los comanches, al igual que otros indios de las planicies, incluían dentro de las funciones militares aquellas como cargos policiales, supervisión de las actividades cazadoras, preparación y vigilancia de las ceremonias de integración sociopolítica y el fomento de la *ideología* guerrera. Por supuesto, los comanches también presentaban características como la *amistad ficticia* que aseguraba las alianzas militares, insignias que distinguían el rango de los guerreros, jerarquías en el aparato militar, etcétera.¹⁰³ Hacia mediados del siglo XIX la región de las Grandes Planicies y había experimentado importantes cambios geopolíticos, protagonizados por la incorporación de nuevos pueblos de indios independientes, la llegada de indios removidos por Estados Unidos, los problemas en Texas, la preponderancia comanche, el comercio en el Camino a Santa Fe que conectaba Chihuahua con Misuri en medio del comercio transoceánico, y por supuesto la presión de la creciente migración europea hacia el oeste del río Misisipi. En este tablero geopolítico, las pugnas entre fuerzas nativas constituían una realidad latente, y los acuerdos de paz se convirtieron en opciones recurrentes las cuales se concretaban a menudo con el matrimonio de los hijos de líderes prominentes.¹⁰⁴

Existe la discusión en torno a la posibilidad de que los comanches formaran, como en el caso de otros indios de las planicies, cuerpos militar regulares de élite, también llamados sociedades militares. Si bien, los comanches llevaron a cabo expediciones a gran escala y bien organizadas, como una especie de milicia que emprendía la ofensiva solo en momentos específicos parece no haber existido un cuerpo conformado por la elite guerrera proveniente de cada uno de los clanes, encargada de un entrenamiento especial, que patrullara la comanchería y acudiera a la defensa de las fronteras, y que a su vez debiera su lealtad a un

¹⁰² “el comercio se hacía entre los pobladores de Río Arriba y los yutas, navajos y comanches, a pesar de que las autoridades nuevomexicanas se encontraban en guerra abierta con esas naciones”. Weber, *The Mexican Frontier*, pp. 281.

¹⁰³ Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche*, p. 251.

¹⁰⁴ Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche*, p. 153.

órgano centralizado. La discusión acerca de la existencia de sociedades o cuerpos especializados, conocidos por la historiografía como sociedades militares, entre los comanches sigue siendo tema de discusión, debido en parte a la ausencia de material etnográfico y documental que avalen las interpretaciones. No obstante, la referencia a una preocupación comanche por la especialización y perfeccionamiento de las habilidades de sus guerreros es mencionada con resolución en los estudios. Al respecto, las danzas preparatorias para las campañas o expediciones son utilizadas para estudiar este fenómeno social. Una de ellas es la denominada Gourd Dance, que representaba a grupos o divisiones de guerreros jóvenes. Otra es la de Little Horses o Little Horse People cuya labor estaba relacionada con el resguardo de la marcha y campamento de las distintas bandas. También figuraban los Big Horses Society o Big Horse People, encargados de vigilar o dirigir las movilizaciones de las bandas o rancherías, al igual que establecer la paz en caso de conflicto entre distintos clanes. Probablemente, también vigilaban a los cautivos y esclavos que escapaban, además de asegurar el paso a los comerciantes amigos de los comanches y a aquellos individuos extraviados o que pedían asilo.¹⁰⁵

De cualquier modo, hacia finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, la organización militar comanche adquirió modos de adaptación a las nuevas exigencias del panorama geopolítico, luego de la firma de los tratados de paz con las autoridades españolas en 1875-76. Por ejemplo, luego de que las fuerzas hispanas derrotaran por primera vez a los comanches, dentro de sus dominios, los jefes fueron persuadidos para adecuar sus modos de presentarse como representantes de sus comunidades ante sus pares hispanos. En efecto, los españoles tuvieron que convencer de algún modo a los jefes comanches, para nombrarles u otorgarles títulos como el de “General de la Nación Comanche”, entre otros. Estos títulos adquirirían formalidad en la medida en que existieran regalos que los jefes pudiesen repartir entre el resto de su comitiva y las rancherías en general, para hacerse de la lealtad de aquellos sectores de la población más importantes para el mantenimiento del estatus de los líderes u hombres poderosos.

De igual forma, a los diferentes jefes se les siguió nombrando como *capitanes* o *generales* por parte de las autoridades hispanas, y la entrega de lo respectivos regalos

¹⁰⁵ Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche*, pp. 276-282.

realizandose anualmente. A cambio, contingentes de comanches solían acompañar a destacamentos o expediciones españolas contra los indios independientes enemigos en turno. Esta actitud puede notarse de igual forma en las visitas de las comisiones de indios de las planicies a poblados como Santa Fe, a los cuales arribaban bajo el mando de sus respectivos generales o capitanes, quienes incluso portaban vestimenta o insignias hispanas, signos que les otorgaban cierta inmunidad dentro de los límites de la sociedad nuevomexicana.¹⁰⁶ Desde luego, para los ojos euroamericanos dichos gestos representaban la manifestación de la lealtad de los indios a la Corona, o al menos esa era la idea que las autoridades locales querían desplegar. Sin embargo, no podemos estar completamente seguros que aquello representara lo mismo para el bando comanche. Cabe señalar que estas formas o ritualidad diplomática continuaría durante la primera mitad del siglo XIX, como en el caso de 1840 en Texas, cuando la comisión comanche, que buscaba poner fin a tres años de sangrienta lucha con los brazos armados de la administración de M. Lamar en Texas, fuese atacada en la llamada Council House Fight, acción que desencadenaría una oleada de violencia que diezmó a texanos y comanches, hasta desembocar con una nueva alianza comanche-texana, previa a la guerra de 1846.

Las acciones comanches que dan cuenta de una culutra diplomática esbozan una mezcla de patrones adaptados a diferentes situaciones. Desde el punto de vista euroamericano, la naturaleza de las relaciones con los indios de las planicies, solo daba cuenta de la indomabilidad de los mismos, aunque desde la comanchería seguramente cada evento era entendido como la mejor reacción a las situaciones que se presentaban. Por ejemplo, la relación con los españoles en distintos puntos cardinales de la comanchería fue muy variada, además de que la imagen o arquetipo del “comanche” cambió de un periodo a otro, como una frase resume que transitaron en la imaginación occidental desde ser vistos como los *más crueles bárbaros* a los *aliados más implacables de la corona española*.¹⁰⁷ Esta dicotomía sería heredada por el México independiente y a pesar de los esfuerzos de algunas autoridades locales y enviados especiales por ganar la simpatía de los indios de las planicies, las circunstancias del siglo XIX impidieron que las incursiones se intensificaran sobre ciertos

¹⁰⁶ Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche*, pp. 263-265.

¹⁰⁷ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 143.

sectores de la población fronteriza nortea, incluso tras acuerdos de paz materializados en documentos escritos.

En lo referente a las relaciones entre comanches y Texas, se puede decir que también sufrieron momentos de alianzas y periodos de enfrentamientos abiertos. En la medida en que Estados Unidos iba ganando territorio y despojando a distintos pueblos, expulsándolos hacia el oeste del río Misisipi, Texanos, comanches y aquellos comerciantes norteamericanos que habían desarrollado fuertes lazos con la comanchería durante más de dos décadas, no tardaron en resentir la incorporación masiva de los recién llegados. Los problemas entre comanches y pueblos removidos no tardaron en aflorar durante los primeros años de la década de 1830, mientras los acontecimientos en Texas comenzaban a gestar su propio proceso de independencia. Hacia 1835, los indios removidos habían sido experimentado desde la tentación del gobierno mexicano para establecerse en tierras mexicanas en Texas a cambio de luchar contra los comanches, hasta la mediación del gobierno norteamericano para establecer una alianza con los propios indios de las planicies. De cualquier forma, estos pueblos removidos pasaron a ser importantes mediadores comerciales entre el comercio del Misisipi y la comanchería, y la disminución de la violencia en esta frontera de la comanchería otorgaba cierta seguridad a los guerreros de las rancherías comanche de la zona para desatender por determinados periodos a sus familias y emprender expediciones de guerra hacia México.¹⁰⁸

Sin embargo, las relaciones entre texanos y comanches, no mejoró del todo con la independencia texana. Al principio, luego de la elección de Sam Houston como presidente de la joven República, se estableció una línea fronteriza bajo la firma del tratado llamado “Treaty of Peace and Amity” de 1838 y las fuentes sugieren que los comanches orientales mantuvieron buenas relaciones con la administración de Houston.¹⁰⁹ Entre otras cosas, los comanches se comprometían a no incursionar en territorio tejano y los apaches lipanes fueron removidos dentro de la comanchería, quedando bajo la jurisdicción comanche.¹¹⁰ Se sabe que la postura con respecto a la política que debía llevarse a cabo ante el problema comanche por parte de las administraciones texanas, fluctuó dependiendo la línea ideológica seguida por

¹⁰⁸ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 152-53.

¹⁰⁹ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 215; y Betty, *Comanche Society*, p. 172.

¹¹⁰ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 218.

cada ajecutivo. Sin olvidar que las características demográficas jugaron un papel preponderante en la forma no solo de proceder ante los asuntos de la frontera con los comanches, sino con los ánimos independentistas y aquellos anglos que se posicionaban en contra de desafiar la soberanía mexicana en Texas. En otras palabras, la postura conciliadora del presidente Houston difería tajantemente de la posición de conflicto directo animada por su sucesor Mirabeau Lamar.¹¹¹

1.3 Economía comanche en los tiempos de las Grandes Planicies.

La consolidación de las distintas parcialidades de la comunidad comanche en las planicies se dio hacia la segunda mitad del siglo XVIII, con una economía especializada en la caza de bisonte, el comercio y el pillaje. Las historiografías nacionales mexicana y estadounidense proyectaron por largo tiempo una visión pesimista de los vínculos económicos en el septentrión, para el caso de México, y las regiones fronterizas del oeste, para el caso de Estados Unidos. Es decir, para los mexicanos, las regiones más septentrionales eran concebidas como inactivas, estériles y lejanas, mientras que cierto sector norteamericano le consideraba tierra virgen a conquistar, siempre y cuando se pudiera neutralizar a los indios salvajes que dominaban gran parte de los territorios. La idea generalizada de las actividades económicas en la región proyectaron la idea de que el territorio que va de Texas a California, estaba habitado por enclaves occidentales que no hacían más que soportar los estragos de una guerra interétnica a manos de los indios bárbaros. Esa idea, proyectó a una zona inhóspita en la que las condiciones de vida resultaban inviables y las empresas comerciales industriales no redituables. Si bien, el suroeste de Estados Unidos, en la que estaban insertados los comanches, junto con los estados esclavistas del sur no alcanzaron los estándares de riqueza de la región noreste de ese país durante el periodo previo a la guerra de secesión, lo cierto es que las interacciones económicas distaban de caracterizarse como inactivas, pasivas e insignificantes.¹¹²

¹¹¹ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 152.

¹¹² Para una introducción a la vibrante actividad commercial desarrollada en el conglomerado Indios Pueblo-Nuevo México-planicies, véase Calafate Boyle, Susan, *Comerciantes, Arrieros, Y Peones: The Hispanos and The Santa Fe Trade*, Santa Fe, NM, Southwest Cultural Resources Center, Professional Papers No. 54, Southwest Regional Office, Division of History, 1994. Solo la evidencia de la influencia real de los indios de las planicies, en tanto comercio informal, en futuras investigaciones proveera una visión completa de la capacidad económica del conjunto de regiones adyacentes al Camino a Santa Fe, y así determinar la riqueza de la comunidad comanche en comparación con su contexto global.

Sin embargo, la economía de los comanches previo a la guerra México-Estados Unidos, consistía en una amalgama de actividades complementarias, en medio de un conglomerado de agentes económicos que hacían del aparente aislamiento e informalidad de los territorios septentrionales la clave para el éxito de sus operaciones comerciales. En buena medida, los comanches hacían parte del mercadeo de los derivados del bisonte y el pastoreo de otros ungulados. Paralelo a ello, el hurto de caballos, principalmente obtenidos en las incursiones desplegadas principalmente hacia distintas zonas de Nuevo México, Texas, Coahuila, Chihuahua, Durango y Nuevo León, encontró un mercado dentro del mismo territorio mexicano o en el creciente mercado norteamericano.¹¹³ La riqueza obtenida por el comercio de caballos provenía de la importancia de este animal principalmente como medio de transporte fuera de las regiones de Estados Unidos ubicadas al este del río Misisipi.

La intensificación de incursiones destinadas al robo de caballos estuvo vinculada de forma directa con el desarrollo de la cultura ecuestre comanche. Esta característica proporcionó el medio para la realización de incursiones más eficientes, aparte de otorgarles un medio de comunicación que podía reducir los tiempos de traslado en distancias cortas y mejorar las prácticas de cacería de bisontes. Entre tanto, la cultura ecuestre y el nuevo patrón de especializaciones productivas, constituyeron un rompimiento con los modelos de supervivencia que los habitantes del sur de las planicies llevaron a cabo en tiempos previos a la irrupción comanche. Si los nómadas cazadores-recolectores de la región habían desarrollado una especie de tradición milenaria basada en la diversificación de las actividades

¹¹³ Cabe mencionar que el conjunto de la evidencia disponible apunta a que el pillaje para la obtención de ganado y caballada consistió en la principal fuente de riqueza entre los comanches. Es decir, que los comanches habrían basado su bienestar por medio del agotamiento de otros grupos humanos y por el acceso mejores hordas de bisonte disponibles en el sur de las Grandes Planicies. Una discusión interesante sobre el éxito que las sociedades han tenido a través de la historia con respecto a basar su riqueza por medio de la opresión de otros pueblos, puede verse en Sowell, Thomas, *Wealth, Poverty and Politics*, New York, Basic Books, 2016. Sowell manifiesta, entre otros ejemplos, la condición económicamente inferior de la región del sur de Estados Unidos con respecto a la región del noreste, a pesar de la condición esclavista del primero. El argumento de Sowell, es que las sociedades que han basado o instituido su bienestar por medio del sometimiento franco de otros grupos humanos tienden, a la postre, ser menos prósperos y fracasar. Un estudio sobre este asunto para el caso de los comanches, abriría una discusión interesante y franca con respecto a las prácticas de cautivos, violencia y pillaje en relación con su fugaz existencia como pueblo predominante en las Grandes Planicies. Sobre la ampliación de la escala de los itinerarios comanches alcanzando tierras zacatecanas y potosinas véase Rivaya-Martínez, “Tras la huella de los bárbaros: Itinerarios comanches a través de México, 1821-1875,” en Chantal Cramausse ed., *Los caminos transversales. La geografía histórica olvidada de México*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, Universidad Juárez del Estado de Durango, 2016, p. 194, n. 10.

productivas, al combinar agricultura, pastoreo, caza y recolección, los comanches que ingresaron a las planicies terminaron por romper de forma paulatina con dicha tradición.¹¹⁴

Es significativo, que durante esta etapa de transición, desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX, existan por ejemplo, mínimas solicitudes por establecer una línea fronteriza definida a excepción de cuando lo hicieron con Texas tiempo antes de la Guerra México-Estados Unidos¹¹⁵ De igual forma, los texanos fueron la única fuerza euroamericana que mantuvo en activo a una fuerza armada como los Texas Rangers, dedicada a contrarrestar los ataques comanches y tomar la ofensiva en contra de los mismos. Pese a que nuevomexicanos y otras fuerzas hispano mexicanas, realizaron campañas contra los indios independientes de las planicies, en realidad no mantuvieron a un cuerpo armado durante periodos prolongados.

Un largo recorrido tuvo lugar para llegar a dicho escenario, pero podemos decir que la economía comanche se basaba en la caza de bisonte, el comercio, las incursiones, los tributos y el pastoreo de caballos. En medio de estas actividades podemos encontrar todo un sistema de división del trabajo que significó el éxito, pero también el paulatino fracaso de la independencia comanche, ya que la dependencia del bisonte produjo en muchos sentidos, el punto débil tres décadas después de la Guerra entre México y Estados Unidos. En palabras de Brooks “Beginning in the 1830s and peaking in the 1850s, contemporary accounts suggest that the Comanches traded as many as 30,000 hides annually to American buyers, taking perhaps another 130,000 for subsistence if their population was 20,000 people”.¹¹⁶ Estas cifras tomarían un grado más dramático si incluyéramos la cacería de bisonte realizada por

¹¹⁴ Para el caso de pueblos sedentarios con sistemas de irrigación vease Kintigh, Keith W., *Settlement, Subsistence, and Society in Late Zuni Prehistory*, Tucson, The University of Arizona Press, 1985, pp. 24-70, 90-102; y Pawluk, Roman R., “Indigenous knowledge of soil and agriculture at Zuni Pueblo, New Mexico”, tesis de Master of Science y Master of Arts, Ames, Iowa, Iowa State University, 1995, pp. 9-61. Habitantes de las planicies, como los apaches, cazadores recolectores de ascendencia atapascana, fueron sensibles al desarrollo de técnicas agrícolas, véase la nota 110 del presente capítulo. Sobre la especialización de los comanches hacia el pastoreo, la caza, la guerra y el comercio en detrimento del conocimiento popular agrícola véase, Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 66-67, 290 y Flores, “Bison Ecology”, p. 471.

¹¹⁵ Anderson, *The Conquest of Texas*, p. 239.

¹¹⁶ “de 1830 hasta casi 1850, estimaciones contemporáneas sugieren que los comanches vendían alrededor de 30,000 pieles anuales a comerciantes americanos, dejando, probablemente, 130.000 para subsistencia de los clanes si consideramos que su población total alcanzaba los 20,000 miembros”, en Brooks, *Captives and Cousins*, p. 225.

otras naciones indias como los kiowas y cheyennes, para comprender que ese modo de producción estaba encaminado a extinguir el recurso animal.

Lo anterior nos da una idea del grado de importancia que el bisonte tuvo para la economía comanche. Como señalan los autores, la caza era aprovechada en todos los sentidos; desde la alimentación, la venta de pieles, el uso doméstico de las mismas, la construcción de *tipis*, y probablemente incentivo la necesidad de aumentar el número de cautivos mexicanos como apoyo para la producción de artículos de piel.¹¹⁷ Para la perspectiva mexicana, las incursiones comanches representaban un problema común que pocas veces se comprendió en toda su magnitud. Es decir, los mexicanos incluso pensaban que para mediados de siglo XIX las incursiones de los indios tenían su origen en la creencia de que aquellos eran seres marginales que estaban acabando con sus recursos naturales, razón por la cual se veían en la necesidad de robar a la gente civilizada.¹¹⁸ Ahora, tenemos la posibilidad de entender que en realidad los comanches habían desarrollado junto con los comerciantes y contrabandistas norteamericanos toda una red comercial que mercantilizaba todo tipo de productos, y en esas condiciones, la frontera sur de la comanchería era la única que se presentaba plenamente abierta para realizar incursiones desinadas al robo de caballos y ganado, y a pesar de que en términos generales, las expediciones no tenían como esencia la toma de cautivos, esta última práctica era común en la mayoría de las regiones de Norteamérica hacia mediados de siglo XIX.

Como señala Rivaya-Martinez, la afirmación de Hämäläinen, quién asegura que los comanches terminaron convirtiéndose en dueños de esclavos a gran escala y ofuscados por las conveniencias materialistas, simplifica y sobreestima el grado de importancia de esclavos y cautivos en la economía comanche argumento que tiene que ponerse en cuestión. La tenencia de esclavos y cautivos entre los comanches, así como la toma de los mismos por medio de incursiones han sido sobreestimadas por la historiografía. El estudio de Rivayá-Martinez pone de manifiesto que el comportamiento y movilidad social de la población de cautivos entre los comanches fue diversa al depender de parámetros de edad y sexo al momento de ser capturados, y así como la población total comanche experimentó aumentos

¹¹⁷ Brooks, *Captives and Cousins*, p. 226.

¹¹⁸ Weber, *The Mexican Frontier*, p. 98.

y retrocesos, los cautivos y sus descendientes constituían hacia inicios del siglo XIX, el 40% del total de comunidad comanche.¹¹⁹ Por otra parte, distintos autores han interpretado la toma de cautivos como un mecanismo intrínseco de los comanches para compensar curvas demográficas decrecientes, al atribuir como principal motivación de las incursiones la práctica del rapto, aunque parece que consistió en acciones colaterales más que premeditadas.¹²⁰ Entonces, si bien parece que los comanches no basaron su economía en el trabajo forzado de esclavos, no escaparon a ser parte de un prolífico comercio de esclavos y cautivos nativos. Sin duda, cuando se hace la contabilización del número de esclavos africanos que arribaron y terminaron incrustados tanto en la región noreste y sureste de Estados Unidos la cantidad aparece modesta en comparación con el caso del Caribe y la costa brasileña.¹²¹ Esta primera imagen cambia si se consideran el número total de esclavos africanos, por ejemplo, hacia décadas antes de la guerra civil norteamericana, debido al crecimiento mantenido de esta población.¹²² Ahora bien, la esclavitud de indios americanos ha sido un rasgo poco mencionado en las historias nacionales de Estados Unidos, pero representa una parte sustancial del desarrollo de distintas regiones de esta nación. Los números que arroja la esclavitud de indios americanos complementa los de la esclavitud africana y otorgan un balance más completo de esta institución en Norteamérica.¹²³

¹¹⁹ Cautivos de origen hispano-mexicano aparecen como mayoría frente a anglos, negros e indios. De igual forma la edad entre las mujeres capturadas no se centró en rango en específico de los 5 a 20 o más años. Por su parte, los cautivos masculinos entre 5 y 12 años constituyeron el mayor índice de capturas, véase Rivaya-Martínez, “Becoming Comanches, Patterns of Captive Incorporation into Comanche Kinship Networks, 1820-1875”, en Wallace Adams, David, y Crista DeLuzio, *On the Borders of Love and Power, Families and kinship in the Intercultural American West*, Berkeley, University of California Press, 2012, pp. 47-70.

¹²⁰ Rivaya-Martínez, “Becoming Comanches”, p. 49-50.

¹²¹ *Depuración de información, del Atlas of The Transatlantic Slave Trade, escrito por David Eltis y David Richardson, Yale University Press.*

¹²² *Depuración de información, del Atlas of The Transatlantic Slave Trade, escrito por David Eltis y David Richardson, Yale University Press.*

¹²³ Como bien ha señalado Andrés Reséndez, la esclavitud de indios americanos ha sido difícil de rastrear debido a la gran cantidad de formas que tomó la servidumbre de cautivos indios. Desde rebeldes sentenciados a servidumbre, peonaje, huérfanos y vagabundos obligados al servicio sin retribución o aquellos enganchados en la mita, son algunas de las formas camufladas de esclavitud en la parte hispana de los territorios septentrionales. De igual forma, el comercio y la tenencia de esclavos nativos en las jurisdicciones, francesas, inglesas y norteamericanas estuvieron presentes durante estos siglos, véase, Reséndez, Andrés, *The Other Slavery. The Uncovered Story of Indian Enslavement in America*, Boston, New York, Houghton Mifflin Harcourt, 2016. Por Los comanches, incrustados en un momento histórico donde la institución de la esclavitud aparecía como la regla en la mayoría de las regiones del mundo, no escaparon a formar parte del tráfico de esclavos. Si bien, no basaron su economía en el trabajo forzado de extranjeros y se mostraron flexibles en cuanto al trato e incorporación de cautivos a la membresía comanche, no podemos decir, por otro lado, que fungieran como agente histórico en favor de la abolición de la esclavitud.

Desde luego, al norte de la misma, las relaciones con los euroamericanos se basaban en el comercio y los comanches, para antes de la Guerra entre México y los Estados Unidos, tenían más conflictos con otras tribus indias que con los norteamericanos. Así, el sur se había convertido en el lugar idóneo para conseguir excedentes de fuerza de trabajo y otros productos. En palabras de Brooks “as the Mexican period wore on, Comanche raids in Texas and New Mexico became nearly incidentals as they struck deeper and deeper into the richer northeastern states of Coahuila, Nuevo Leon, Tamaulipas, Chihuahua, and Durango”.¹²⁴

En muchos sentidos, la región, alejada de los centros políticos, debía su éxito y desarrollo al comercio informal, además de aquellas prácticas como la esclavitud y la compraventa de cautivos.¹²⁵ Si bien las autoridades mexicanas instaban a las administraciones nuevomexicanas a controlar el comercio en sus fronteras, para hacer frente al tráfico ilegal de armas, los gobernadores de las provincias expresaban su escepticismo sobre la efectividad de esas medidas, además de que las tropas encargadas de ello, no eran suficientes para la extensión de tierra y puntos de mercadeo ilegales, colocados a lo largo de la frontera.¹²⁶ Es notable que los comanches, con sus años excepcionales, atacaran y no mantuvieran relaciones pacíficas con los hispanos. Weber dice que “By the time of Mexican Independence it was widely recognized that some Apaches, Comanches, and Wichita bands stole horses and mules from *tejanos* and exchanged them for guns and ammunition with traders in Louisiana”,¹²⁷ lo cual ejemplifica la disposición comanche a comerciar con los norteamericanos y hacerle la guerra a los hispanos. El problema en Texas, como lo venimos mencionando, empezó a tomar otra forma cuando Stephen Austin, creó la policía llamada los Texas Rangers, quienes propiciaron que los comanches no pudieran incursionar en tierras tejanas de forma tan libre como lo hicieron en épocas anteriores.

Las incursiones, tenían un doble objetivo, que consistían en el amedrentamiento de la zona y en conseguir utensilios como objetos punzocortantes, cascots, y armas de fuego, generalmente escopetas que se recargaban por el frente del cañón.¹²⁸ Era muy usual, ya en

¹²⁴ Brooks, *Captives and Cousins*, p. 86.

¹²⁵ Brooks, *Captives and Cousins*, p. 216.

¹²⁶ Weber, *The Mexican Frontier*, pp. 98-99.

¹²⁷ “al tiempo de la guerra de independencia mexicana, era bien sabido que algunas bandas de apaches, comanches, y wichitas robaban caballos y mulas a los tejaos, los cuales intercambiaban por armas y municiones con comerciantes en la Luisiana”, en Weber, *The Mexican Frontier*, p. 95.

¹²⁸ Weber, *The Mexican Frontier*, pp. 98-99.

tiempos del México independiente que los vendedores ambulantes norteamericanos se internaran en la comanchería para comerciar con los indios, lo cual terminó por desarrollar una economía intensa que exponía un negocio muy lucrativo para todas las partes.¹²⁹ Para que esto se llevara a cabo, las reglas que importaban no eran aquellas impuestas por el gobierno mexicano, en palabras de Weber “Reports that Texas officials offered a \$1,000 reward for every American trading illegally with Indians apparently did not deter these merchants...”,¹³⁰ sino las pautas que establecían e imponían los comanches, quienes comerciaban de forma intensa, pero con límites. En otras palabras, los comanches daban entrada o prohibían el acceso a la comanchería a quienes otorgaban autorización, la cual, muchas veces se obtenía con pagos por la protección en el camino o el chantaje.¹³¹ Hay que señalar que esto último, aunado al monopolio de caballos, generó un sentimiento de desprecio hacia los comanches tan fuerte entre los individuos de otras naciones indias, que fueron, por ejemplo, algunos apaches, quienes cumplieron un papel importante en las derrotas de la década de 1840.

Por último, la toma de cautivos, convertida en práctica común y extendida entre las sociedades euroamericanas y los indios de las planicies, fue interpretada durante años como una respuesta de los grupos nómadas para compensar bajos índices de fertilidad y los efectos negativos de los estragos de las epidemias en sus poblaciones.¹³² Buena parte de lo que sabemos sobre la identidad de las enfermedades y el impacto que pudieron tener en las poblaciones de los indios de las planicies, particularmente los comanches, se basa en fuentes etnográficas cuyos testimonios no han sido corroborados por análisis de laboratorio y microscópicos. A decir verdad, las conclusiones que podemos desarrollar solo se pueden basar, por el momento, en inferencias apoyadas de las fuentes documentales que no proporcionan, para el caso de los comanches, mayor detalle científico de las enfermedades infecciosas.¹³³

¹²⁹ Weber, *The Mexican Frontier*, p. 97.

¹³⁰ “la recompensa que los oficiales tejanos, de \$1,000 como recompensa por cada mercante que trataba con los indios, aparentemente no detuvo a estos comerciantes”, en Weber, *The Mexican Frontier*, p. 97.

¹³¹ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 168.

¹³² Rivaya-Martínez, Joaquín, “A different look at Native American depopulation: Comanche raiding, captive taking, and population decline”, *Ethnohistory*, vol. 61, no. 3, 2014, pp. 391-418.

¹³³ Rivaya-Martínez acepta las limitaciones de la evidencia, pero plantea que la homogeneidad genética de los comanches pudo contribuir a generar altos índices de mortalidad y morbilidad en la población en epidemias de

Distintas ciencias estudiosas de la naturaleza del comportamiento poblacional han considerado el impacto de los avances tecnológicos, y en especial de la intensificación de agrícola, como las claves para el crecimiento exponencial de la especie humana. Así como para el grueso de los grupos prehistóricos, el crecimiento demográfico parece haber ocurrido en un porcentaje cercano a cero, la aparición de centros agrarios y su posterior proliferación, expansión e intensificación, se relaciona estrechamente con el crecimiento, en ocasiones dramático de la población mundial. Puede decirse que un sistema de subsistencia como el de los cazadores-recolectores de las planicies, bajo una ausencia virtual de vecinos agrícolas a quienes robar o comerciar, no habría podido registrar tasas de fertilidad exponenciales.¹³⁴ El caso de los comanches, a quienes se les atribuyó una población total claramente superior que la de otros grupos del sur de las planicies, puede explicarse con la presencia de las sociedades sedentarias que les rodeaban y el creciente mercado transoceánico del que ya eran parte.¹³⁵

Los comanches formaron parte e incentivaron el mercado de cautivos a lo largo de la comanchería y sus fronteras. En ocasiones, atrapaban a los esclavos negros que escapaban de sus patrones anglos, o de otras naciones indias, regresándolos si el pago por el traspaso les beneficiaba, si no, los comanches incorporaban a los prófugos a su propio sistema de

cólera, viruela y sarampión, Rivaya-Martínez, Joaquín, “Incidencia de la viruela y otras enfermedades epidémicas en la trayectoria histórico-demográfica de los indios comanches, 1706-1875,” en Chantal Cramaussel, ed., *El impacto demográfico de la viruela en México de la época colonial al siglo XX*, vol. 3, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 2010, p. 69. Otros autores proponen que en ciertos periodos marcados con brotes epidémicos, los comanches en realidad salieron fortalecidos, Hämmäläinen, *The Comanche Empire*, p. 96, y John, Elizabeth A. H., *Storms Brewed in Other Men's Worlds*, College Station, Texas A&M University Press, 1975, p. 629. Por otro lado, cabe la posibilidad que los observadores euroamericanos hayan confundido enfermedades como la viruela con otras menos conocidas como la coccidioidomycosis y blastomycosis, también infecciosas, micóticas y que pueden desarrollar padecimientos en la piel. Se sabe que estas enfermedades estuvieron presentes en la región de Arizona, con el trabajo de W. R. Harris *et al.*, restos de poblaciones pertenecientes a la cultura sinagua, y no hay razón para pensar que pudieran extenderse a las planicies, véase Darling, Millie I. y Hellen D. Donoghue, “Insights from Paleomicrobiology into the Indigenous Peoples of pre-colonial America, a review”, *Memorias do Instituto Oswaldo Cruz*, 2014, p. 136.

¹³⁴ El índice de fertilidad, por ejemplo, para grupos de cazadores-recolectores-carroñeros ha sido estimado en 0.01%, mientras que los grupos con sistemas agrícolas se estima en 0.1%, por supuesto, sin generalizar a todos los casos en todos los tiempos. No obstante, pese a los críticos del vínculo agrario-fertilidad mayor, las poblaciones con sistemas agrícolas, en las condiciones adecuadas, parecen haber mantenido tasas de fertilidad superiores a las experimentadas por las poblaciones con otros sistemas de subsistencia, véase Bentley R., Guillian, Tony Goldberg y Grazyna Jasienska, “The Fertility of Agricultural and Non-Agricultural Traditional Societies”, *Population Studies*, vol. 47, 1993, pp. 269-281.

¹³⁵ Para la población comanche y una reconsideración de la población total comanche véase “Incidencia de la viruela y otras enfermedades epidémicas en la trayectoria histórico-demográfica de los indios comanches, 1706-1875,” en Chantal Cramaussel, ed., *El impacto demográfico de la viruela en México de la época colonial al siglo XX*, vol. 3, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 2010, p. 65.

esclavitud como fuerza de trabajo. Otras veces, los comanches vendían cautivos mexicanos a otras tribus indias, a veces los cautivos eran apaches, lo que indica la poca importancia que tenía el color de piel para estos negocios.¹³⁶ En ese sentido, todo sistema comercial necesita de estabilidad para desarrollarse, y los comanches no fueron la excepción; necesitaban de un estado de relativa paz en sus fronteras para llevar a cabo sus negocios. Esta ambivalencia entre la búsqueda de relaciones amistosas con los comerciantes ambulantes y el estado de guerra con las poblaciones establecidas, sigue siendo difícil de entender si no damos por hecho que los comanches efectivamente funcionaban como una fuerza política coherente y cohesionada. Así, podremos acercarnos a los años cruciales de la Guerra entre México y Estados Unidos y comprender las acciones comanches ante dicha coyuntura histórica.

1.4 Patrones alimenticios y requerimientos nutricionales. Cazadores-recolectores y las Grandes Planicies.

Las comunidades que se establecieron en el sur de las Grandes Planicies previo a la Guerra México Estados-Unidos, son famosas por las hordas de bisonte que tuvieron a su alcance por lo que suele diferenciarcelos de pueblos que habitaban en otros ecosistemas, como una sociedad propensa a la ingesta primordial de alimentos de origen animal para su supervivencia. En ese orden de cosas, los comanches no habrían tenido problemas de alimentación siempre y cuando hayan mantenido un equilibrio sostenible de las hordas del preciado ungulado, y entrado en hambruna cada que los factores medioambientales fueran los responsables principales de la disminución de la comida disponible.¹³⁷ Sin embargo, desde el punto de vista nutricional, el problema es más complejo y podemos asegurar que los comanches, como la mayoría de los pueblos sedentarios o de cazadores-recolectores en las regiones fronterizas septentrionales, estaban lejos de satisfacer los requerimientos nutricionales propias de nuestra especie. Por lo tanto, la probabilidad de que los miembros de la comunidad comanche padecieran enfermedades propias de la desnutrición e ingesta excesiva de proteína animal, es amplia. Algunas investigaciones han estudiado la posibilidad

¹³⁶ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 154.

¹³⁷ Este asunto ha sido abordado por la mayoría de los trabajos utilizados en la presente investigación: Falta condensar en una lista, las páginas de los principales trabajos discutidos a lo largo de la tesis, que hacen referencia a la ingesta de bisonte entre los comanches.

de que distintos cazadores-recolectores hayan desarrollado adaptaciones o mutaciones genéticas del sistema digestivo para elevar la proporción de alimentos de origen animal, en relación a la cantidad de carbohidratos que podían consumir si las condiciones medioambientales de su entorno imposibilitaban la obtención o reproducción de verduras, frutas y granos, sin embargo, los hallazgos de las relaciones e intercambios entre cazadores-recolectores de las planicies y agricultores Indios Pueblo describen estrategias de obtención de alimentos que diversificaran la dieta, por encima de las posibles adaptaciones genéticas y fisiológicas que pudiesen desarrollar. Por tanto, asumir que pueblos de indios nómadas independientes, monopolizaron su dieta hacia el consumo de proteínas de origen animal simplifica un panorama nutricional de mayor complejidad, que requiere acercarnos al debate científico en torno al mismo. De igual forma, la relación de los indios de las planicies anteriores a los comanches con los pueblos circundantes, como con Indios Pueblo, previo al arribo de los colonizadores europeos, plantea una serie de incógnitas relativas a la violencia, la seguridad alimenticia, las estrategias de supervivencia y las decisiones acerca del uso del suelo, como parte de un sistema ecológico carentes de aparatos estatales o de sociedades agrarias.

Antes de entrar en el problema específico correspondiente a los patrones alimenticios y sus consecuencias en la sociedad comanche, hay que recordar que la región norte de Norteamérica estaba conformada antes del siglo XVI, por un conjunto de sociedades tanto nómadas como sedentarias, que compartían la característica de haber desarrollado sistemas políticos no jerárquicos y descentralizados junto con patrones sociales que primaban el sentido comunitario frente a los intereses individuales.¹³⁸ A pesar de la fuerte presencia de

¹³⁸ Todavía hace poco, las narrativas sobre las trayectorias de la consolidación de México y Estados Unidos como Estados-nación, pusieron énfasis en nuestro espacio de estudio en tanto que fue el último rincón por conquistar. Pero la narrativa seguía impregnada de cierto descuido sobre la prehistoria de las sociedades que conformaban el paisaje de aridoamérica. Como ejemplo, puede leerse que tras “la llegada de los españoles toda el área al norte del río Lerma está habitada por grupos indígenas de gran diversidad étnica y cultural, pero que comparten como rasgo común no tener asentamientos fijos”, y que algunos de “estos grupos cultivan la tierra y no son completamente nómadas, pero en comparación con los indios del centro son mu cho menos sedentarios y todavía dependen en medida considerable de la caza y la recolección”. Como hemos de ver, los estudios recientes han puesto de manifiesto la existencia de sociedades agrícolas con sistemas de irrigación como el caso de los Zunis, el asentamiento prolongado de los Indios Pueblo en Nuevo México, y el conocimiento agrícola de los indios nómadas cazadores recolectores de las planicies. Las citas pertenecen a Terrazas y Basante, Marcela y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010*, Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio 1756-1867, vol. 1, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Centro

un bagaje cultural agrícola entre sociedades sedentarias y nómadas, como en el caso de los Indios Pueblo de Nuevo México y los apaches jicarillas de las planicies previo a la irrupción comanche, no fue sino hasta el arribo de las sociedades euroamericanas que el sistema ecológico de antaño comenzó a cambiar de forma radical hasta que las sociedades de sistemas agrarios-estatales alcanzaran preponderancia en el territorio que conforma actualmente Estados Unidos.¹³⁹ En otras palabras, a pesar del establecimiento de los Indios Pueblo en la cuenca norte del río Grande, siglos antes de las primeras exploraciones hispanas del siglo XVI, y la conformación de sociedades sedentarias dedicadas fundamentalmente a la agricultura, es poco probable que dichos grupos se hayan constituido en sociedades agrarias con aparatos estatales. No esta clara, para los objetivos de la presente investigación, el carácter político y social de los Indios Pueblo en relación con las autoridades euroamericanas, luego de quedar en el área inmediata de influencia hispana tras la reconquista de Nuevo Mexico, hacia finales del XVII. De cualquier manera, los casos de apaches jicarillas y de navajos que desarrollaron conocimientos agrícolas desde el periodo anterior al contacto con los españoles, conforman algunos ejemplos que sugieren la existencia de grupos nómadas cazadores-recolectores familiarizados con la agricultura en la región.¹⁴⁰

Ahora bien, sigamos al epígrafe que clama que “la historia de los campesinos ha sido escrita por los ciudadanos, la historia de los nómadas ha sido escrita por los afincados, la historia de los cazadores recolectores ha sido escrita por los granjeros y agricultores, la historia de la gente sin Estado ha sido escrita por los escribanos de la corte, y [que] todos estos pueden encontrarse en los archivos bajo el nombre de ‘historias de los bárbaros’”.¹⁴¹

de Investigaciones sobre América del Norte/Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, p.48. Para el caso de los Zunis, Kintigh, Settlement, Subsistence, and Society; y Pawluk, “Indigenous knowledge”.

¹³⁹ La agricultura constituyó un pivote en el conocimiento común entre los diferentes modos de vida al menos desde el Periodo de Cerámica Temprano (100 A.C. – 1200 D. C.). El Periodo de Cerámica Medio (1200 – 1500 D.C.) persenta, con sus variantes, frecuencia en la tendencia de cazadores-recolectores de las planicies a desarrollar diferentes cultivos, véase Gunnerson, James H., *Arqueology of the High Plains*, Denver, USDA Forest Service, Rocky Mountain Regional Office, 1987, pp. 65-67; y Gunnerson, Dolores A., *The Jicarilla Apaches: A Study in Cultural Survival*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1974, pp. 242-43.

¹⁴⁰ Para el caso de los Indios Pueblo, véase John, *Storms*, pp. 3-7, y Spicer, Edward H., *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico and The United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, Tucson, University of Arizona Press, 1962, ed. 2020, en especial el capítulo 18.

¹⁴¹ Scott, James C., *Against the Grain. A Deep History of the Early States*, New Haven and London, Yale University Press, 2017, p. 177. Scott cuestiona la narrativa que observa la historia del ser humano como su lucha en el tiempo por asentarse en un lugar específico y/o preferir su incorporación a los sistemas agrarios-estatales luego de su adiestramiento en la domesticación de alimentos. Si bien, no coincidimos con su interpretación general, enfocada a observar de forma pesimista la tendencia creciente del ser humano a afincarse

Así, desde el punto de vista de la narrativa del progreso, que distingue entre historia y prehistoria, los cazadores-recolectores figuran como el arquetipo del bárbaro y el salvaje. Así les idealizaron los euroamericanos, quienes concibieron que su presencia en tan lejanas tierras era una manifestación objetiva de la propagación de ciertos patrones naturales o propios de la especie humana acordes a la idea de que la historia del hombre ha sido la constante búsqueda por asentarse, afincarse y domesticarse, hasta el gran logro de la construcción de sociedades agrarias y civilizaciones como símbolo de seguridad alimenticia, bienestar para desenvolver el espíritu y conservar la salud.¹⁴²

Es comprensible que las fuentes escritas legadas por españoles, franceses e ingleses, evaluaran la condición de los pueblos nómadas cazadores-recolectores como un modo de vida desfasado y atribuible a defectos culturales, ecológicos y biológicos. Desde las primeras expediciones españolas en el siglo XVI, exploradores y colonizadores euroamericanos utilizaron como punto de comparación los rasgos culturales de las civilizaciones que encontraron en el centro México, para definir a los norteños chichimecas como sociedades errantes y culturalmente inferiores. En segunda instancia, una vez establecidos en la cuenca norte del río Grande, los españoles no tardaron en hacer la distinción entre los indios sedentarios, *afines* a la civilización, y los indios bárbaros caracterizados por su desinterés hacia el modo de vida civilizado en función del ideario occidental.¹⁴³ Esta forma hispana de idealizar a los habitantes septentrionales se correspondía con una tradición más añeja, presente en realidad en la mayoría de las sociedades estatales alrededor del mundo, quienes se adjudicaron derechos por actuar en nombre de la civilización.

No es de sorprender que los europeos que arribaron a Norteamérica desarrollaran este tipo de conceptualizaciones sobre los miembros de sociedades que escapaban al control

dentro de sociedades estatales a partir de 2000 a.c., sus observaciones y llamadas de atención, tras la evidencia arqueológica de las últimas décadas, acerca de no relacionar de forma obligatoria la dominación de la agricultura con el sedentarismo, son de vital importancia para las investigaciones futuras.

¹⁴² Por supuesto, ahora podemos indentificar que ni los cazadores recolectores ni las distintas civilizaciones humanas han satisfecho de forma sostenible los requerimientos nutricionales de los miembros de sus sociedades. La ciencia de la nutrición, que apareció muy recientemente, mantiene sus propios debates y batallas internas en la actualidad y millones de personas sufren de desnutrición incluso entre los estratos altos de las sociedades contemporáneas.

¹⁴³ Véase por ejemplo la distinción tajante que el visitador Pedro de Rivera hacía entre apaches e “indios gentiles”, en Campos Reyes, Clementina, “Namiquipa, un poblamiento lento y difícil (1780-1910)”, tesis de doctorado en Historia, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2016, p. 136 Mientras que los primeros representaban la barbarie, los segundos mostraban más propensos a la civilización

estatal, y al igual que griegos, chinos y sumerios miles de años atrás, denominaran como bárbaros, en el mejor de los casos, a aquellos grupos que compartían ciertos estándares culturales con occidente, tales como el pastoreo, ciertas técnicas agrícolas y la proclividad a construir aldeas sedentarias. Así que, en teoría y con diferentes grados de esfuerzo, estos indios podían ser introducidos a la civilización. Al contrario, llamaron salvajes a aquellos grupos que parecían indomables, errantes y sin interés o disposición por establecerse en aldeas y domesticar alimentos, mucho menos pagar tributación, derecho de suelo o tarifas comerciales.¹⁴⁴ Sin embargo, para el siglo XIX, los términos bárbaro y salvaje se utilizaron de forma indistinta para hacer referencia a los indios independientes, generalmente nómadas ecuestres.

Pero si dilatamos la retina e imaginamos una narrativa desde la posición de bárbaros y salvajes, las decisiones humanas de abandonar sistemas ecológicos no domesticados o ausentes de aparatos estatales por aquellas donde primaban las sociedades agrarias del mundo civilizado, las primeras organizaciones estatales y los Estados modernos, serían ciertamente una rareza. Es decir, ya que más del 99% de la estancia de la especie humana en el planeta transcurrió sobre el modo de vida de los cazadores recolectores, bien podríamos cambiar nuestra percepción acerca de ciertas inexactitudes sobre nuestros paleoancestros, en especial la creencia sobre su aparente carácter neófito, arcaico. Un modo diametralmente opuesto de ver la historia, nos ayudaría a comprender la renuencia de miles de sociedades al sedentarismo a lo largo miles de años desde que la agricultura fue de conocimiento común en sociedades sedentarias y nómadas, al menos hace 10 000 años a.c., además de indentificar de mejor manera la reticencia al afincamiento en las áreas de influencia de los Estados. En el mismo sentido, podremos realizar estudios sobre los estándares alimenticios entre diferentes sociedades de cazadores recolectores en distintas latitudes, que permitan concebirles como participantes de sistemas ecológicos complejos y propensos a la diversificación la dieta en la búsqueda por satisfacer los requerimientos nutricionales de nuestra especie.¹⁴⁵

¹⁴⁴ Sobre los nómadas, cazadores recolectores, y su tendencia a mantenerse al margen de las sociedades agrarias estatales, así como la ausencia de relación directa entre agricultura y sedentarismo, puede consultarse el capítulo séptimo de Scott, *Against the Grain*.

¹⁴⁵ Puede seguirse un sugestivo debate a partir de las posturas detalladas en Cordain, Loren, Janette Brand Miller, S Boyd Eaton, Neil Mann, Susanne HA Holt y John D. Speth, "Plant-animal subsistence ratios and macronutrient energy estimations in worldwide hunter-gatherer diets", *American Journal of Clinical Nutrition*, vol. 71, Marzo 2000, pp. 682-92; Nelson, Margaret C., Scott E. Ingram, Andrew J. Dugmore, Richard Streeter,

Como los patrones alimenticios de los cazadores-recolectores en el Pleistoceno, y aquellos que perduraron en el Holoceno, se diferenciaron de los estándares de las sociedades agrarias dependiendo las distintas latitudes, cabe hacer mención de algunos puntos que ofrecen un punto de partida para una profundización en el tema. No se pretende con ello, hacer conclusiones sobre las repercusiones que la presencia de sociedades agrarias en Norteamérica haya podido tener en el cambio del régimen alimenticio de los comanches a partir del siglo XVI, sino enumerar algunos interrogantes producto de la observación de la literatura especializada. Sobre todo, por las circunstancias de los comanches, que a pesar del excepcional pero efímero experimento de San Carlos de los Jupes, mostraron una decidida inclinación de mantener el modo de vida cazador-recolector como condición preponderante en su organización social, a pesar de la pujanza de la sociedad de mercado que les rodeaba.¹⁴⁶

El interesante debate sobre las diferencias entre la dieta de los cazadores recolectores en general y la dieta producto de las sociedades agrarias industriales, adquiere relevancia si asumimos que la especie humana evolucionó en sistemas ecológicos compartidos con otros primates de su género en el Pleistoceno, y que los requerimientos nutricionales siguen siendo fundamentalmente los mismos sin importar transiciones geológicas, ecológicas y culturales. En otras palabras, se ha puesto de manifiesto la condición omnívora facultativa de los

Matthew A. Peeples, Thomas H. McGovern, Michelle Hegmon, Jette Arneborg, Keith W. Kintigh, Seth Brewington, Katherine A. Spielmann, Ian A. Simpson, Colleen Strawhacker, Laura E. L. Comeau, Andrea Torvinen, Christian K. Madsen, George Hambrecht y Konrad Smiarowski, "Climate Challenges, Vulnerabilities, and Food Security." *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, vol. 113, no. 2, Diciembre 2016, pp. 298-303. La réplica a las conclusiones de Loren Cordain pueden leerse en Milton, Katharine, "Replay to L. Cordain et al", *American Journal of Clinical Nutrition*, vol. 72, no. 6, Diciembre 2000, pp. 1590-1592. En este trabajo no queremos insinuar que la dieta del hombre paleolítico y sus últimos herederos en Norteamérica, como los comanches y otros indios independientes, fuese mejor y más saludable que la del hombre moderno, por parecerse o aproximarse más una dieta "natural" humana, precursora de la evolución de la especie humana.

¹⁴⁶ John, *Storms*, pp. 732-33. Por su parte James F. Brooks caracteriza la petición del líder Paruanarimuca como un evento reiterado por parte de yutas, navajos y comanches luego de la paz entre Nuevo México y sus vecinos nómadas cazadores alcanzada en la década de 1870. Las razones del líder comanche tuvieron que derivarse de los estragos ecológicos de los últimos años, por lo que buscó el establecimiento de esta villa agrícola. Aunque no es posible determinar con claridad, quienes se harían cargo de la producción, no es descabellado pensar el virtual uso de esclavos y cautivos en la villa de San Carlos. Luego de su arribo a las Grandes Planicies, las distintas parcialidades comanche tomarían la resolución de concentrar su tiempo exclusivamente en las actividades relacionadas con los ungulados, conscientes de la merma en su sabiduría tradicional en alimento vegetal. Es probable que en periodos anteriores al siglo XVI, los habitantes de las planicies tuvieran una mayor diversificación de sus actividades productivas, por lo que los cazadores recolectores pudieran practicar la agricultura, así como los pobladores de las sierras descendían a las planicies a cazar por su cuenta. Los motivos por los que no se conocen proyectos de sedentarización de iniciativa comanche en el siglo XIX, son una incógnita sugerente, en Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 160-64.

humanos, por lo que cazadores-recolectores pudieron expandir su abanico alimenticio, al asimilar y digerir alimentos de origen animal, toda vez que su seguridad alimenticia se veía comprometida. Dada la existencia de una postura académica que considera los estándares alimenticios de cazadores-recolectores anteriores a las sociedades industriales, como posibles referentes para la nutrición humana moderna y como un modelo de defensa contra ciertas enfermedades crónico degenerativas o enfermedades de la “civilización”, se ha reforzado la idea entre las ciencias sociales, de que el ser humano en condición nómada se inclinó, cada vez que y dondequiera que las condiciones ecológicas lo permitieron, a consumir carne en mayor proporción que alimentos de origen vegetal.¹⁴⁷ De este modo, parecería una actitud comprensible y natural que los comanches, al abrirse paso por el sur de las Grandes Planicies, organizaran una estructura social en torno a la caza de bisonte y dependieran de la ingesta de alimentos de origen animal para su subsistencia. Sin embargo, aún faltan estudios especializados para el caso de los comanches, en su movilización migratoria y las repercusiones de su estancia en las planicies, para determinar el grado de dependencia que pudieron llegar a tener con respecto a los alimentos faltantes en su sistema productivo. Así como estamos mejor informados sobre la manera en que los cautivos y el caballo reconfiguraron las relaciones de las planicies con sus vecinos inmediatos, el futuro conocimiento acerca de los intercambios comanches por vegetales, granos y semillas, así como los estados nutricionales de los miembros de su comunidad, proporcionarán un entendimiento más completo de los conflictos producidos por los alimentos.

¹⁴⁷ Cordain, “Plant-animal subsistence”, p. 682. El debate en torno a las posibles aplicaciones de la dieta paleolítica en los humanos modernos es extenso y polémico. A pesar de que son estudios generales, y no hemos tenido acceso a bibliografía más específica sobre los comanches, los apuntes de este apartado están concebidos para invitar a la lectura y la reflexión sobre el asunto.

CAPÍTULO 2

TRATADOS DE PAZ, ALIANZAS, COMERCIO Y CONFLICTOS INTERÉTNICOS DE LOS COMANCHES ANTES DE LA GUERRA DE 1846.

Los acercamientos interétnicos en Norteamérica que terminaron en la formalización de acuerdos de paz firmados en documentos euroamericanos, así como de formalización de relaciones comerciales, constituyeron un fenómeno intrigante que si bien no representaba una práctica común entre autoridades euroamericanas y comanches, tampoco constituían acontecimientos fortuitos a todo lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Resultan intrigantes y aún sin explicaciones contundentes, aquellos acercamientos que consumaron alianzas por escrito en forma de convenios y tratados, y las razones por las que, especialmente en las décadas previas al conflicto internacional de 1846, dichos documentos fracasaron por la violación de las disposiciones estipuladas. Si abordamos el problema desde la perspectiva de los oficiales y funcionarios mexicanos y norteamericanos, la necesidad de plasmar por escrito una relación franca con cualquiera de los pueblos de indios independientes, era producto de una predisposición propia de este tipo de sociedades, basadas en y promotoras de derechos contractuales. Por otro lado, sabemos que los comanches tendían a desconocer los tratados tras la ausencia o interrupción de obsequios, y que las presiones en otros puntos de sus fronteras, así como el hecho de que difícilmente los firmantes podían representar a la totalidad de la comunidad comanche, incentivaban el desquebrajamiento de cualquier acuerdo logrado de manera previa. Pese a ello, hay que recordar que tanto comanches como otros indios independientes, estaban acostumbrados y no eran del todo ajenos a los usos y símbolos euroamericanos desde el arribo de los primeros españoles a los territorios septentrionales. En otras palabras, los indios independientes se habían apropiado de este valor cultural y lo habían utilizado en su beneficio de forma frecuente.¹

¹ Los comanches orientales buscaron hacia la década de 1840, no solo el reconocimiento de la paz con Texas sino el establecimiento de una línea fronteriza entre las poblaciones texanas más occidentales y las áreas de pastoreo de la división de los penatekas. Véase, Meusebach-Comanche Treaty, 1847, John O. Meusebach Papers, Briscoe Center for American History [en adelante BCAH], The University of Texas at Austin, caja 3S191.

Así que, la condición de cazadores-recolectores políticamente independientes no fue impedimento para aceptar y establecer convenios por escrito. Esta práctica puede ser vista como una de las pruebas de la capacidad de adaptabilidad que mostraron tras su ingreso a las planicies, pero también de la decadencia del modo de vida cazador-recolector tradicional.² No se mal entienda, los comanches no hubieran renunciado a los fundamentos comunitarios tradicionales para hacer la paz, sino que la toma de conciencia de la nueva situación geopolítica del sur de las Grandes Planicies influenció las formas de llevar a cabo sus relaciones interétnicas. Una vez que mexicanos y norteamericanos constituyeron fuerzas alternas a su propio poderío guerrero, los comanches mostraron cautela y accedieron a desenvolverse bajo parámetros completamente nuevos; los tratados por escrito. Sin embargo, las formas arraigadas de los cazadores-recolectores, no agrícolas y políticamente descentralizados no podía cambiar de la noche a la mañana, y los tratados no pueden ser el punto de partida para estudiar las relaciones entre occidentales y nómadas, por lo que, incluso si la firma de dichos tratados era genuina, la noción de honor occidental para llevar a la práctica dichas estipulaciones no podía adquirir un arraigo inmediato en la sociedad comanche.³

Por supuesto, los tratados consistían en logros por parte de las autoridades norteamericanas o mexicanas dentro del proceso civilizatorio del que clamaban ser parte. Los indios bárbaros tendrían que ser menos salvajes cada que se acercaran a las figuras de autoridad del mundo civilizado para realizar contratos por escrito. Y en ese sentido, que los mismos contratantes no respetaran lo estipulado tenía que ser prueba de ese clamado carácter

² Para lo relativo a la validez que los tratados llegaron a tener en virtud de la aprobación y ratificación de cada uno de ellos, vease Deloria Jr., Vine y Raymond J. DeMallie, *Documents of American Indian Diplomacy. Treaties, Agreements and Conventions, 1775-1979*, vol. 1, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.

³ En el capítulo siguiente se aborda el problema de las diferentes formas y motivos del uso de la fuerza entre los comanches. Por otro lado, no está de más recordar que los gobiernos mexicano y norteamericano no tuvieron en consideración el honor jurado en los tratados por los mismos representantes de estas sociedades, lo que manchó esa historia con numerosos casos de violación a los mismos, o con estipulaciones injustas. Así, “el propósito de firmar tratados, fue para beneficiar el interés nacional sin manchar el honor nacional”, cita Robert M. Utley para expresar el oprobio de no pocos oficiales y funcionarios americanos, en Utley, Robert M., *The Indian Frontier of the American West 1846-1890*, Albuquerque, University of New Mexico Press, p. 36. Los tratados, son formas de acercarse al conjunto de relaciones interétnicas pero no reflejan de forma exacta el desarrollo de las mismas. Por ejemplo, los tratados suelen generalizar y referirse con términos tales como “comanches” o el “pueblo de México”, apelando a la cohesión de ambas sociedades. Sin embargo, dichas generalizaciones dejan de lado las múltiples relaciones informales y difícilmente documentadas entre comanches y vecinos fronterizos con mínima indentidad mexicana, que se llevaban a cabo de forma cotidiana durante los periodos de “guerras indias” o independientemente de los acuerdos oficiales de paz.

bárbaro y rústico. Como un político norteamericano de la costa este explicaba a sus compatriotas, “los tratados con los indios consistieron en documentos por los que pueblos ignorantes, insociables, y salvajes fueron inducidos sin derramamiento de sangre para ceder la tierra a la gente civilizada que tenía el derecho de poseerla en virtud del mandato divino dado al hombre desde su creación, relacionado con la obligación del hombre a ser productivo, multiplicarse, avivar la tierra y dominarla”.⁴

Hacia la segunda mitad de la década de 1830 las bandas comanches habían alcanzado un grado independencia importante, pese a que su población no mostrara signos de recuperación desde el inicio de su declive en el último cuarto del siglo XVIII y a las presiones que los nuevos actores procedentes del noreste ejercieron sobre su política interna.⁵ A pesar de la apertura del Camino de Santa Fe y la creciente interacción de diferentes actores comerciales al norte y noroeste de la comanchería, los diferentes clanes gozaban de un grado de autonomía, que deterioraba los planes de las autoridades mexicanas en la región. Ya sea que coincidamos con las más recientes tesis, que sugieren el carácter imperial de la comanchería,⁶ o tomemos cierta distancia de esta,⁷ parece que en general, las relaciones entre mexicanos del norte⁸ y la comanchería de 1830 a 1850, no gozaron circunstancias que permitieran un

⁴ Citado en Utley, *The Indian Frontier*, p. 36. Autores como Kavanagh han insistido en acercarse a la historia de las relaciones *indian-white*, desde el punto de vista etnográfico y lingüístico para determinar el grado de conocimiento que los exploradores, agentes indios, militares y funcionarios tenían del idioma de los habitantes de las Grandes Planicies y las regiones fronterizas en general. Para el caso de los oficiales mexicanos involucrados en los tratados aquí mencionados, los datos reunidos hacen imposible determinar las observaciones de Kavanagh.

⁵ Acerca del declive poblacional véase, Rivaya-Martínez, Joaquín, "A different look at Native American depopulation: Comanche raiding, captive taking, and population decline", *Ethnohistory*, vol. 61, no. 3, 2014, p. 393. Sobre el grado de independencia y la escasa influencia de individuos occidentales en la política india es valioso el aporte de Beyreis, *Business in the Borderlands*.

⁶ En especial la argumentación en Hämäläinen, Pekka, *The Comanche Empire*, New Heaven, Yale University Press, 2008. Joaquín Rivaya-Martínez y en cierta medida Brian DeLay interpretan de forma opuesta el papel de la comanchería. Ver por ejemplo, Rivaya-Martínez, Joaquín, “De ‘salvajes’ a ‘imperialistas’. Una revisión crítica de la historiografía sobre los comanches durante el período anterior a la reserva (1700-1875),” en Ana Luisa Izquierdo, ed., *Visiones del pasado. Reflexiones para escribir la historia de los pueblos indígenas de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, 153-192.

⁷ Ver por ejemplo la diferencia del argumento de Gerald Betty con respecto de Hämäläinen en Betty, Gerald, "Pekka Hämäläinen. The Comanche Empire", *The American Historical Review*, vol. 113, no. 5, 2008, p. 1470. A pesar de la divergencia en sus puntos de vista sobre el carácter “imperial” de la comanchería, ambas posturas no dejan de coincidir en un punto crucial para nuestra investigación, que consiste en la afirmación de que los comanches constituyeron un sujeto histórico indispensable para comprender la historia del sur de las Grandes Planicies hasta mediados del siglo XIX y no un sujeto marginal salvaje que representó la causa del retraso de los proyectos nacionales.

⁸ Denominamos mexicanos fronterizos del norte a los habitantes de estados mexicanos afincados al sur del río Bravo; como Coahuila, Nuevo León, Chihuahua, Tamaulipas y Durango, a parte de Zacatecas y San Luis Potosí

panorama no violento o al menos una tregua por un periodo indentificable. En contraste, las relaciones con los otros puntos cardinales, sin dejar de presentar episodios de violencia y periodos de enfrentamiento franco, han dejado huellas de un constante acercamiento diplomático de cooperación ante los múltiples cambios y desafíos que exigía la nueva era. Al margen de que la documentacion disponible refleje un mayor acercamiento diplomático de los comanches con sus vecinos anglos, nuevomexicanos y texanos, el hecho de que el grueso de la documentacion sobre incursiones comanches durante este periodo, indiquen una notable concentración hacia los estados del norte de México, no solo nos habla de la imposibilidad de una convivencia pacífica con los mexicanos, sino de un problema histórico complejo.

Es dudoso que esta oleada de violencia tuviera que ver con una enemistad exclusiva de los comanches hacia los habitantes ubicados al sur del río Bravo, ya que sus causas se encuentran en condiciones económicas, geográficas, climatológicas y bélicas. Con todo, el el sur de la comanchería se presentaba con mayor vulnerabilidad y accesible para incursionar en él. En suma, a pesar de los planes y acciones que las autoridades federales y los habitantes fronterizos norteños pudieran llevaran a cabo durante el periodo del México independiente anterior a la guerra de 1846, sus villas, pueblos, haciendas, ranchos y ciudades se convirtieron en el blanco más importante de las movilizaciones comanches. A pesar de las claras motivaciones económicas e individualistas, de las campañas hacia México, el grado y frecuencia de violencia y destrucción han presentado una interrogante sobre el objetivo mismo de las movilizaciones. ¿la violencia era la expresión de una política de venganza por expediciones fallidas?, ¿la violencia era producto de individuos indisciplinados que acompañaban a los guerreros mas experimentados y competentes?, o bien ¿estas campañas correspondían a un esfuerzo concensuado por la mayoría de las parcialidades comanche y grupos aliados, para llevar a cabo una guerra destructiva en el norte de México, la cual preparara el terreno para un eventual cambio de domicilio?⁹

que registraron actividad comanche-kiowa a partir de 1840. De igual manera nos referiremos a este grupo como el norte de México o estados del norte de México, para diferenciarlos de Texas y Nuevo México.

⁹ La discusión ha sido intensa y, por supuesto, rebasa al estudio exclusivo de los comanches. Como punto de referencia pueden verse los estudios sugeridos por DeLay con respecto a la incognita de las causas del incremento de la violencia. Véase por ejemplo, Bamforth, Douglas B. "Indigenous People, Indigenous Violence: Precontact Warfare on the North American Great Plains." *Man*, vol. 29, 1994, pp. 95–115; y Keeley, Lawrence H., *War before Civilization*, Oxford, Oxford University Press, 1996. Otras lecturas sugerentes son Dennen, Johan van der, "(Evolutionary) Theories of Warfare in Preindustrial (Foraging) Societies",

En este capítulo, se estudia la situación general de la comanchería desde inicios de la década de 1830 hasta 1844, a través de los tratados escritos, ratificados o nó, y aquellos concilios o reuniones que prometían acuerdos de paz. El año de 1844 destaca por la firma del llamado *Treaty of Tehuacana Creek*, el cual reestableció la paz entre la República de Texas y la comanchería a finales de ese año, junto con el primer intento de anexión por parte del presidente John Tyler, la caída de Santa Anna por la “Revolución de las Tres Horas” y los intentos de los inmigrantes mormones por la compra del territorio disputado entre el río Nueces y la parte oriental del Bravo. Este periodo, coincide de cierta forma con la etapa de Texas como República independiente, previo a su incorporación en calidad de estado a la Unión Americana, periodo durante el cual se reconfiguran los nexos entre los actores en la región. Por consiguiente, se busca estudiar las relaciones de los comanches, observándolas desde sus propios objetivos y problemas, con sus vecinos a los cuatro puntos cardinales que empujaron a los Estados Unidos, Nuevo México, Texas y el norte de México a realizar los acuerdos de paz. Sostenemos que el proceder de los diferentes clanes comanche respondían a intereses compartidos por la mayoría, pactados en los concilios y que en ocasiones se quebraban, sin afectar el funcionamiento general de la comanchería.

Los 12 tratados de paz de la comanchería junto con varios que firmaron ciertas tribus colindantes a lo largo de este periodo, no representan señales de una paz efectiva, ya fuera porque algunos no terminaban siendo ratificados o bien por el entorno que el curso de los acontecimientos vividos en México, Texas y los Estados Unidos, terminaba por condicionar la ausencia de una tregua y concordia general. Al contrario, el estudio de dichos tratados en su conjunto, refleja que tanto mexicanos, texanos, americanos e indios no pudieron ejercer hegemonía en la región, fortaleciendo el carácter políticamente descentralizado de ésta pero unida por una cultura ecomómica compartida entre esos grupos étnicamente diferenciados. No obstante, consideramos que los tratados muestran, para colmo, que hacía principios de la década de 1840, la comanchería entró en un proceso que desencadenaría su declive, favoreciendo el avance de Kearny y Taylor, en perjuicio de la defensa mexicana al avance del ejército norteamericano.

Neuroendocrinology Letters, vol. 23, 4, 2002, pp. 55-65; y Wrangham, Richard W., “Evolution of Coalitionary Killing”, *Yearbook of Physical Anthropology*, vol. 42, 1999, pp. 1-30.

Ese amplio territorio del norte del México decimonónico fue el motivo del intento de conquista por parte de múltiples proyectos políticos e imaginarios culturales. Algunos americanos de la época lo afirmaban como el lugar donde podía materializarse la extensión del “imperio de la libertad”, otros de la expansión de la civilización por medio de la explotación de tierra con base en un sistema esclavista, así como aquellos que lo consideraban uno de los lugares en donde sus habitantes podrían influenciarse de la cultura republicana encabezada por los Estados Unidos.¹⁰ Los mexicanos, por su parte, solo podían afirmar que tenían un control nominal de esos territorios y que por más intentos para colonizar, poblar y extender la ciudadanía a los *indios de las praderías*, en la práctica, estos eran los que para antes de la guerra de 1846 habían logrado adecuarse a unas condiciones que les permitían practicar el comercio, muchas veces ilegal desde el punto de vista mexicano. Es decir, existía una realidad que no era alterna, sino que, al ser comprendida en su propia historicidad,¹¹ dominaba y desafiaba a las fuerzas occidentales por medio de la alternancia del uso de la violencia, la diplomacia y las transacciones comerciales.

Esta aglomeración de proyectos se confrontaron con la intención de contrarrestar el poderío rival, siendo la década de 1840 el momento de inflexión para la comanchería como proyecto independiente. Cada una de estas fuerzas tuvo la oportunidad de disputar los derechos sobre el territorio. En apariencia, el proyecto expansionista norteamericano, estableció el control de costa a costa por medio del Tratado Guadalupe-Hidalgo, sin embargo, el hecho de que la adquisición por derecho de conquista les condujera a la Guerra Civil y que los comanches, yutas, navajos, y demás pueblos permanecieran en estado de guerra intermitente, afectando a mexicanos y americanos al norte y sur de la frontera, habla de la complejidad de fuerzas involucradas antes y después de los años cruciales de 1846-48.

¹⁰ Cabe destacar las posturas políticas divergentes estadounidenses, que para mitad de siglo podían verse representadas por el partido Demócrata y el partido Whig. Los demócratas, que jugarían un papel ambivalente y cuya postura expansionista-esclavista sentaría la coyuntura para la aparición del partido Republicano, tenían en la figura de Henry Clay y Abraham Lincoln, la oposición wigh. Es interesante, el proceso que ocurre dentro de los Estados Unidos con respecto a la aceptación popular de la guerra con México. Véase Greenberg, Amy S., *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico*, New York, Vintage Books, 2013.

¹¹ Para ver el argumento que concibe a la comanchería como un “imperio” véase la síntesis lograda en el capítulo dedicado a ello, en Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 141-180. Aquí, nos limitaremos a destacar la capacidad que tuvieron para disputar el territorio de las Llanuras del Sur, dado que no entraremos en la discusión sobre el carácter *imperial*, y por tanto *excepcional* de estos indios.

Hacia este periodo, podemos destacar que la comanchería entró en una etapa de nuevos acercamientos formales con los poderes euroamericanos materializados en la firma de una serie de tratados de paz y buenas relaciones. Esta actitud y proceder de los comanches tuvo su razón de ser en causas provocadas por proyectos internos y de sus competidores externos, condicionados desde sus inicios como entidad política autónoma establecida en las planicies, en la medida en que los comanches tuvieron que acceder a los recursos naturales por medio de conquistas y pactos intertribales. Para Hämäläinen, la comanchería procedía en base a criterios semejantes a un proyecto imperial,¹² que tuvo que coexistir con al menos cuatro fenómenos evidentes, relacionados entre sí y con el desarrollo histórico de los diferentes clanes.

El primero es aquel que comúnmente denominamos expansionismo norteamericano, que originó el desplazamiento de colonos y comerciantes hacia el Oeste de los trece estados originales, así como una cantidad considerable de tribus indias, principalmente aquellas que habitaban al este del Mississippi, hacia la frontera noroeste de Texas que por esos años se había convertido en una región delimitada de forma confusa nombrada como el Territorio Indio. El segundo correspondió a la consolidación del Camino a Santa Fe, el desempeño de los comerciantes novomexicanos y las consecuencias, tanto comerciales como ecológicas que trajo consigo. El tercero, que se relacionó con la nueva entidad política que representaba la Texas independiente, que lejos de tener un acercamiento directo e inmediato con los Estados Unidos, pueden observarse, sobre todo en sus primeros años, intentos de consolidación como una potencia autónoma en la región. El cuarto fenómeno atañe al desmoronamiento del sistema de presidios, y la ausencia de la ejecución de una estrategia colectiva entre todos los estados del norte de México, aún cuando esa maniobra hubiera sido concebida u ordenada por las autoridades centrales. Los comanches, como se verá, eran completamente conscientes de ello, ante lo cual combinaron sus actitudes hacia el resto de los actores.¹³

¹² Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 349-351.

¹³ Cabe resaltar que el contacto constante con los llamados comancheros y demás comerciantes norteamericanos o europeos que se internaban en la comanchería, contribuían a fortalecer el conocimiento geopolítico de los diferentes jefes comanche. Algunos de ellos, como podremos constatar, visitaron en delegaciones oficiales, tanto la Ciudad de México como Washington. Se puede pensar que, respecto que los jefes comanches tenían hacia los “whites” provenía de la concientización del poderío al que se estaban enfrentando. En otras palabras, los comanches no solo querían mantener las zonas de conflicto lejos de sus rancherías, sino que concebían la

A vista de pajar, la comanchería constituía un complejo político-cultural que desafiaba a las fuerzas occidentales en base a métodos violentos, de parentesco, diplomacia y alianzas. No obstante, las fuentes como los diarios de viaje tanto de comerciantes, militares y trotamundos, así como la historiografía consultada, muestra que esa pujanza y poderío no fueron ni uniformes o indenticos, tanto en tiempo como en espacio. De igual forma, no podemos dejar de lado que ese complejo político-cultural no estaba exento de crisis internas y aunque para nuestro propósito se tienda a hablar de la comanchería en general, los conflictos entre los distintos clanes jugaron un rol significativo en las relaciones con el exterior. Ejemplo de ello es la problemática interna que los comanches tuvieron que solucionar antes de acceder a firmar el tratado de Council Springs de 1846.¹⁴

Así mismo, a través de sus concilios, los diferentes clanes y rancherías arreglaban y ajustaban las posiciones que debían tomarse en cuanto al aseguramiento de la prosperidad del conjunto general. Visto de otro modo, los comanches, al tener que asegurar su territorio, mantuvieron en su estirpe las bases culturales que les aseguraban su supervivencia; guerra, comercio, subyugación y alianzas. Bajo esas bases, los diferentes clanes, liderados por sus jefes militares intentaban sacar el mayor provecho posible de sus relaciones con las distintas tribus nativas, con poblados, fortificaciones, y con los distintos actores comerciales que negociaban con ellos. De manera que, dependiendo el tiempo, el actor externo y la zona, los comanches ejercían una presión intermitente pero persistente, comerciando de forma abierta, amedrentando de forma violenta, estableciendo alianzas, y por supuesto, por medio de incursiones violentas para robar principalmente caballos, otras mercancías y en ocasiones cautivos, que luego intercambiaban en otro punto de sus fronteras.

Por consiguiente, a pesar de que el norte de México representaba la zona abierta a las incursiones comanches, podemos afirmar que por un lado, las autoridades mexicanas tuvieron acercamientos para lograr acuerdos de paz, semejante a la política de Washington, y por el otro intentaron llevar a cabo una estrategia defensiva la cual no pudo ser efectiva

capacidad militar norteamericana. Véase Marcy, R.B., *Thirty Years of Army Life on the Border: Comprising Descriptions of the Indians Nomads of the Plains; Explorations of New Territory; a Trip Across the Rocky Mountains in the Winter; Descriptions of the Habits of Different Animals Found in the West, and the Methods of Hunting Them; With Incidents in the Life of Different Frontier Men, &c.*, New York, Harper & Bros, 1866.

¹⁴ Foreman, Grant, "The Texas Comanche Treaty of 1846", *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 51, no. 4, abril 1949, en <https://www.jstor.org/stable/30235026> [consultado 3 de abril 2020] pp. 313-332

debido a la ausencia de una participación conjunta por parte de los diversos estados mexicanos. De igual forma, a pesar de que el Camino a Santa Fe había logrado un auge significativo y que las escoltas estadounidenses otorgaban cierta seguridad en el trayecto a las caravanas y comerciantes, esta paz no puede entenderse de forma indiferenciada, ya que se pueden documentar ataques de los indios antes y durante la guerra México-Estados Unidos. Por tanto, el estudio de los tratados de paz celebrados por la nación Comanche, sirven para explicar el comportamiento de las diferentes fuerzas, a pesar de que los hechos reflejen una realidad diferente.¹⁵

Hacia principios de la década de 1840, luego de una serie de cambios dramáticos en la geopolítica de la región, se puede decir que la Comancheira mostraba el siguiente acomodo; al norte, colindaba con el río Arkansas, que era la base del camino a Santa Fe, donde el creciente flujo de caravanas fortaleció el comercio de pieles y otros productos, así como el ingreso cada vez más frecuente y diversificado de comerciantes americanos hasta las rancerías comanches, no obstante, este auge comercial significó el inicio de la autoridad sobre la caza del bison en el sur de las Grandes Planicies por parte de la comanchería; al sur, el panorama general puede resumirse en una región constantemente atacada por destacamentos comanches, que condujeron al debilitamiento de la zona convirtiéndola en una especie de colonia desde la perspectiva comanche; al este, las relaciones con la nueva República de Texas fluctuaron entre una política de conciliación y comercio, a una de conflicto abierto, dependiendo del ánimo y calificación de las autoridades texanas hacia los indios de las planicies y el grado de simpatía o animadversión de las parcialidades comanche orientales, de igual forma, el trato con los indios migrantes como los Delaware y Osages, fueron complicadas y no siempre pacíficas; y finalmente al oeste, puede observarse que los comanches habían logrado una relación de cooperación con los nuevomexicanos y las tribus autónomas como los Cheyenes y Arapahes, sin pasar por alto, que era la zona en la que más influencia cultural y parentesco ejercían con los pobladores sedentarios de algunas poblaciones como San Miguel del Vado.

¹⁵ Para este fin, seguimos la argumentación de Chalfant, William Y, *Dangerous Passage: The Santa Fe Trail and the Mexican War*, Norman, University of Oklahoma Press, 1994; y Oliva, Leo E., *Soldiers on the Santa Fe Trail (1829-1880)*, Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1967.

2.1 Tratados con Texas. *Atacar o pactar según lo dicte el ánimo del presidente.*

Sam Houston escribía a su hermano en 1833, “Texas is the finest portion of the globe that has ever blessed my vision.” Brands, menciona que arribo a Texas casi como un castigo, justo cuando su carrera militar parecía acabada. Famoso por su participación en la Guerra de 1812, y protegido del presidente Jackson, Houston llegaba a Texas luego de haber permanecido algún tiempo con una tribu Cherokee, hasta que en 1832, arribo a la provincia mexicana donde no solo reiniciaría su carrera militar, sino que consumaría su carrera política. Al igual que sus contemporáneos recién establecidos en las vastas tierras cedidas a los empresarios, liderados por Stephen Austin, la nueva tierra prometía un futuro prominente, al menos en teoría. Por supuesto, los problemas no tardaron en aflorar lo que significaría el intento de establecer un verdadero control en aquel territorio. Es interesante, que ambas figuras, encaminaran sus actividades políticas al logro del ideal de independencia, impregnado en el sentimiento nacionalista texano, palpable al día de hoy.

Stephen Austin, es la figura central anterior a 1835 y sus intentos por independizar Texas de Coahuila dan cuenta de ese ideario, que además obedecía a dos factores concretos; la ubicación estratégica que la provincia gozaba en el Golfo de México y la complicada relación con la comanchería. Los *Austin Papers*, no hacen una referencia abultada a los problemas con los comanches y kiowas, lo cual no significa que el asunto no fuera de la mayor importancia desde que Austin heredó la licencia de su padre. La explicación a ello, puede estar conectada con el argumento de Hämäläinen sobre la zona que los colonos norteamericanos ocuparon antes de la proclamación de Independencia.¹⁶

Más aún, las diferentes posturas de los colonos texanos y sus contratistas con respecto a la idea de independizar la provincia o incorporarla a los Estados Unidos puede ser estudiada a partir de las experiencias que estos inmigrantes tuvieron con los indios. Es decir, la postura de reprobación por parte de Stephen F. Austin y Green de Witt hacia los rebeldes de Nacogdoches en 1827, apoyados fundamentalmente por inmigrantes recién llegados, que en palabras de Weber, tenían poco que perder desconociendo y repudiando la autoridad mexicana, otorgó la oportunidad para corroborar la lealtad hacia México por parte de los

¹⁶ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 200-201.

famosos contratistas o colonizadores.¹⁷ Igualmente, esta actitud obedecía a que los colonos de la franja oriental de Texas, mayoritariamente de origen anglo, no resentían el problema de las incursiones, a diferencia de los colonos de origen hispano asentados en la franja occidental de Texas.

La tendencia de cuidar un punto de las fronteras y descuidar otros por parte de México, encuentra un ejemplo semejante en el caso de Texas. Por ejemplo, los esfuerzos de Stephen Austin en materia de seguridad estuvieron enfocados a la organización de los Texas Rangers y favorecer la colonización por parte de inmigrantes norteamericanos en zonas alejadas del margen inmediato de acción comanche al menos de 1821 a 1835. Si bien los rangers supusieron cierto freno a las incursiones en la zona noroeste de la provincia y las colonias más orientales quedaron alejadas y casi exentas de estos engorros, la violencia se focalizó en otras zonas fronterizas de la Texas de dicho periodo. Lo anterior parece ser un elemento que responde al sorprendente éxito de las colonias orientales, contraproducente con la situación del corredor occidental San Antonio-Goliad, mayormente hispanizado y colindante con la comanchería, el cual se había convertido en blanco directo de los ataques comanches y amortiguador para las colonias orientales durante los años precedentes al movimiento secesionista texano. El mismo Mier y Terán en su viaje de 1828, posterior a la revuelta de Haden Edwards y su República de Fredonia proclamada precisamente en Nacogdoches y reprimida meses después por el Teniente Coronel Mateo Ahumada, notificaba que en la parte oriental y norte de Texas, habitantes mexicanos eran, además de la minoría, los “más pobres e ignorantes,” y constataba que los americanos basaban sus quejas principalmente por la desorganización existente en la frontera (con la comanchería) y al incorrecto sistema de justicia.¹⁸ Así mismo, cuando la tregua con los indios pudo volver a ser posible hacia inicios de 1835, los comanches tuvieron que concentrar sus fuerzas en otros puntos colindantes a la comanchería, pero no tardaron en volver a atacar los poblados texanos.¹⁹

¹⁷ El autor menciona, que incluso, Austin envió milicianos de su colonia para apoyar a las fuerzas de Ahumada y reprimir a los rebeldes, en Weber, David J., *The Mexican Frontier 1821-1846. The American Southwest Under Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982, p. 166.

¹⁸ Con esto, Mier y Terán confirmaba que la zona texana oriental gozaba de mejores condiciones y que los mexicanos prominentes no se encontraban sino en la region de San Antonio, en Weber, *The Mexican Frontier*, pp. 166-167.

¹⁹ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 194-197.

En 1830, Austin advertía a las autoridades mexicanas que mientras existiera un mercado estadounidense para los caballos robados en Texas, Coahuila, Nuevo León y demás provincias mexicanas, la paz con los comanches resultaría imposible de alcanzar.²⁰ Esta situación de exposición a las incursiones, originó que las familias de colonos anglos huyeran de ese tipo de violencia que prevalecía en el corredor San Antonio-Goliad históricamente poblado por texanos de ascendencia hispanomexicana, o tejanos, dirigiéndose hacia el oeste, en la región de Nacogdoches y la costa del Golfo. Incluso, para Weber, la colonia de Martín de Leon ubicada en el extremo sureste en la costa del Atlántico, sintetizaba “The only predominantly mexican colony in Texas”.²¹ No es casual, que la recuperación del corredor occidental coincida tanto con la tregua lograda con la comanchería y el arribo de colonos anglos al lugar hacia 1834, momentos antes de la revuelta independentista.²²

Una de las particularidades de Texas con respecto al resto de las provincias del “México perdido”, es precisamente que una de sus rebeliones fue exitosa, en tanto que logró instaurar una administración gubernamental autónoma, cuyo reconocimiento por parte de sus vecinos merece nuestra atención, en especial porque el problema de las incursiones tuvo un papel esencial en los debates. Las palabras del representante de Tennessee Mr. Huntsman afirmaban que “to stop the lawless excursions of plunder, murder and robbery, to beat back those ferocious barbarians...Mexican Government adopted the only practicable mode of affording that relief...It was to make large grants of land to citizens of the United States...”, en esa línea discursiva, para Huntsman después de la llegada de los colonos norteamericanos “the savage roamed no longer hostile in array over the plains of Texas” e incluso, agregaba el elemento racial al argumentar que “The Anglo Saxon good which had got into the country was a perfect guarantee against lawless depredation.”²³ Incluso, el trayecto de los dos personajes preponderantes, Stephen Austin y Sam Houston, durante los años de la revuelta,

²⁰ Kavanagh, *The Comanches*, p. 199. Existen reclamaciones de ministros mexicanos como la de Sebastian Camacho a Joel Poinsett, en Junio de 1826, solicitando al gobierno estadounidense parar el contrabando con los indios, quienes se veían beneficiados con la adquisición de armamento. El panorama era de conocimiento público en los Estados Unidos desde la década de 1820, ver Weber, *The Mexican Frontier*, p. 95-97.

²¹ Weber, *The Mexican Frontier*, p. 164-165.

²² Hämäläinen, *The Comanche Empire*, pp. 196-197.

²³ Speech of Mr. Huntsman in the House of Representatives, 2 de Marzo de 1837, en Congressional Globe, House of Representatives, 24th Congress, 2nd Session, American Memory, Remaining Collections, Library of Congress, [https://memory.loc.gov/cgi-bin/query/S?ammem/hlaw:@filreq\(@band\(House+of+Representatives+@1\(Independence+of+Texas--Mr++Huntsman\)\)+@field\(COLLID+llcg\)\)](https://memory.loc.gov/cgi-bin/query/S?ammem/hlaw:@filreq(@band(House+of+Representatives+@1(Independence+of+Texas--Mr++Huntsman))+@field(COLLID+llcg))) [consultado 3 de abril 2020] p. 227.

ejemplifican tanto el carácter multiétnico de simpatizantes y detractores del conflicto separatista, como la existencia de dos Texas diametralmente distintas en cuanto al contacto cotidiano con la violencia de las incursiones.²⁴

Después de los intentos fallidos para conseguir la autonomía de Texas y su salida de prisión, Austin se incorporó a la revuelta independentista. Es de notar, el cambio de fidelidad nacional en el discurso, que pasó de presentarse como un prominente ciudadano mexicano a presentarse a los miembros del Congreso americano en palabras como “as men, as Americans, as my Countrymen”. Austin también comenta, en la misma línea argumentativa del congresista Huntsman, que los indios constituyen una amenaza imperante a la seguridad de los colonos americanos en Texas, esta vez porque “Santana is now in Texas... he is exiting the Comanches and other indians”.²⁵ Ahora, en palabras de Austin, México representaba la barbarie y los Estados Unidos la civilización, dado que el primero había sido incapaz de detener las rapiñas de los bárbaros. A esas alturas del conflicto, es imposible determinar si en efecto, Stephen Austin había perdido toda simpatía por los mexicanos, pero si podemos decir que, más allá del discurso cambiante, el pionero de la colonización texana había mostrado en sus acciones un deseo de salvaguarda por el porvenir de Texas.

A pesar de los acuerdos logrados con los indios, durante el momento de mayor tensión entre el ejército texano y las fuerzas comandadas por Antonio López de Santa Anna, días después de la famosa batalla de San Jacinto, en Mayo de 1836 una partida de comanches atacó las propiedades de la familia de Issac Parker en los alrededores de Groesbeck, actual condado de Limestone a unos 300km al noreste de la actual Ciudad de Austin. Además de la relevancia de acontecimiento debido a la captura de Cynthia Ann Parker, madre del famoso líder comanche Quanah,²⁶ el caso nos permite ilustrar el argumento de Hämäläinen sobre la brecha entre la Texas al este y oeste de sus fronteras. La incursión comanche tuvo lugar en un momento de tumulto, cuando las tropas texanas y voluntarios estaban ocupados en el

²⁴ Para una visión general del conjunto de lealtad es nacionales involucradas en los años de la guerra vease Brands, H. W. *Lone Star Nation: How a Ragged Army of Volunteers Won the Battle for Texas Independence, and Changed America*. New York: Doubleday, 2004.

²⁵ Ambas citas son de Austin to Andrew Jackson, New York, April 15, 1836, en Barker, Eugene C. *The Austin Papers: October 1834-January, 1837*, The Portal to Texas History, vol. 3, Austin, University of North Texas Libraries, 1926, en <https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metapth225496/> [consultado 3 de abril 2020] pp. 332-333.

²⁶ Véase por ejemplo, Gwynne, S.C., *Empire of the Summer Moon*, New York, Scribner, 2010, pp. 8, 13-15; 0

sureste de la provincia, situación que dejaba la zona al norte de Austin ciertamente desprotegida, lo cual ciertamente aprovechado por los indios. El transfondo es que los texanos de la franja occidental estaban mayormente expuestos a las incursiones de indios independientes, que aquellos colonos comenzaban a ocupar la franja oriental del territorio texano.²⁷

No obstante los esfuerzos de los diferentes gobiernos texanos anteriores a la declaración de Independencia y la elección de David G. Burnet como cabeza del gobierno en Marzo de 1836, los ataques de los indios no se hicieron esperar. Meses antes, en Enero del mismo año, el Coronel J. C. Neill informaba sobre la intención de los comanches de lograr una negociación para establecer un tratado de “Amistad y Límites”, el cual a pesar de las intenciones de El Concilio General texano (órgano de gobierno anterior a la declaración de Independencia), no llegó a realizarse. De igual forma, por esas fechas volvía el rumor de una alianza Comanche-mexicana, el cual involucraba al general Martín Prefecto de Cos. De igual forma, se llegó a sugerir el alistamiento de indios simpatizantes a los texanos para apoyar a los Rangers en sus expediciones, lo cual tampoco se ratificó sino tiempo después.²⁸ Las condiciones de la guerra con México fueron aprovechadas por los indios y al menos tres incursiones tuvieron lugar en la frontera con la comanchería, siendo el de la familia Parker el más recordado por el grado legendario que Cynthia Ann Parker, madre del famoso líder de los comanches en sus últimos años previo a la reservación, Quanah Parker.²⁹

Cabe la posibilidad que la Familia Parker, al ser una de las afectadas por la violencia india, fueron de aquellos texanos que presionaron a la administración de la nueva República a tomar medidas contra los indios, siendo Mirabeau Lamar, el político en quien encontrarían la mejor disposición para apoyar aquella demanda. Con todo, en esos años de revolución texana, las lealtades, compromisos y pactos con la comanchería parecían ser producto de rumores y discursos que disposiciones reales de los indios. Pronto, Texas se vió enfrascada

²⁷ Hämäläinen, *The Comanche Empire* pp. 200-201.

²⁸ Lipscomb, Carol A., “Sorrow Whispers in the Winds”: The Republic of Texas's Comanche Indian Policy, 1836-1846”, Tesis de Maestría, Denton, Texas, University of North Texas, 1994, pp. 43-45.

²⁹ Cabe añadir, que Lipscomb resalta que el Fuerte Parker se localizaba a 100 km al noroeste del camino de San Antonio a Nacogdoches, lejos de las colonias más protegidas y con mayor cercanía a la zona donde los comanches podían moverse con facilidad e incluso reclamaban como propia. De igual forma, asegura que el ataque a la familia Parker ofrece indicios de resarcimiento por parte de los indios, ver Lipscomb, *Sorrow Whispers*, p. 47-48.

en una guerra con la comanchería, mientras intentaba solucionar sus asuntos de reconocimiento a su gobierno y la guerra con México. Por supuesto, los Rangers, continuaron su estrategia de internarse en territorio de las diferentes tribus y atacar a los mismos en sus propias villas, como hacía décadas no se realizaba.³⁰

Al respecto, no está claro si las autoridades mexicanas tenían conexión directa con las operaciones de los Texas Rangers, o si utilizaban las mismas tácticas en su combate a los indios, a lo que Lipscomb apunta que hacia 1835 el general Martín Perfecto de Cos ordenó la cancelación de los intentos de usar a tribus rivales en contra de los comanches.³¹ Lo anterior sentó las bases para que la violencia se magnificara en los años de la Texas independiente, a pesar de los esfuerzos de Houston por ganar la simpatía de los indios, en especial de los Comanches con quienes celebró un tratado en Mayo de 1838, el cual no sería ratificado por el Congreso.³² Mirabeau Buonaparte Lamar asumió la presidencia en diciembre de ese mismo año, y es claro que su política de ofensiva agregó a las motivaciones económicas de las incursiones un elemento de revanchismo, el cual se puede observar en la documentación de la época, en especial aquella posterior a la administración de Lamar, en la que los jefes comanches insistían en su animadversión y resentimiento hacia los texanos.

Texas, que en tiempos de soberanía hispana y luego mexicana experimentó problemas de incursiones sistemáticas por parte de diferentes indios independientes, comenzó un periodo de mayor tensión con los atacantes tras la formación del cuerpo armado conocido como los Texas Rangers. Sam Houston, que tenía una relación controversial con las naciones indias, dada su experiencia con los Cherokees y al haber establecido matrimonio con una mujer nativa durante su estancia, intentó congraciarse con los indios. En ese panorama se puede observar que Houston, como presidente de Texas, expresaba cierta afinidad hacia los

³⁰ Anderson, Gary Clay, *The Indian Southwest, 1530-1830: Ethnogenesis and Reinvention*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999, p. 127-129. Para los problemas diplomáticos en torno al reconocimiento de la Independencia de Texas, entre ellos, la intención británica de apoyar a Texas como un competidor a los Estados Unidos, el ánimo del sector expansionista norteamericano, y los esfuerzos militares y diplomáticos de México por recuperar el control de Texas, ver Terrazas, y Basante, Marcela, y Gurza Lavalle, Gerardo. *Las Relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010: 1*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012 p. 196-200.

³¹ Lipscomb, "Sorrow Whispers", p. 31.

³² "Treaty Between Texas and the Comanche Indians, Ciudad de Houston, 29 de Mayo de 1838", en Dorman H. Winfrey, *Texas Indian Papers, 1825-1843*, vol 1., Austin, Texas State Library, 1959, en <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015003691600&view=1up&seq=8> [consultado 4 de abril 2020] p. 50-52.

indios de las Planicies, quienes incluso no dudaron en la petición del establecimiento de una frontera formal definida por medio de un tratado. Por otro lado se nota que el Congreso, al ser portavoz de distintas opiniones con respecto al asunto indio, no ratificó siempre las decisiones del ejecutivo. Y por ultimo, se puede distinguir que los clanes comanches del este, habían encontrado una oposición seria a sus prácticas coercitivas. En medio de este panorama, en Mayo de 1838, se celebraba el tratado popularmente conocido como *Treaty of Peace and Amity*, entre la República de Texas y tres representantes de los comanches.³³

La llegada a la presidencia de Texas de Mirabeau Lamar supuso el inicio franco de hostilidades con los Comanches, tanto que, según Lipscomb, su administración llegó a gastar \$2, 552, 318, en comparación con las administraciones de Houston que gastaron menos de la décima parte de dicha cantidad, siendo, junto con el problema de la devaluación de la moneda y el deficit fiscal una de las causas para el regreso de Houston a la presidencia.³⁴ La estrategia de Lamar consistía en el patrullaje de la frontera, la captura de indios belicosos y la persecución de aquellos que realizaran incursiones, robos o toma de cautivos. De igual forma, las unidades texanas emprendieron campañas contra las villas comanches y de indios rebeldes, efectuando y continuando la práctica del cautiverio, practicada en las Llanuras desde siglos atrás. El ministro metodista, John Wesley Wilbarger menciona al menos cuatro casos que tuvieron popularidad en su momento, durante el periodo de la administración de Lamar, correspondiente al periodo 1838-1841.³⁵ En este clima de incertidumbre, no solo con las naciones indias, sino con la constante amenaza de reconquista mexicana, el gobierno texano emprendió su proyecto de conquista continental, que junto los problemas económicos de la joven república, la arrastrarían a una crisis general en los primeros años de la década de 1840.

En esos años el gobierno texano promovió al menos cuatro expediciones oficiales con el objetivo de tomar plazas mexicanas.³⁶ La fallida expedición del proyecto continental de

³³ "Treaty Between Texas, *Texas Indian Papers*, pp. 50-52.

³⁴ Lipscomb, "Sorrow Whispers", p. 86.

³⁵ Wilbarger, *Indian Depredations*, pp. 1-22. Lipscomb señala que el último año de la administración de Lamar, observó una tranquilidad comparada a los años precedentes, muy probablemente al agotamiento de comanches y texanos, luego de tres años de intensas contiendas, Lipscomb, *Sorrow Whispers*, p. 84.

³⁶ La primera de ellas propuesta por el Secretario de Guerra, Branch T. Archer, la cual no encontró buen respaldo del legislativo, se había conformado por voluntarios más que por elementos experimentados en las escaramuzas de los indios de las planicies y la forma de llevar a cabo las expediciones militares en territorio de los comanches.

M. Lamar en 1841, dejó un aire de revanchismo entre cierto sector de la sociedad texana, y aún con el cambio en la presidencia en Diciembre de ese mismo año, el Secretario de Guerra M. C. Hamilton autorizaba una expedición de no mas de 300 hombres, con el objetivo de “intercepting and capturing the property of the Mexican traders who may pass through the territory of the Republic to and from Santa Fe...”³⁷ La expedición, que fue parte de los tres esfuerzos de Texas por adentrarse y hacerse del control de poblados mexicanos a inicios de la década. Queda claro que apesar de las discrepancias entre Sam Houston y Mirabeau Lamar con respecto a la política que debia seguirse con los indios, ambos coincidían en concebir a México como enemigo común. Además de reclamar el territorio hasta el límite establecido por el río Bravo, los texanos justificaban los ataques y detenciones de comerciantes mexicanos que intenaban atravesar las planicies al calificarles como participantes de un comercio ilegal. Las motivaciones para llevar a cabo estos ataques eran comerciales, al intentar debilitar el mercadeo mexicano, y politicas, al sugerir que “the expedition would make a descent to Chihuahua, and ultimately revolutionize the whole Northern Mexico”.³⁸

Las expediciones texanas realizadas entre 1841 y 1843, que tenían como objeto la expansión texana hacia el oeste y el sur de sus fronteras, fracasaron.³⁹ No obstante, un factor que contribuyó al éxito de la defensa nuevomexicana y de las escoltas norteamericanas, consistió en que la posibilidad de que hacer llegar el aviso de los invasores texanos al gobernador Armijo, favorecía los intereses de ciertas facciones comanche en 1841.⁴⁰ Esto puede entenderse, más que una lealtad a Nuevo Mexico por parte de los comanches, como un repudio a los texanos, ya que el recuerdo de los acontecimientos de la matanza en Council House Fight y la derrota comanche en Plum Creek permanecian frescos.⁴¹ Tambien, es

El objetivo, era establecer una ruta comercial militarizada emulando el Camino a Santa Fé, y crear un contrapeso al mismo. Véase Bancroft, H. Howe., *History of the North Mexican States and Texas*, vol. 2., San Francisco, History Co., 1889, en <https://catalog.hathitrust.org/Record/100581874> [consultado 4 de abril 2020] p. 332-333.

³⁷ “Department of War and Marine, February 16, 1843” en Cottrell, Dorothy, “Texan Reprisals Against New Mexico in 1843”, Tesis de Maestría, Albuquerque, University of New Mexico, 1934, en https://digitalrepository.unm.edu/hist_etds/99 [consultado 4 de abril 2020] p. 49.

³⁸ Cottrell, “Texan Reprisals”, p. 25.

³⁹ Estas fueron la Texas-Santa Fe Expedition de 1841; la comandada por Alexander Somervell capturada en Mier; la tercera bajo el comando de Charles A. Warfield, contenida por tropas novomexicanas en las inmediaciones de la villa de Mora; y la de Jacob Snively detenida finalmente por el Capitán Cook, en Oliva, *Soldiers*, p. 42.

⁴⁰ Betty, *Comanche Society*, p. 172.

⁴¹ Delay, Brian, *War of a thousand deserts: Indian raids and the U.S.-Mexican War*, New Haven, Yale University Press, 2008, p. 209.

posible que al viajar como un destacamento, los indios interpretaran sus posibles asaltos a las caravanas como un competidor en ese rubro, por lo cual facilitaron su detención, informando a tiempo tanto a nuevomexicanos, mexicanos y americanos.

Así mismo, las causas también pueden encontrarse en la existencia de relaciones comerciales más cercanas que los comancheros, tanto americanos como novomexicanos habían venido construyendo con los comanches desde décadas atrás. DeLay menciona que, algunos jefes comanches se habían acercado al general Francisco Conde proponiendo su posible disposición de apoyar a México en la guerra contra Texas.⁴² Esto parece ser un rumor, toda vez que DeLay afirma que “however heartfelt these sorts of arguments were among some Comanches, they obviously failed to convince most Plains Indians to stop campaigning against Mexico”.⁴³ De igual forma, el mismo general Conde, afirma que “una terrible invasión de comanches se dirige a estos departamentos”.⁴⁴

En el caso de la expedición de Snively, capturada por la escolta del capitán Cook en 1841, quien acompañaba a una caravana en camino a Santa Fe, es manifiesto que la detención obedecía al interés norteamericano de salvaguardar la seguridad de sus comerciantes en dicho camino. Cruce de información y la demora para tener algún tipo de indicaciones sobre los acontecimientos en la Ciudad de México, provocaba una percepción confusa de los movimientos estratégicos de cada país. Así, estas acciones se entendían por las autoridades mexicanas como una agresión que en el fondo era promovida por el gobierno estadounidense. La reacción de los Estados Unidos no dejó pasar la formalidad diplomática, recomendando, al igual que Gran Bretaña, que el gobierno texano debía detener las agresiones contra México y llegar a una tregua entre ambos, que como es bien sabido, tal cosa implicaba el reconocimiento de Texas como República independiente por parte de los mexicanos.⁴⁵ De

⁴² “Francisco G. Conde al Gov. De Durango, Santa Fe, 20 Agosto, 1845”, en *Periodico oficial del Estado de Durango. El Registro Oficial*, Septiembre 25, 1845, Hemeroteca Nacional Digital de México, UNAM, en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a36687d1ed64f16c7da97?resultado=316&tipo=pagina&intPagina=2&palabras=registro+oficial> [consultado 4 de abril 2020] p. 2.

⁴³ DeLay, *War of Thousand*, p. 388

⁴⁴ “Juzgado de paz de primer orden de Cerroverde al coronel D. Cayetano Justiniani, 17 de septiembre 1845, en *Periodico oficial del Estado de Durango. El Registro Oficial*, 2 de octubre de 1845, Hemeroteca Nacional Digital de México, UNAM, en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a36697d1ed64f16c7de10?resultado=8&tipo=pagina&intPagina=3&palabras=conde> [consultado 4 de abril 2020] pp. 3-4.

⁴⁵ Cottrell, “Texan Reprisals”, pp. 36-38.

igual forma, la detención de Snively provocó una disputa de reclamación de daños entre Texas y los Estados Unidos, ya que los texanos sostenían que la captura había tenido lugar fuera de la jurisdicción de Cook, situación que se resolvió con una indemnización por parte del gobierno norteamericano.⁴⁶

Los años de la presidencia del presidente Lamar aparecen caóticos para los intereses texanos y de igual forma agotadores, especialmente para los comanches orientales, quienes hacia 1840 de la llamada Masacre de Council House Fight llevaban al menos tres años de lucha intensa. Aquello propició que en Febrero de ese mismo año, llegara al conocimiento del Coronel H. W. Karnes, el mensaje de algunos jefes comanches quienes deseaban establecer negociaciones para un posible tratado. El gobierno texano tomó sus precauciones informando a los indios que como condición para entrar en concilio, debía tener lugar un intercambio cuantioso de cautivos. El día pactado para celebrar el convenio, los comanches solo llevaron consigo a Matilda Lockhart, capturada años antes, argumentando que el resto de los cautivos se encontraban bajo el control de otros clanes. En medio de la confusión y la indignación de los comisionados texanos, comenzó un enfrentamiento que acabó con la vida de todos los jefes y sus guerreros, siendo menores las bajas texanas. Según Wilbarger, una de las mujeres que acompañó la comisión india, fue dejada en libertad para informar a la tribu el acontecimiento, y un posible intercambio de prisioneros.⁴⁷

De cualquier manera, días después arribaron otros representantes indios, esta vez, con una cantidad considerable de cautivos. Las autoridades texanas debieron entender aquello como un triunfo sobre la comanchería, que sentara las bases de un nuevo ciclo en las relaciones con los indios, pero estos últimos tenían otros planes. Algunos meses pasaron, y en verano de ese 1840, en un insólito movimiento masivo de guerreros comanches y aliados, las villas de Victoria y Linnville fueron arrasadas. Esa era la primera vez que la comanchería efectuaba un ataque de esa naturaleza, incluso incomparable con sus movilizaciones hacia Nuevo México y el norte de México; pero aún más inusitado resultaba la cantidad de

⁴⁶ Cottrell hace un minucioso recuento de las repercusiones diplomáticas de estas expediciones, que para los gobiernos del momento, eran indicios de una guerra texana emprendida contra México, la autora señala que en el derrotero texano se ha tendido a menospreciar estas acciones, para fortalecer la idea de que las agresiones solo eran emprendidas por el intento de reconquista mexicana. ver Cottrell, "Texan Reprisals", pp. 35-45.

⁴⁷ Wilbarger, *Indian Depredations*, pp. 22-25.

guerreros congregados, estimada entre mil guerreros, para efectuar lo que popularmente se conoce con el nombre de *Great Comanche Raid*⁴⁸.

Cuando Sam Houston retomó la presidencia de Texas, ambas partes tuvieron un nuevo acercamiento para negociar una tregua hasta dar lugar a los concilios popularmente conocidos como de Tehuacana Creek, desde 1843 hasta la firma del tratado en Octubre de 1844. En estos, se puede notar que el resentimiento y desconfianza provocados en los años anteriores lo que provocó división y puntos de vista divergentes entre los clanes, haciendo que el tratado definitivo tardara más de un año para lograr una redacción final.⁴⁹ Apesar de la firma de un armisticio en Agosto de 1843, las escaramuzas e incursiones por ambas partes no cesaron, probablemente a que el jefe comanche Pahayuco, perteneciente al clan Penateka, con todo y su reputación entre el resto de los clanes y los jefes militares de su clan, no había podido convencer al resto de los *paraibos* de unirse a las negociaciones. Lo que si logró Pahayuco, lo cual aquellos firmantes del Tratado de 1844 como Potsanaquahip y Mopechucopé asegurarían, fué el objetivo de establecer límites fronterizos entre ambas naciones.⁵⁰

Mientras tanto, Houston logró que el Congreso aprobara, en Enero del mismo año, una ley que intentaría regular el comercio con los indios, ordenando el establecimiento de cinco puestos comerciales a lo largo de la frontera oeste. Entre otros puntos, la aplicación de la legislación estaría a cargo del Bureau of Indian Affairs que pasaba a reponder directamente al presidente, debiendo cuidar que los comerciantes, tanto indios como texanos estuvieran licenciados por el gobierno, procurando que las transacciones se realizaran en los puentes señalados. En caso de que los comerciantes de ambas naciones atravesaran la frontera,

⁴⁸ Brice, Donaly E., *The Great Comanche Raid: Boldest Indian Attack of the Texas Republic*. Austin, Texas: Eakin Press, 1987, pp. 27-29. Brice sostiene que el general Canalizo aprovechó la coyuntura provocada por el Council House Fight y el deseo de revancha de los guerreros comanches. Para el autor, la selección de los dos objetivos atacados por los comanches no es casual dado su vulnerabilidad e importancia económica, y propone que Canalizo incitó a los indios, para debilitar las fuerzas texanas.

⁴⁹ Un acercamiento al proceso de negociación puede seguirse en la correspondencia entre Houston y los comisionados encargados, en Winfrey, Dorman H. *Texas Indian Papers*, vol 2. Austin, Texas State Library, , 1959, en <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015003691584&view=1up&seq=50> [consultado 4 de abril 2020] p. 34-121.

⁵⁰ “Armisticio entre Texas y la comanchería, 9 de Agosto de 1843,” en Deloria, *Documents*, p. 578-579.

deberían mostrar un permiso para no ser detenidos, tanto por las autoridades texanas como por los indios.⁵¹

El tratado de Tehuacana Creek, del 9 de Octubre de 1844, establecía, entre otras cosas la amistad entre ambas naciones, la reciprocidad en tiempos de guerra así como ofrecer información sobre posibles peligros a ambas naciones de sus enemigos, la “extraditación” de fugitivos que se internaran dentro de la comanchería, la exclusividad en el comercio, así como el alto a las incursiones por parte de ambos bandos.⁵² Para la el gobierno de Houston, esto significó un triunfo en medio de la incertidumbre que todavía significaba la crisis económica de la República, además de la crisis diplomática con México. El compromiso de Houston con los indios puede observarse en su oposición a la oferta de Lucien Woodworth, representante de la *Church of Jesus Christ of Latter-Day Saints* o Mormones, para adquirir una considerable cantidad de territorio Texano. Las razones para la negativa de Houston obedecían a un plan alternativo en caso de no lograr la anexión con Estados Unidos, guiado por el deseo de extender el territorio texano hasta la costa del Océano Pacífico y crear una potencia continental con el apoyo de sus aliados indios, además de la alerta que causaba los posibles conflictos religiosos, de los cuales los Mormones eran célebres.⁵³

Por esas fechas, el gobierno texano y la administración norteamericana del presidente John Tyler reanudaron los acercamientos diplomáticos que desencadenarían la anexión de Texas a Estados Unidos por resolución del Congreso estadounidense en Diciembre de 1845. En la comanchería, las parcialidades de comanches más orientales que experimentaban el desbalance de la escabechina provocada por el periodo de guerra contra la Texas de Mirabeau Lamar, habían llevado a buen término sus arreglos con aquellos tras la victoria de Sam Houston que volvía a la presidencia en una segundo mandato. Al mismo tiempo otras parcialidades mantenían acercamientos con oficiales de Nuevo México, Coahuila y por supuesto de Estados Unidos.

⁵¹ Lipscomb, *Sorrow Whispers*, p. 96-108.

⁵² “A Treaty Signed in Council at Tehuacana Creek, 9 de Octubre de 1844”, en Winfrey, *Texas Indian Papers*, Vol. 2. p. 114-119.

⁵³ Van Wagenen, Michael, *The Texas Republic and the Mormon Kingdom of God*, College Station, Texas A&M University Press, 2002, p. 38-39. Con todo, los Mormones lograron establecerse en Texas aunque no en la zona disputada por México. Estableciéndose principalmente al norte y noroeste de San Antonio, sentaron las bases para que en 1847, nuevamente se firmara un tratado con los comanches penatekas, luego de la gran inmigración alemana.

2.2 Tratados con Estados Unidos. *Los tiempos convulsos que trajeron mucha gente.*

Los tratados no tienen que ser vistos como un reglamentación que fue aceptada, seguida o legitimada de forma uniforme o prolongada, ni por ambas partes firmantes ni por todos los miembros de la comunidad que representaban los que llegaron a firmar los tratados. Al contrario, estos reflejan algunos aspectos de las relaciones interétnicas de la época y desmitifican algunas formas de concebir el proceso de conquista norteamericana de los territorios mexicanos más septentrionales. Se puede observar que las relaciones interétnicas giraban en torno a las actividades comerciales y que pocas veces estuvieron dirigidas a la integración política, a pesar de que los cautivos, infidentes y vecinos “comancherizados” den cuenta de que en ciertos rasgos culturales, euroamericanos, Indios Pueblo e indios de las planicies tuvieran puntos en común. En ese sentido, era aceptado como socio comercial quién poseía un bien que el otro realmente deseaba o necesitaba, y en general, los beneficios económicos primaron sobre los impulsos raciales, ideológicos o nacionales.

La institucionalización de la esclavitud y el uso de cautivos como bien de intercambio económico y diplomático, es un aspecto que también estuvo fuertemente impregnado en las relaciones de la época, y los tratados son reiterativos en ello. De igual forma, las particularidades geográficas y medioambientales del sur de las Grandes Planicies, y los vaivenes demográficos de los comanches provocaban que estos y otros indios independientes no pudieran sostener campañas bélicas a gran escala y por tiempo prolongado, recurriendo de forma más frecuente, a las campañas cortas y de un número reducido de guerreros. Lo mismo ocurría para el caso de las fuerzas euroamericanas, que aunque sí plantearon la posibilidad de conquistar la comanchería, nunca llevaron a cabo esa complicada empresa. Así, los tratados de paz, fueron producto del agotamiento de las sociedades euroamericanas y la presión de la opinión pública hacia las distintas autoridades nacionales y fronterizas. Y también, resultado de la insuficiencia comanche para proteger todas sus fronteras.

De igual forma, como los distintos pueblos de indios independientes no conformaron sociedades centralizadas en busca de la proliferación de un proyecto estatal, imperial, expansionista o nacional la firma de los tratados no pueden ser entendidos como representaciones del sentir general de las comunidades, en este caso del pueblo comanche en su conjunto. Tampoco se puede considerar que los tratados expresaran el sentir general de

vecinos fronterizos, comerciantes de pieles y contrabandistas euroamericanos. De ese modo el caso norteamericano no puede ser visto como un movimiento de la sociedad norteamericana en su conjunto, que impulsados por el Destino Manifiesto se lanzaron de manera consensuada a la infalible y garantizada conquista del suroeste norteamericano. A la distancia, podemos realizar explicaciones sobre esa conquista y sugerir que en verdad era inevitable, pero no podemos hacer lo mismo al observar de cerca a los sujetos históricos que lo hicieron posible. En esa línea, tenemos que decir, que hasta la década de 1840, ese movimiento de expansión no tenía nada de infalible y sí bastantes aristas que jugaban en contra de la idea misma.

En suma, los tratados sirven para darnos una idea de los movimientos estratégicos de los pueblos en relación directa con los comanches durante el siglo XIX. En complemento, la bibliografía y la secuencia de los distintos tratados, nos dan una idea de que en determinados lapsos de tiempo, comanches y sus vecinos observaban la necesidad de renovar esos tratados. En ambas partes, ya sea comanche, texana o norteamericana, se observan divisiones u oposición de facciones internas, lo cual origina cambios de actitud con respecto a lo pactado. Guardando proporciones, el Congreso texano que se opone firmemente a la política de conciliación india de Sam Houston, tuvo su contraparte en los concilios indios previos a cualquier negociación expresada por escrito.

En 1835 el gobierno norteamericano estableció por vez primera, relaciones formales con los comanches durante la presidencia de Andrew Jackson.⁵⁴ Como es bien sabido, el presidente Jackson era un prominente expansionista que sabía sacar el mayor provecho en las relaciones con los indios. Es posible que el tratado de 1835, siguiera la lógica usual en los proyectos de Jackson, es decir, un doble uso de los mismos, beneficiándose de la alianza mientras fuera benéfica y desechándola cuando los indios constituían el obstáculo. Puede ser que este primer acercamiento del gobierno estadounidense con la comanchería haya tenido la finalidad de conocer el poderío comanche. Es posible también, que ambas fuerzas

⁵⁴ “Treaty with the Comanche and Wichita Indians and their associated Bands, August 24, 1835”, transcripción de FirstPeople, en <https://www.firstpeople.us/FP-HTML-Treaties/TreatyWithTheComancheetc1835> [consultado 4 de abril 2020]; o “Treaty with The Comanche, Etc. 7 Stat. 474, August 24, 1835, Proclaimed May, 1836”, Department of Special Collections and University Archives, University of Tulsa, en http://resources.utulsa.edu/law/classes/rice/Treaties/07_Stat_474_Comanche.htm consultado [4 de abril 2020].

comprendieran que en ese momento era imposible someter a la otra de forma definitiva; incluso es posible que los Estados Unidos prefirieran mantener una paz genuina debido a los beneficios comerciales que generaba la región de la frontera norte de la comanchería.⁵⁵ De cualquier manera, diez años después, el presidente Polk enviaría su oferta de amistad por la mediación del Mayor Lewis y el gobernador Butler, de Tennessee,⁵⁶ en parte haciendo referencia a este tratado de 1835.

El tratado de 1835 con los comanches, no implicó el triunfo del comercio formal ni la suspensión de los ataques a los comerciantes que atravesaban el Camino a Santa Fe. La historiografía da cuenta de estos acontecimientos y aunque no profundiza en determinar la procedencia o constitución étnica de los atacantes, sí ofrece elementos que señalan la complejidad de estos conflictos, que en última instancia indica la coexistencia de los esfuerzos de la élites comerciales por el establecimiento del poder formal, y el afán de otros grupos afines al comercio informal que gravitaba en torno al contrabando y el poder informal personificado en los indios independientes. Los comerciantes, tanto nuevomexicano como norteamericanos y de otra procedencia europea, que tenían la capacidad de influir en sus gobiernos, comenzaron desde 1829 a solicitar el acompañamiento de sus caravanas por elementos del ejército. Aunque de forma intermitente, los gobiernos de ambos países tuvieron la voluntad de coordinar sus esfuerzos para llevar a cabo estas tareas, bajo la logística de acompañar a los viajeros dentro de los límites internacionales. Sin embargo, las ocasiones

⁵⁵ Así como en el periodo de 1846-48, cuando el agente Thomas Fitzpatrick sugería llevar a cabo una estrategia militar para castigar y someter a los comanches dentro de sus dominios, el Camino a Santa Fe de la década de 1830 tendría sus propios escenarios de violencia intermitente que provocó sugerencias semejantes, como la del secretario de guerra Lewis Cass, quien comentaba que el único remedio para acabar con las depredaciones de los indios era a través de una movilización y demostración de fuerza que les intimidara para siempre. Ese tipo de expresiones, si bien pudieron constituir un deseo o estrategia deseable, parece que obedecían más al intento de obtener recursos y voluntades políticas que a un plan que gozara de consenso o prioridad entre los generales del ejército norteamericano. Los ejemplos anteriores provienen de dos figuras con un conocimiento desigual sobre las Grandes Planicies, por lo que pudiera pensarse que el agente Fitzpatrick tendría el saber suficiente para evitar enfrascarse en una guerra abierta contra comanches y kiowas dentro de su territorio, sin embargo, como veremos en el siguiente capítulo, su actitud fue bastante agresiva aunque infructuosa. Ver Oliva, *Soldiers on the Santa Fe*, p.34. Cabe señalar, que Leo Oliva es enfático en señalar la afinidad entre las autoridades norteamericanas y nuevomexicanas a la hora de otorgar protección militar a las caravanas que calificaran para ello, y apunta la procedencia texana de unos atacantes que hurtaron una caravana nuevomexicana en 1843, perseguidos y capturados por tropas norteamericanas. Para el periodo de la guerra con México, los atacantes de origen texano y norteamericano son prácticamente descartados por las fuentes y la historiografía, probablemente por el sentido patrio que el momento requería. Sobre el ataque a la caravana mexicana, Oliva, *Soldiers*, p. 43.

⁵⁶ Cabrera, Luis, *Diario del presidente Polk*, México, Siglo XXI Editores, 2017, p. 11.

en que tuvieron lugar estas medidas no son representativas de la mayoría de los viajes y viajeros involucrados en las redes comerciales del sur de las Grandes Planicies. El hecho de que el contrabando y el comercio con los indios independientes tuviera una pujanza y legitimidad fuertes

El proceso de la firma del tratado de 1846 se encuentra descrito en varias fuentes, como las recuperadas por Kavanagh y los mismos documentos de Butler y Lewis. La prontitud de la guerra y la falta de seguimiento de la parte norteamericana para ratificar con las diferentes bandas comanche la alianza pactada, no impidieron que, al menos hacia inicios de 1847, los ánimos fueran de optimismo en las poblaciones de los estados norteamericanos menos familiarizados con los ataques a los viajeros y las caravanas del ejército durante los primeros meses de iniciada la guerra. Así, en el estado de Ohio, la prensa celebraba la firma de tratados con diferentes tribus de las fronteras y en especial la comanche. No obstante, a diferencia del detalle en la descripción de los acuerdos establecidos con las otras tribus, el artículo solo se limita a celebrar las buenas intenciones de comanches y americanos sin mencionar, por ejemplo, los problemas sucedidos durante el año anterior.⁵⁷

2.3 Tratados con el norte de México. *Estos son nuestros amigos comanches, aunque a ustedes les hostilicen a sangre y fuego.*

En un editorial publicado en el Diario del Gobierno de la República Mexicana, el 4 de Julio de 1841, el autor se lamentaba de la ineficacia del gobierno central para hacer frente a la situación fronteriza ante el problema texano y los pueblos bárbaros. A pesar de que el texto consiste en una clara defensa de la figura de Mariano Arista, como jefe de operaciones militares por aquellos años, el autor hace una síntesis de la complejidad del problema con los indios independientes con las siguientes palabras:

*“Los pérfidos tejanos entraron como amigos para hacerse señores,
y vemos que toda la república clama á una sola voz; guerra contra ellos:
¿y por qué no ha de ser lo mismo con respecto a las naciones bárbaras,
que son otro enemigo doméstico, doméstico que no conoce derecho de*

⁵⁷ “From the Cincinnati Enquirer, Indian Affairs, January 22, 1847”, *The Democratic Pioneer*, Upper Sandusky, Ohio, 22 enero 1847, *Chronicling America: Historic American Newspapers*. Library of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn85026335/1847-01-22/ed-1/seq-2/> [consultado 4 de abril 2020] p. 2.

gentes, ni respeta los tratados de paz? Sin necesidad de mucha lógica, cualquiera conocerá que la oposición de Nuevo-México equivale a decir a los departamentos de Oriente: para que nosotros vivamos en larga paz y seguridad imperturbable, dejaos vosotros degollar, sin tomar ninguna providencia para defenderos de las irrupciones de los comanches, que son amigos nuestros, aunque á vosotros os hostilizan á sangre y fuego”.⁵⁸

Desde la posición de los oficiales y gobernantes mexicanos los comanches y el resto de los indios independientes con quienes realizaron convenios o tratados en los primeros años del México Independiente, aparecían como un vecino intrigante, contradictorio y de poco fiar. Ya hemos resaltado el problema historiográfico con respecto a la dificultad de categorizar a la sociedad comanche en torno a sus relaciones con el exterior. Para el caso del norte de México en contacto latente con la comanchería, entendido este de manera genérica como el territorio comprendido por los actuales estados de Sonora, Tamaulipas, Nuevo León, Durango, Coahuila, Zacatecas y Chihuahua⁵⁹, el debate tiene un matiz diferente al del resto de los puntos cardinales del territorio comanche, debido a que el cuerpo documental del segundo cuarto del XIX, parece indicar una intensificación y magnificación de las incursiones dedicadas al robo de bienes materiales y destrucción de poblaciones.⁶⁰ Esto, junto con la menor cantidad de firma de tratados en comparación con las partes norteamericana, novomexicana y texana, plantea que el norte de México, era considerado por las bandas comanches, un espacio de tierra fértil para las incursiones que satisfacía la demanda de los bienes obtenidos en ellas en el resto de los puntos de intercambio en la comanchería. Pero, ¿en verdad la parte diplomática mexicana estuvo inactiva en el periodo?, y ¿cuáles eran las causas de que los convenios, acuerdos y tratados no gozaran de durabilidad ni amplitud?

Hemos dicho también, que para algunos estudiosos, la intensificación de las incursiones respondió a un proyecto imperial por parte de los indios, ya que la comanchería habría consistido en un cuerpo social políticamente unificado.⁶¹ Otros autores cuestionan tal

⁵⁸ “Editorial del 17 de Junio de 1841, Victoria, Tamaulipas, por De la Oliva, E.”, *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, 4 de Julio 1841, en Hemeroteca Nacional Digital de México <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a216?intPagina=1&tipo=publicacion&anio=1841&mes=07&dia=04> [consultado en 10 de Marzo de 2020] p.2.

⁵⁹ En adelante denominamos como norte de México para hacer referencia al espacio comprendido en esta región.

⁶⁰ Fundamentalmente la obra de Brian DeLay, *War of a Thousand*.

⁶¹ En especial el quinto y sexto capítulo de Hämäläinen, *The Comanche Empire*.

interpretación y secundan la visión que reafirma la inexistencia de una unidad política formal y centralizada entre los comanches. Bajo esta perspectiva se suele enfatizar una probable propensión comanche a la pacificación de sus relaciones fronterizas y la ausencia de una predisposición intrínseca hacia la violencia, por lo que las expediciones de agresión, coacción y pillaje estaban principalmente impulsadas por estrategias de supervivencia ante los estragos de las epidemias, la crisis del bison, el recrudecimiento de los conflictos interétnicos por los recursos naturales y el acceso a las comodidades euroamericanas. Entre otras, esta perspectiva pone en duda la tesis que propone a los comanches de las planicies como un pueblo embarcado en un movimiento expansivo imperial. En tal caso, los comanches respondían y se adaptaban a factores externos antes que seguir una estrategia de expansión imperial.⁶² No está de más señalar que ambas posturas coinciden en que los comanches ejercieron un dominio militar en el sur de las Grandes Planicies, a pesar de discrepar en que aquello fuera producto de un proyecto unificado de expansión cultural y económica de las distintas bandas comanches.⁶³

De igual forma, al abordar el norte de México, la historiografía vuelve a divergir no solo en cuanto a la interpretación de los hechos, sino a la naturaleza misma de las fuentes documentales. Hämäläinen sostiene que hacia 1830 el norte de México se había convertido en una extensión de la gran comanchería o una posesión colonial comanche,⁶⁴ y que en el fondo, las incursiones hacia esa región pueden leerse como un movimiento estratégico de los indios para separar las zonas de conflicto de las zonas de paz. ⁶⁵ Por su parte, Ortelli advierte

⁶² Por ejemplo Rivaya-Martínez, Joaquín, “Becoming Comanches. Patterns of Captive Incorporation into Comanche Kinship Networks, 1820-1875”, en Wallace Adams, David y Crista DeLuzio eds., *On the Borders of Love and Power. Families and Kinship in the Intercultural American Southwest*, Berkeley, University of California Press, 2012, pp. 47-70. La concepción de Brian DeLay se aleja de Hämäläinen, ya que el primero no define la condición de los comanches decimonónicos como una entidad imperial, pero sí concibe el sur de las Grandes Planicies y el norte de México como un espacio común. Así, en palabras de DeLay, los “Comanches and northern Mexicans had common problems and common interests. Their huge animal herds and the aridity of their homelands left them vulnerable to similar dangers, and their trading relationship made them mutually dependent”, en DeLay, *War of a Thousand*, p. 60.

⁶³ Sin embargo, si bien en términos generales el dominio es cierto, no puede hablarse de una hegemonía, ya que en contadas ocasiones campañas hispanas, mexicanas y texanas realizaron expediciones exitosas hacia el interior de la comanchería. De igual forma, los conflictos con los indios llegados recientemente a su frontera norte y noreste, que causaban ciertos estragos a su seguridad interna.

⁶⁴ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 219

⁶⁵ El autor afirma también, que esa expansión hacia el sur puede ser entendida como una medida defensiva, que evitara en la medida de lo posible, la posible introducción de la violencia punitiva en la comanchería. Entonces, “The deeper into Mexico the Comanches pushed, the safer they could feel at home”, Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 221.

el carácter confuso del grueso de las denuncias por abigeato en el último cuarto del XVIII y que “el panorama era más complejo que una guerra interétnica dada la existencia de las extensas redes de circulación e intercambio.”⁶⁶ En ese sentido, la autora advierte la generalización del uso indiscriminado de las palabras “indio”, “indios bárbaros”, “apaches” y “comanches” para referirse a los abigeos, tanto en las fuentes como en la historiografía. Por tanto, el grueso de los robos no habrían sido cometidos por los indios bárbaros, sino por intermediarios o “enemigos internos” del sistema colonial.⁶⁷ En otras palabras, las redes del robo de ganado no solo satisfacían la demanda en el lejano norte, ya que existía una demanda interna.⁶⁸

Por su parte, DeLay sostiene que las relaciones de la comanchería con el norte de México no gozaban de los nexos desarrollados, por ejemplo, en las comunidades del este de Nuevo México, como el caso de San Miguel del Vado, donde se daban relaciones entre familias mexicanas y comanches incluso logradas por el parentesco. Si bien, no se ha encontrado evidencia que corrobore la posibilidad de relaciones sociales semejantes en los estados mexicanos que ocupan este apartado, DeLay enfatiza que gracias a los profundos nexos económicos con Nuevo México y los indios de las Llanuras, propiciando una integración entre ambos pueblos, ya que “Their huge animal herds and the aridity of their homelands left them vulnerable to similar dangers, and their trading relationship made them mutually dependent.”⁶⁹ Además, el autor encuentra una relación directa entre la ausencia de

⁶⁶ Ortelli, Sara, “Los circuitos del ganado. Robo e intercambio en el noroeste de Nueva España, Siglo XVIII,” *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*, no. 21, 2006, p. 199. El trabajo de Ortelli se ha centrado en un periodo anterior, la segunda mitad del siglo XVIII, pero sus planteamientos son de importancia. Romana Falcón también ha sugerido algo similar en “El estado incapaz”, donde aborda el carácter inconsistente y por momentos incierto de los jefes de departamento en la primera generación de funcionarios del México Independiente, en Falcón, Romana, “El estado incapaz. Lucha entre naciones: Poder, territorio, ‘salvajes’ y jefes de departamento”, en Palafox Ávila, Ricardo, Carlos Martínez Assad y Jean Meyer, *Las reformas y las políticas del dominio agrario*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1992, pp. 189-214.

⁶⁷ Ortelli, “Los circuitos”, pp. 200-201. En ese caso, los abigeos eran acusados de infidencia o deslealtad al monarca español.

⁶⁸ Ortelli asegura, en base a distintos testimonios criminales que algunos hombres de las inmediaciones de Parral, en la provincia de Nueva Vizcaya, además “de la dedicación a las tareas rurales, llevaron a cabo actividades consideradas ilícitas por las autoridades coloniales, relacionadas con el abigeato, en connivencia con algunos poderosos locales, de quienes eran, además, hombres de confianza.” En Ortelli, Sara, “Roque Zubiate. Las andanzas de un ladrón de ganado en el septentrion novohispano (1750-1836)”, *Revista De Indias*, vol. 70, no. 248, año 2010, p. 129.

⁶⁹ DeLay, *War of a Thousand*, p. 60.

seguías al sur del río Bravo en torno a la segunda mitad del XIX, junto al estallido de las incursiones de los indios hacia las poblaciones fronterizas mexicanas.⁷⁰

Nuestra investigación ha identificado al menos seis tratados o convenios de paz entre comanches y mexicanos entre los años de 1822 a 1843. El primero tuvo como contexto el gobierno de Iturbide y la visita de representantes comanches y apaches a la Ciudad de México. Tiempo después, en Julio de 1825, luego de que algunos líderes comanches culparan a los kiowas (con quienes establecerían una importante alianza años después) y a guerreros juvenes “desobedientes” de realizar las incursiones, una caravana integrada por familias procedentes de la comanchería visitaba San Antonio para reafirmar la paz, y a finales de 1826, Nuevo México y Chihuahua firmaban tratados de paz con bandas de cuchanticas y yamparicas. La década de 1830 presenta el comienzo de otro oleada de violencia hacia las poblaciones mexicanas, por lo que en el verano de 1834, luego de una serie de escaramuzas entre comanches y mexicanos acaecidas en los meses precedentes, el teniente coronel José Ignacio Ronquillo ratificó el convenio celebrado entre representantes comanches, probablemente kotsotekas y yamparikas, y una comisión conformada por la jefatura de la Villa del Paso y el teniente de la guarnición local, teniente Santos Horcasitas.

Luego, en Mayo de 1838, cinco comanches mantuvieron conversaciones de paz con los oficiales mexicanos de Monclova, Coahuila, aunque pueden indentificarse continuas denuncias sobre los problemas de los pobladores del estado con los indios. En 1843, los oficiales al mando de Isidro Reyes, general en jefe del ejército del norte, llevaron a cabo conversaciones con algunos jefes comanches para pactar un armisticio; el propio Reyes aprobaría el tratado remitiendo copia al gobierno central. Lo anterior indica que los tratados llevados a cabo entre comanches y las autoridades operantes en el norte de México, que en sentido estricto, corresponden a los estados de Chihuahua, Coahuila y Nuevo León, fueron una práctica esporádica. Los tratados, no tuvieron la capacidad para regular rutas, puestos de mercadeo y entidades comerciales, a la vez que fallaron en una virtual construcción de identidad mexicana entre los indios independientes y mexicanos fronterizos vinculados de

⁷⁰ Sobre las consideraciones ambientales vease DeLay, *War of a Thousand*, p. 52; el mismo autor recuerda el problema que representó el movimiento migratorio hacia el oeste del Misisipi de las naciones indias exiliadas hacia las inmediaciones nororientales de la comanchería, zonas de campos de pastoreo y caza. Comanches e indios desterrados no tardarían en entrar en conflicto abierto, DeLay, *War of a Thousand*, p. 61-62.

forma estrecha con los mismos. En suma, este capítulo aborda las circunstancias que rodearon la firma de los tratados o convenios, más que lo rigurosamente indicado en los documentos, bajo el criterio de la limitada influencia y grado de legitimidad entre el conjunto de los habitantes fronterizos.

Para un panorama general de lo intrincado de las relaciones de los gobiernos mexicanos con las distintas divisiones comanches, hagamos caso a la forma en que lo describe DeLay. “Cuando el presidente Guadalupe Victoria, no le encontraba posición a Anastacio Bustamante, para alejarlo de la Ciudad de México le nombró comandante general de las Provincias Internas de Oriente. A su arribo en 1825, Bustamante descubrió el complicado panorama que presentaban las zonas fronterizas. Inicialmente, el tratado firmado por el jefe Guonique en 1822, parecía haber llevado la paz a la región en la medida en que diferentes líderes comanches acudían a las poblaciones de Texas a recibir sus respectivos obsequios. Incluso, algunos de esos líderes habían recibido nombramientos honorarios dentro de la milicia mexicana y uno de ellos una bandera tricolor del propio presidente Victoria. Pero al mismo tiempo, otros comanches, wichitas y kiowas, robaban y mataban animales y personas en la misma Texas, Coahuila, Chihuahua y Nuevo México. Al parecer, los habitantes del sur de las Grandes Planicies disentían en cuanto a la forma de codearse con los mexicanos cada que les visitaban en sus villas.”⁷¹

De acuerdo con lo anterior, el nombramiento de Bustamante, se debía a un movimiento para sacarle del juego político nacional que al seguimiento de una política fronteriza precisa, es muestra de que la frontera norte no generaba en el centro de México un sentimiento por conquistarla. En otras palabras, figuras como Bustamante acudían al norte sin haber sido seducidos por aquellas inmensas tierras, lo cual tuvo que provocar un estado de ánimo de pesadumbre y abrumación en estos oficiales de alto rango, quienes parecían limitarse a informar al gobierno central cualquier buena noticia que pudiesen adjudicarse como victoria propia en la guerra contra los indios. Por otro lado, la carencia de uniformidad en el proceder de los comanches, atacando en un lado y haciendo la paz en otro, tuvo que perturbar a aquellos mexicanos, militares o civiles, recién llegados a las poblaciones norteamericanas,

⁷¹ Sobre el armisticio véase DeLay, *War of a Thousand*, p. 20.

desquiciado a aquellos oficiales que realmente buscaran un cese a las hostilidades y apabullar moralmente a los pobladores que no tuvieran buenas relaciones los indios guerreros.⁷²

Como se ha dicho, desde el gobierno de Iturbide se realizaron acercamientos a nivel oficial con representantes de distintas parcialidades comanches. En 1822, después del acuerdo alcanzado entre el jefe Quonique y el canciller honorario del gobierno imperial Francisco Azcárte, se convino entre otras cosas que en San Antonio residiría un enviado de la tribu que se entendería directamente con Azcárte, recién enviado especial a la corte londinense, además de disposiciones encaminadas a reglamentar y promover el comercio entre los dos pueblos. Entre otras cosas, el gobierno imperial concedía en el tratado la categoría de nación a los vecinos nortños además de la amnistia de los desencuentros ocurridos en el pasado. No es de sorprender que en el documento se hable constantemente de los comanches como una nación, puesto que muestra el patrón que seguiría el resto de los tratados en cuanto a la manera en que las autoridades percibían y conceptualizaban a un pueblo prácticamente desconocido. Así, el conjunto de los artículos apuntan a la construcción de una relación con una entidad política, como si de otro Estado-nación o imperio se tratase, al creer que los comanches formalizarían hasta concentrar el comercio con aquellos puntos autorizados por la Ciudad de México.⁷³

Una vez instaurada la República, el coronel Gaspar de Ochoa, comandante general de los estados de Durango, Chihuahua y del territorio de Nuevo México, firmaba un acuerdo con los líderes de los Cordero y Parancuita, representantes de los cuchanticas y yamparicas respectivamente, probablemente en la ciudad de Cihuahua a mediados de Octubre de 1826. A decir verdad, los artículos de este documento parecen una calca de los postulados del tratado de 1822, con la agregación de la cuestión de los ataques en el Camino a Santa Fe, problema que los mexicanos solicitaban al pueblo comanche apoyar en la solución.⁷⁴ Estas

⁷² Aunque para el caso de Bustamante, la partida hacia el norte pudiera tener sus beneficios en cuanto a los negocios y propagación de la masonería, vease Vázquez Semadeni, María Eugenia, "Las obediencias masónicas del rito de York como centros de acción política, México, 1825-1830", *LiminaR*, vol. 7, no. 2, en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-80272009000200004&lng=es&tlng=es [consultado el 09 de marzo de 2020], p. 45.

⁷³ Vizcaya Canales, Isidro, *Incursiones de indios al noreste en el México independiente (1821-1885)*, 1. ed. Monterrey, Gobierno de Nuevo León, Archivo General del Estado, 1995, pp. 8-9; Deloria Jr., *Documents*, pp. 150-152.

⁷⁴ Deloria, *Documents*, pp. 152-155.

solicitudes hacían eco de los acontecimientos en años pasados, que para el ojo mexicano el proceder de los indios parecía contradictorio e incluso fraudulento. El jefe Cordero, debió tener buen discernimiento para convencer a los oficiales mexicanos de que si bien le era imposible controlar o influir en todas las parcialidades, bandas y rancherías de la comunidad comanche, intentaría convencer a su pueblo para llevar la paz en las otras fronteras compartidas con México. Por otro lado, como en este periodo, kiowas y comanches no gozaban de la alianza que desarrollaron en la década siguiente, en su arrolladora expansión de campañas violentas al sur del río Bravo, los representantes comanches no desperdiciaban ocasión para incuplar a los kiowas de ciertas incursiones.

Si el jefe Cordero de 1826 era el mismo personaje que aparece registrado en décadas anteriores, entonces se trataba de una figura acostumbrada a usar la diplomacia para solicitar relaciones comerciales con los jefes políticos mexicanos. Cordero es mencionado en distintas ocasiones bajo el rol de emisario para abrir posibles puntos de intercambio comercial, lo que muestra la buena reputación que le precedía entre la comunidad comanche y los pueblos vecinos. Pero el historial de este líder comanche, también muestra la fragilidad y el espacio limitado que podían cubrir los acuerdos por escrito. Cordero, por ejemplo, había realizado visitas frecuentes a San Antonio durante 1811, acompañado de otros jefes, para entablar negociaciones de paz y comercio. Pero una metedura de pata por parte de los oficiales tejanos, relativa al arresto y encarcelamiento del líder Tenewa “El Sordo”, quien visitaba la población tejana junto con su familia, provocó que las negociaciones se cayeran y buena parte de las divisiones comanches comenzaran represalias contra la Texas hispana, incluídos los hombres de Cordero.⁷⁵

El inicio de la década de 1830, quedó marcado por el resurgimiento de una oleada de violencia, probablemente la más intensa y abarcadora que los comanches, junto con sus

⁷⁵ Hämäläinen, *The Comanche*, pp. 184-85. Dos años después, Cordero es mencionado por su visita a San Antonio, con la intención de presentarse ante el gobernador Salcedo, pero le informaron que el segundo se encontraba en dirección a la costa al mando de la campaña contra las fuerzas insurgentes. Cordero se desplazó más allá de San Antonio, para entrevistarse con Salcedo y solicitarle los obsequios anuales de paz, pero el gobernador rechazó la petición, véase Matovina, Timothy, Jesús F. Teja, y Justin D. Poché, *Recollections of a Tejano Life: Antonio Menchaca in Texas History*, Austin, University of Texas Press, 2014, pp. 45-46. Cabe mencionar, que los oficiales mexicanos firmantes de este tratado de 1822, coronel Gaspar de Ochoa y el teniente coronel Simón Elías González estuvieron involucrados en los problemas reportados con los comanches en la década siguiente, lo cual deja ver nuevamente la fragilidad o inacción de los tratados.

nuevos aliados kiowas, desplegaron sobre los estados mexicanos al sur del río Bravo. Pese a los tratados de paz llevados a cabo durante la época, las incursiones y sus estragos parecían no tener fin. La percepción del problema por parte de las autoridades mexicanas, ya fuese a nivel local, estatal o nacional, guarda la línea general que ha quedado manifiesta en los tratados de paz y el grueso de los documentos decimonónicos en los que se denunciaba el problema interétnico. La característica fundamental de la percepción mexicana, consistía en la idea de que los comanches podían actuar como entidad política centralizada, cuyos individuos y distintas subdivisiones sociales respetasen acuerdos de paz firmados por las delegaciones. Para las autoridades mexicanas, la validez del documento escrito implicaba una vigencia del mismo hasta la formulación de uno nuevo. Para los comanches, sin necesidad de consolidar los acuerdos en

En la práctica, los comanches estaban lejos dirigir sus relaciones con sus fronteras en base a lo que un jefe, ajeno a sus necesidades mas próximas, hubiera pactado con mexicanos o norteamericanos cientos de kilometros de distancia. Para las autoridades mexicanas, la nueva década de 1830 auguraba buenos tiempos, pues los comanches habían solicitado apoyo militar para hacer frente a los pueblos recién llegados a sus tradicionales zonas de caza en el norte y noreste de la comanchería.⁷⁶ Los oficiales fronterizos parecían comprender que el sutil declive de las incursiones hacia finales de la década anterior, tenía relación directa con la crisis que los comanches enfrentaban más al norte, sin embargo, las solicitudes comanches de apoyo militar mexicano fueron rechazadas. De igual forma, las autoridades locales improvisaron medidas de restricción y control de comercio con prohibiciones a los comancheros y la negativa de licencias a familias comanches quienes solicitaban permiso de intercambiar productos al sur del río Bravo. Por su parte, el ahora presidente Bustamante autorizaba a los oficiales fronterizos hacer una guerra general a los indios bárbaros y quienes

⁷⁶ DeLay, *War of a Thousand*, p.62. DeLay también comparte el argumento de la centralidad de la desaparición del sistema de presidios y regalos como factor que desencadenó la inestabilidad fronteriza, especialmente después de 1830. Si bien esto tuvo su impacto, el hecho de que el itinerario de las incursiones no era aleatoria ni improvisada, ya que los guerreros elegían los lugares y el momento para atacar, nos lleva a sugerir la posibilidad de que en el día a día, los indios independientes involucrados en las incursiones, solo atacaban a aquellos individuos, villas o haciendas que se negaban en el comercio no reglamentado. En otras palabras, dentro de sus itinerarios, los comanches debieron establecer relaciones cercanas con un número considerable de pobladores mexicanos, quienes nunca reportaron su presencia amigable, al tiempo en que incursionaban en las poblaciones y haciendas mejor surtidas, que no hubieran aceptado el intercambio informal.

llegaron a plantear una virtual invasión de la comanchería desde todos los estados mexicanos que le rodearan.⁷⁷

Tales acciones no impidieron que el comercio informal de los comancheros continuara funcionando y la paulatina pacificación de las relaciones comanches con los pueblos inmigrantes, provocó que los comanches pudieran dejar por más tiempo y en mayor número sus rancherías para emprender campañas hacia el sur. De cualquier forma, el convenio de paz de 1834 estuvo enmarcado en una serie de escaramuzas entre chihuahuenses y partidas de comanches desde inicios de década. No deja de llamar la atención que los gobernadores y capitanes involucrados en las escaramuzas, los convenios y las proclamas de guerra, sean constantemente los mismos. Un seguimiento puntual de la historia social de estos personajes podría revelar que sus quejas eran parte de los intentos de creación de orden estatal en esta región y que las quejas provienen solo de aquellos allegados al poder político y militar.⁷⁸

El fracaso del proyecto imperial mexicano no permitió conocer si el ambicioso plan fronterizo tomaría el rumbo esbozado en el tratado de 1822, pero lo que si provocó fue el comienzo de una etapa de visitas continuas de comanches en Texas donde los vecinos ofrecían regalos a los jefes comanches para continuar la paz. En términos generales, estos años transcurrieron con poca violencia hasta inicios de la siguiente década. Parece ser que para la mayoría de las parcialidades comanches, entablar acuerdos de paz y comercio con los gobernantes locales resultaba mas provechoso que extraer por la fuerza, sin embargo, esta aseveración no deja de generar dudas ya que, por ejemplo, los tratados no fueron ratificados anualmente, por lo que los factores ecológicos y otros elementos externos podían cambiar las prioridades de la comunidad comanche.⁷⁹ En ese sentido, las visitas de los jefes a las poblaciones mexicanas no estaban enmarcadas bajo los criterios culturales de las reuniones

⁷⁷ DeLay, *War of a Thousand*. pp. 62-63.

⁷⁸ Para el tratado de paz véase, Orozco Orozco, Victor, comp., *Las Guerras Indias en la Historia De Chihuahua. Antología*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Instituto Chihuahuense de la Cultura, 1992, p. 237-38. Las diversas proclamas para hacer la guerra a los bárbaros y las justificaciones para llevar a cabo la misma, dejan de manifiesto la intención de las administraciones chihuahuenses de crear una conciencia ciudadana y vecinal. En ese caso, los buenos vecinos debían contribuir a la manutención de las tropas que perseguían a los indios, así como la ayuda en especie. Aun no sabemos el grado de aceptación o rechazo del grueso de la población dada la posible afinidad por el comercio informal con los indios independientes.

⁷⁹ El argumento de la preferencia por la paz y el comercio en lugar de las incursiones se encuentra en DeLay, *War of a Thousand*, p. 64.

de la comunidad comanche o powwows, lo que impedía que se creara un sentido de obligación y reciprocidad; es decir, para los comanches, los mexicanos simplemente no eran comanches.⁸⁰

Hemos visto que las autoridades mexicanas tanto a nivel local, como regional y nacional, vislumbraron diferentes planes para consolidar el nuevo Estado mexicano. Uno de los elementos de esos planes era la seguridad de las fronteras septentrionales y en ellos resaltaban las políticas hacia los indios del norte. Los planes de colonización y la compra de la paz a los indios bárbaros eran la base para lograr esa seguridad. Sin embargo, no encontramos figuras elevadas a la mitología nacional paralelas a los cazadores híbridos y hombres de frontera como Daniel Boone, John Jacob Astor, Kit Carson, o las mismas figuras de políticos fuertemente vinculados con la conquista de la frontera como Sam Houston o Andrew Jackson. Lo anterior, junto con el cada vez mayor vuelco de la economía norteamericana hacia el comercio transoceánico encabezado en el continente por Estados Unidos, y la persistencia del comercio informal con los indios independientes, provocaron que los planes mexicanos expresados en los tratados y convenios con los comanches carecieran de relevancia práctica.⁸¹

En el siguiente capítulo desarrollamos la idea de la existencia de un espacio geográfico autónomo, que combinaba prácticas tradicionales del mundo de las sociedades no jerárquicas precolombinas y las sociedades adaptadas al caballo y en vínculo con la sociedad de mercado. En un sentido, la comanchería era expresión tardía de ese mundo anterior de fuerte cuidado del equilibrio ecológico, pero por el otro, había experimentado tantas novedades en tan poco tiempo que, si no la convertían en una sociedad de mercado, si en una sociedad que debió sufrir desencuentros entre sus individuos sobre lo que debía ser la

⁸⁰ Este es el punto fundamental de lo irreconciliable que resultaron los sentidos de legitimidad y vigencia mexicanos, y euroamericanos en general, con respecto a su contraparte comanche. En otras palabras, para los comanches, un documento escrito no tendría ningún valor si los firmantes no acudían constantemente a las reuniones o powwows. Si los comanches volvían a visitar las poblaciones donde firmaron acuerdos pero los oficiales mexicanos ya no se encontraban en el lugar, el acuerdo previo perdía toda razón de ser.

⁸¹ En ese sentido, la figura de la época, Antonio López de Santa Anna, estuvo lejos de representar esa figura del conquistador septentrional. Aunque existieron figuras de fama nacional como Manuel Mier y Terán y Mariano Arista, fuertemente involucrados en los problemas fronterizos, el carácter mexicano hacia esa región parece no haber tenido la misma fascinación que su contraparte norteamericana. La migración masiva, fundamentalmente europea del XIX hacia Estados Unidos, fue la base demográfica que alimentó el espíritu de frontera en el sector expansionista de la sociedad norteamericana.

continuidad de la comunidad comanche. Mientras unos negociaban en un punto de las fronteras otros, enfadados esa política, iniciaban relaciones en el punto cardinal contrario.⁸² En otras palabras, creemos que los conceptos como el “septentrión novohispano,” el “*American Southwest Under Mexico*,” o la “Gran Comanchería,” son términos utilizados para explicar la realidad de ese espacio geográfico en términos de los problemas que los proyectos nacionales occidentales tuvieron que enfrentar al intentar su consolidación en la región. Sin embargo, dado que el espacio compartido por los indios de las planicies, nueomexicanos, texanos y mexicanos de los estados nortños desarrollaban actividades y creaban relaciones ajenas a los proyectos nacionales, es importante visualizar este espacio bajo sus mismos criterios.

Entonces, el espacio geográfico al que nos referimos, estaba conformado por distintos grupos humanos que, adecuados a las distintos sistemas ecológicos del mismo, habían desarrollado estrategias de subsistencia y relaciones interétnicas caracterizadas por contrapesos de poder que amortiguaban las brechas culturales. Este conjunto de estrategias y contrapesos es comenzó a fracturarse hacia la década de 1830 y sucumbió alrededor de 1870.⁸³ La definición de dicho espacio puede complicarse a raíz de la presencia de los indios independientes y su carácter nómada-cazadores-ecuestre, pero también por la localización de contrabandistas, infidentes y abigeos euroamericanos, el solapamiento e institucionalización del mercado y tenencia de esclavos y cautivos, y la imposibilidad de la historiografía para definir las lealtades e identidades étnico-nacionales. Estas situaciones que caracterizaron este espacio de estudio, se conjugaron en un periodo de dos siglos y medio, desde las oleadas migratorias de los comanches al sur de las Grandes Planicies durante los siglos XVII y XVIII hasta mediados del XIX.

Hay que recordar que existen investigaciones que abordan periodos anteriores al comprendido en este capítulo y que sus prevenciones pueden arrojar nueva luz, a la hora de interpretar la documentación de la primera mitad del XIX. Esto puede lograrse con la relectura del material utilizado por Brian DeLay que comprenden de 1830 a 1848, para cotejar con otras fuentes documentales que pongan de manifiesto el posible carácter

⁸² DeLay, *War of a Thousand*, p. 388, n. 33.

⁸³ En ese sentido, parece que las nociones de “fronteras de guerra”, “zona de nadie” o “regiones marginales” no podrían sostenerse empíricamente.

multiétnico de esas incursiones. Como el mismo autor lo recalca, existe mucho trabajo de investigación por hacer para obtener un panorama completo sobre el alcance y consecuencias de las incursiones comanches y kiowa en el norte de México. Incluso, si ese balance implica la negación de los indios como principal agente de esas depredaciones.⁸⁴⁾

En que medida podemos proponer que esos infidentes, que en palabras de Ortelli, “en la práctica se alejaban de sus lugares de habitación y trabajo para asentarse de forma temporal o permanente en espacios que quedaban fuera de la égida de las jurisdicciones políticas y religiosas coloniales, dedicándose en muchas ocasiones a actividades delictivas”,⁸⁵ constituían un sujeto radicalmente más complejo. Es decir, que bajo la norma de convivencia formal y el horizonte cultural tanto del virreinato como del México independiente, estos individuos representaban una anomalía o alteración de la sociedad, al tiempo en que estos se concebían como parte de otro horizonte cultural, cuya zona principal de influencia no se había centralizado.

2.4 Tratados con Nuevo México. *A la familia no se le ataca.*

Las relaciones de la comanchería con el Territorio y/o provincia de Nuevo México, guarda una semejanza con Texas en algunos aspectos de su desarrollo histórico. Resulta paradójico que durante la década previa a la Guerra de 1846, Nuevo México simbolizara la provincia del *México perdido* con mayor población de tradición y ascendencia hispanomexicana, y que a la vez resultara la más ajena en las esferas cultural y política, con respecto al resto del país. Con diferentes interpretaciones, los autores no dejan de coincidir en que los indios nómadas jugaron un papel fundamental en la “desmexicanización” de los habitantes de la provincia.⁸⁶ Ejemplo de ello es que durante años, mexicanos e indios habían institucionalizado el mercado de esclavos y cautivos, e incluso el ánimo del México independiente, que tenía entre sus principales promesas la abolición de la esclavitud, no tuvo el alcance de influencia suficiente para contrarrestar su usanza entre los nuevomexicanos. En palabras de Andrés Reséndez “the Navajos, Utes, Comanches and Apaches forced New

⁸⁴ DeLay, *War of a Thousand*, p. 313-312.

⁸⁵ Sara Ortelli, “Entre desiertos y serranías: población, espacio no controlado y fronteras permeables en el Septentrión novohispano tardocolonial”, *Manuscripts, Revista d’ Historia Moderna*, vol. 32, 2014, p. 86-87.

⁸⁶ Ver Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 207-210; y Reséndez, Andrés, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 1-14.

Mexican authorities to break the law and accept their captives. Willing or not, New Mexicans had become their market.”⁸⁷

La esclavitud y los cautivos se sumaban a la caza del bisonte y el comercio como elementos básicos de la economía en la zona. A pesar de compartir un idioma, los nuevomexicanos irían perdiendo sus conexiones culturales con el resto de México en el sentido de que las diferentes legislaciones tenían una resonancia débil entre la población. Parece que mientras las autoridades administrativas se inmiscuían en actos de corrupción los gobernantes locales intentaban llevar sus administraciones conforme a las condiciones propias del territorio marcadas por la lejanía del gobierno central y la cercanía de las naciones indias autónomas, los pobladores desarrollaban su vida económica con actores que en nada compartían una identidad mexicana.⁸⁸ A propósito, parece ser que el rechazo de cierto sector a la presencia norteamericana al momento de la invasión del general Kearny, se debía más a un sentido de pertenencia al terruño que a una motivación por defender la soberanía nacional. La despreocupación de los habitantes por el dilema que significaban los vínculos comerciales con la comanchería, que provocaban dificultades en estados como Chihuahua y Coahuila, puede notarse cada que se notificaba a sus autoridades la necesidad de detener el comercio y suspender los regalos entregados a los indios de las Llanuras; a saber, los nuevomexicanos ignoraron dichas medidas interpretándolas incluso como agravios que llegaron a cimentar rebeliones que ocasionaban crisis políticas. El elemento de las relaciones comerciales con los comanches era tal que, a pesar de no dejar de resultar caóticas y espinosas, constituyó uno de los motivos principales que impulsaron la revuelta de “Chimayo Rebellion” en 1837.⁸⁹ El tratado que había perdurado desde 1786, cuando el gobernador Juan Bautista de Anza y

⁸⁷ Reséndez, Andrés, *The Other Slavery: The Uncovered Story of Indian Enslavement in America*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2016. p. 179.

⁸⁸ González de la Vara resume las condiciones de las recaudaciones fiscales en Nuevo México, concluyendo, y afirmando lo dicho por otros, que prevalecía una nula cultura del cobro de impuestos entre los habitantes del territorio norteno, hacia los años de 1830. Véase, González de la Vara, Martín, “La rebelión de los cañeros. 1837-1838”, *Cuicuilco*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, vol. 7, núm. 18, enero-abril, 2000, pp. 22-24.

⁸⁹ Esto debido al elemento económico de la revuelta, dado que los comancheros y comerciantes en general, no simpatizaban con las medidas oficiales que impedían el comercio con los indios independientes.

Ecueracapa firmaron la paz, resultó anacrónico luego de la consumación de la independencia.⁹⁰

A diferencia de Texas, cuya zona fronteriza había recibido un número considerable de tribus desplazadas y muchas de ellas vencidas en el campo de batalla, los pueblos nómadas que colindaban con Nuevo México aún conservaban capacidad de respuesta bélica. Cabe añadir, que los novomexicanos eran la única fuerza occidental establecida en la zona, a diferencia de la frontera texana la cual era blanco de un número considerable de pugnas diplomáticas. La provincia, contaba con una considerable población indígena que habitaba en poblados al rededor de Santa Fe, pero en lugar de tribus desplazadas por una fuerza occidental, los indios nómadas que le colindaban constituían pueblos autónomos que incluso se beneficiaban del avance del comercio norteamericano y la apertura del Camino a Santa Fe. Por tanto, la provincia tenía que lidiar con los Yutas, sus vecinos de antaño más poderosos hacia su frontera norte, los Navajos, fuertes al sur, en la zona de los límites con Chihuahua, quienes en tiempo del avance del ejercito comandado por el general Kearny se harían famosos por los inconvenientes que le causarían al mismo, y por supuesto los Apaches quienes venían enemistandose con la comanchería desde siglos atrás. Hacia inicios de la década de 1830, los novomexicanos se habían afianzado en las diferentes formas de comercio que ofrecía la región, siendo el Camino a Santa Fe y la comanchería, las dos vías principales para hacer negocios, o en su caso lograr la supervivencia.

El historiador Charles L. Kenner, señala que después de la ocupación norteamericana del territorio novomexicano “the Comancheros continued to traverse the plains, the Ciboleros

⁹⁰ Diferentes autores han sugerido respuestas a la aparente tranquilidad o “reserva” de los comanches para atacar continuamente los poblados nuevomexicanos. Kenner argumenta que las observaciones del viajero Joshua Gregg, acerca de que Nuevo México era bastante pobre, por lo cual ofrecía poco interés para las incursiones de indios independientes, no pudo sostenerse cuando se demostró que hacia la primera mitad del siglo XIX, cuando resurgió la violencia, la provincia era menos próspera que en tiempos del gobernador de Anza, en Kenner, Charles L., *A History of New Mexican-Plains Indian Relations*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969. p. 73. Asimismo, Kenner recalca el tono “romántico” que las crónicas nuevomexicanas atribuían a las campañas exitosas hispanas sobre las fuerzas comanches en el último cuarto del siglo XVIII. Por supuesto, el que los comanches hayan entrado en negociaciones de tregua fue visto como una victoria hispana más que un movimiento diplomático deseado por ambos bandos. Estas campañas corresponden, batalla probablemente, a las que el mismo Juan Bautista de Anza desplegó en 1779 contra el jefe Cuerno Verde, véase Flores, Dan, “Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850,” *The Journal of American History*, vol. 78, no. 2, septiembre 1991, en <http://links.jstor.org/sici?sici=0021-8723%28199109%2978%3A2%3C465%3ABEABDT%3E2.0.CO%3B2-X> [consultado 2 de abril 2020] p. 465.

to hunt the buffalo and the Comanches to visit the little plazas along the Pecos.”⁹¹ En términos generales, los comancheros fue la denominación utilizada en la época para designar a los habitantes novomexicanos, generalmente de las villas orientales de la provincia, que comerciaban a lo largo del Camino a Santa Fe, o bien, que se introducían en la comanchería con comodidad en vista de los vínculos de parentesco que habían desarrollado con distintos individuos comanches y la afinidad cultural mutua, es probable que los llamados genizaros fueran confundidos constantemente con los comancheros. Los ciboleros, por su parte, era como se conocía a aquellos cazadores de bison que contaban con cierto beneplácito de las diferentes grupos de las planicies, quienes concedían ciertas zonas para realizar dicha actividad. A pesar de que su vinculación con los comanches, esta no se asimilaba necesariamente a los parámetros de comancheros y genizaros, pero mantenían una larga tradición de comercio con los indios independientes.

Dan Flores, dice que “early experiences with American traders and disease let them to distrust trade with Euro-Americans...”⁹² lo cual es válido si tomamos en cuenta que para entrada la década de 1830, los comanches dejaron de obtener armamento norteamericano de forma directa cuando los Osages comenzaron a fungir como intermediarios entre la comanchería y los puestos comerciales norteamericanos cercanos a la región de Leavenworth, Kansas.⁹³ Es decir, la zona fronteriza del oeste comanche mantuvo una relación más cercana con Nuevo México que su contraparte texana, y fuera de altercados entre comerciantes, en realidad no se tiene noticia de enfrentamientos semejantes a los acontecidos en los primeros años de la década de 1840 en Texas.

No obstante, lo último no quiere decir que las relaciones no estuvieran marcadas por elementos coercitivos. En efecto, los comanches mantenían la paz, e incluso apoyaban esporádicamente a los diferentes gobernadores en su lucha contra otras tribus, en especial los Apaches, siempre que los obsequios llegaran a manos de sus jefes. Kenner establece que “Although most of New Mexico’s Indian neighbors became warlike during the last hectic years of Mexican rule, the Comanches remain peaceful”⁹⁴ La causa que mejor explica esta

⁹¹ Kenner, *A History of New Mexican-Plains*, p. 115.

⁹² Flores, *Bison Ecology*, p. 262.

⁹³ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 154-155.

⁹⁴ Kenner, *A History of New Mexican-Plains*, p. 76.

buena relación es de corte económico. A saber, las oportunidades comerciales marcadas por el tráfico de comancheros, ciboleros y mercaderes norteamericanos, generaban un panorama de intercambio de bienes que inevitablemente acercaba culturalmente a todos los actores inmiscuidos. Hämäläinen señala que las villas del borde oriental novomexicano, como San Miguel de Vado, contaban con una considerable población de ascendencia comanche, debido a la mezcla interétnica a través del matrimonio. Muchos de estos, comancheros, no solo aprovechaban el “permiso” para entrar a las villas y puestos comerciales en las praderías, sino que utilizaban esa inmunidad para establecer vías alternas al Camino a Santa Fe y alcanzar los fuertes establecidos por los norteamericanos en la cuenca del río Arkansas, al sureste de Kansas.⁹⁵

Entonces, la tendencia al mantenimiento de relaciones cautas y prudentes entre novomexicanos y comanches se remontaba al menos hacia el último cuarto del siglo XVIII, por ende, con la consumación de la independencia mexicana, la administración del Imperio de Iturbide no dudó en el intento de sacar partido de dicha circunstancia. Las autoridades imperiales procedieron con acercamientos hasta lograr que ciertos líderes comanches celebraran negociaciones y un acuerdo de paz en 1822. No está de más señalar el carácter controvertible de la identidad de los firmantes y su hipotética representación de la aquiescencia del conjunto de la *nación* comanche. De cualquier modo, luego de la caída de Iturbide, los distintos gobiernos republicanos continuaron sirviéndose del mismo tratado para negociar con delegaciones de los indios independientes. Sin embargo, los problemas interétnicos parecían entrar en una nueva oleada de escalada de violencia, mientras que las autoridades apelaban a una disminución y malos manejos de los fondos destinados a la repartición de obsequios entre los líderes de las delegaciones de los indios bárbaros. Esto, junto con las secuelas de la disolución del sistema de presidios, se ha recalcado como uno de los factores que contribuyeron a la intensificación de los problemas fronterizos del norte de México.

⁹⁵ De las interpretaciones de Hämäläinen, esta es igualmente polémica. El autor entiende este giro de Nuevo México hacia Estados Unidos y la comanchería, que a la vez es aislamiento de México, a partir de el grado de influencia que los comanches pudieron ejercer hacia sus fronteras, desde el punto de vista imperial. Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 211. Nosotros proponemos que dado lo complicado que resulta sostener la tesis del imperio, esta reacción popular de los nuevomexicanos obedecía al intento por preservar el equilibrio jerárquico.

Simultaneamente, los comanches aprovechaban la carencia de obsequios mexicanos para volver a incursionar y participar en un mercado informal generado en la corrupción propia de las comunidades euroamericanas fronterizas. Por su parte, las autoridades nuevomexicanas en Santa Fe intentaban restringir la compraventa con los comanches en 1831 por medio de una serie de prohibiciones al comercio comanchero.⁹⁶ La medida oficial parece haber tenido un efecto contrario al deseado entre cierto sector popular nuevomexicano, por lo que la práctica continuó a la par de la aplicación de multas y embargos a quienes eran sorprendidos llevandola a cabo. A la postre, estas medidas fueron tomadas con repudio y como un agravio por parte de los nuevomexicanos beneficiados por el comercio comanchero, especialmente sectores populares, quienes hacia 1837, organizaban una rebelión en contra del gobernador Albino Pérez.⁹⁷

Gonzalez de la Vara menciona entre las causas de este episodio tanto aquellas marcadas por intereses nacionalistas, como aquellas que aludían al abandono del gobierno de la Ciudad de México y su intención de ejercer una presión fiscal en los habitantes locales, el comportamiento “tiránico” de los gobernadores, así como la idea de las autoridades federales de que la rebelión había sido alentada y subvencionada por los separatistas texanos.⁹⁸ Independientemente de que las supuestas intrigas del general Armijo en contra de las medidas “centralistas” de Pérez, hayan tenido la fuerza para influir en el rechazo general de la población a dichas disposiciones oficiales,⁹⁹ la presencia de los comancheros, genízaros y mercaderes quienes se beneficiaban de esa práctica informal de comercio, indican más bien el carácter autónomo de ese espacio geográfico y un motivo objetivo por el cual alzarse en armas.

⁹⁶ Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 210.

⁹⁷ González de la Vara, “La rebelión”, p. 8

⁹⁸ González de la Vara, “La rebelión”, p. 2.

⁹⁹ Para Gonzalez de la Vara, la idea de que Armijo promovió la rebelión, fue acuñada en la década de 1840 por cronistas norteamericanos como W. W. H. Davis, en González de la Vara, “La rebelión”, p. 21. Consideramos que Davis no sugiere una injerencia directa y determinante de Armijo en la rebelión, sino que el cronista expone este último y otros allegados propagaron rumores sobre la intención del gobernador Albino Pérez de poner en practica la aplicación de diferentes impuestos y lo cual representaría un agravio a las actividades económicas de cierto sector nuevomexicano. No obstante, Davis apunta lo anterior como una circunstancia más que una causa de fondo, en Davis, W. W. H., *El Gringo: New Mexico and Her People*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1982. p. 88-90.

Habrá que definir si la Rebelión de Chimay  pertenceci  a la misma naturaleza de los movimientos separatistas de la decada de 1830 en las distintas fronteras del territorio nacional.¹⁰⁰ Weber apunta que existen indicios acerca del carácter espontaneo y popular de la revuelta complementada con el carácter de la influencia de la comanchería en los habitantes nuevomexicanos con menos simpatía con las autoridades hispanas, acostumbrados a dirigir sus actividades cotidianas hacia las interacciones con comanches y otros indios independientes.

¹⁰⁰ Weber hace un recuento de estos movimientos y proclamas bajo el supuesto de que forman parte de una oleada de reacciones a las medidas de las administraciones centralistas, en Weber, *The Mexican Frontier*, p. 243-272.

CAPÍTULO 3.

ATAQUES EN EL CAMINO A SANTA FE DURANTE LA GUERRA MÉXICO ESTADOS UNIDOS.

Hasta el momento hemos expuesto la complejidad de la sociedad del *septentrión central*, al dar prioridad a las relaciones humanas entre sus fuerzas presentes en un sentido general. Este apartado, en cambio, tiene un enfoque más específico ya que se delimita a los acontecimientos denunciados sobre ataques de indios de las planicies hacia la exorbitante y enérgica concurrencia de caravanas en el Camino a Santa Fe, la cual ingresaba en una nueva etapa histórica, inaugurada por la campaña de Stephen W. Kearny. También se acota en términos espaciales, al darle primacía a esta ruta de sus aproximadamente 1200 km de longitud, además de que atiende casos específicos que dan cuenta de la experiencia de la guerra en estas latitudes, de la logística norteamericana, de los actores sociales que sin tener posicionamiento en el conflicto experimentaron la guerra, así de como las contradicciones tocantes a las fuentes y la historiografía que ha mencionado el tema. En suma, esta es una narración sobre el momento inicial de la superposición de una jerarquía social por otra; de la crisis del *septentrión central* en combinación con el enredado avance de el Estado americano en ese espacio particular, un avance fundado por una conquista cuya realidad estuvo lejos de ser consentida y sin reacciones locales a la misma.

Al tener un enfoque específico, se pueden observar casos concretos, lo que da lugar tanto al acercamiento de la experiencia cotidiana del conflicto internacional como a la discusión sobre la veracidad de las fuentes. La recopilación y lectura de estas noticias ha conducido al necesario acercamiento hacia la esfera biográfica de personajes representativos de los comerciantes que transitaban por el Camino a Santa Fe, de tal forma que se han detectado inexactitudes tanto en el cuerpo documental como en los trabajos pioneros sobre tema. Estos errores consisten en el señalamiento incorrecto o dudoso de responsables de asesinatos y hurtos, los cuales se han repetido por la historiografía. Aunque algunos de los casos señalados por vez primera, en su mayoría en fuentes hemerográficas y reportes de oficiales castrenses contemporáneos, han resultado imposibles de verificar en nuestra investigación, podemos asegurar que la denominación *indio* en las denuncias de los incidentes obedecía a una generalización arbitraria para señalar culpables con evidencias

frágiles. En el mismo sentido, no hemos podido identificar si existió un seguimiento de los diversos casos, o si se planteó un castigo o exoneración posterior a los presuntos responsables.

La violencia registrada a lo largo del camino a Santa Fe, la revuelta de Taos en 1847 y los problemas con los navajos al sur de Nuevo México, guardan una relación estrecha. Estos fenómenos representan una cuestión central para nuestra investigación ya sea en el ámbito documental como interpretativo, y creemos conveniente darles una explicación que no se limite a buscar sus causas en el referido sentimiento patrio mexicano existente entre los nuevomexicanos, la ira de los indios independientes por la rapacidad del avance norteamericano, o levantamientos populares contra algún tipo de opresión promovida por la conquista norteamericana. Si bien, estos puntos son innegables para ciertas personas y momentos del periodo, la inmersión en los casos particulares señalan posibilidades distintas de analizar el problema. Estas formas de acercamiento no son mas que producto de una propuesta de interpretación, que es uno de los aportes de la tesis.¹

En rasgos generales, las historiografías mexicana y norteamericana han creado una polémica intelectual en la que nuestro espacio de estudio es nombrado de acuerdo con el programa nacional de cada país. En ambos casos, este espacio aparece como una zona periférica, lejana a los núcleos de influencia nacionales, centros industriales y zonas agrícolas preponderantes de ambas naciones. Zonas fronterizas, fronteras y tierras atravesadas por líneas fronterizas, son términos que aun se mantienen vigentes al hablar del mismo.² También se le ha denominado de acuerdo a connotaciones cartográficas como *southwest*, para el caso norteamericano, y *septentrión novohispano* o *región septentrional*, para el caso mexicano. En nuestro caso, proponemos denominar al espacio geográfico que comprende en términos generales las poblaciones y áreas aledañas del norte y oriente de Nuevo México, el occidente

¹ Por ejemplo, los problemas previos a 1847 a los que se enfrentó Charles Bent, como representante de los intereses americanos en Nuevo México, dan cuenta de un sentimiento pro-localista que puede traducirse en expresiones de identidad nacional. De igual forma, la lectura de la correspondencia de Bent deja de manifiesto los choques de personalidad en la competencia por las mejores posiciones en la jerarquía local, en donde la envidia, la repulsión, la intimidación y la venganza eran elementos cotidianos en la vida de las personas en la zona. Véase Beyreis, David C., "Business in the Borderlands: Bent, ST. Vrain & CO., 1830-1849", Tesis de Doctorado, University of Oklahoma, 2012, pp.253-257.

² Sobre el desarrollo y uso de estos conceptos puede verse la síntesis de Adelman, Jeremy y Stephen Aron, "From Borderlands to Borders: Empires, Nation-States, and the People in Between in North American History", *The American Historical Review*, vol. 104, no. 3, 1999, pp. 814-841.

de Texas, la comanchería, el río Arkansas que atraviesa desde la zona del fuerte Bent hasta la frontera con el Indian Territory, la apachería, y las zonas fronterizas de Chihuahua, Coahuila y Durango, como el *septentrión central*.

El *septentrión central* es el nombre con el que denominaremos al conjunto de unidades jerárquicas políticamente independientes unidas por una conglomeración de redes comerciales bajo elementos culturales comunes, los cuales proporcionaban equilibrio a su conjunto. Los cautivos, el honor conquistado en la batalla, los protocolos previos a los trueques, entre otros, constituían los elementos culturales comunes de los que, en diferente intensidad y frecuencia, participaban los individuos de grupos de diferente constitución étnica. Esto es, que las rancherías comanches, comancheros, ciboleros, comerciantes itinerantes, firmas de comercio de pieles e infidentes mexicanos, sin haber instituido una unidad política o renunciar a la propia, habían creado un espacio económico común orientado a la exportación de materias no elaboradas o escasamente trabajadas, a cambio de la importación de artículos mas complejos bajo un preponderante régimen de comercio informal.³

Ciertamente, las actividades comerciales no reguladas por los organos estatales de ambas naciones, eran consideradas en términos de tráfico ilegal. Por el contrario, en la esfera local, estas actividades no solo eran una forma de supervivencia, sino que constituían un modo legítimo entre los involucrados al ser parte articuladora de las relaciones interétnicas. Estas formas de supervivencia llevaban siglos funcionando independientemente del arribo de nuevos grupos a las Planicies. En efecto, cada grupo incorporado a la región, vivió su propio proceso de adaptación a ese orden general, a la vez que incorporaba desafíos materializados en tecnología novedosa, mercancías, patógenos virales y el aumento del volumen de mercancías para el comercio transoceánico. Cabe señalar que la perdurabilidad de dichas relaciones y estrategias de supervivencia interétnicas no indica la existencia de un orden inalterado, ni desafiado. La violencia derivada de las rivalidades entre los distintos grupos étnicos, prevalente cada que los conflictos no podían remediarse por medio de negociaciones

³ Recordemos que la afinidad político económica entre comancheros y comanches, que permite explicar la sorpresa de los observadores norteamericanos de la época, al ver a los primeros entrar prácticamente desarmados a la comanchería, Kavanagh, *The Comanches: A History, 1706-1875*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1996, p. 314.

diplomáticas, basaba su propia complejidad y fundamento en las guerras de venganza o represalia. La incorporación de los traficantes euroamericanos, y en especial anglos, contribuyeron a direccionar cada vez más las actividades mercantiles del septentrión hacia el mercado norteamericano, pero no trastocaron los cimientos culturales de la región.⁴

Por otro lado, el *septentrión central* es semejante a otras regiones con presencia de indios independientes en el oeste de Estados Unidos. Tal es el caso de las relaciones interétnicas en el Oregon Trail, donde sioux y traficantes de pieles empleados de firmas comerciales de distintas comarcas estadounidenses compartieron estándares culturales de intercambio comercial. Hacia 1830, en las inmediaciones del fuerte Laramie, en el actual estado de Wyoming (coord: 42.211102, -104.516541), se había desarrollado un sistema mercantil en el que los traficantes no compraban necesariamente las pieles a los indios, sino que en ocasiones formaban parte semejante en la caza de presas. De cualquier manera, la inserción de los traficantes norteamericanos a la zona no alteró sobremanera el orden de la cultura económica sioux. En gran parte, esto se debió a la cantidad considerablemente inferior del número de mercantes en comparación a la población nativa. Asimismo, de inicio, los traficantes no pretendieron socavar la independencia política de los diferentes grupo nativos, ni instaurar un aparato estatal euroamericano. Solo cuando la migración comenzó a tener una frecuencia constante y el ejército norteamericano como órgano gubernamental realizó expediciones a mediados de la década de 1840, el sistema jerárquico del que los mismos traficantes eran parte, entró en una crisis que se formalizaría con la venta del fuerte Laramie al ejército en 1849.⁵

⁴ Los empresarios y estratos populares nuevomexicanos que también se favorecieron por este nuevo tráfico transoceanico, dieron muestras de otra cualidad del *septentrión central*, manifestada en la repulsión y sospecha hacia los recién llegados, especialmente aquellos que no tenían lazos familiares con los locales o cuando comenzaron a suponer un cambio en la composición étnicoracial de las comunidades receptoras. Es imposible saber si la explosión de violencia de 1847 en Taos y a lo largo del camino a Santa Fe no hubiera tenido lugar si la elección de gobernador por parte de Kearny hubiera apuntado a alguien que no fuera Bent. En dado caso, nos parece que la presencia formal de la sociedad norteamericana en la zona produjo una desestabilización irreparable, por lo que la elección de un gobernador hispano solo hubiera postergado el levantamiento popular. DeLay desarrolla una discusión significativa al respecto la cual se aborda en este capítulo de nuestro trabajo, DeLay, Brian, *War of a thousand deserts: Indian raids and the U.S.-Mexican War*, New Haven, Yale University Press, 2008, pp. 114-138.

⁵ Anderson, Kurt, "Illusions of Independence: the Teton Sioux and the American Fur Trade, 1804-1854", tesis doctoral, Oklahoma State University, 2011, pp. 195-196.

3.1. Problemas en el Camino a Santa Fe a pesar de la alianza pactada. *La amistad que acabó porque nunca empezó.*

Kurt Anderson coincide con otros investigadores sobre la secuencia o patrón seguido por la conquista del noroeste y que en rasgos generales, “the trapper had opened the trails to the Rocky Mountains. The Missionary had followed his paths to carry the white man’s religion to the Indian. The homesteader was next in line”.⁶ Si observamos de forma general el desarrollo de la expansión norteamericana podemos plantear que de forma directa o indirecta, consciente o no, los traficantes cazadores, fungieron como la fuerza de avanzada de el Estado norteamericano. Desde otro punto de vista, el desarrollo de las actitudes, reacciones y consecuencias que la migración masiva junto con el avance de los brazos institucionales americanos originaron en los indios y cazadores híbridos, muestran la ausencia de un consenso en favor del establecimiento formal de una nueva jerarquía socioeconómica. Al respecto, Anderson coincide en que “for decades they [los sioux] had accepted the fur traders in their midst because they were few in number, and, in the Indian’s estimation, but little inferior to themselves”.⁷

Dicho de otra manera, los cazadores híbridos estuvieron dispuestos y a la vez obligados a someterse a una especie de aculturación cada que tenían que lidiar con los locales. Esos hombres de negocios, desarrollaron una doble identidad que les permitía desenvolverse tanto en zonas de frontera como en los núcleos comerciales de la cuenca del río Mississippi y Ohio. Realmente eran lo que los colonos migrantes denominaban como “french indians” en alusión a que los traficantes, racialmente semejantes a los colonos recién llegados, no

⁶ LeRoy R. Hafen and Francis Marion Young en Anderson, “Illusions of Independence”, p. 202.

⁷ Anderson, “Illusions of Independence”, p. 212, (los corchetes son míos). La figura del cazador y traficante de pieles fue elevada en la literatura como la “Boone figure”, en referencia Daniel Boone, cuyas experiencias inspiraron la mítica figura que combinaba las cualidades del hombre blanco y los atributos del indio. Fuera de la ficción, estos hombres de origen anglo, que habían desarrollado una identidad híbrida al impregnarse del conocimiento y habilidades propias del mundo de los hombres en sistemas ecológicos no domesticados o ausentes de aparatos estatales en sociedades agrarias en Norteamérica, se convirtieron en el vínculo entre ambas culturas. Poco después, una vez que el proyecto norteamericano había conquistado la frontera, los cazadores híbridos no tuvieron cabida, pues su rol había terminado y la admiración hacia ellos solo tenía lugar en literatura romántica. En adelante, llamamos cazadores híbridos, a estos comerciantes de avanzada que establecieron buenas relaciones con los diferentes pueblos del oeste, vease Utley, Robert M., *The Indian Frontier of the American West 1846-1890*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2003, pp. 33-35.

compartían el mismo espíritu colonizador ni ponían de su parte para la convivencia entre indios y migrantes.⁸

Este patrón histórico del proceso de expansión norteamericana puede rastrearse en diferentes puntos del amplio territorio del oeste. Sin embargo, hacia la década de los cuarenta Nuevo México y California presentaban un rasgo extra a las experiencias migratorias y agentes económicos informales, que consistía en la presencia de ciudades o centros político-económicos occidentales o hispano-mexicanos, los cuales, si bien solo de forma nominal, clamaban autoridad y soberanía sobre el territorio inmediato de su área de influencia. Esta particularidad significó un freno al avance migratorio sostenido y formalizado, a diferencia del Oregon Trail que empezó a recibir migrantes en forma constante y en volumen ascendente al menos desde 1841.⁹ El despliegue de fuerzas para detener la desdichada Expedición de Santa Fe del gobierno texano a inicios de la década, así como la revuelta de Taos en 1847, son muestras de la incomodidad que causaba entre los nuevomexicanos la posibilidad de perder la mayoría demográfica. En ese sentido, podemos decir que el proceder de los nuevomexicanos no está lejos de los parámetros que los indios sioux siguieron con respecto a los traficantes norteamericanos, aceptándolos mientras no representaran un peligro a la mayoría en términos demográficos. Los pueblos orientales de Nuevo México, más vinculados con la comanchería actuaban bajo el esquema silimares.¹⁰

⁸ Esta categoría fue rescatada por el historiador Francis Parkman, quien también resaltaba que los traficantes incentivaban la hostilidad entre los indios hacia los colonos. Actitud entendible, ya que el establecimiento de los mecanismos de formalización del comercio atentaba contra el *modus vivendi* de los traficantes, quienes se beneficiaban precisamente de la ausencia de los cuerpos regulatorios gubernamentales. Anderson, "Illusions of Independence", p. 213.

⁹ Anderson, "Illusions of Independence", p. 204. Las obras referentes a los comerciantes nuevomexicanos en el Camino a Santa Fe, enfatizan la preponderancia de estos sobre los americanos en el terreno local, mientras que otros argumentan que las firmas comerciales como la de Charles Bent, ejercían poco o nada de influencia sobre las decisiones de los jefes indios. Sobre los comerciantes nuevomexicanos véase de Calafate Boyle, Susan, *Comerciantes, Arrieros, Y Peones: The Hispanos and The Santa Fe Trade*, Santa Fe, NM, Southwest Cultural Resources Center, Professional Papers No. 54, Southwest Regional Office, Division of History, 1994, en especial los capítulos IV y V. Para la Bent-St. Vrain & Co., véase Beyreis, "Business", pp. 1-18.

¹⁰ Los indios yutas, al norte de Santa Fe, que habían permanecido en buenas relaciones con Nuevo México antes de 1846, emprendieron un periodo de guerra desencadenado por un incidente entre una delegación de dicho pueblo y el gobernador Mariano Martínez, por lo que desde 1845 los yutas, a diferencia de los comanches que emprendían las guerras de venganza lo más lejos posible de la comanchería, sacrificaron la paz en los confines de sus fronteras. Los problemas de los yutas se agravarían con la decadencia del comercio de pieles hacia 1840, que también tuvo repercusiones en los comerciantes cazadores de la región, por lo que la tendencia de estos a convertirse en guías, mercenarios o colonos, fue uno de los signos de que el septentrión central estaba en crisis. Ned Blackhawk apunta que apesar de que los indios yutas atacaron ocasionalmente a los comerciantes norteamericanos en esta década, no fueron considerados parte de las guerras de venganza, a menos que los

Por otro lado, si bien se puede visualizar la violencia comanche en los años previos y durante el conflicto internacional de 1846, las preguntas sobre las motivaciones de esa violencia y el proceso político específico llevado a cabo por los comanches en cuanto a comunidad, siguen siendo mas fuertes que las respuestas que pueden desarrollarse. Algunos autores sostienen que después de 1810, tanto las condiciones climáticas, las tensiones con otras tribus indias, las presiones del mercado norteamericano y el carácter individualista de comanches y kiowas, provocaron el debilitamiento de la autoridad de los jefes “tradicionales”, lo que se tradujo en una especie de descentralización política de la comanchería, objetivada en el desmoronamiento de bandas y rancherías en antaño numerosas y el surgimiento o mutación en otras de menor envergadura. Es decir, los fenómenos continentales hicieron eco en los indios independientes quienes mutaron en una forma de organización social cada vez mas fragmentada. Según esta interpretación, las condiciones fueron propicias para el surgimiento de nuevos líderes que rompieron con la cautela de los jefes tradicionales. Estos individuos pudieron tener su motivación principal en la imposibilidad de acceder a las mercancías que los guerreros mas experimentados y reconocidos socialmente gozaban, por lo que el cambio generacional condujo al incremento de las movilizaciones hacia el Norte de México.¹¹

Los grupos de movilizaciones violentas derivadas de la rebeldía de estos ambiciosos líderes se habrían convertido en “a center for malcontents, attracting a large number of young Taovaya and Tawakoni Indians, as well as many Spanish deserters”.¹² Ese descontento se deriva probablemente de las alianzas hispano-comanche anteriores la consumación de la

traficantes favorecieran el comercio con otros indios enemigos. El caso representativo de las represalias yutas es la destrucción de los fuertes del comerciante Antoine Robidoux hacia 1844 donde se reportó la matanza de los empleados nuevomexicanos que operaban los puestos. Blackhawk, Ned, *Violence Over the Land: Indians and Empires in the Early American West*, Harvard University Press, Cambridge, 2006, pp. 131-33 y 183-85. Robidoux, quien gozaba de una reputación de influencia entre los yutas, marcharía con Stephen Kearny en 1846 como interprete del Ejército del Oeste, pero su persona no figura en los problemas suscitados con los ataques de estos años, véase Oliva, Leo E., *Soldiers on the Santa Fe Trail (1829-1880)*, Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1967, p. 59.

¹¹ Anderson, Gary Clay, *The Indian Southwest, 1530-1830: Ethnogenesis and Reinvention*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999, pp. 252-253.

¹² Anderson, *The Indian Southwest*, p. 253. Anderson añade la posibilidad de que las cuadrillas estuviesen integradas por miembros de diferente ascendencia étnica. Si esto es cierto, el fenómeno de las cuadrillas híbridas, semejantes a las que expone Ortelli para periodos anteriores, continuaba vigente hacia los albores del conflicto internacional de 1846. Aunque el autor no profundiza en el tema, la probable participación de forasteros, bandidos e infidentes en las filas comanches para nuestro periodo, sigue siendo un problema pendiente.

independencia, las cuales habrían beneficiado a solo ciertos líderes por lo que aquellos que se sentían excluidos, buscarían una forma de alcanzar los mismos niveles de riqueza. El autor continúa diciendo que “since the Comanche and Wichita raiding parties often lacked the sanction of senior leaders, they acted more independently and frequently were accompanied by Spanish ‘renegades’...They often left the village at night, to avoid a confrontation with band leaders, and they frequently acted more violently than in the past”.¹³

Para Gary Clay Anderson, no hay duda de que la violencia de las partidas o movilizaciones de comanches y kiowas en el siglo XIX, fue mayor a la presenciada en el siglo anterior.¹⁴ Esta postura se acerca a una mas reciente, que aunque con objetivos de investigación diferentes, ofrecen el siguiente panorama: el cambio generacional, la apertura de los caminos a Santa Fe y hacia Oregon, la presión en la caza del bisonte y los indios migrantes del noreste, ocasionaron la erosión del orden económico de alianzas y reciprocidad provocando que determinados indios independientes se mostraran recalcitrantes ante el arribo de nuevos actores en las inmediaciones sus territorios. Esto es cierto si seguimos el argumento de Beyreis que resalta el impacto negativo que la migración constante y sostenida tuvo sobre el equilibrio establecido entre los sioux y los comerciantes pioneos hacia la decada de 1840. En otras palabras, entre mayor cantidad de posibles tratos comerciales, los comanches a nivel personal, habrían desarrollado un deseo por participar de tales transacciones saltandose a intermediarios internos o externos a su propia comunidad, erosionando la estructura sociopolítica comanche.

Lo anterior cuestiona el aclamado engranaje social de comanches y kiowas, en donde el individuo estaba fuertemente sujeto a los parametros culturales y exigencias materiales de la comunidad, por lo que la individualidad de sus miembros no existía fuera del reconocimiento de la comunidad, al tiempo de hacerse cargo de las obligaciones morales y materiales hacia la misma. Al respecto, DeLay realiza una serie de observaciones sobre la postura anterior, al cuestionar la centralidad de las motivaciones económicas individualistas de los comanches para atacar el Norte de México. Sin embargo, la mas reciente historiografía cuestiona la posible decadencia sociopolítica de la comanchería además de enfatizar que la

¹³ Anderson, *The Indian Southwest*, p. 254.

¹⁴ Anderson, *The Indian Southwest*, p. 259.

violencia sistemática y premeditada de las incursiones de los indios de las planicies en contra de poblaciones mexicanas habría sido producto de un fenómeno contrario; es decir, un resurgimiento de la cohesión en todos los niveles de organización de las bandas comanche y kiowas. Si bien las razones individuales de los miembros de las incursiones eran un aliciente en el arrojío de los saqueadores, las evidencias muestran que la motivación principal o el objetivo primario de la política comanche eran más complejas que la simple apropiación del botín.¹⁵

Brian DeLay apunta que la documentación disponible indica la existencia de articulaciones coherentes y una coordinación de la violencia comanche-kiowa, la cual fue desplegada principalmente al sur del río Bravo en el periodo 1830-1848. Si los miembros de estas campañas estuvieron motivados simplemente por ambiciones materiales de adquisición de botín, entonces la imponente y sistemática violencia que infringieron sobre determinadas poblaciones mexicanas fronterizas, tendría poco sentido. Al respecto, Bernard Mishkin establece categorías de guerra entre los indios de las planicies, y enfatiza diferencias entre incursiones y las movilizaciones de venganza, represalia y destrucción. En primer lugar, a pesar de que su trabajo se enfoca en los kiowas, los aliados más importantes de los comanches en el periodo, el autor coincide acerca de los determinantes ecológicos que hacían de las Planicies un lugar desfavorable para las expediciones masivas, y el Norte de México como una zona adecuada para las mismas. Por tanto, en teoría cada movilización belicosa demandaba un determinado número de guerreros y recursos, pero las condiciones medioambientales determinaban la viabilidad de las mismas. Como los obstáculos naturales de las planicies eran mayores que los existentes al sur del río Bravo, los comanches dirigieron las expediciones de destrucción y amedrentamiento con cantidad mayúscula de guerreros hacia el norte de México. Aunado a ello, las zonas fronterizas Norte, Este y Oeste de la comanchería se ubicaban más cercanas, más pobladas y resguardadas, o en su caso con mayor población afín a los indios de las planicies, que aquellas de los estados mexicanos de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Durango.¹⁶

¹⁵ DeLay, *War of a Thousand*, pp. 115-117

¹⁶ De igual forma, Mishkin apunta que las incursiones estaban compuestas generalmente por miembros del mismo *topotóga* (grupo social fundamental semejante a las rancharías descritas para el caso comanche) mientras que las campañas de venganza eran esencialmente tribales, es decir, tenían una convocatoria más generalizada entre todas las parcialidades de el conjunto de la comunidad kiowa, en Mishkin, Bernard, *Rank and Warfare*

Por su parte, las expediciones de incursión requerían un número reducido de miembros, entre 20 y 30 guerreros, las cuales consistían en ataques fugaces y expediciones que podían durar por tiempo indeterminado, principalmente por la menor cantidad de recursos necesarios para el suministro de la tropa y el mantenimiento de la caballada. Al contrario, las expediciones de venganza solían ser concentraciones mayores, en ocasiones conglomeraciones de 100 o mas miembros, las cuales tenían una prolongación y costo menores en comparación con las expediciones de incursión. Debido al peligro que podía suponer el que los guerreros dejaran sin protección las ranherías por periodos prolongados y los inconvenientes logísticos que implicaba el movilizar tropas de cuantiosa dimensión, los comanches no solo emprendieron con menor asiduidad expediciones de venganza, sino que los comanches evitaron dirigirlas hacia las zonas fronterizas ubicadas al norte del río Bravo. Esta predisposición estratégica de los comanches intentaba evitar que las bandas en campaña lidiaran en demasia con las condiciones medioambientales propias del sur de las Grandes Planicies, y buscaba evitar las posibles refriegas de enemigos lo afincados lo suficientemente cerca de la comanchería, que pudiesen contraatacarles en su retirada o incluso sorprender a las ranherías sin vigilancia. De este modo, los comanches habrían comenzado a vengar la muerte de sus consanguíneos, partidarios y amigos en poblaciones del norte de México, al tiempo en que convertían a sus víctimas en chivos expiatorios, independientemente de la desconexión de estas últimas con el agravio sufrido por los guerreros comanches en otras latitudes.¹⁷

Mientras que las motivaciones del pillaje en las incursiones pueden entenderse como expresiones de honor; como respuestas a la presión del expansionismo norteamericano y los pueblos desplazados al Territorio Indio; y como el medio de obtención de mercancías

Among the Plains Indians, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1992, p. 28. Al respecto, ya se ha dicho que Stephen Watts Kearny tenía conocimiento de estas cualidades del terreno, y la logística de transportación indican que sabía de los peligros de enviar caravanas de soldados bien pertrechadas y sin dejar pasar el tiempo necesario para la recuperación de los pastizales.

¹⁷ Foster, *Being Comanche*, p. 24-26. Por supuesto, la movilidad constante en el modo de vida comanche no se restringía al proceder de las campañas militares. El reto logístico que demandaban las condiciones medioambientales del sur de las Grandes Planicies durante el siglo XVIII y en especial la degradación de los pastizales y otros recursos ocurrida durante el XIX, obligaba a las propias ranherías a mudarse constantemente y difícilmente mantenerse en un sitio por más de dos semanas, Rivaya-Martínez, “Tras la huella de los bárbaros: Itinerarios comanches a través de México, 1821-1875,” en Chantal Cramaussel ed., *Los caminos transversales. La geografía histórica olvidada de México*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, Universidad Juárez del Estado de Durango, 2016, p. 192.

intercambiables altamente valorizadas, el problema de la *venganza* presenta otras preguntas: ¿de quien se vengaban los comanches, y por qué algunos autores aseguran, que ante la imposibilidad de llevar a cabo la venganza por la muerte de un ser querido en contra de los verdaderos responsables ubicados en las zonas fronterizas al norte del río Bravo, comanches y kiowas voltearon su mirada para desquitarse con los mexicanos fronterizos?, ¿Qué los comanches no tenían vínculos estrechos con estos mismos mexicanos?

Dar respuesta a estos interrogantes es un tema que rebasa la presente investigación pero deja la puerta abierta al escrutinio futuro. Pese a que DeLay enfatice la necesidad de priorizar las relaciones personales *comanche-comanche* en nuestros análisis, lo cierto es que el hermetismo con que parecen haberse conducido los individuos de dicha comunidad, en especial al dejar registros escritos o informar de manera explícita sobre su programa geopolítico a los narradores occidentales, deja un margen a la especulación por lo que la necesidad de dar coherencia a sus acciones conjuntas por medio de información indirecta resulta imperante.¹⁸ En otras palabras, se tiene una idea mejor desarrollada sobre la estructura social, las instituciones, grupos armados especiales o sociedades militares de los indios de las planicies, pero en cuanto al entendimiento sobre la vida social previo a la reservación, de esas relaciones cara a cara, la idea que podemos tener sigue siendo incompleta.¹⁹

Si seguimos los señalamientos de Foster, el “ser” comanche, residía en el reconocimiento constante mutuo, una comunicación entre personas que deseaban darle continuidad a ese reconocimiento como miembros partícipes de un legado y saber común. En este sentido la identidad comanche poco tuvo que ver con “the preservation of a specific

¹⁸ DeLay, *War of a Thousand*, p. 368n15

¹⁹ Rivaya-Martínez, sostiene que la incorporación gradual de la información proveniente de archivos mexicanos y documentos en lengua hispana en general, como los casos hispanohablantes cautivos de comanches, compensaría el grado de arbitrariedad y desconocimiento de las relaciones de la vida cotidiana comanche. Si bien, esto es importante, y las obras escritas y venideras basadas en semejantes aparatos documentales cobrarán la importancia esperada por décadas en la historiografía regional, consideramos que la mera procedencia mexicana o hispana de las fuentes, no implica un acercamiento imparcial y sin prejuicios de los comanches. cabe destacar, que el conjunto más rico de testimonios de cautivos mexicanos proviene de un periodo posterior a la guerra México-Estados Unidos, véase Rivaya-Martínez, Joaquín, “De ‘salvajes’ a ‘imperialistas’. Una revisión crítica de la historiografía sobre los comanches durante el periodo anterior a la reserva (1700-1875),” en Ana Luisa Izquierdo, ed., *Visiones del pasado. Reflexiones para escribir la historia de los pueblos indígenas de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, pp. 174-179; y Sánchez Moreno, Francisco Javier, “El cautivo y su instrumentalización en las relaciones fronterizas tras el Tratado de Guadalupe-Hidalgo”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 68, no. 1, enero-junio 2011, pp. 51-72.

territory, language, or social structure...”,²⁰ y mas con una identidad basada en un conocimiento común, en personas mas que en estructuras sociopolíticas, por lo que “the comanche community, is founded on a shared communicative competence”.²¹ La identidad comanche que puede ser entendida como la pertenencia a la comunidad, definida como las aptitudes necesarias y consensuadas frente al “conocimiento” y “entendimiento” en el hacer y el estar frecuentemente en las ocasiones sociales, tanto privadas como públicas en función de un propósito común. Si este tipo de relaciones y juicios sociales permanecieron vigentes hacia el periodo de 1830-1850, entonces podemos sugerir que el peligro asumido por los guerreros comanches en las incursiones a gran escala fueron producto de un riesgo asumiendo por estos individuos, tanto para respaldar sus aspiraciones económicas como para justificar la violencia premeditada que pudiera tener lugar en el desarrollo de las campañas.²²

Las reuniones o powwows, en donde se acordaban (aunque no parecen tener como objetivo principal ni único los movimientos militares) todo tipo de temas, eran los momentos sobresalientes para convenir la preparación de expediciones de corto y largo alcance. Si estas reuniones tenían la fuerza reguladora que clama Foster, entonces la violencia desmedida registrada en México no procedía de las filas comanches a menos que tal cosa fuera parte de los términos trazados comunalmente. Si esa violencia desmedida contaba con la autorización de la comunidad, podemos suponer que los comanches estaban desplegando algo mas que acciones de amedrentamiento en el Norte de México, y que para el periodo 1846-47, continuaron sin ejercer campañas de gran envergadura, principalmente por cautela. De hecho, con todo y que el discurso esencial de la documentación norteamericana de la época magnifique el problema indio en el Camino a Santa Fe, los encuentros interétnicos violentos no muestran las características desplegadas al sur del río Grande.

²⁰ Foster, Morris, *Being a Comanche: A Social History of an American Indian Community*, Tucson, University of Arizona Press, 1998, p. 20.

²¹ Foster, *Being a Comanche*, p. 22

²² Foster, *Being a Comanche*, pp. 22-24. En ese sentido, los individuos miembros de la comunidad comanche podían perder valor ante el conjunto de la sociedad, situación que le convertía en un individuo moral y socialmente inservible, además de poner en entredicho la validez y actualidad de su membresía en la comunidad. Lo anterior no deja de recordar a las sociedades de cofradías virreinales en la Nueva España, donde el individuo no existía más que en razón de su afiliación a alguno de estos cuerpos comunitarios, es decir, la libertad individual solo era reconocida en la medida en que no estuviera en contradicción con las obligaciones de la persona con la comunidad.

DeLay nombra a este fenómeno “política de la venganza”, y sugiere, en base a las observaciones de Foster, que “southern Indians themselves lived in a phenomenally insecure and violent world and perhaps could be expected to subject their Mexican adversaries to the same cruelties their own enemies had visited upon them”.²³ Foster explica que el concepto de venganza tuvo que haber sido bastante laxo por lo que la cuenta pendiente podía saldarse dando muerte a un sujeto que no tuviera vela en el entierro. Por otro lado, en esas reuniones o powwow, tenían lugar tanto interacciones formales (focused) como interacciones informales (unfocused). Dentro de las segundas, se puede incluir aquella en que los participantes daban cuenta de quienes conversaban con quienes. Se puede suponer que comanches mas jovenes o de menor rango que no participaban en las conversaciones formales ni eran tomados en cuenta para las campañas, fueran los responsables de ciertos ataques a los norteamericanos, dada la ausencia de los guerreros mas prestigiados.²⁴

De cualquier forma, DeLay comenta que “opportunities such as those presented by Mexican ranches and haciendas required something more than simple material incentive to elevate them above the realm of band politics”,²⁵ por lo que, sin importar si hacia la década de 1830 la necesidad de venganza descubrió en los mexicanos al sur del río Grande a los enemigos indirectos con quien ajustar cuentas, o si el ánimo materialista tuvo que adecuarse a los parámetros sociopolíticos de la comunidad comanche encontrando en la necesidad de venganza la justificación para atacar México, la violencia comanche hacia sus vecinos del sur parece haber sido premeditada y organizada. Si en periodos anteriores podían diferenciarse mejor las expediciones de pillaje de aquellas caracterizadas por el ajuste de

²³ DeLay, *War of a Thousand*, p. 118. Con respecto al punto de la violencia y su relación con la venganza, un acercamiento desde la psicología evolutiva, la neurociencia y otras ciencias del comportamiento humano pueden dar un aire complementario y más completo.

²⁴ Foster, *Being a Comanche*, pp. 24-26. Con respecto al alcoholismo y estados de ánimo alterados por el consumo de bebidas alcohólicas, Foster diverge con respecto de la supuesta aversión de los comanches a la bebida embriagante. Según el autor, la borrachera era considerada como inapropiada y nociva para la reputación de cada sujeto comanche durante las danzas “tradicionales” que tenían lugar en al atardecer y al caer caer la noche durante un powwow, sin embargo, esta era soportada durante las danzas sociales que tenían lugar a media noche, cuando la solemnidad del powwow había ultimado. Independientemente de que Foster no de referencia directa sobre este punto, nada impide pensar que durante las danzas sociales, con los efectos de la bebida, pudiera filtrarse información. De igual forma, el autor apunta que las desobediencias y perjuicios entre comanches eran perdonados de forma común, por lo que también puede insinuarse que algunos de los ataques en el Camino a Santa Fe, que sugieren la participación de indios inexpertos y mal pertrechados, fuesen dispensados por la comunidad y los hombres de mayor influencia, tal vez no por que se quisiese respetar el tratado de paz, sino por que los americanos tampoco dieron muestra de atacar las rancherías comanches.

²⁵ DeLay, *War of a Thousand*, p. 123

cuentas o de amedrentamiento, Delay afirma que las emprendidas hacia el Norte de México entre 1830 y 1848, se difuminaron en un solo esfuerzo.²⁶ En este punto DeLay coincide con Hämäläinen sobre la política, bien identificada, del redireccionamiento de las zonas de conflicto en las fronteras de la comanchería, al desenvolver la violencia en ciertos puntos para pacificar otros.

Conviene preguntarse entonces los objetivos de los comanches al emprender una guerra sobre lugares puntuales al sur del río, no solo por los bienes robados y las muertes causadas, sino por el empeño destructivo que caracterizó el periodo. ¿estaban intentado evitar la emergencia de una fuerza igual de amenazante para la comanchería como la lipán, texana, americana y otras tribus del noreste? Es decir, ¿esa guerra de destrucción estaba pensada en el fondo como un movimiento para impedir el desarrollo articulado de esas poblaciones o incluso desestabilizar la región de tal manera que pudiesen conquistarla luego? Aunque se trata de una rareza mas que de una constante, un oficial mexicano de Durango notificó a sus superiores sobre una familia comanche de unas 20 casas, hacia 1842. El grupo de comanches fue localizado acampando en las inmediaciones del Bolsón. Si se pueden localizar otros ejemplos documentados al respecto, podríamos dar sustento a la idea de que algunos comanches comenzaban a familiarizarse con un territorio ajeno a sus tradicionales dominios. Determinar si lo hacían como parte de un proyecto para redireccionar sus patrones de movilidad anual o como un posible territorio alternativo para abandonar por completo las grandes Planicies, es un asunto difícil de comprobar, pero probable.²⁷

²⁶ DeLay, *War of a Thousand*, p. 123.

²⁷ DeLay, *War of a Thousand*, p. 370, n 34. La mayoría de las campañas se realizaron en otoño e invierno, y en menor medida durante el verano, en parte por el resto de actividades en la agenda comanche, como la caza, las ferias comerciales y la participación en las ceremonias de verano, ver DeLay, *War of a Thousand*, pp. 128-129. El autor no plantea la posibilidad de un proyecto conquistador para una eventual migración de indios independientes de las planicies hacia el sur del río Bravo, limitándose a señalar que, dadas las condiciones favorables que ofrecía el norte de México, los varones comanches que habitualmente se mantenían ociosos en invierno encontraron en esa región la oportunidad de mantenerse económicamente activos. Con ello, DeLay tiene que volver a resaltar el factor individualista económico pero recalca que las movilizaciones de diciembre cohesionaron a miembros de diferentes bandas, rancherías y familias, en una época del año en la que en otras circunstancias hubieran permanecido separados, por lo que la postura de Anderson relativa al declive sociopolítico de los comanches no tuvo lugar, sino que se dio un renacimiento y reestructuración de esa estructura.

3.2 Comerciantes, soldados, e indios. ¿A quién se acude en este mar de llanuras cuando hay problemas?

El año de 1846 colocó al sur de las grandes Planicies y el Camino a Santa Fe en el centro del pensamiento colectivo de los soldados y demás gente que acompañó la movilización del ejercito estadounidense. Fue entonces que descubrieron ese asolador entorno, al que solo conocían por medio de las noticias de los intrépidos viajeros que acompañaban las épicas travesías de los *mountain men and fur traders*.²⁸ De igual forma, emprendían la aventura desde alguno de los puntos mas occidentales de Misuri, mas confiados en la bendición de Dios y la necesidad que en experiencias exitosas previas, o en el aclamado y muy citado sentimiento nacionalista resumido en la popular idea del *destino manifesto*.²⁹ En ese sentido, es difícil sostener que tanto el discurso de John L. O'Sullivan como la tesis que aseguraba que *rain follows the plow*, fueran la fuente y motor de las decisiones humanas para emprender tan osado viaje.³⁰ Por tanto, no deja de ser misteriosa la

²⁸ El compendio clásico sobre comerciantes de pieles no hispanos es el la colección editada por Hafén, en Hafén, LeRoy R., ed., *The Mountain Men and the Fur Trade of the Far West*, Glendale, CA., Authur H. Clark Company, 1965-72. Se trata de una obra colaborativa de biografías sobre diferentes hombres del negocio de pieles y otros negocios en las zonas fronterizas del oeste de Estados Unidos. Para el caso que nos ocupa véase, LeRoy R. Hafén, *Mountain Men and Fur Traders of the Far West: Eighteen Biographical Sketches*, Lincoln, University of Nebraska Press, Bison Book, 1982. Para el caso de los comerciantes nuevomexicanos véase el capítulo quinto de Calafate, *Comerciantes*.

²⁹ Se atribuye el concepto de *destino manifesto* a John L. O'Sullivan. Kurt Anderson recalca que la frase se acuñó junto con el despegue en las migraciones de colonos anglos hacia el oeste hacia la década de 1840. En ese sentido, es importante precisar que el discurso de O'Sullivan no fue el causante de la movilización, sino que fue el resultado de la observación de un fenómeno en curso, en Anderson, "Illusions of Independence", pp. 203-204.

³⁰ La tesis de Charles Dana Wilber consistía en que la superficie terrestre afectaba el curso de la lluvia, por lo que entre mayor tierra cultivada, las zonas aridas del oeste se convertirían en un enorme jardín de la abundancia. En su momento, la tesis encontró sustento en el incremento de las lluvias anuales hacia el último cuarto de siglo XIX y fue desacreditada en el siglo siguiente. Son significativas las palabras del mismo Wilber en cuanto al uso retórico de su tesis científica para justificar el expansionismo americano, ya que "... in this miracle of progress, the plow was the unerring prophet, the procuring cause, not by any magic or enchantment, not by incantations or offerings, but instead by the sweat of his face toiling with his hands, man can persuade the heavens to yield their treasures of dew and rain upon the land he has chosen for his dwelling...". Más adelante recalca que los indios "have always been, co-workers with the natural forces that maintain and extend desert conditions...he, by his law, or economy life, makes the desert still more a desert", en Wilber, Charles Dana, *The great valleys and prairies of Nebraska and the Northwest*, Omaha, Daily Republican, digitalizado por Cornell University Library, 1881, en <https://archive.org/details/cu31924083881155/page/n85> [consultado el 7 de Julio de 2019], p. 70-71. En tiempos recientes, la discusión ha renacido gracias al trabajo de Josh Welty y Xubin Zeng, quienes han sugerido que la controversia tiene más sentido de lo que se había creído, ya que su estudio ha encontrado que la relación entre los cambios de la superficie en respuesta a la actividad humana y el clima podrían ser reales, en Welty, J., y X. Zeng, "Does soil moisture affect warm season precipitation over the southern Great Plains?", *Geophysical Research Letters*, no. 45, 2018, en <https://doi.org/10.1029/2018GL078598> [consultado el 7 de Julio de 2019], p. 7866-7873.

motivación de los colonos para asistir a la *cita de la civilización* ni menos enigmático el origen de las razones para mantenerse en esos remotos lugares. Y es que lo que encontraron fue todo, menos una experiencia regida por las propiedades y expectativas de algún viaje de placer o descanso.³¹

Leo Oliva ha comentado que la presencia de escoltas o militarización del Camino a Santa Fe en realidad fue una singularidad más que un proyecto sostenible por parte de Estados Unidos, y por supuesto para el mexicano. Wyman insiste en la falta de protección que llevaban consigo las carretas de provisiones ni tampoco el armamento insuficiente para la autodefensa, ni mucho menos escoltas que los resguardaran. Esto, junto a la inexperiencia de los operarios de las carretas convirtió para muchos la ruta del Arkansas en una pesadilla. En los casos de aquellas partidas que contaban con protección o cuerpos armados profesionales, como la del Coronel Price, quien salió del fuerte Leavenworth a finales de Julio, para dar una “paliza” a los indios, la tendencia fue que estas llegaban a su destino sin otros problemas que los impuestos por la madre naturaleza.³² Esta realidad, junto con la prolongación de la guerra provocó que la euforia inicial por participar en el conflicto fuera perdiendo fuerza en la medida en que la opinión pública tenía conocimiento de los desenfrenos, crueldades y sufrimientos de soldados y voluntarios. Wyman asegura que “the romance of the war being over, most of them [los voluntarios de guerra] refused to serve again”.³³

Como hemos señalado, la identidad de los atacantes ha quedado en el misterio, en parte por la naturaleza propia de las fuentes. Las notas periodísticas tienen el problema de la costumbre por repetir las noticias de otras editoriales sin hacer depuraciones a las mismas. Los reportes de los oficiales y agentes indios, como veremos al final de este apartado, son

³¹ Otros autores no compartían el mismo optimismo acerca de la panacea del lejano oeste. Autores como Zebulon Pike y Stephen H. Long, contribuyeron a la propagación del concepto *frontera india permanente* como herramienta de propaganda para alimentar la idea de que el territorio al oeste del estado de Misuri o del meridiano 95, era un desierto infértil, no apto para la colonización. Es probable que esa propaganda buscara ahuyentar a potenciales comerciantes, agricultores, especuladores de tierra y busca tesoros, competidores en los caminos del oeste, mientras compañías con mayor arraigo en la región hacían uso de diferentes tácticas y artimañas para remover a poblaciones enteras una vez sobornado a los miembros principales, en Billington, Ray Allen y James Blaine Hedges, *Westward Expansion, A History of the American Frontier*, New York, The McMillan Company, 1949, p. 469-70.

³² Walker D. Wyman, “The Military Phase of Santa Fe Freighting, 1846-1865”, *Kansas Historical Quarterly*, vol. 1, no. 5, en <https://www.kshs.org/p/the-military-phase-of-santa-fe-freighting-1846-1865/12563> [consultado 7 de abril 2020] p. 418.

³³ Wyman, “The Military Phase”, p. 419.

contradictorios entre si debido a que ambas partes intentaron salvar su prestigio. Y los diarios de viaje, son de igual forma vagos en cuanto a la descripción de la identidad de los agresores. Por último y no menos importante, prácticamente no existen testimonios de indios independientes al respecto, aunque sí un caso que apunta de forma contundente a que el arresto de uno era parte de la búsqueda de un chivo expiatorio. Al respecto, creemos que algunos casos son de esta categoría lo cual no significa que se desestime la irritación de los indios por los altos índices de migración y lo atractivo que resultaban las escaramuzas hacia caravanas mal escoltadas o sin guarción.

De hecho, el gobierno norteamericano no tenía muy claro quien debía hacerse cargo de la investigación de los casos y quién debía actuar para capturar a los agresores. Ejemplo de la confusión puede verse en las palabras del Comisionado Medill, quien disculpaba al resto de las tribus que habitaban al norte del Arkansas, y remarcaba que los indios pawnee eran responsables de buena parte de los ataques de 1846-47. En el reporte anual de 1847, el comisionado comentaba que indios de diferente procedencia étnica habían sido sorprendidos en posesión de la propiedad robada, pero que estos alegaban su inocencia pues habían conseguido las cosas por transacciones comerciales. El comisionado no podía dar mas vueltas al asunto ya que los indios accedieron a regresar el botín.³⁴

En resumen, los años de 1846-1848 fueron testigos del inicio de un proceso transformador experimentado por cada uno de los individuos en la jerarquía socioeconomica de las distintas unidades políticas del *septentrión central*. El caso de las inmediaciones del fuerte Laramie nos permiten detectar ciertas semejanzas de los problemas sucitados por la migración masiva y el intento del establecimiento del orden americano. El fuerte recibió la visita de Stephen Kearny, con el encargo de llevar a cabo una campaña de expedición a lo largo de los caminos a Oregon y Santa Fe. La misión tenía dos objetivos: proteger a los viajeros de posibles ataques y conocer las condiciones sociales de los indios al tiempo de impresionarles con el arsenal norteamericano consistente en 250 dragones, dos obuses de montaña y 17 vagones o carretas.³⁵ En las reuniones que Kearny mantuvo con los Teton Sioux, el oficial se mostró consistente con el hecho de que en caso de un mal comportamiento

³⁴ Wyman, "The Military Phase", p. 420.

³⁵ Anderson, "Illusions of Independence", pp. 209-210.

u agravios contra los viajeros estadounidenses y sus propiedades, el ejército actuaría en consecuencia.³⁶

Anderson comenta que, “despite the feelings of goodwill Kearny and Bull Tail [el líder Sioux] expressed at the council, relations between the sioux and the emigrants soon began noticeably to deteriorate.”³⁷ Por supuesto que ese cambio de actitud en la aceptación de los indios con respecto a la presencia de los migrantes tenía que ver con la gran cantidad de migrantes, pero primordialmente con la intención colonizadora o espíritu misionero de los migrantes, quienes iban a probar su suerte pero a la vez a establecer sus valores culturales, a diferencia de los cazadores híbridos que buscaban principalmente las utilidades económicas sin alterar las jerarquías sociales existentes, a las que no tuvieron problemas para adaptarse. Al igual que el caso de la compañía de Charles Bent, la compra del Fuerte Laramie por las autoridades norteamericanas supuso un descalabro para los comerciantes independientes.³⁸

En el caso de la Bent, St. Vrain & Co., la guerra, como comenta Michael Beyreis, parecía dar frutos a los años de trabajo de parte de los empresarios quienes, a pesar de que al principio su actitud era vacilante con respecto al avance formal de los órganos de gobierno y migración norteamericana hacia su área de influencia, parecían abrazar la idea de la conquista militar hacia mediados de la década de los cuarenta. El mismo Charles Bent, no se mostraba optimista con la elección de James K. Polk, un declarado expansionista, pues pensaba que la figura del nuevo presidente y su impulso por la guerra causarían más conflictos que ganancias. Por supuesto, Bent fue el menos beneficiado de este proceso al perder la vida en 1847. De forma paradójica, la movilización del ejército de Polk que buscaba la extensión de la protección a los negocios de los ciudadanos americanos supuso, a mediano plazo, la desintegración de la firma.³⁹

³⁶ Anderson “Illusions of Independence”, pp. 211-212. Hay que señalar que la ausencia de centros políticos hispanos importantes en el Oregon Trail, favoreció el grado de autonomía de los traficantes de pieles e indios. El éxito de John Jacob Astor y el proyecto de Astoria, establecida en 1811, fueron algunos de los estimulantes de los colonos. No hay que reparar demasiado en aceptar, que la ausencia de un baluarte hispano en el northwest favoreció la migración masiva mucho antes de 1846. Nuevo Mexico y California tuvieron que ser conquistados para emprender una migración similar.

³⁷ Anderson, “Illusions of Independence”, p. 212.

³⁸ La Guerra México-Estados Unidos perjudicó el grado de independencia con la que operaba la compañía de Charles Bent, que tras su muerte entró en banca rota hasta su completo cierre años después. Véase, Beyreis, “Business in the Borderlands”, pp. 371-406.

³⁹ Beyreis, “Business in the Borderlands”, pp. 301-304.

Los años que duró el conflicto entre México y Estados Unidos estuvieron marcados por las tendencias climatológicas de mediados de siglo. La década de los cuarenta fue especialmente seca, dentro del siglo mas seco en mil años. De 1820 a 1821, en el actual territorio estadounidense, se presentaron tres de los años con mayor grado de sequía en el milenio, y los treinta años que van de 1815 a 1844 constituyeron el periodo de sequía mas severo contabilizado entre los años 993 a 2004 d.C.⁴⁰ Esta característica tuvo que impactar de tal manera la vida de los habitantes de las planicies y en particular del *septentrion*, que tanto la salida de John Jacob Astor del negocio de pieles en 1830, como las alianzas de la comanchería con los cheyenes y apaches hacia la decada de los cuarenta, pueden ser entendidas como reacciones a los estragos que causaron los intensos y prolongados lapsos de sequía.⁴¹ Hacia 1840, el Bolsón de Mapimí se abrió de forma franca para las incursiones comanches, luego de que los años de enemistad con apaches lipanes y mescaleros, comenzara una etapa de tregua.⁴² Por alguna razon, las bandas comanches, al igual que los cazadores híbridos al norte del Arkansas, habían percibido el beneficio de obtener el botín por su cuenta y no por medio de intermediarios, y con los buenos términos alcanzados con los apaches, podían concentrar sus energías en incursionar con mayor intensidad y a cada vez mas hacia el sur.

Las condiciones climátológicas en las planicies impedían las campañas con gran número de gerreros y de recorridos prolongados. La experiencia del contrataque sufrido en 1840, luego del *Great Comanche Raid*, cuando emprendían su retorno hacia la comanchería y derrotados por las fuerzas texanas, son un ejemplo claro de lo peligrosas que podrían resultar movilizaciones de ese tipo al norte del río Grande. El mismo Stephen W. Kearny, tenía conocimiento de ello, por lo cual, la estrategia de conquista de Nuevo México, estuvo fuertemente influenciada por los retos del entorno imponía a la logística del avance de las

⁴⁰ Puede verse la discusión al respecto en Stambaugh, Michael C., Richard P. Guyettea, Erin R. McMurrya, Edward R. Cookb, David M. Mekoc, Anthony R. Lupod., “Drought duration and frequency in the U.S. Corn Belt during the last millennium, (AD 992–2004)”, *Agricultural and Forest Meteorology*, vol. 151, 2011, pp. 158-160.

⁴¹ John Jacob Astor dejaría el negocio de las pieles por la compra-venta de tierras en Manhattan a inicios de los años treinta. Existe un debate interesante sobre la causa aludida por el magnate, basada en la disminución de los animales adecuados para el negocio. El resto de las firmas se mantuvo en operaciones por varias decadas por lo que la estimación de las ganancias junto con la cantidad de animales recolectados puede arrojar luz a la incógnita. Sin embargo, la venta de alcohol y otros productos después de 1830, parecen ser la verdadera fuente de ganancia de esas compañías.

⁴² DeLay, *War of a Thousand*, pp. 270-71

tropas del Ejército del Oeste, obligando el avance de las mismas en destacamentos pequeños y con intervalos de tiempo pensados en la recuperación de pastizales para los bueyes, mulas y caballos. El norte de México, presentaba entonces un entorno mas favorable para las grandes expediciones.⁴³

DeLay comenta que el conflicto internacional supuso un cambio en la candelarización de las actividades de los individuos comanche acotadas por las estaciones del año. La tendencia consistía en una temporada de caza y ceremonias de congregación en verano en las inmediaciones de la comanchería, lo cual dejaba la temporada otoño-invierno libre para emprender las incursiones hacia México. Sin embargo, el aparente desequilibrio provocado por la ausencia de intercambio comercial en 1846 con traficantes del Camino a Santa Fe y las nuevas oportunidades ofrecidas por la guerra internacional, motivó que las diferentes bandas comanche promovieran la celebración de una feria comercial en Great Salt Plains (36°44'34.34"N 98°11'18.31"W) con Osages, Creeks, Delawares, Cherokees, Shawnees y Seminoles. Presionados por conseguir mercancías para intercambiar al noreste de la comanchería, los guerreros comanches se internaron en México mes con mes, desde Agosto de 1846 a Enero de 1847. Los cálculos de DeLay guardan estrecha relación con el avance de las tropas de Kearny, quienes inundaron el Camino a Santa Fe de Mayo a Agosto de 1846.⁴⁴ En otras palabras, los indios tenían conocimiento de este avance desde tiempo atrás y sabían que enfrancarse en una guerra franca y directa con los americanos, traería consecuencias negativas, por lo voltear la mirada hacia el sur del río Grande, disminuía la probabilidad de que la comanchería se convirtiera en una zona de conflicto generalizado.

Los sueños de independencia perdidos, clama el historiador Kurt Anderson, luego de que la producción de bienes estuviera mas que influenciada por el comercio exterior entre las bandas de Teton Sioux. Un comercio conectado a las redes transoceánicas de los "american fur traders", que volcó a los indios hacia la dependencia del consumo de productos norteamericanos, mermando su independencia política y económica. Para el caso comanche

⁴³ DeLay, *War of a Thousand*, pp. 126-27.

⁴⁴ DeLay, *War of a Thousand*, p. 272. DeLay enfatiza que la ocupación americana del norte de México, originó movimientos guerrilleros, por lo que el ejército comenzó a desamar pueblos y villas, acción que dejaba en una condición de mayor vulnerabilidad a los mexicanos en tierras predilectas para el pillaje de los indios, DeLay, *War of a Thousand*, p. 279-280. También puede verse La Vere, David, *Contrary Neighbors. Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000, pp. 117-18.

y el septentrion central ocurre algo semejante en cuanto a las nuevas condiciones del comercio, pero debemos recalcar que los actos directos del trueque interétnico no habían cambiado en su esencia, e incluso continuaron vigentes hasta años posteriores a la Guerra Civil. En el septentrión central, nuevomexicanos, comancheros, ciboleros, comanches, cheyenes, arapahos, yutas, e *indios europeos*, constituían una jerarquía social en sí misma, y que a pesar de no constituir o regirse por elementos políticos que los convirtieran en una nación, confederación o imperio, legitimaron elementos mercantiles y culturales comunes. Cuando la migración procedente del este se intensificó, volviéndose masiva y de carácter locatario, estas unidades políticas y económicas independientes pero dependientes en cuanto a la producción de bienes, reaccionaron de forma diferente al cambio que implicaba la conquista del ejercito norteamericano.⁴⁵

Es mas, dentro de las mismas unidades politicas o grupos étnicos, los individuos respondieron de formas diversas al nuevo orden que buscaba imperar. La persistencia del actuar de los comancheros, el comercio informal, los cautivos, la esclavitud, con los que los comanches estaban relacionados, dan cuenta de la fuerza con la que numerosos individuos continuaban priorizando y defendiendo la antigua jerarquía social. Esta, comenzó a desvirtuarse con la derrota de los ultimos comanches independientes hacia el último cuarto de siglo, pero había comenzado su crisis con la Guerra México-Estados Unidos. David Beyreis no comparte la posibilidad de la existencia de un cuerpo social común, pero sí señala que las zonas fronterizas “...are places of both violence and accommodation, as well as zones of interaction where people consistently utilize the border to benefit their own interests either by calling upon national power or ignoring it as the situation dictates”.⁴⁶ Esta

⁴⁵ El experimentado mercante Thomas Fitzpatrick, nombrado agente por el Bureau of Indian Affairs, comentaba que el problema de que los indios intercambiaran sus bienes, que no representaban mayor industria, por los artículos de los comerciantes blancos, originaría una descompensación perjudicial para los indios, pues lo que llegaba no era conocimiento, industria o capital activo que se empleara en sus propias comunidades. Si seguimos las observaciones de Fitzpatrick, podemos matizar nuestro argumento, y afirmar que la independencia economica de la que habla Anderson, era real en terminos de análisis económico más no histórico-social. En otras palabras, la jerarquía socioeconómica del septentrión era inviable por su incapacidad de generar capital activo dentro de comunidades clave, como las rancherías comanches, independientemente de que en la esfera de las relaciones interpersonales entre paraibos y mercaderes, la capacidad y libertad de desición se mantuvieran fuertes.

⁴⁶ Beyreis, “Business in the Borderlands”, p. 1. Si bien algunos historiadores han visto el fenómeno de los hombres de negocios como el ejemplo de la dominación americana por excelencia, así como F. J. Turner los entiende como los agentes del triunfo norteamericano en espacio primitivo y salvaje, para dar paso a la sociedad compleja, establecida en su totalidad, según el mismo Turner, hasta finales del siglo XIX, Beyreis recalca que

conceptualización tiene soporte empírico en los casos de solicitud de apoyo a los gobiernos mexicano o norteamericano y la firma de tratados en el que los indios asumían la pertenencia al Estado-nación en turno, o la doble identidad desarrollada por firmas como la Bent-St. Vrain, que acataba las disposiciones de las metrópolis cada que le beneficiaban, así como la solicitud de asistencia en seguridad en los trayectos de sus empleados.

Entonces el *septentrión central*, se presenta como un espacio donde la base de las operaciones de la firma de Charles Bent, se apoyaba más en la existencia de relaciones políticas menos complejas que en la llamada naturaleza aislada del mismo. Gracias a la diversificación de las actividades económicas llevadas a cabo por la firma, que incluían el comercio de pieles, licor, la caza, la venta de productos occidentales a los indios y la adquisición de tierras en Nuevo México, la firma pudo blindarse de los estragos de los decrecimientos en los rendimientos de alguna de ellas. El comercio de Santa Fe, era redituable en la medida que existiera esta diversificación pues el riesgo de inversión era cada vez mayor en la medida en que el número de competidores por los recursos y las transacciones comerciales crecía.⁴⁷

En esas condiciones, las firmas, como Bent-St. Vrain, experimentaron junto con las naciones indias y empresarios nuevomexicanos, su propia carrera o competencia contra sus análogos. Así como la actitud de los indios hacia otras tribus variaba en tiempo y espacio, los traficantes buscaron a toda costa el mayor rendimiento de sus actividades por medio de la diversificación de las mismas, y ante lo que no estaban exentos de actuar en miras a la monopolización de la actividad económica que desempeñaran. Al respecto, David Beyreis comenta que “the partners [los hermanos Bent y Ceran St. Vrain]...tread lightly in local Native American politics simultaneously allowing them to circumvent national trade laws in order to stymie rival white traders”.⁴⁸ Es decir, que la informalidad de las actividades comerciales actuaban a favor de este tipo de comerciantes, cuyas operaciones eran más complejas que los traficantes pioneros, con presencia en las planicies mucho antes de la

en estos primeros años de contacto entre traficantes e indios, los primeros se adaptaron a las formas políticas y económicas previamente existentes.

⁴⁷ El éxito de las firmas fue precisamente la capacidad de adaptación y la voluntad de diversificación de sus actividades, así como la constante búsqueda de la ampliación de la presencia de sus negocios en otros continentes. John Jacob Astor y Charles Bent, tienen en común lo antes mencionado. No podemos estar seguros si, Astor apoyaba la expansión norteamericana formal en el oeste.

⁴⁸ Beyreis, “Business in the Borderlands”, p. 2.

apertura oficial del Camino a Santa Fe en 1821.⁴⁹ La ampliación de la jurisdicción de los órganos del gobierno norteamericano implicaba una competencia directa en menoscabo del éxito de las firmas privadas, y más cuando los oficiales hacían cumplir la ley.⁵⁰ De la misma forma, las autoridades mexicanas tuvieron la intención de llevar a cabo acciones semejantes desde décadas atrás, pero el vasto territorio y las estructuras sociales del amplio norte lejano, ocasionaron que incluso aquellos funcionarios decentes, sucumbieran en su misión.

El grado de influencia que los comerciantes nortamericanos pudieran tener hacia las agendas seguidas por los indios independientes, ha sido ampliamente discutida.⁵¹ Trennert es un ejemplo de la historiografía que otorga un papel preponderante a los comerciantes, quienes principalmente, por medio del licor, habrían ejercido una presión crucial en las decisiones de los líderes indios a lo largo de las planicies. Cuando el Comisionado William Medill hizo efectivas sus recomendaciones para la prohibición del alcohol y la reforma al pago de las anualidades para entregarse nuevamente a los jefes de familia en lugar de a los líderes de cada tribu, las firmas reaccionaron de forma abierta y airada. Medill consideraba que los indios perdían autonomía y dignidad en la medida en que estuvieran sujetos al crédito y los programas de los comerciantes privados.⁵² En cambio, Beyreis afirma que para el caso de las inmediaciones del fuerte Bent (N 38.04028 W 103.42972) las relaciones intertribales no tenían su fuente en la capacidad conciliadora o incendiaria de los actores occidentales. Esto es, que la capacidad de influencia de la firma u otros comerciantes era superficial y que las

⁴⁹ Los miembros de las firmas comerciales tuvieron que integrarse a ciertas patrones culturales del *septentrion*, y hacer frente a la competencia de otras firmas con prácticas que solo son entendidas en base al deseo de acaparamiento de los beneficios económicos. Así, las intrigas, envidias y juegos de intereses formaban lo cotidiano en las dos décadas precedentes a 1846. En este sentido, Bent-St. Vrain, no tuvo reparo en utilizar la violencia como medio para dejar fuera de escena a firmas comerciales rivales, Beyreis, "Business in the Borderlands", 145-65.

⁵⁰ Las firmas aglutinaron un importante poder para influir en Washington y obligar el cese de agentes indios indeseables entre los traficantes. De igual forma, el Superintendente Harvey en San Luis Misuri, era frecuentemente presionado para claudicar en su intento por perseguir a los transgresores de las leyes contra la venta de alcohol en el Indian Country y las zonas fronterizas, Trennert, "William Medill's War", pp. 51-52

⁵¹ Hay que recordar que el término "indios independientes" ha sido utilizado por la historiografía reciente para diferenciar a los indios nómadas, cazadores y pastores, como los comanches, apaches o kiowas en contraposición con los indios "civilizados" como los cherokees, delawareos o chikasaw, quienes ya vivían en reservaciones federales. También debe diferenciarse a los indios independientes de los indios habitantes de los pueblos nuevomexicanos.

⁵² Trennert, Jr., Robert A. "William Medill's War with the Indian Traders, 1847", *Ohio History Journal*, Ohio History Connection, vol. 82, 1978, pp. 51-52.

tribus tenían razones para hacer la guerra o mantener la paz que no tenían nada que ver con las sugerencias que pudieran proveer los traficantes euroamericanos.⁵³

El rubro en el que los traficantes y firmas eran esenciales para los indios era la comodidad que ofrecían para el aprovisionamiento de mercancías como armas de fuego, utensilios caseros, y otras tecnologías que no se producían en las comunidades indias, además del polémico caso del alcoholismo entre las diferentes tribus.⁵⁴ En cambio, ninguno de ellos, incluso los nuevomexicanos y pueblos indio, gozaban de una autosuficiencia alimenticia aunque si una independencia económica, en el sentido de que podían dirigir sus proyectos o alianzas en base a la búsqueda de excedentes materiales, lo cual acentuaba las jerarquías existentes. En ese sentido, cada grupo tenía que buscar la mejor alianza o enlaces, que provocaba al mismo tiempo enemistad con otros grupos. En este orden de cosas, algunos comerciantes estuvieron mas cómodos con la intermitente presencia del ejército y agentes indios a lo largo del Arkansas que otros. Por ejemplo, el veterano general John Gantt, representaba la parte mas cercana hacia la formalización de las actividades comerciales por medio de la intervención del gobierno mexicano o americano, y los socios de Bent-St. Vrain, la actitud contraria. William Bent utilizó la táctica del amedrentamiento y luego la violencia franca en contra de de indios Shoshones, socios de Gantt, cuando en 1834 mandó a sus hombres a atacar el campamento que se encontraba en las inmediaciones del puesto del comerciante rival.⁵⁵

Hay que señalar, de manera breve, la estructura de los organos del gobierno norteamericano que tuvieron fricción directa con los indios. Por un lado, estaba el ejército que estaba compuesto por soldados regulares y voluntarios recién reclutados. Estos estaban al mando del general Stephen Watts Kearny, quien a su vez respondía a las ordenes del

⁵³ Beyreis, "Business in the Borderlands", p. 7.

⁵⁴ La presencia de comerciantes de whiskey en las tropas del ejército del oeste no deja de ser mencionada en las fuentes. Esto, al igual que los comentarios de Foster sobre el consumo de bebidas en las fiestas de media noche, puede indicar que los atacantes tenían conocimiento sobre el tipo de mercancías transportadas por las caravanas. Algunos de ellos pudieron tener como objetivo primario las bebidas embriagantes. Para los traficantes entre las tropas americanas, Chalfant, William Y, *Dangerous Passage: The Santa Fe Trail and the Mexican War*, Norman, University of Oklahoma Press, 1994, p.33. Sobre las fiestas de media noche y la embriaguez, Foster, *Being Comanche*, pp. 24-26.

⁵⁵ Sobre las opiniones favorables de Gantt, referentes a su postura en favor de la regulación del comercio y el establecimiento de los poderes gubernamentales de las metrópolis en el septentrión Beyreis, *Business in the Borderlands*, pp. 82-83. Sobre la movilización violenta de los hombres de Bent contra el puesto comercial de Gantt véase Beyreis, "Business in the Borderlands", pp. 83-84.

Secretario de Guerra, William Learned Marcy. Los oficiales, coronel William Gilpin, coronel Alexander W. Doniphan, teniente John Love, entre otros, estaban subordinados a esta línea de autoridad. A su vez, el avance por las planicies ya fuera hacia Oregon, o Nuevo México, implicaba atravesar zonas dominadas por las diferentes tribus independientes. Por tal motivo, hacia finales de 1846 se solicitó la intervención del Bureau of Indian Affairs para la creación de una nueva división en la zona del Upper Platte y el río Arkansas, con el nombramiento del experimentado montañés, trampero, guía y traficante, de origen irlandés Thomas Fitzpatrick. Como el Bureau of Indian Affairs constituía un brazo del departamento de guerra, Fitzpatrick tenía ciertas atribuciones militares, pero no podía incidir directamente sobre los cuerpos armados mas que por solicitud a los oficiales del ejército.⁵⁶ Esta oficina estaba organizada en divisiones atendidas por agentes y subagentes, quienes respondían a un superintendente, en este caso Thomas H. Harvey con base en San Luis Misuri, a su vez, bajo las ordenes del comisionado William Medill. (ver cuadro 1.)

William Medill fue nombrado en octubre de 1845 al máximo cargo del Bureau of Indian Affairs, sin contar con experiencia previa en el trato directo con los indios. Las reformas de Medill estaban encaminadas a favorecer el establecimiento del Estado americano con el menor daño posible hacia las naciones indias. Su agenda pretendía una mayor eficiencia en el gasto y la capacidad de los empleados de la institución, en concreto los agentes, escoltas y demás acompañantes necesarios en la logística para trasladarse por los incómodos y complocados caminos de las zonas fronterizas. En cambio, la realidad social indicaba que su programa no sería facil de llevar a cabo, ya que las relaciones del gobierno norteamericano con los grupos indios, primero debían tomar en consideración los intereses y

⁵⁶ Existe un elemento estratégico compartido por un modo de pensamiento en las sociedades euroamericanas, referente a la manera de tratar a los indios independientes. Este es el que podríamos denominar *actitud ofensiva*, ya que pretendía actuar más allá de la protección y vigilancia de los caminos y fronteras, y emprender una guerra de escarmiento, sino aniquilación del enemigo. Para el caso de las Planicies, las condiciones geográficas impedían movilizaciones a gran escala. Es interesante, que indios y occidentales tuvieran conocimiento de ello, por lo que evitaron inmiscuirse en dichas empresas. Por ello, parece que esta tradición de actitud ofensiva era deseada en teoría pero imposible en la práctica hasta el último cuarto de siglo XIX, cuando los Estados-nación derrotaron los últimos bastiones de los indios independientes. De igual forma, las ocasiones en que se dio luz verde a la formación de los grupos armados cuya misión era castigar a los indios hostiles, como la United States Mounted Rangers en 1833 y el Indian Battalion en 1847, estuvieron precedidas de fuertes presiones sociales alimentadas por cirroto sensacionalismo de la prensa. Por último, la fuerte presencia del comercio informal tuvo que haber influido para lograr que esa actitud ofensiva solo quedara en el terreno de las intenciones, sin atestar golpes concretos a los indios. Oliva, *Soldiers*, p. 34; y Kenner, Charles L., *The Comanchero Trade: A History of New Mexican-Plains Indian Relations*, Norman, University of Oklahoma Press, 1994, pp. 78-97.

relaciones creadas por la presencia de las firmas comerciales y cazadoras de pieles. Los inconvenientes de los que dio cuenta el nuevo comisionado eran de tal grado que ponían de manifiesto “the grip private trading firms held on governmental policy relative to indian affairs”.⁵⁷

El punto débil del programa de Medill radicaba en asumir que Estados Unidos ejercía hegemonía en los diferentes puntos de las zonas fronterizas en donde había presencia notable de norteamericanos, y que de alguna forma el comercio informal cambiaría de rector, por lo que indios y cazadores híbridos, al ver que una autoridad competente hiciera frente a los fraudes, abusos y desenfrenos propios de las relaciones entre indios y blancos, terminarían aceptando la transición de poder. Funcionarios como Medill, pero también las autoridades en Washington, mostraron una desestimación para darse cuenta que las actividades y transacciones comerciales informales constituían desde la posición local, una forma de vida en sí. En palabras de Trennert “when the actual process of removal began in the mid 1830’s, Congress tried to establish permanent trade and intercourse regulations to protect the Indians from the evils of the white man’s world until the slow process of civilization was completed”.⁵⁸

La presión que las firmas ejercían en el Congreso para reemplazar a los agentes que sí llevaban a cabo las leyes que regulaban el comercio, son prueba de la doble lealtad que desarrollaban estos hombres de negocios.⁵⁹ Es posible suponer que la opinión pública no estuviera de acuerdo con que el gobierno en realidad estuviera patrocinando el negocio de

⁵⁷ Trennert, “Medill’s War”, p. 47. William Medill había sido nombrado por el presidente Polk luego de las recomendaciones de la facción opositora en Ohio. La elección de Medill respondía a una movida de contrapeso político por parte del presidente para calmar los ánimos y mostrar que la presidencia no guardaba ningún rencor contra la facción Van Buren, que se había mostrado crítica a las políticas monetarias de Polk.

⁵⁸ Trennert, “Medill’s War”, p. 48. En lo tocante al tráfico de alcohol como práctica de los comerciantes y cazadores de pieles en desobediencia a las disposiciones del Congreso en 1832, Jill E. Martin coincide en el fracaso de las autoridades para hacer efectiva las disposiciones de la ley, la cual prohibía explícitamente la venta de alcohol a los indios, ya fuera en las reservas o en territorios autónomos, Martin, Jill E., “The Greatest Evil” Interpretations Of Indian Prohibition Laws, 1832-1953”, *Great Plains Quarterly*, vol. 23, no. 1, 2003, p. 38. El Secretario de Guerra W. L. Marcy, en una circular del 12 de abril de 1847, recordaba a los agentes y sub agentes que las leyes sobre el comercio de licor de inicios de la década de los treinta seguían vigentes, W. L. Marcy, *Regulations*, pp. 33-35. Tanto Kavanagh como Hämäläinen, se basan en el reporte de José María Sanchez de 1828, para sostener que en el caso de la comanchería, el actuar de los *paraibos*, mantenía el consumo de alcohol bajo cierto control, por tanto los comanches habrían quedado exentos de los estragos causados por el “fire-water” que tanta demanda tuvo entre otros pueblos nativos, Hämäläinen, *The Comanche Empire*, p. 272; Kavanagh, *The Comanches*, p. 226.

⁵⁹ Trennert, “Medill’s War”, p. 51.

unos cuantos por medio de las subvenciones del gobierno entregadas a las tribus, quienes básicamente lo gastaban en la compra de licor a los comerciantes. Una ecuación paradójica; el gobierno patrocinando el éxito monopolizante de empresas privadas. Lo anterior ejemplifica un punto sustancial para nuestro análisis; que la conquista de Nuevo México y California no fue en absoluto pacífica, que el ejército norteamericano no era omnipotente, que el espíritu del *destino manifiesto* no era un consenso abrumador entre los norteamericanos, y que las grietas en la estrategia americana fueron puestas de manifiesto por el desafío que representaban tanto indios independientes como traficantes blancos autónomos.

Los encuentros violentos entre las caravanas y los indios tuvieron lugar a lo largo de 1846, pero no fue hasta principios de 1847 cuando se observó un cambio en la opinión general norteamericana con respecto a la seguridad en la frontera oeste, especialmente a lo largo del Arkansas. Durante 1846, el número de ataques, frecuencia y magnitud de los encuentros son relativamente menores en comparación con los años venideros. Un observador de la época atribuyó la aparente cautela de los indios durante la marcha del ejército debido a la artillería transportada en el avance principal de las tropas. Los indios de las planicies tenían conocimiento del poderío de este tipo de armas puesto que “a band of them, a few years ago, attacked a party of traders who, besides their rifles, were armed with a small two-powder cannon which was fired with terrible execution upon their assailants”.⁶⁰

Por lo tanto, la interpretación de los autores que se han dedicado a este tema específico, comparten ciertos puntos de vista. En primer lugar, indican que la superioridad de la artillería y el armamento de los cuerpos armados que transitaron la ruta entre 1846 y 1848, impactó en los indios de tal manera que, en un primer momento, fueron cautelosos en la elección de sus víctimas. De igual forma, los indios habrían realizado estas movilizaciones como respuesta a la irritación que causaba el paso del creciente tráfico norteamericano entre sus tradicionales campos de caza, de ahí que sus acciones hubieran sido respuestas parte de una estrategia de autodefensa. Por lo demás, entre la tendencia de los oficiales por salvar su reputación y dar vuelta a la página, minimizaron el fracaso de los intentos por reprimir a los

⁶⁰ Edwards, Frank S., *A Campaign in New Mexico with Colonel Doniphan*, Philadelphia, Carey and Hart, 1847. p. 33.

atacantes e interpretaron la disminución de los ataques en 1848 como consecuencia de los hurtos que los indios de las planicies habían obtenido a lo largo del periodo 1846-47. El agente Fitzpatrick comentó que la disminución de los encuentros violentos en el Camino a Santa Fe, finalizada la guerra con México, era consecuencia de que los trasngresores se encontraban por entonces enfocados en el disfrute de los dividendos de la prolífica etapa anterior.⁶¹

Hay parte de verdad en el último punto, ya que los robos y violencia registrada durante 1846 sugiere que estas movilizaciones no correspondían a esfuerzos por repeler el tráfico de caravanas o desafiar el expansionismo norteamericano, sino de aprovechar oportunidades propiciadas por la inexperiencia de los viajeros. A decir verdad, la frecuencia y magnitud de crueldad en los encuentros entre norteamericanos y asaltantes, desembocaron en enfrentamientos complejos en parte por la incorporación del Batallón Indio y la posible irritación por la construcción del fuerte Mann en los confines de la comanchería. En otras palabras, que las diferentes bandas comanches y kiowas no intentaron expulsar o interrumpir el tráfico general de los norteamericanos, ya fuese por las motivaciones económicas que implicaba la venta de caballos y otros animales en las ferias de verano con las tribus del noreste de la comanchería y porque las expediciones hacia México constituían un desgaste de energía y gran dosis de peligro como para causar mayor inestabilidad en el norte de sus fronteras.⁶²

Las dos figuras del gobierno americano que mayor interés mostraron en lograr el paso seguro en los caminos a Oregon y Santa Fe, fueron el ya mencionado comisionado William Medill y el agente Thomas Fitzpatrick. A diferencia del primero, el segundo tenía opiniones menos alentadoras sobre la posibilidad de tregua entre americanos e indios independientes y su actitud agresiva se debía al conocimiento de primera mano que tenía sobre las maneras de hacer la guerra entre los indios. Al contrario de Medill, Fitzpatrick no hizo demasiado hincapié en los intereses de los comerciantes no indios, desarrollados en la región. El agente

⁶¹ Trennert, Robert A., "Indian Policy on the Santa Fe Road: The Fitzpatrick Controversy of 1847-1848", *Kansas History*, vol. 1, invierno 1978, p. 252; Chalfant, *A Dangerous Passage*, p. 269.

⁶² A lo largo de la obra de Chalfant, puede notarse que a pesar de que inicialmente se creyó que los indios solo atacaron a caravanas sin guardia militar, en realidad los objetivos eran elegidos en base a la capacidad de respuesta que estos pudieran tener, por lo cual los ataques se dirigieron de forma indistinta hacia caravanas de civiles y militares, Chalfant, *A Dangerous Passage*, pp. 39-40.

se limitó a llevar a cabo un plan basado en la siguiente premisa, concerniente a la violencia entre indios y americanos en las planicies del sur: "...these tribes would never stop their depredations until the United States demonstrated its ability to punish 'some of the worst and most troublesome tribes'".⁶³

En ese sentido, existía una idea generalizada entre los norteamericanos de que algunos eventos ocurridos desde que el ejército de Kearny atravesó las planicies a mediados de 1846, como la revuelta de Taos, el éxito de las incursiones de navajos y apaches a las poblaciones nuevomexicanas, así como las supuestas confabulaciones de algunos mexicanos para incitar a los indios a atacar a los americanos, provocaban un efecto motivador a los indios de las planicies, en especial comanches, kiowas y pawnees, quienes no tenían pánico alguno para atacar a las caravanas con o sin escolta.⁶⁴ Por lo tanto, el agente pensaba que los indios solo dejarían de atacar a los viajeros por medio de un golpe contundente, una demostración de potencia tal, que el mensaje quedaría grabado en la memoria por generaciones de indios, quienes se la pensarían dos veces antes de asestar golpes que transgredieran las normas del nuevo orden americano.⁶⁵

El golpe militar tenía que estar acompañado de la construcción de fuertes a lo largo del Camino a Santa Fe. Este plan, ante los ojos de la opinión pública parecía coherente, sobre todo en lo tocante a la permanencia de las escoltas a lo largo de la ruta. El sistema de fuertes nunca se concretó, a excepción de la construcción del fuerte Mann (37.7744°N 100.1640°W), que tuvo una existencia intermitente y sin gloria. Pero en caso de que los altos mandos le hubieran tomado la palabra a Fitzpatrick, el plan de fuertes tenía un punto débil crucial; el

⁶³ Trennert, "Indian Policy", pp. 243-45. La cita textual es de la página 245.

⁶⁴ Es claro que no existía un plan inequívoco u estrategia indicada para llevar a cabo el proceso de expansión de el Estado norteamericano. El ejemplo de lo discordantes que pueden ser los programas de William Medill y Thomas Fitzpatrick dan cuenta de la divergencia entre premisas sobre como prevenir la violencia entre los diferentes grupos étnicos. Las reacciones de los indios también difieren de acuerdo al grupo, al lugar y al momento de tomar acción. Con base a una corriente o inclinación de los hombres encargados de asuntos públicos por parte de Estados Unidos, la idea de igualdad ante la ley, así como la búsqueda de la felicidad, no significaban precisamente que la gente de diferente procedencia étnica y/o racial, pudieran, en algún momento vivir en un estado de cooperación cordial. Incluso podríamos decir que tal posibilidad era poco probable, sino indeseable entre los espíritus más progresistas de la sociedad americana. Teniendo esto presente, la actitud que guía el plan de Fitzpatrick cobra sentido, ya que por un lado, dada su experiencia como hombre de viajes y negocios en el oeste, comprendía que ambas culturas eran irreconciliables. Por tal motivo, el agente tiene en mente que los indios podrían civilizarse en la medida en que perdieran por completo la condición cultural presente en el momento.

⁶⁵ Trennert, "Indian Policy", p. 245.

agente tenía una confianza ciega en los operarios de la cadena de fuertes proyectada y sus reportes oficiales no dicen nada sobre bajo qué mecanismos se vigilaría a los operarios de los fuertes.⁶⁶

Las fuentes y la historiografía no han podido llegar a un consenso sobre los encuentros violentos en el Camino a Santa Fe durante los años de la Guerra México-Estados Unidos.⁶⁷ Los reportes de Fitzpatrick, así como los de Gillpin son contradictorios entre sí, en parte porque las fuentes prestaron poca atención a la hora de esclarecer el etnónimo de los atacantes y dar otras pistas para identificar la identidad de los agresores. Gillpin reporta, por ejemplo, que para 1847 al menos 47 americanos perecieron por escaramuzas a las caravanas, pero Fitzpatrick no contabiliza más de 27.⁶⁸ De igual forma, se rumoró sobre la presencia de mexicanos renegados en los enfrentamientos, o que las autoridades mexicanas impulsaban a las bandas comanches a hacer la guerra a los americanos.⁶⁹ Pero, como comenta Kavanagh, “although the reports blamed only Comanches, Arapahos, and Pawnees, the basis for those identifications are unknown, and it is probable that others were also involved...”, a lo que posteriormente afirma que “The specific Comanches are also unknown; with the exception of one case..., no individuals were named”. Kavanagh recoge la información que algunos indios arapahos le dieron en su momento a Fitzpatrick, según la cual, los ataques a lo largo del Camino a Santa Fe habían sido realizados exclusivamente por dos bandas comanches, pero sin mayores detalles.⁷⁰ Tal afirmación refuerza la idea de que el conjunto de las bandas comanche, y sus aliados kiowa, no dirigían sus esfuerzos hacia este punto de sus fronteras, ni intentaban repeler a los americanos, por lo que la violencia desarrollada en estas latitudes

⁶⁶ Trennert, “Indian Policy”, p. 245.

⁶⁷ En la primera mitad del siglo XX, el mito de la conquista de Nuevo México sin efectuar un solo disparo era cuestionado en la medida en que presentaba los problemas enfrentados por el Ejército del Oeste como una muestra más de la odisea americana. La Guerra México-Estados Unidos, goza de un papel secundario entre los estudios sobre los conflictos internacionales de aquel país, y el avance de las tropas americanas por las planicies del sur no son de especial interés entre las narrativas. La literatura sobre el Camino a Santa Fe también es extensa, pero solo se encuentran trabajos esporádicos que abarquen la década de los cuarenta y la violencia interétnica que afectó a los viajeros.

⁶⁸ Kavanagh, *The Comanches*, pp. 317-18.

⁶⁹ Kavanagh, *The Comanches*, p. 507. La prensa también hacía menciones constantes del rumor de que el gobierno mexicano incitaba a los comanches a amedrentar y menoscabar el avance norteamericano por el Camino a Santa Fe, Wyman, “The Military Phase”, p. 420.

⁷⁰ Kavanagh, *The Comanches*, p. 317. De igual forma, el reporte no especifica que bandas comanche estuvieron involucradas.

obedecía a movilizaciones excepcionales con respecto a la estrategia general de la comunidad.⁷¹

Por otro lado, el señalamiento contra los pawnee se popularizó hacia 1846 en parte por haber sido removidos hacia ubicaciones al norte de la comanchería, justo en la zona que atravesaban los caminos hacia Oregon y Santa Fe procedentes del fuerte Leavenworth, igualmente por la presión de los sioux y la propia inacción del gobierno estadounidense para hacer efectivas políticas de protección y mediación entre los conflictos interétnicos. Junto al incremento de flujos migratorios estadounidenses hacia Oregon a partir de inicios de la década de 1840, la afluencia de tropas, voluntarios y comerciantes que el conflicto internacional entre México y Estados Unidos hacía lo propio en dirección a California y Nuevo México. En ambos casos, las caravanas y migrantes norteamericanos comenzaron a tener problemas en su paso por ambas rutas.

No es de extrañar que los viajeros describiesen la mayoría de los ataques a las caravanas como movimientos bien organizados y con capacidad armamentística considerable. Pero la duda surge, si tomamos en consideración que en el caso de los pawnee, estos atravesaban una crisis y debilitamiento, producto de los ataques infringidos por los sioux, situación que lleva a pensar que los primeros estuvieran en condiciones óptimas para emprender ataques, como algunas fuentes lo aseguran, de hasta 200 hombres. Adicionalmente, el gobierno norteamericano se había negado de forma reiterada a otorgarles armamento y municiones para defensa propia. Ambos factores llevan a sospechar sobre la capacidad de las bandas de guerreros pawnee para realizar ataques tan efectivos a las caravanas estadounidenses.⁷²

⁷¹ Kavanagh, cuya obra abarca un periodo mayor, con tópicos más generales, contabiliza cerca de 20 ataques o encuentros violentos entre indios y norteamericanos durante 1847. Por otro lado, la obra de Chalfant es rica en detalle y cubre los años del conflicto internacional, por lo que la cifra de los problemas en el Camino a Santa Fe aumenta considerablemente. Sin embargo, los encuentros estuvieron dirigidos a obtener botín y no a masacrar de forma generalizada a los viajeros; aunque sí tuvieron lugar algunos ataques donde se observa que la intención principal era obtener el scalpe de hombres muertos o heridos, sin que los indios prestaran atención a la caballería, los bueyes o la mercancía de los vagones. Kavanagh, *The Comanches*, p. 318; para las cifras de Chalfant, veanse los cuadros 2, 3 y 4.

⁷² Chalfant, *A Dangerous Passage*, pp. 23-25; Hyde, George E., *The Pawnee Indians*, Norman, University of Oklahoma Press, 1974, pp. 223-224. En esta etapa, los pawnee parecen hacer frente a una serie de constantes enemistades. La Vere, indica que los comanches planeaban la creación de una confederación con otras tribus para atacar a los pawnee, La Vere, *Contrary Neighbors*, pp. 102-103.

De cualquier forma, hay que puntualizar el hecho de que buena parte de las fuentes que daban a conocer los eventos pertenecieron cuando menos al terreno de la especulación y las descripciones simplistas en su elemento distintivo. En ellos, se pasó por alto el reparo y escrutinio, y combinado con la falta de investigación de las autoridades norteamericanas la culpabilidad de comanches, kiowas y arapahos como los verdaderos responsables de los robos y asesinatos se estableció de facto. En efecto, el nulo seguimiento de los casos por parte de los órganos gubernamentales estadounidenses, así como la indiferencia mostrada en los reportes finales del Secretario de Guerra y de otros mandos del ejército con respecto del tema muestran que la figura de los indios como responsables era útil en tiempos de guerra. Los oficiales no tardaron en subirse al barco triunfalista y dibujar un escenario en el que el espíritu americano había vencido todas las dificultades del salvaje territorio conquistado. La fiebre del oro de California y el relativo ánimo triunfalista de la opinión pública opacó los aspectos escabrosos de la guerra e impidió un escrutinio posterior de los casos puntuales.

Para el año de 1846, en comparación con el siguiente, se registraron menor cantidad de ataques y menor pérdidas materiales. El número de muertes por las embestidas no supera la decena y son 17 los ataques documentados. Podemos indagar en las razones para ello. En primer lugar, a pesar de la inexperiencia de muchos reclutas y escoltas que acompañaron a las caravanas, el avance del grueso del ejército en la segunda mitad de 1846, proporcionó cierta seguridad y cautela entre los indios de las Planicies. De hecho, la mayoría de los ataques estuvieron dirigidos a caravanas de comerciantes y las escaramuzas contra vagones del ejército o fuertemente acompañadas por soldados constituyen un porcentaje menor. Como se ha dicho, los cheyenes se encontraban en buenas relaciones con Bent-St. Vrain por lo que podemos creer que respetarían el paso de los americanos. Los comanches y kiowas habían emprendido una nueva temporada de incursiones sobre el Norte de México y el tratado con el gobierno norteamericano a principios de año, a pesar de no ratificarse, era un indicativo de que el avance de la migración de colonos anglos estaría acompañada del poder militar. El número de ataques y su naturaleza no sugieren que estos sean parte de un plan de repulsión

al avance americano o respuestas esporádicas motivadas por el supuesto fastidio de los indios ante el fenómeno presentado por el conflicto internacional.⁷³

Por otro lado, en las notas periodísticas se relataba la posible alianza comanche-mexicana, así como la actitud hostil de diferentes indios de las planicies hacia el avance del ejército y las caravanas en general. Según los informes, además de la amedrentación, el acoso nocturno, la multiplicación de los escalpes y la matanza del ganado, los indios utilizaban hordas de búfalo como carnada para distraer y dividir a las tropas americanas, y así facilitar los ataques a las carretas.⁷⁴ Es comprensible que los diarios buscaran ofrecer una idea que reforzara la iniciativa de la militarización de la ruta junto con la creación de fuertes a lo largo de ella y evitaba incluir en la misma nota los estragos sufridos por las poblaciones del norte de México, precisamente por los comanches y kiowas, quienes supuestamente tenían conexiones con los mexicanos. La prensa sabía de las condiciones al sur del río Grande por lo que estas fueron utilizadas para justificar los intentos por reclamar territorio mas allá de Nuevo México y California, bajo el argumento de la incapacidad de México para otorgar seguridad a sus propios habitantes.

Ya que las indentidades de los atacantes siguen siendo tan difíciles de precisar, el problema ofrece la posibilidad de cuestionar la veracidad de los reportes, y en caso de aceptar su autenticidad, podemos problematizar las causas de dicha violencia. Al igual que Sara Orтели plantea la existencia de “enemigos internos” para los espacios de la Nueva Vizcaya hacia finales del siglo XVIII, creemos que es posible extender esa noción para el Camino a Santa Fe a mitad del XIX. Es decir, una especie de individuos confidentes de las sociedades del *septentrión*. Esto es posible, ya que los ataques no parecen esfuerzos sistemáticos ni lo suficientemente frecuentes como para pensar que son perpetuados bajo una misma lógica. Mas bien, las escaramuzas reflejan que los atacantes no contaban con la experiencia suficiente en el rubro o bien no eran ataques preparados sino al azar y sin demasiada organización. Estas son razones para sugerir la posibilidad de que la mayoría de los ataques

⁷³ Chalfant, *Dangerous Passage*, p. 21-47. En su momento Kavanagh, ubicó el ataque a una caravana de Bent-St. Vrain, el 28 de Mayo, donde murió un hombre, como el primer incidente registrado en el año, pero hemos visto que los encuentros hostiles venían ocurriendo desde principios de año.

⁷⁴ Wyman, “The Military Phase”, p. 421.

fueron no perpetuados por los mejores guerreros o bien que niquiera eran guerreros indios, sino infidentes, bandoleros o cazafortunas haciendose pasar por indios.

Así como es arriesgado afirmar la presencia de mexicanos junto a los grupos de indios que atacaban las caravanas o que los primeros incitaran a ciertas bandas de comanches a perjudicar el tránsito del Ejército del Oeste, tampoco es posible confirmar que renegados y bandidos de procedencia anglo estuviesen confabulados con estos grupos.⁷⁵ No obstante, ambos escenarios son posibles y ciertas fuentes lo comentan. Ejemplo de ello es que tras lo sucedido al anochecer del 20 de Julio de 1847, cuando un grupo de atacantes, aparentemente 50 comanches y respaldados por otros 400 que observaban a lo lejos, sorprendieron a unos 25 o 50 hombres del batallón a cargo del coronel Alton R. Easton.⁷⁶ Mientras vadeaban el río Arkansas en busca de leña para el campamento, los americanos fueron emboscados por los indios y dieron muerte a 8 de ellos, además de ejercer escalpe a 4. Uno de los heridos, Benjamin Frost, sufrió también el escalpe y, a pesar de sus heridas y de que no fue rescatado hasta la mañana siguiente, pudo sobrevivir. La historia tuvo que generar tal expectación que los diarios dieron seguimiento al testimonio posterior de Frost, quien clamaba venganza contra los indios, a pesar de que en un reporte del St. Louis Daily Republican, Frost había declarado que “he had been scalped by a white man”.⁷⁷

Se ha resaltado a lo largo del capítulo, que el recuento de los incidentes indica que los atacantes evitaron emprender una movilización general para ajusticiar a los operarios de las caravanas. No obstante, las fuentes que describieron los casos en que el objetivo principal de los indios parecía ser el de dar muerte a norteamericanos, guardan inconsistencias puntuales

⁷⁵ Isidro Vizcaya Canales dedica un apartado a el fenómeno de los asaltantes disfrazados de indios en Vizcaya Canales, Isidro, *Tierra de guerra viva. Incursiones de indios y otros conflictos en el noreste de México durante el siglo XIX, 1821-1885*, Monterrey, Nuevo León, México, Academia de Investigaciones, 2001, pp. 153-66.

⁷⁶ La cifra de 50 comanches es de “From the St. Louis Republican, August 16. From the Plains”, *The Daily Union*, Washington D.C., 23 de agosto, 1847, Chronicling America, Historic American Newspapers, Lib. of Congress. <<https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn82003410/1847-08-23/ed-1/seq-3/> [consultado 7 de abril 2020] p. 3.

⁷⁷ Chalfant, *A Dangerous Passage*, pp. 107-8. Para el autor, esta nota tenía una naturaleza sensacionalista y poco seria, por lo que la probabilidad de la presencia de americanos acompañando a los indios es descartada de inmediato. Días después del incidente de Frost, otro ataque tuvo lugar cerca de la intersección del Arkansas y Coon Creek, esta vez contra los hombres del coronel Newby. El encuentro no ocasionó decesos a los americanos pero luego del ataque, un cazador anglo pero vestido al estilo indio apareció en el campamento de Newby. Las sospechas por parte de los hombres que recientemente habían experimentado el peligro de los indios no se hicieron esperar, tachándole de espía. No obstante, el extraño hombre debió convencer a los oficiales de su inocencia por lo que le resguardaron hasta una distancia considerable para poder seguir su camino, el cual supuestamente, lo realizaba a pie y solo. Chalfant, *A Dangerous Passage*, pp. 115-16.

por lo que, en el mejor de los casos, la contabilización de los daños y la descripción de los atacantes indios parecen exageradas. Tal es el caso de la noticia reproducida en los diarios en Junio de 1847, que reproducía el testimonio de un indio delaware, hijo de Nacomo, líder principal de dicha tribu, quién por razón desconocida se encontraba prisionero en Taos durante los días en que las tropas norteamericanas arribaron a Nuevo México. Este indio, que por circunstancias igual de inciertas explicaba que al realizar el viaje en solitario de Taos a Misuri, una partida compuesta por comanches, arapahos y pawnees, le había capturado en algún punto del Arkansas. Los indios hostiles le perdonaban la vida a cambio de unirlos para matar hombres blancos. La ocasión que llegaría cerca de la intersección de Walnut Creek y el Arkansas, al aprovechar la distracción y lo mal resguardada que se encontraba una caravana de vagones con provisiones para el ejército. Los atacantes habían sometido con facilidad y dado muerte a los operarios de las 30 carretas y a 10 jinetes.⁷⁸

Hacia finales de mayo de 1847, una caravana de comerciantes acompañados de un capitán de nombre Thomas G. Clarkson, quienes habían librado un ataque y varios intentos para robarles caballos y mulas, resaltaron la presencia de 270 renegados mexicanos cuando atravesaban el área conocida como La Jornada, lugar en el que se daba la mayor cantidad de reportes de incidentes (37°28'29.5"N 100°52'11.2"W). Existen referencias hacia la participación de renegados y bandidos mexicanos en otras notas de prensa, pero carecen de mayor detalle para identificar la procedencia étnica de los atacantes.

Por último y no menos importante, existe un aspecto que se ha considerado como un factor en las relaciones y movimientos geoestratégicos de los grupos del septentrión central. Este tiene que ver con las condiciones medioambientales. En general, las obras de referencia, los diarios de viaje y demás fuentes, han sido tomadas como elementos descriptivos de los periodos de sequía en las grandes Planicies y el Norte de México. La historiografía mas

⁷⁸ El informante al parecer, no presentó mayor detalle a la descripción de los hechos, por lo cual no menciona el nombre de los indios o sus respectivas bandas de procedencia, ni tampoco la identidad de las víctimas. De igual forma, llama la atención que el hijo de Nacomo viajara solo y que afirmara que entre los atacantes se encontraban algunos indios osages, tribu que en esos tiempos mantenía fricciones con los delaware, su tribu natal, en "From the St. Louis Reveille, June 22. Sad News from the Plains. Capture of a Wagon Train, Murder of Teamsters, Stampede of Cattle", *The Daily Union*, Washington D.C., 30 June 1847, *Chronicling America*, Historic American Newspapers, Lib. of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn82003410/1847-06-30/ed-1/seq-2/> [consultado 7 de abril 2020] p. 2; y Chalfant, *A Dangerous Passage*, pp. 160-61. Wyman hace referencia al caso pero no ofrece la referencia, Wyman, *The Military Phase*, p. 421.

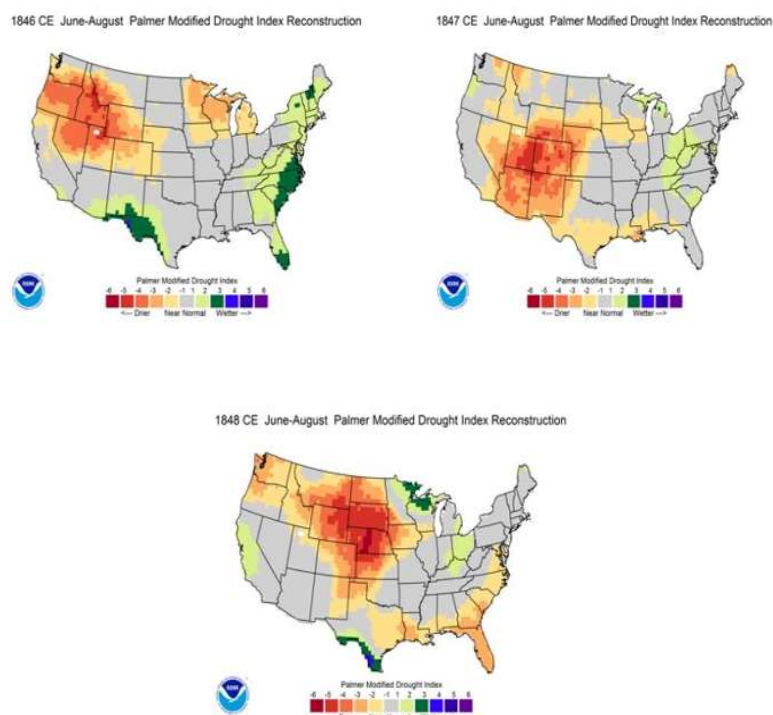
reciente ha hecho incapié en las ventajas de considerar la relación entre los conflictos humanos y los fenómenos ambientales. El autor clásico, ampliamente citado por los autores de nuestro tema es Dan Flores y su obra “Bison Ecology and Bison Diplomacy”, quien entre otros, utiliza estimaciones dendrocronológicas y documentos históricos para ensablar un método que de cuenta del comportamiento de las condiciones climatológicas de las grandes Planicies en el pasado. La técnica dendrocronológica citada en el trabajo de Flores, es la denominada *Tree-ring*, que basa su análisis en el estudio de los anillos formados en los troncos de árboles.⁷⁹

Después del trabajo de Flores, aparecieron otros tantos como el de Anderson, quién utiliza el Palmer Drought Severity Index (PDSI), un índice que hace proyecciones históricas para determinar el nivel y grado de sequía en Norteamérica a partir de datos disponibles y proyecciones sobre temperatura y precipitación. Por su parte, Hämäläinen centra su trabajo en las relaciones del mercado de pieles y la importancia del bison en la economía de los indios independientes ante el posible exceso de caza, pero no profundiza en la discusión de los métodos meteorológicos.⁸⁰ Así, en las últimas dos décadas se han logrado avances en la investigación para determinar el historial de sequías y los factores que han influido en su frecuencia y severidad, comprendiéndolas como un elemento del medio ambiente y no necesariamente como un cataclismo. Los trabajos en la reconstrucción del PDSI son significativos e intentan corregir ciertos errores de cálculo de los primeros resultados arrojados por la técnica *Tree-ring*. Sin embargo, las correcciones no alteran los resultados de forma sustancial.

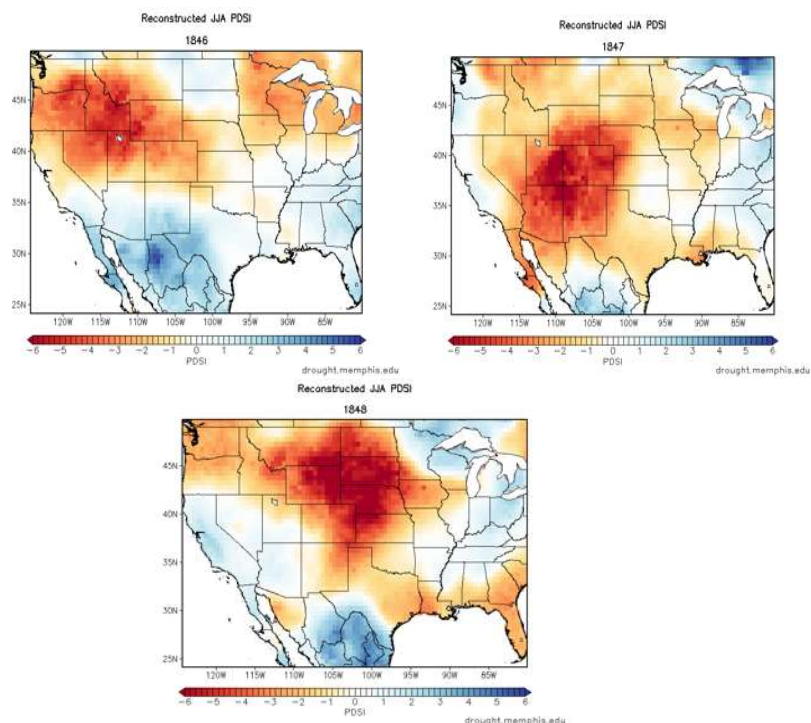
⁷⁹ Flores, Dan, "Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850," *The Journal of American History*, vol. 78, no. 2, septiembre 1991, en <http://links.jstor.org/sici?sici=0021-8723%28199109%2978%3A2%3C465%3ABEABDT%3E2.0.CO%3B2-X> [consultado 2 de abril 2020] pp. 465-485, p. 470. Douglas Bamforth acepta en buena medida los resultados de los estudios basados en la técnica *Tree-ring*, en Bamforth, *Ecology and Human Organization on the Great Plains*, New York, Plenum Press, 1988, p. 74. Por su parte, el trabajo clásico de David W. Stahle y Malcolm K. Cleaveland, basa sus conclusiones en los datos arrojados por la misma técnica condensados en la reconstrucción del June Palmer Drought Severity Index (PDSI), cuyos datos discutimos más adelante. La discusión de la información obtenida con respecto a la historia de las sequías en Texas se discute en Stahle, David W., y Malcolm K. Cleaveland, "Texas Drought History Reconstructed and Analyzed from 1698 to 1980", *Journal of Climate*, vol. 1, no. 1, Enero 1988, pp. 66-70.

⁸⁰ Anderson, Gary Clayton, *The Conquest of Texas. Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875*, Norman, University of Oklahoma Press, 2005, p. 449n1; y Hämäläinen, Pekka, "The First Phase of Destruction: Killing the Southern Plains Buffalo, 1790-1840", *Great Plains Quarterly*, vol. 21, 2001, pp. 111-112.

Según la información arrojada por esta información, el periodo de la Guerra México-Estados Unidos estuvo marcado con la tendencia a desarrollar sequía a lo largo del territorio de Estados Unidos mientras que las condiciones al sur del río Grande fueron diametralmente opuestas. De hecho, la década de 1840 no muestra sequía significativa con excepción de 1841 y 1842, por lo que podemos inferir que las condiciones para el pastoreo y las hordas de bison fueron positivas. Si las condiciones de humedad mayores a lo habitual durante los años del conflicto internacional fueron un factor favorable para sostener la demanda de animales desados por los indios indios de las planicies y el mercado articulado a ellos, las estimaciones de DeLay tiene una relación comprobable.⁸¹



⁸¹ Otra material que puede ser útil, con resultados diferentes en el detalle pero con conclusiones semejantes es Stambaugh, Michael C., Richard P. Guyette, Erin A. McMurry, Edward R. Cook, David M. Meko, Anthony R. Lupo, "Drought Duration and Frequency in the U.S. Corn Belt During the Last Millennium (AD 992-2004)", *Agricultural and Forest Meteorology*, vol. 251, 2011, pp. 154-162. También pueden consultarse los trabajos relativos a la actividad solar como factor preponderante en las condiciones meteorológicas en Velasco, V. M., B. Mendoza y G. Velasco, "Reconstruction and Prediction of the Total Solar Irradiance: From the Medieval Warm Period to the 21st Century", *New Astronomy*, Vol. 34, Jan 2015, pp. 221-233. Sobre la crítica al modelo PSDI, véase Alley, William M., "The Palmer Drought Severity Index: Limitations and Assumptions", *Journal of Climate and Applied Meteorology*, Vol. 23, Jul. 1984, pp. 1100-1109.



Las primeras tres imágenes muestran mapas provenientes del modelo modificado y actualizado del Palmer Drought Severity Index para Estados Unidos en los años 1846, 1847 y 1848. Los colores rojizos ubicados al centro izquierda representan áreas con sequía. Los colores azulados del centro a la derecha indican zonas con humedad superior a lo habitual. Las zonas blanqueadas señalan zonas que presentaron humedad anual previsible. Hay que señalar que los resultados del modelo modificado y actualizado no contradicen el panorama climático general sugerido por el primer modelo de medición de Palmer.⁸² Las tres imágenes inferiores provienen del modelo PDSI original. La ventaja de estas representaciones radica en la cobertura del territorio mexicano.⁸³

3.3 La guerra se prolonga. Ataques a las caravanas e intentos norteamericanos por “controlar” a los indios, 1847-48.

Hacia 1847, la presencia de las tropas, emigrantes y caravanas a lo largo del Arkansas llevaba un curso permanente durante casi ocho meses, y este se convertiría en el año que más registró altercados entre los viajeros usuarios de las rutas entre Santa Fe y la frontera oeste de Musuri. La causa primaria que se ha utilizado para explicar esta violencia es la que resume Chalfant de la siguiente manera: “...Comanches and other Plains Indians was creating a new war along the trail’s course through their lands...They hoped [the] attacks would deter further traffic while providing economic benefits useful to their people”. Mas

⁸² National Centers for Environmental Information, National Oceanic and Atmospheric Administration, en <https://www1.ncdc.noaa.gov/pub/data/paleo/drought/LBDP-v2/images/?C=N;O=A> [consultado 8 de abril 2020].

⁸³ North American Drought Atlas, en <http://drought.memphis.edu/NADA/> [consultado 8 de abril 2020].

adelante continua en esta línea y asegura que “...In small villages scattered across the plains the chiefs of the many bands of Comanches, Kiowas, Cheyenes, Arapahos, and Plains Apaches gathered in council to plan the war they could not win”.⁸⁴ No contamos con pruebas de que esos concilios hubieran tenido lugar o que los resentimientos entre las bandas de un grupo étnico o las fricciones interétnicas hayan cedido en favor de una afiliación india anti americana. De igual forma, resulta dudoso que los comanches hubieran elegido como opción viable hacer la guerra cerca de la comanchería, y más cuando estuvieron ocupados en el norte de México, aunque sí es verdad que resintieran la competencia y disminución de los recursos disponibles a lo largo del Arkansas.

Los ataques en el Camino a Santa Fe, pudieron haber tenido dos panoramas que les potencializaran o redujeran. El primero, que los indios del sur de las Grandes Planicies no organizan campañas a gran escala en contra de las caravanas norteamericanas porque en realidad estaban reservando la mayor cantidad de energía y municiones para sus incursiones en hacia el sur del río Bravo. Segundo, que los ataques pudieron tratarse, en caso de haber sido comanches, de expediciones organizadas entre individuos con rangos inferiores que buscaban oportunidades para mejorar su estatus a expensas de los intereses comunes de la comunidad comanche dictaminada en el tratado de 1846. En ese caso, estos guerreros habrían actuado como disidentes de las decisiones de los líderes firmantes del tratado con Estados Unidos.

El primer caso significativo referente a los claroscuros existentes en la historiografía sobre el papel de los indios de las planicies entre 1846-1848, corresponde a la controversia relativa al asesinato del veterano mercante Norris Colburn a finales de marzo de 1847. La noticia se popularizó y se abrió camino entre los diarios, notas periodísticas y reportes oficiales. Al principio, la opinión del público estaba dividida entre los que confían en la palabra de Thomas Leitensdorfer, cuñado de Norris, que alegaba por su inocencia atribuyendo el crimen a una banda de indios vagabundos; y aquellos escépticos que tenían razones para dudar de la culpabilidad de los indios, por lo que dirigían sus sospechas hacia Leitensdorfer. Entre la investigación destacaban las huellas de calzado occidental y no el utilizado comunmente por los indios. Tiempo después, claramente animado por la

⁸⁴ Chalfant, *A Dangerous Passage*, pp. 152-53.

recompensa ofrecida por la denuncia del asesino de Colburn, un abogado de la región de la frontera de Misuri, acusó a un indio sac o fox, quien presentaba problemas mentales y complexión física depauperada.⁸⁵

En un incidente del verano de 1847, se puede rescatar la versión de los hechos relatada por indios. Red Sleeve⁸⁶ perdió la vida luego de un intento de ataque a una caravana americana. De acuerdo con el testimonio de los kiowas, ellos y algunos comanches habían unido fuerzas para ir a la caza de pawnees, cuando en Pawnee Fork, dieron al encuentro de los viajeros estadounidenses. Los indios aseguraron entonces que los viajeros no constituían el objetivo primario de la movilización, sin embargo, “Red Sleeve wanted to attack immediately, but when Setängya demurred, saying the Americans were friends, Red Sleeve called him a coward”.⁸⁷ Cuando Red Sleeve cayó, producto de la herida mortal de su caballo, Setängya rehusó a asistirle porque el primero le había llamado cobarde. Por supuesto que esa no pudo haber sido la única razón por la que el kiowa evitó interferir el paso de la caravana, pero el caso nos proporciona elementos significativos; o bien algunos indios intentaban congraciarse y salvar su reputación; en realidad intentaban respetar los acuerdos de los tratados de amistad previos; o realmente estaban evitando desatar la furia militar prometida por los americanos en las reuniones previas al conflicto internacional.

Una vez declarada la guerra, Stephen Kearny sabía para el éxito de su campaña era necesario que la conquista de Nuevo México fuera lo menos costosa posible, para poder hacer frente a los retos logísticos del avance hacia California. Para ello necesitaba aprovechar la difícil comunicación entre la provincia septentrional y la Ciudad de México, así como la discordia entre los funcionarios de cada estado, para evitar una resistencia organizada una vez superado el camino que atravesaba las planicies. Los problemas que se pudieran suscitar con el clima y la orografía de las planicies del sur, eran de importancia vital para la estrategia

⁸⁵ La acusación contrasta con las palabras de John Beach acerca de los indios sac y fox, quien en su reporta al superintendente Harvey, los retrata en general de forma positiva. El reporte como el de otros agentes contienen la percepción del plan de aculturación norteamericano. Cada agente tiene su propia opinión y hace saber sus recomendaciones, en “John Beach a Mayor Thomas H. Harvey, Osage River, 1 de Septiembre de 1847”, *Annual report of the commissioner of Indian affairs, transmitted with the message of the president, at the opening of the first session of the Thirtieth Congress, 1847-1848*, United States, Office of Indian Affairs, 1848, pp. 113-116.

⁸⁶ Que no se tiene que confundir con otro líder apache de la época, ubicado en Chihuahua, también llamado *mangas coloradas*. DeLay, *War of a Thousand*, pp. 144, 156, 245, 267 y 277.

⁸⁷ Kavanagh, *The Comanches*, p. 319.

general de la campaña. Así, en un primer momento, el tratado con los comanches y las buenas relaciones del fuerte Bent con los cheyenes sugerían la posibilidad de un Camino a Santa Fe despejado de problemas. Sin embargo, 15 000 kilogramos de carne de puerco y tocino, 4 000 kilogramos de harina y galletas, 5 500 kilos de café y 8 500 kilogramos de azúcar son el aproximado de las raciones que consumía el Ejército del Oeste cada seis meses. Esto más los bienes de los migrantes, los productos del comercio de Santa Fe y el pago de los soldados, constituían las mercancías que transitaban la afamada ruta, que a su vez, representaban los motivos materiales para atacar las caravanas.⁸⁸

Si bien los ataques de indios en el Camino a Santa Fe no tenían su fuente en un descontento social por la presencia de los americanos, en Nuevo México, la población comenzó a resentir de inmediato los cambios que implicaba la ocupación estadounidense. La incapacidad del ejército para traer paz a la zona por medio del sometimiento de los navajos, agravó y desencadenó el descontento de los vecinos nuevomexicanos. La indisciplina de los soldados-voluntarios, y la renuencia a extender la ciudadanía de forma general, maximizó ese descontento que no era mostrado de forma abierta hasta los acontecimientos de Taos. Los oficiales a cargo de la plaza interpretaban el sosiego de la provincia como un signo de que los nuevomexicanos habían aceptado el nuevo orden político y la nueva jerarquía social. El asesinato de Charles Bent, cuyo nombramiento a gobernador no fue bien recibido por la facción de comerciantes hispanos rival, fue una de las muestras del fastidio y decepción hacia la ocupación. Por supuesto que algunos personajes calificaron la insurrección como un episodio patriótico, pero los problemas desarrollados años atrás entre Bent y sus rivales explican mejor el desate de la violencia.⁸⁹

La identidad de los agresores y el porqué de la conducta sigue siendo, para la mayoría de los casos, una incógnita por resolver. Si seguimos a Brooks con respecto a la violencia en nuestro espacio de estudio, comprendemos que el estatus de cada jefe de familia junto con la propia, dependía de su desempeño diario. Esto, aplicó para los individuos de las sociedades de indios, comancheros, comerciantes hispanos, traficantes norteamericanos, entre otros. El

⁸⁸ Beyreis, "Business in the Borderlands", p. 311.

⁸⁹ Beyreis, "Business in the Borderlands", pp. 333-70. Brooks resalta la naturaleza diversa en términos de clase y procedencia étnica de los acontecimientos violentos en contra de las tropas norteamericanas en 1847, véase, Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 281-292.

robo de mercancías y el rapto de personas, guardaba un significado cultural paralelo al uso económico práctico de dichas acciones. Es decir, la protección del honor o adquisición de reconocimiento aseguraban una mejor posición en las jerarquías sociales de las comunidades. Al respecto, es muy probable que los agresores fueran indios que intentaban mejorar su posición jerárquica, que habían tenido poco éxito incursionando en México, o bien que comenzaban apenas en las actividades guerreras, antes que una respuesta con la anuencia del conjunto de las bandas de indios independientes.⁹⁰

En otro asunto, hemos encontrado señalamientos reproducidos en la prensa sobre individuos de distinta procedencia étnica, aunque se tratan de singularidades que no hemos podido corroborar en otros documentos. Los viajeros se refieren a estos individuos con diferentes términos: renegados (mexicanos y estadounidenses), hombres blancos, villanos, mexicanos, entre otros. Ejemplo de ello, es el reporte del 7 de Julio de 1847 del diario *St. Louis Republican*, reproducido en el *Daily Union* de Washington días después, describe el encuentro del 27 de Mayo al sureste de Nuevo Me. Este ha sido tomado por la historiografía como un evento que forma parte de la Revuelta de Taos, pero guarda un interés con este punto. El reporte establece que el ataque a los voluntarios americanos comandados por el mayor Edmondson, estuvo compuesto por un grupo multiétnico entre los que figuraban comanches y apaches. Un comerciante y viajero conocido como Mr. Boggs, en servicio con el ejército norteamericano, señaló la participación del afamado mulato Jim Beckworth (Beckwith) en conspiración con los rebeldes y arrestado eventualmente en Taos. Sin embargo, las circunstancias y los hechos permanecen poco claros.⁹¹ Otra fuente que menciona estas hostilidades, no menciona la participación de comanches pero si de apaches en el ataque a la tropa de Edmondson, y que incluso estos estaban al mando de hombres blancos, sin que la fuente de mas detalles. Sin embargo, hace mención de la presencia de

⁹⁰ Sobre todo la obra de Brooks, James F., *Captives and Cousins. Slavery, Kinship and Community in the Southwest Borderlands*, Chapel Hill and London, University of North Carolina Press, 2002.

⁹¹ "Latter news from Santa Fe. Another Battle with Mexicans and Indians", en *The Daily Union*, Washington D.C., 15 de Julio 1847, *Chronicling America, Historic American Newspapers*, Lib. of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn82003410/1847-07-15/ed-1/seq-2/> [consultado 8 de Abril 2020].

mexicanos y comanches en una partida que atacó al capitán Bell y sus hombres, días después cerca de Pawnee Fork (38°10'26"N 99°09'53"W).⁹²

Otro ejemplo es el ocurrido a finales de abril o principios de mayo del mismo año, cuando una caravana de comerciantes que realizaba el viaje de Misuri a Santa Fe, fue sorprendida al amanecer mientras los americanos se disponían a continuar el camino. El lugar fue en las inmediaciones de la intersección del Arkansas y Coon Creek (N37 57.170 W99 22.789)⁹³

Luego de casi un año del inicio de la guerra, el secretario de guerra Marcy tomaba parte de los reclamos de los viajeros afectados y los reportes de sus distintos subordinados, tanto agentes indios como oficiales del ejército, para formar un cuerpo armado encargado exclusivamente de patrullar la problemática ruta. La decisión se justificaba por el denunciado fracaso de la estrategia vislumbrada inicialmente; que las caravanas estuviesen a cargo de su propia defensa. En adelante, las caravanas, que debían seguir guardando las precauciones necesarias tanto en armamento como en la logística a seguir durante el trayecto, contarían con la protección del que a la postre fue conocido como el *Indian Battalion*, el cual tenía la misión de evitar que los malechores atacaran a las caravanas, perseguirles, recuperar el botín y, de ser posible, atacar a los indios en sus propias rancherías. El fracaso de la idea inicial del gobernador de Misuri John Edwards, de formar el batallón con veteranos del First Regiment of Missouri Mounted Volunteers, quienes regresaban a Estados Unidos tras finalizar su año de servicio, fue seguido de la negativa del oficial de dicho batallón, el coronel Alexander W. Doniphan. Por lo que, los sujetos que finalmente integraron este cuerpo patrullero fueron voluntarios sin experiencia en las planicies y el oficial a cargo terminó siendo un recomendado de Doniphan, William Gilpin, quien había adquirido cierta experiencia

⁹² "From California and Santa Fe", en *Boon's Lick Times*, Fayette, Mo., 10 Julio 1847, Chronicling America, Historic American Newspapers, Lib. of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn83016957/1847-07-10/ed-1/seq-2/> [consultado 8 de Abril 2020].

⁹³ Chalfant, *Dangerous Passage*, p.154-55; y "Intelligence from the Farthest West. Santa Fe, July 27, 1847", en *The New York Herald*, New York, 15 Septiembre 1847, p. 1, Chronicling America, Historic American Newspapers, Lib. of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn83030313/1847-09-15/ed-1/seq-1/> [consultado 8 de Abril 2020].

peleando contra los navajos meses atrás. Ciertamente, la misión en las planicies se trataba de algo mas complejo, de embarcarse en su propia guerra.⁹⁴

En el reporte anual expedido al superintendente Thomas H. Harvey, el agente Fitzpatrick afirmaba que los grupos de atacantes no desistirían hasta que estuviera completamente claro que el gobierno norteamericano tendría la capacidad de castigarles.⁹⁵ Finalmente, parece que, al conluir la guerra, el deseo de salvar la reputacion por parte de ciertos oficiales norteamericanos, provocó que se desarrollara una narrativa triunfalista en lo que se refiere a las actividades desarrolladas en las planicies del sur. Así, el secretario de guerra Marcy, utilizaba en su favor los reportes del coronel Gilpin, los cuales daban a entender que la paz había sido restaurada en el Camino a Santa Fe por las acciones del ejército. No cabe duda que Marcy minimizaba los reclamos y denuncias de Fitzpatrick, quién señalaba las formas de vanagloria entre los oficiales castrenses y exponía el poco empeño mostrado por el gobierno llevar a cabo una estrategia efectiva contra los indios de las planices.⁹⁶

La actitud del Secretario de Guerra Marcy, no hace justicia a la idea del célebre historiador norteamericano Frederick Jackson Turner, quien solía afirmar que el avance de las instituciones americanas había sido tan contundente por su capacidad de adaptarse a los cambios que implicaba la expansión de innumerables migrantes occidentales portadores de civilización; esos cambios que implicaban el cruce del océano, y el traspase del continente, para vencer al mundo salvaje e implantar el imperio del progreso. El descuido de las autoridades norteamericanas en los años del conflicto internacional con México hablan de una realidad muy diferente; protagonizada por un avance norteamericano lleno de desaires, derrotas y conflictos lejos de las famosas batallas al sur del río Grande. De una historia de la expansión del espíritu americano incompleto, a medias y constantemente desafiado.

⁹⁴ Chalfant, *A Dangerous Passage*, pp. 166-67. El nombramiento de Gilpin y la composición del batallón fueron criticadas por el agente Fitzpatrick, quien desconfiaba del éxito que pudiera tener el batallón.

⁹⁵ Chalfant, *A Dangerous Passage*, p. 269.

⁹⁶ Trennert, "Indian Policy", pp. 252-53. Trennert menciona que 12 000 personas transitaron el Camino a Santa Fe en 1848, por lo que el porcentaje de los afectados parece menos problemático que el ímpetu del alarmismo de los oficiales, los viajeros y la prensa. En el mismo sentido, el autor considera que la cifra de 200 comanches muertos por armas americanas reportada por el grueso de las unidades militares es exagerada, y que la realidad estuvo marcada por la superioridad de las partidas de indios sobre la caballería norteamericana.

También, quedará el pendiente de aclarar la presencia de comancheros o sujetos afines a los indios independientes que evitaran encuentros violentos, ya fuese por el logro de salvo conductos o por planes desarrollados en conjunto, por ejemplo en el robo de caballada por las noches. Esto implicaría la existencia de corrupción y deslealtad en las filas norteamericanas, que sin embargo no podemos comprobar. La documentación ha mostrado ser contradictoria entre si, y la mayoría de las fuentes, ya sean hemerográficas, reportes gubernamentales o de viajeros, tienden a magnificar los hechos, o bien a dar por sentado sus primeras conjeturas sobre la identidad de los malechores. De cualquier manera, de lo que si podemos estar seguros, es de que los encuentros hostiles ocurridos a en el periodo 1846-1848, a lo largo del Camino a Santa Fe, no obedecían precisamente a una estrategia de las bandas comanches para expulsar, castigar o repeler a los americanos.

No esta claro si los indios de las planicies comprendian la presencia de tropas norteamericanas como un elemento pasajero y que finalizado el conflicto internacional el Camino a Santa Fe quedaría desmilitarizado nuevamente. El brote de viruela en 1848 y el de cólera al año siguiente pudieron diezmar de tal forma la población comanche, que estos no podríar mantener ni recuperar su tasa de crecimiento, situación que no se diferenció de la aparente tendencia decreciente en la demografía comanche iniciada desde finales del siglo XVIII. Además, las Grandes Planicies habían cumplido un periodo de sequía de dos años, que había coincidido con el fuerte tráfico que llevó consigo la Guerra México-Estados Unidos. De cualquier manera, no está claro en que grado o como estos factores contribuyeron en la situación del bisonte y los recursos naturales de la comanchería en general. Es arriesgado pensar que los famosos indios comanches buscaran la conquista de tierras mexicanas al sur del río Grande, y que la retirada del Ejército del Oeste, al quitar presión sobre a lo largo del Arkansas, desistieran de ese proyecto.

Las décadas posteriores vacilarían entre el mantenimiento del comercio informal que beneficiaba a los comanches desde antaño y la incapacidad de México para detener las incursiones bajo la nueva frontera internacional, junto con la indisposición norteamericana para cumplir con el artículo décimo primero del Tratado Guadalupe Hidalgo. La Guerra Civil norteamericana y las intervenciones extranjeras en México, mantendrían ocupados en cierta manera los proyectos colonizadores hasta el segundo cuarto del siglo XIX. La derrota de los

indios comanches hacia la década de 1870 parece inevitable dada su incapacidad de mantener tasas de crecimiento poblacional y la imposibilidad de coexistencia del modo de vida de los cazadores-recolectores con los sistemas agrarios impulsados por México y Estados Unidos. Mientras tanto, su presencia, había influido en la derrota mexicana más que en los estragos que pudieron causarle a las caravanas norteamericanas en una de las guerras de conquista claves del siglo XIX y del devenir de ambos países.

CONCLUSIONES

Hemos visto que las autoridades centrales mexicanas ejercían un control formal pero no hegemónico en los territorios septentrionales, al tiempo que las lealtades o identidades de los diferentes pueblos de indios independientes, vecinos mexicanos fronterizos y comerciantes norteamericanos le daban fuerza a los rasgos culturales que se habían formado en dichas regiones fronterizas. Este espacio cultural que hemos denominado septentrión central, empezó a sufrir una serie de cambios en su estructura cultural y ecológica por el arribo de las sociedades euroamericanas a partir del siglo XVI, la sostenida migración europea hacia Estados Unidos y de grupos nativos removidos por el avance norteamericano hacia el denominado Territorio Indio. Si bien, no puede hablarse del desarrollo de un comercio formal en contraposición a las formas de intercambio tradicionales entre indios independientes, euroamericanos y vecinos fronterizos comancherizados, la introducción de los sistemas agrícolas y ganaderos luego de la guerra México-Estados Unidos sentaron las bases para que el proceso de consolidación de los Estados-nación estadounidense y mexicano en los actuales estados mexicanos del norte y el suroeste de la Unión Americana. Esa consolidación no llegaría hasta el último cuarto del siglo XIX junto con los últimos esbozos de los indios de Norteamérica como pueblos independientes. A diferencia de lo que postulamos en un primer momento, el movimiento de alianzas y conquista norteamericana no fue lineal, ininterrumpido ni totalmente consensuado por los mismos anglo-estadounidenses, especialmente por la pugna entre los comerciantes y compañías comerciales privadas en contra de los órganos diplomáticos y armados del gobierno estadounidense. Es decir, no todos los norteamericanos planeaban ni aceptaban la irrupción de órganos oficiales anglo-norteamericanos o hispano-mexicanos, ya fueran de orden regional o federal.

En cuanto a la parte mexicana, hacia mediados de siglo XIX, los proyectos para consolidar la presencia del Estado-nación en las regiones fronterizas estaban lejos de materializarse, tanto por cierto letargo de las autoridades centrales o nacionales como por los patrones culturales y relaciones de intercambio existentes en la región. Buena parte de vecinos fronterizos de Chihuahua, Coahuila y Durango se encontraban insertados en una realidad ajena al resto del país, orientados hacia la comanchería y Nuevo México, como centros articuladores de un comercio transoceánico. Parece ser que los ataques de incursiones

y guerras de destrucción no estuvieron dirigidas a aquellos mexicanos que gozaban de buenas relaciones con los indios de las planicies y si hacia aquellos ganaderos que podían satisfacer las necesidades de pillaje de los indios, sin olvidar a aquellos que se negaran a comerciar o que tuviesen rencillas pendientes producto de conflictos pasados. No obstante, hacia finales de la década de 1830, la distinción entre campañas de incursión, guerras de venganza y campañas de destrucción es sumamente difusa, por lo que la investigación en repositorios documentales mexicanos que no se han consultado aún puede arrojar luz al respecto.

En un primer momento de la investigación, propusimos que el gobierno estadounidense había logrado establecer relaciones diplomáticas con los indios independientes de las planicies en un mayor grado y solidez que su contraparte mexicana, y que esto explicaba que los comanches firmaran el tratado de 1846 comprometiéndose a respetar a los viajeros del Camino a Santa Fe y sus propiedades. Sin embargo, hemos visto que ambos escenarios no se sostienen históricamente y que los indios de las planicies atacaron de forma indistinta. Si bien, las cifras de los oficiales del ejército de Kearny parecen exageradas, y muchos de los asesinatos no tuvieron una investigación a fondo, podemos estar seguros que los esfuerzos diplomáticos de las distintas administraciones norteamericanas no cumplieron con el cometido de frenar los ataques y controlar a los distintos grupos de indios independientes. Los ataques en el Camino a Santa Fe, que se atribuyeron en número considerable a los comanches, no se hicieron esperar por lo que el paso libre solicitado en el tratado de mayo de 1846 entre comanches y norteamericanos no fracasó.

Como se ha visto en el tercer capítulo, el grueso de las identidades de los atacantes permanece en el misterio y algunos casos permiten dudar de la participación de comanches en ellos. Es probable que las pequeñas cuadrillas de atacantes, recordando que las fuentes citan algunos casos donde no tenían duda de que los atacantes eran comanches por el gran número de individuos que conformaban los contingentes, estuviesen compuestas de sujetos de diferente procedencia étnica, incluso de bandidos, renegados, infidentes y mercenarios euroamericanos. De igual forma, a pesar de que los reportes norteamericanos clamaban que los indios les hacían la guerra, entendida esta como un conjunto de operaciones para cerrar el paso al flujo de caravanas en el Camino a Santa Fe, lo cierto es que las campañas de gran envergadura eran movimientos excepcionales entre los indios de las planicies, y estos no entrarían en una guerra formal con el Ejército del Oeste. Esto, junto con el desate de la

violencia al sur del río Grande pone en duda la idea de que las parcialidades comanches en su conjunto, quisera atacar sistemáticamente a los norteamericanos.

Restan algunas preguntas relacionadas con la actitud de los oficiales del ejército norteamericano. Por ejemplo, ¿el secretario de guerra Marcy, tenía conciencia de que el problema de los ataques a lo largo del Arkansas era un asunto agrandado o exagerado, razón por la cual no tomó las acciones necesarias para formar cuerpos armados profesionales determinados a someter a los comanches y otros indios involucrados? Esa actitud de los altos mandos del brazo armado del gobierno de James K. Polk sugiere que los ataques a las caravanas no representaron un problema mayor ni prioritario para las operaciones del ejército, a pesar de que los viajeros, comerciantes y voluntarios de guerra reclamaran mayor protección en el Camino a Santa Fe.

Junto a la estrategia del gobierno estadounidense de establecer relaciones diplomáticas con los indios de las planicies, existió otra competencia para los intereses del aparato estatal personificada en los miembros de las compañías comerciales, quienes habían florecido décadas atrás por medio de su integración a la cultura compartida de ese gran espacio geográfico. El avance de las tropas norteamericanas irrumpió tanto en la posesión nominal de México en sus dominios septentrionales como en el equilibrio de dicho espacio cultural. Los comanches se vieron envueltos en esa paradoja que agravó su campo de acción, agudizada con las epidemias sufridas por su población, la destrucción del bisonte, la presión sobre la capacidad ecológica de las planicies y la superioridad armamentística del ejército norteamericano. Luego de la guerra, los comanches continuarían siendo parte del lucrativo comercio de caballos y el comercio con los comancheros, pero habían perdido su preponderancia en las planicies sin poder hacer frente a la migración masiva producto de la expansión norteamericana y la cantidad de energía necesaria para sostener los brotes de población a lo largo del suroeste de Estados Unidos, por lo que su condición de indios independientes duraría solo tres décadas más.

La influencia de los indios de las planicies en el transcurso de la guerra no se limita a los estragos causados en la logística de atravesar el Camino a Santa Fe, pero no supusieron un obstáculo franco a las campañas de conquista norteamericanas sobre el territorio mexicano. La campaña del Ejército del Oeste no tuvo una resistencia formal en las planicies pero sí en Nuevo México, materializada en los brotes de violencia en contra del gobierno de

Charles Bent, guiados principalmente por el peligro que representaba para sus habitantes la ruptura de las jerarquías tradicionales desarrolladas desde siglos atrás. En esos brotes de violencia, las evocaciones patrióticas deben tomarse, en todo caso con cautela, y recalcar su carácter étnico.

El análisis del pueblo comanche en cuanto a su forma de establecer jerarquías y programas políticos, orientados al dominio de las planicies y la supresión del conflicto en sus fronteras inmediatas ha dejado de manifiesto que el norte de México representaba el mejor lugar para realizar las movilizaciones violentas. Las condiciones que llevaron a los comanches a firmar tratados de paz en los cuatro puntos cardinales de la comanchería, y el frágil cumplimiento de las estipulaciones de dichos tratados encuentran su explicación en la propia cultura comanche, a pesar de la existencia de acervos documentales inéditos que presentan un problema historiográfico por resolverse.

Las relaciones de intercambio de alimentos entre los indios de las planicies y las sociedades agrícolas que les rodeaban, junto con el rastreo de la sequía en los cuatro puntos cardinales de la comanchería, puede arrojar luz para proponer ciertas respuestas al comportamiento del desarrollo de la violencia comanche en la década de 1840 y la etapa correspondiente a la Guerra México-Estados Unidos. Aunque el debate sobre la dieta, y la posible relación entre la ausencia de nutrientes específicos y repercusiones negativas en la salud de las sociedades de cazadores-recolectores siga en curso, los patrones seguidos por los indios de las planicies relativos a las estrategias para diversificar su dieta, aporta un elemento más a las motivaciones de los comanches a incursionar en México.

La administración de James K. Polk aparece llena de contradicciones con respecto a sus posiciones expansionistas y a las políticas con respecto a los indios independientes, sobre todo en los últimos años de su mandato. Por un lado, se empeñó en la conquista, fuertemente criticado por la opinión pública norteamericana, contrasta con las polémicas suscitadas entre los comerciantes de pieles y alcohol al oeste del Misisipi y el comisionado del Bureau of Indian Affairs, William Medill. Aunque en términos generales, las medidas contra la venta de alcohol a los indios y la reforma al pago de anualidades fueron un esfuerzo en contra del monopolio creado por las firmas comerciales, puede decirse que las acciones de Medill contenían un trasfondo moral y reformador en beneficio de los pueblos indios bajo la jurisdicción norteamericana.

Las contradicciones de la administración Polk, también se dieron en el caso de la relación del gobierno norteamericano con los comanches. Si bien, la sobre exposición de los problemas en el Camino a Santa Fe por parte de los testimonios estadounidenses, influyeron en la creación del Indian Batallion, lo cierto es que el secretario de guerra Marcy, no hizo demasiado por emprender una campaña mayor que atacara a los supuestos indios de las planicies malhechores. Los patrulleos del Indian Batallion no consistieron ni estaban planeados para dar un golpe contundente al interior de la comanchería, probablemente diseñado de manera tal para evitar un verdadero conflicto interétnico, en medio de la guerra con México.

Nuestra hipótesis inicial indicaba que la existencia de un proceso dual éxito-fracaso de los gobiernos norteamericano y mexicano. A saber, que el primero había actuado de forma diligente y coordinada, para hacerse del favor de los indios de las planicies, y que el segundo había incurrido en fallas administrativas y falta de voluntad para ganarse la alianza de esos mismos indios independientes. Sin embargo, la investigación ha revelado la inexistencia de éxito de ambos gobiernos, y que los tratados de paz tuvieron una fuerza minúscula en las actividades cotidianas de comanches y sus relaciones con vecinos fronterizos. El tratado de 1846 entre comanches y estadounidenses, no fue la excepción y los ataques en el Camino a Santa Fe tuvieron lugar de forma constante. Ya que los indios de las planicie mostraron mayor interés en incursionar al sur del río Grande, los problemas al norte de la comanchería durante el conflicto internacional parecen haber sido, en su mayoría, encuentros no planeados o dirigidos hacia los norteamericanos, y en su caso, perpetuados no precisamente por comanches y kiowas. Así mismo, proponemos que las movilizaciones violentas pudieron ser parte de un proyecto comanche dirigido a una eventual trasnsposición de la comanchería hacia el sur del río Grande, que alejara a las rancherías de los problemas con Texas y la nueva oleada migratoria norteamericana. Pero, dado que el grueso de colonos y comerciantes norteamericanos mostraron menor interés en la comanchería y Nuevo México con respecto a California y Texas, el comercio comanchero se mantuvo prolífico después de 1848, los comanches pudieron reconsiderar que una migración hacia el sur del río Grande no era indispensable.

Es posible que, los decretos de excepción de diezmos a inicios de la década de 1830, junto con las prohibiciones relativas al comercio comanchero, provisión de armas y la

amistad general que los habitantes fronterizos y los destacamentos militares tuvieran con los indios bárbaros, muestren el desarrollo de unas relaciones informales a escala cotidiana a la que las instancias gubernamentales intentaron combatir. A diferencia de Nuevo México, donde estallaron revueltas populares tras la prohibición del comercio comanchero, en los estados al sur del río Grande no se dieron protestas a ese nivel, probablemente por que no se desarrollaron lazos de parentesco tan generalizados como en la franja oriental nuevomexicana. Entonces, a pesar de la mala fama creada hacia los indios, el estado de guerra generalizado denunciado por los informes y prensa local, la idea de establecerse en ranchos, granjas y villas fronterizas no significaba una inevitable soga al cuello, ya que es presumible que se desarrollaran relaciones de comercio informal entre comanches y mexicanos fronterizos, las cuales no quedaron reseñadas en las fuentes escritas.

Si los tratados se lograban con los jefes políticos o autoridades mexicanas locales, la consecuencia esperada por el gobierno mexicano era que los comanches representados por los jefes comanches firmantes siguieran con lo establecido en los acuerdos. Pero, al irrumpir la sociedad de mercado en otros puntos de las fronteras de la comanchería, dos aspectos se potencializaron. El primero tiene que ver con que el botín tenía que ser cada vez mayor para dejar satisfechos a todos los seguidores de los líderes de las expediciones hacia México, lo que debía agudizarse en aquellos periodos que la región con sequías prolongadas. El segundo es que tras mayor competencia promovida por la sociedad de mercado, que incorporó cada vez mas actores en las grandes Planicies, la violencia afloró, y potencializó las campañas de guerra de venganza. Por último, sin el pago de regalos anuales ofrecido desde el sistema presidial anterior al México Independiente, los guerreros comanches no encontraban mayores motivos para hacer de sus objetivos al sur del río Grande una especie de bodega de extracción de excedentes para intercambiar por productos de origen europeo.

A lo largo de la investigación abordamos el problema teórico de considerar a los comanches imperialistas. En conclusión, no compartimos la idea pero si creemos que el caballo, las armas y la sociedad de mercado supusieron un ritmo cultural completamente diferente al sistema o equilibrio existente entre las sociedades no jerárquicas precolombinas, lo que complica muchas veces la definición del pueblo comanche. Si bien no podemos asegurar que su programa consistiera en un expansionismo imperial, tampoco podemos negar que previeran una eventual migración o traslocación de su comanchería hacia el sur del río

Grande; después de todo habían realizado un movimiento semejante a tan solo unos 150 años de anterioridad.

El catálogo de fuentes coordinado por Lucas Martínez Sánchez, publicado posterior a la obra de DeLay, arroja información valiosa e inédita sobre la actividad comanche y conflictos con otros pueblos en Coahuila. Sería de valiosa utilidad, el emprendimiento de la sistematización de fuentes del robo de ganado en sí mismo, que de cuenta de los sucesos que involucren infidentes, para sopesar su magnitud en relación con los eventos de procedencia estrictamente comanche. Por ejemplo, algunas finchas sugieren que los indios van trasladándose y haciendo transacciones al interior del estado, pero los informantes no describen con exactitud cuales son los atributos que consideran indios como para categorizarlos así.¹ Es probable que existan numerosos casos donde los bandidos, infidentes y otros individuos étnica y culturalmente híbridos fueran deliberadamente confundidos con indios comanches o apaches.

Si bien en tiempos precolombinos existió el conflicto interétnico en las grandes Planicies, el arribo de la sociedad de mercado impactó hacia inicios del siglo XIX de tal manera, que los comanches, así como siglos antes con el caballo, no pudieron resistir la tentación de hacerse de las mercancías que les vendían los comerciantes europeos. En el pasado, las sociedades de Norteamérica tuvieron que amortiguar sus instintos de conquista y, tras la necesidad de diversificar su dieta, es probable que las guerras de destrucción fueran una anomalía. Es decir, los habitantes de las planicies, previo al arribo de los comanches, no podían emprender guerras de devastación en contra de los pueblos colindantes. Su interdependencia alimenticia convertía a esos impulsos en una idea poco provechosa. Pero en el siglo XIX, y en especial, luego de la apertura del Camino a Santa Fe a inicios de la década de 1820, los productos europeos como armas de fuego y el alcohol, trastocaron el equilibrio ecológico y cultural de antaño. Incluso, la capacidad europea para comerciar durante todas las estaciones del año, tuvo que implicar un desajuste en el calendario tradicional de los comanches como cazadores-recolectores en sus primeros años en las planicies. Por lo tanto, los tratados no solo fracasaban por la ausencia de regalos, la corrupción ciertos oficiales fronterizos y la naturaleza descentralizada de la organización

¹ Martínez Sánchez, Lucas, Coord., *Catálogo de fuentes para la historia de la guerra y cultura indias en Coahuila*, Saltillo, Escuela de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Coahuila, 2012.

política comanche sino que los tiempos o el ritmo de vida había sufrido un profundo cambio, lo que provocó que estos tratados perdieran vigencia y caducaran mas rápido ante los ojos comanches.

La secuencia de la sequía para Norteamérica en la década de 1840 indica que, a excepción de los años de 1842, 1847 y 1848 las condiciones meteorológicas fueron generosas en las grandes Planicies. Por lo que, sin olvidar que los testigos de la época insisten en una proliferación de la caza excesiva, relacionada con el declive del comercio de pieles, las condiciones climáticas no parecen ser la causa para que existiera una crisis en la disponibilidad de carne deseable de bison y otros ungulados en la época mas complicada del año (finales de invierno y primavera). Sin embargo, los años con sequía en las grandes Planicies, contrastan con las buenas condiciones mostradas en los estados norteros ubicados al sur del río Grande, solo con excepción de 1841, año de sequía generalizada desde las Californias hasta Tamaulipas (Ver Anexo 3).

Ya que la temporada de lluvias de 1845 y 1846 parecen haber sido favorables en las planicies, las condiciones que se extendieron hacia los estados mexicanos afectados por las incursiones comanche-kiowa, lo que pudo repercutir en que los meses previos al avance del Ejército del Oeste, aparezcan en relativa calma en el Camino a Santa Fe dado que las hordas de bison eran suficientes. Para los años con sequía en las planicies como 1847, las zonas afectadas por las incursiones de los indios estan precedidas de años de condiciones favorables en el norte de México, lo que nos permite pensar que entre los productos buscados por los indios en las campañas de venganza, no solo figuraba el ganado y los caballos que pudieran extraer, sino la posibilidad de hacerse de carbohidratos, como granos, frutas y verduras. Por supuesto, mayor investigación se requiere al respecto.

La destrucción del mundo de los hombres en sistemas ecológicos no domesticados o ausentes de aparatos estatales de sociedades agrarias como un tipo de civilización, es algo que hoy podemos visualizar gracias al estudio de la ecología, antropología y otras ciencias que permiten comprender el por qué, en el mundo de las sociedades no jerárquicas de Norteamérica, previo al arribo de la sociedad de mercado, fueron ricas en todo tipo de conocimiento. Sin ánimos de hacer juicios deterministas, el mundo del progreso, que demandaba la destrucción del mundo de los hombres en sistemas ecológicos no domesticados o ausentes de aparatos estatales de sociedades agrarias en base a la aculturación de sus

pueblos, o por medio de la eliminación expresa de sus individuos, tenía de su lado una serie de factores que permitieron tres elementos decisivos en la decadencia del sistema ecológico y cultural anterior. Estos fueron la existencia de una masa poblacional de la sociedad de mercado occidental mucho mas grande y en crecimiento, y la mayor capacidad en tecnología de las armas cobijadas por el comercio transoceánico.

En ese sentido, la pujanza y nerviosa altanería con que las sociedades euroamericanas se lanzaron a la conquista de Norteamérica, es entendible por la prontitud con la que tomaron conciencia de esas ventajas, las cuales pueden parecer obvias pero no triviales. Al respecto, los investigadores y curiosos del futuro contarán si existió un proceso de retorno a la Norteamérica de los hombres en sistemas ecológicos carentes de aparatos estatales o de sociedades agrarias. El lapso histórico desde las primeras sociedades agrícolas hasta nuestros días, es joven y en términos geológicos diminuto. Los comanches en particular y los indios independientes en general pueden ser estudiados como uno de los últimos baluartes de la condición humana de cazadores recolectores en nuestro continente, así como una parte importante de la historia de México, y factor crucial en la Guerra México-Estados Unidos.

ANEXO 1

Cuadro 1. Incidentes reportados por tropas y comerciantes norteamericanos en 1846 en el Camino a Santa Fe.

# de ataques	Meses correspondientes a 1846	Tipo de pérdidas norteamericanas
1	Febrero	Provisiones ₁
1	Marzo	44 mulas, 2 caballos ₁
1	Mayo	1 muerto ₁
10	Agosto	2 muerto, 15 bueyes, 3 mulas
4	Octubre	3 muertos, 4 heridos, 12 caballos y mulas 20 carretas destruidas.

Al iniciar el conflicto internacional entre México y Estados Unidos, la actividad violenta en el Camino a Santa Fe parecía ser un problema menor. Si consideramos el cuadro anterior, los comanches estarían mas concentrados en sus actividades guerreras en el sur de la comanchería. En el mismo sentido, el avance de la mayoría del ejército norteamericano parece haber disuadido a los indios para atacar a los viajeros. Los ataques se concentran en el mes de agosto cuando la mayor parte del Ejército del Oeste se había completado el paso de Leavenworth a Santa Fe. La ausencia de hostilidades en los meses posteriores al mes de agosto, con excepción de los de octubre, coincide con el planteamiento de DeLay, acerca de la concentración de los grupos armados comanche-kiowa al sur del río Grande.

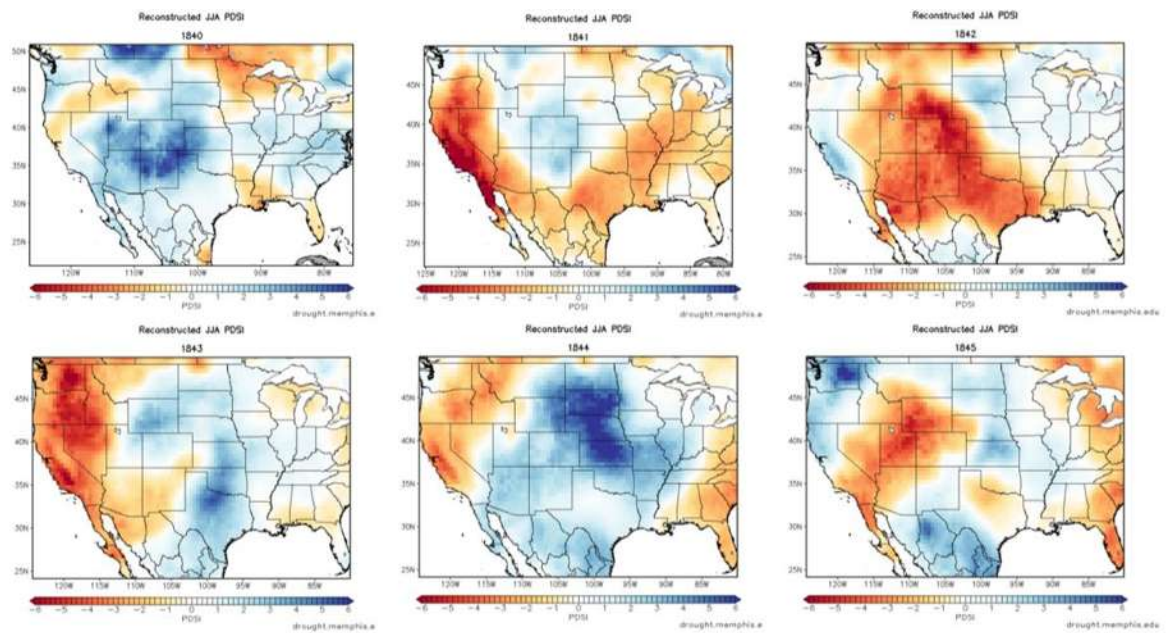
₁ Incidentes registrados antes del avance del ejército norteamericano hacia Nuevo México.

ANEXO 2

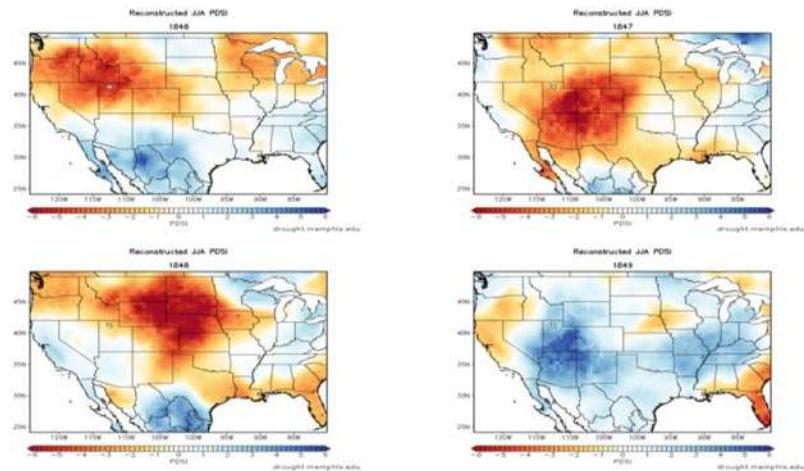
Cuadro 2. Incidentes reportados por tropas y comerciantes norteamericanos en 1847 en el Camino a Santa Fe.		
# de ataques	Meses correspondientes a 1847	Tipo de pérdidas Norteamericanas
3	Enero	6 mulas
1	Febrero	? mulas
1	Marzo	1 muerto
3	Abril	2 muertos, 51 caballos/mulas
8	Mayo	3 muertos, 15 bueyes, 40 mulas
7	Junio	50 muertos, 440 mulas/bueyes, 10 caballos
4	Julio	12 muertos, 17 bueyes
1	Agosto	29 caballos/mulas
2	Septiembre	2 muerto
2	Octubre	-
-	Noviembre	-
1	Diciembre	-
Cuadro 3. En 1847, la guerra se prolongaba y tanto la construcción del fuerte Mann como el nombramiento de Thomas Fitzpatrick como agente indio, pudieron provocar mayor fricción en el Camino a Santa Fe. A diferencia del verano anterior, que registró el grueso del avance de las tropas profesionales del ejército, estas caravanas estuvieron integradas fundamentalmente por comerciantes y aquellos voluntarios que regresaban a Estados Unidos luego de que caducara su periodo de servicio. A pesar de la formación del Indian Batallion, los norteamericanos no dieron el golpe contundente a los indios de las planicies que sus autoridades pretendían y cierto sector de la opinión publica esperaba.		

ANEXO 3

Imagen 1. Secuencia de sequía en Estados Unidos y el norte de México, 1840-49.¹



¹ Fuente, *North American Drought Atlas*, en <http://drought.memphis.edu/NADA/> [consultado el 12 de marzo de 2020).

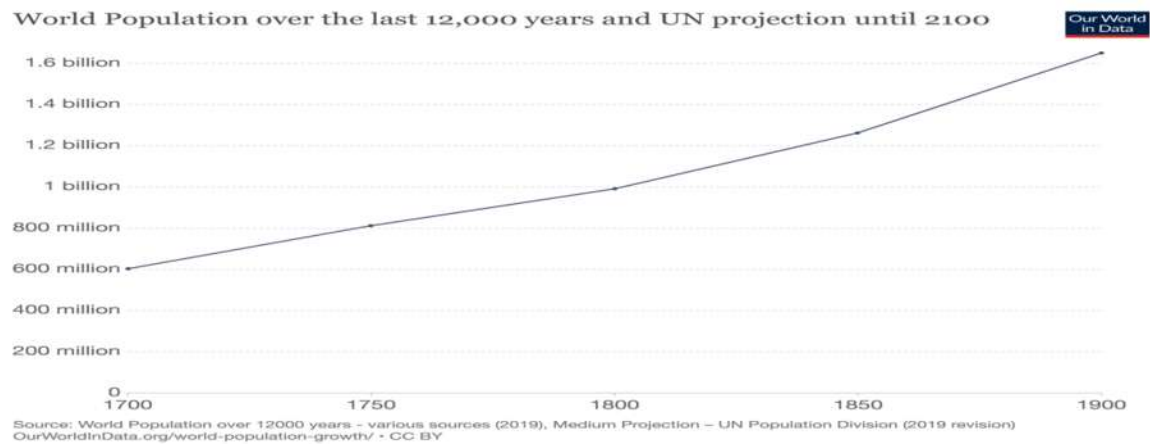


En esta representación del PDSI, los colores rojizos indican zonas con sequías. Los colores azulados señalan zonas con humedad mayor a la usual, y las áreas blanqueadas refieren índices de lluvia previsibles. Aunque la década de 1840 no presenta secuencias de sequía mayores a dos años en las Grandes Planicies, son particularmente secos los años de 1847 y 1848. Sin embargo, llama la atención que hacia el sur del río Bravo, los estados mexicanos atacados constantemente por las incursiones comanches presenten un periodo favorable de 1842 a 1849.

Anexo 4

Población mundial y población comanche:1700-1900

Gráfica 1.

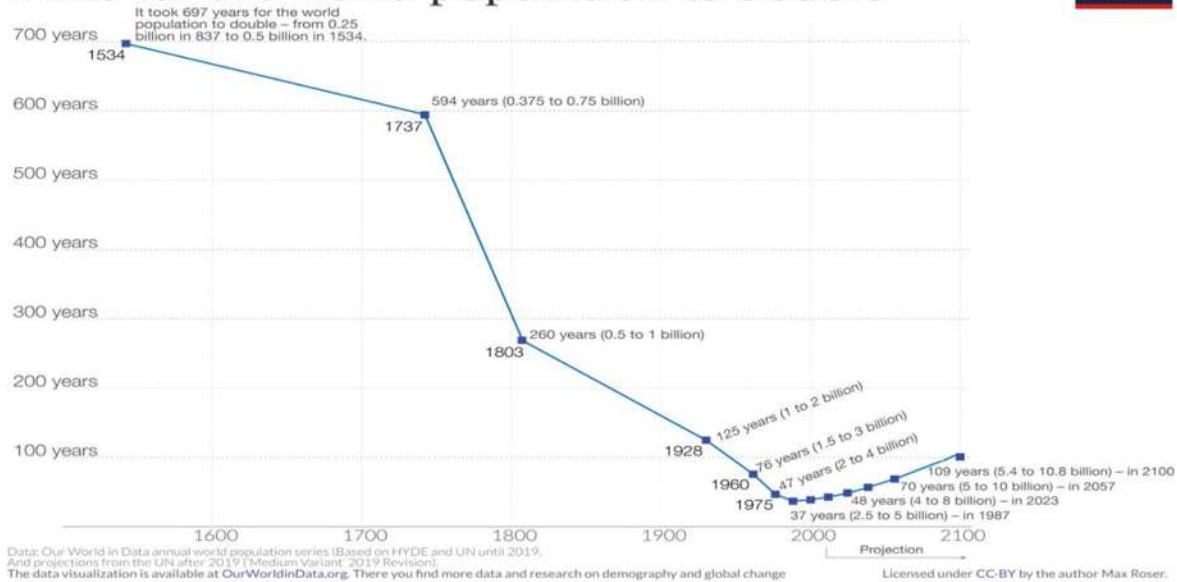


Mientras que el total de la población comanche registró una curva general decadente a partir de 1780, el total de la población mundial esta marcada por un crecimiento creciente y sostenido en el mismo periodo.

Gráfica 2.

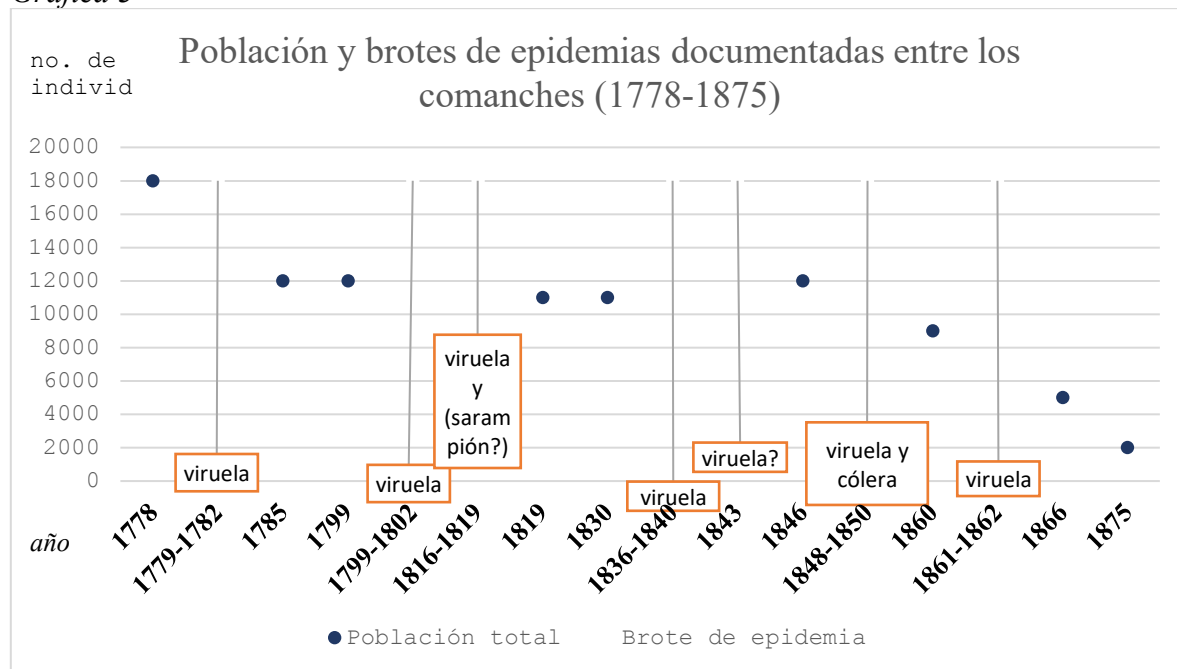
Time for the world population to double

Our World
in Data



La gráfica 2, muestra los periodos de tiempo que la población mundial necesitó para duplicar su población. Mientras que la población mundial presentó un crecimiento total sostenido y un índice de crecimiento alto a partir de 1800, el caso comanche representa lo contrario.

Gráfica 3



La gráfica 3 es representativa del declive del total de la población comanche a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la derrota su derrota en el segundo cuarto del XIX. También indica los brotes de enfermedades epidémicas y su probable correlación con el declive poblacional.

Anexo 5



Mapa representativ del territorio comprendido por las distintas parcialidades numunu. Se muestra en color opaco la comanchería; en círculos grandes los centros comerciales más importantes; los puntos representativos de ciudades y villas euroamericanas; y las rutas de expediciones de incursión y venganza hacia México.²

² Mapa elaborado por Rebecca Wrenn para el artículo de Pekka Hämäläinen, "The Politics of Grass: European Expansion, Ecological Change, and Indigenous Power in the Southwest Borderlands," WMQ 67, no. 2, abril 2010, pp. 173–208. Se cuenta con permiso de uso por parte del Omohundro Institute of Early American History and Culture.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de archivo publicadas y fuentes hemerográficas.

Annual report of the commissioner of Indian affairs, transmitted with the message of the president, at the opening of the first session of the Thirtieth Congress, 1847-1848, United States, Office of Indian Affairs, 1848.

Barker, Eugene C. The Austin Papers: October 1834-January, 1837, The Portal to Texas History, vol. 3, Austin, University of North Texas Libraries, 1926, en <https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metapth225496/>

Boon's Lick Times, Fayette, Mo., Chronicling America, Historic American Newspapers, Lib. of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn83016957/1847-07-10/ed-1/seq-2/>

Cabrera, Luis, *Diario del presidente Polk*, México, Siglo XXI Editores, 2017.

Catlin, George, *Letters and Notes on the Manners, Customs, and Condition of the North American Indians*, New York, Wiley and Putman, 1842.

Deloria Jr., Vine y Raymond J. DeMallie, *Documents of American Indian Diplomacy. Treaties, Agreements, and Conventions, 1775-1979*, Norman, University of Oklahoma Press, vol. 1, 1999, pp. 150-152.

Department of Special Collections and University Archives, University of Tulsa, en http://resources.utulsa.edu/law/classes/rice/Treaties/07_Stat_474_Comanche.htm

Diario del Gobierno de la República Mexicana, en Hemeroteca Nacional Digital de México <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a216?intPagina=1&tipo=publicacion&anio=1841&mes=07&dia=04>

Dorman H. Winfrey, *Texas Indian Papers, 1825-1843*, vol 1, Austin, Texas State Library, 1959, en <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015003691600&view=1up&seq=8>

Fay, George Emory, *Treaties between the Tribes of the Great Plains and the United States of America*, Greeley, Museum of Anthropology, University of Northern Colorado, 1982.

Kappler, Charles J., *Indian Affairs: Laws and Treaties*, Washington D.C., Government Printing Office, vol. 2, 1904, en <https://dc.library.okstate.edu/digital/collection/kapplers/id/26276>

Kiowa Agency Records, *Agent Hunt Annual Report for 1885*, Oklahoma Historical Society, 1885.

Marcy, R.B., *Thirty Years of Army Life on the Border: Comprising Descriptions of the Indians Nomads of the Plains; Explorations of New Territory; a Trip Across the Rocky Mountains in the Winter; Descriptions of the Habits of Different Animals Found in the West, and the Methods of Hunting Them; With Incidents in the Life of Different Frontier Men, &c.*, New York, Harper & Bros, 1866.

Martínez Sánchez, Lucas, Coord., *Catálogo de fuentes para la historia de la guerra y cultura indias en Coahuila*, Saltillo, Escuela de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Coahuila, 2012.

Orozco Orozco, Victor, comp., *Las Guerras Indias en la Historia De Chihuahua. Antología*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Instituto Chihuahuense de la Cultura, 1992.

Ratified treaty no. 246, documents relating to the negotiation of the treaty of May 15, 1846, with the Comanche, Aionai, Anadarko, Caddo, Lipan, Longwha, Keechy, Tahwacarro, Wichita, and Waco Indians (May 15, 1846), The University of Wisconsin Libraries, en <http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?type=turn&entity=History.IT1846no246.p0003&id=History.IT1846no246&isize=M>

Periodico oficial del Estado de Durango. El Registro oficial, Hemeroteca Nacional Digital de México, UNAM, en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a36687d1ed64f16c7da97?resultado=316&tipo=pagina&intPagina=2&palabras=registro+oficial>

Ruxton, G. Frederick Augustus, *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains*, London, J. Murray, 1847.

Congressional Globe, House of Representatives, 24th Congress, 2nd Session, American Memory, Remaining Collections, Library of Congress, en [https://memory.loc.gov/cgi-bin/query/S?ammem/hlaw:@filreq\(@band\(House+of+Representatives+@1\(Independence+of+Texas--Mr++Hunstman\)\)+@field\(COLLID+llcg\)\)](https://memory.loc.gov/cgi-bin/query/S?ammem/hlaw:@filreq(@band(House+of+Representatives+@1(Independence+of+Texas--Mr++Hunstman))+@field(COLLID+llcg)))

The Daily Union, Washington D.C., Chronicling America, Historic American Newspapers, Lib. of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn82003410/1847-07-15/ed-1/seq-2/>

The Democratic Pioneer, Upper Sandusky, Ohio, Chronicling America: Historic American Newspapers. Library of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn85026335/1847-01-22/ed-1/seq-2/>

The New York Herald, New York, Chronicling America, Historic American Newspapers, Lib. of Congress, en <https://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn83030313/1847-09-15/ed-1/seq-1/>

Winfrey, Dorman H. *Texas Indian Papers. Vol 2.* Austin, Texas State Library, 1959, en <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015003691584&view=1up&seq=50>

Material bibliográfico.

Adelman, Jeremy y Stephen Aron, "From Borderlands to Borders: Empires, Nation-States, and the Peoples in between in North American History," *The American Historical Review*, vol. 104, no. 3, 1999, pp. 814–841.

Alley, William M., "The Palmer Drought Severity Index: Limitations and Assumptions", *Journal of Climate and Applied Meteorology*, Vol. 23, Jul. 1984, pp. 1100-1109.

Anderson, Gary Clay, *The Indian Southwest, 1530-1830. Ethnogenesis and Reinvention*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.

- , *The Conquest of Texas. Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875*, Norman, University of Oklahoma Press, 2005.

Anderson, Kurt, "Illusions of Independence: the Teton Sioux and the American Fur Trade, 1804-1854", tesis doctoral, Oklahoma State University, 2011.

Avery, Doris Swann, "Into the Den of Evils: The Genízaros in Colonial New Mexico", Tesis de Maestría, The University of Montana, 2008.

Báez-Villaseñor, María Estela, "Los Indios de Coahuila-Texas en las primeras décadas de vida independiente, 1821-1848" en Martha Soto y Danna Levin Rojo, *Los grupos nativos del septentrión novohispano ante la Independencia de México 1810-1847*, México, UAM-Iztapalapa, 2010.

Bamforth, Douglas B., "Indigenous People, Indigenous Violence: Precontact Warfare on the North American Great Plains." *Man*, vol. 29, 1994, pp. 95–115.

Bancroft, H. Howe., *History Company, History of the North Mexican States and Texas*, vol. 2, San Francisco, History Co., 1889.

Barker, Eugene C., *The Austin Papers, 1834-1837*, The Portal to Texas History, vol. 3, Austin, University of North Texas Libraries, 1926, en <https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metaph225496/>

Bentley R., Guilan, Tony Goldberg y Grazyna Jasienska, "The Fertility of Agricultural and Non-Agricultural Traditional Societies", *Population Studies*, vol. 47, 1993, pp. 269-281.

Betty, Gerald, *Comanche Society, Before the Reservation*, College Station, Texas A&M University Press, 2002.

- , "Pekka Hämäläinen. The Comanche Empire", *The American Historical Review*, vol. 113, no. 5, 2008.
- Beyreis, David C., "Business in the Borderlands. Bent, ST. Vrain & CO., 1830-1849", tesis de doctorado, University of Oklahoma Press, 2012.
- , "The Chaos of Conquest. The Bents and the Problem of American Expansion, 1846-1849", *Kansas History, A Journal of the Central Plains*, Kansas State Historical Society, vol. 41, no. 2, 2018, pp. 74-89
- Billington, Ray Allen y James Blaine Hedges, *Westward Expansion, A History of the American Frontier*, New York, The McMillan Company, 1949.
- Blackhawk, Ned, *Violence Over the Land: Indians and Empires in the Early American West*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.
- Brands, H. W., *Lone Star Nation. How a Ragged Army of Volunteers Won the Battle for Texas Independence, and Changed America*. New York: Doubleday, 2004.
- Braun, David P., y Stephen Plog, "Evolution of 'Tribal' Social Networks. Theory and Prehistoric North American Evidence", *American Antiquity*, vol. 47, no. 3, 1982, pp. 504-525.
- Brice, Donaly E., *The Great Comanche Raid: Boldest Indian Attack of the Texas Republic*, Austin, Texas, Eakin Press, 1987.
- Brooks, James F., *Captives and Cousins. Slavery, Kinship and Community in the Southwest Borderlands*, Chapel Hill and London, University of North Carolina Press, 2002.
- Calafate Boyle, Susan, *Comerciantes, Arrieros, Y Peones: The Hispanos and The Santa Fe Trade*, Santa Fe, NM, Southwest Cultural Resources Center, Professional Papers No. 54, Southwest Regional Office, Division of History, 1994.
- Campos Reytez, Clementina, "Namiquipa, un poblamiento lento y difícil (1780-1910)", tesis de doctorado en Historia, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2016.
- Castañeda, Carlos E., *The Mission Era: The End of the Spanish Regime, 1780-1810*, Austin, Von Boeckmann-Jones Co., 1936, en <https://hdl.handle.net/2027/uva.x002264735>
- Chalfant, William Y., *A Dangerous Passage. The Santa Fe Trail and the Mexican War*, Norman, University of Oklahoma Press, 1994.
- Cordain, Loren, Janette Brand Miller, S Boyd Eaton, Neil Mann, Susanne H. A. Holt y John D. Speth, "Plant-animal subsistence ratios and macronutrient energy estimations in worldwide hunter-gatherer diets", *American Journal of Clinical Nutrition*, vol. 71, Marzo 2000, pp. 682-92.

Cottrell, Dorothy, "Texan Reprisals Against New Mexico in 1843", tesis de Maestría, Albuquerque, University of New Mexico, 1934, en https://digitalrepository.unm.edu/hist_etds/99

Darling, Millie I. y Hellen D. Donoghue, "Insights from Paleomicrobiology into the Indigenous Peoples of pre-colonial America, a review", *Memorias do Instituto Oswaldo Cruz*, 2014, pp. 131-139.

Davis, Kaitlyn, "Ritual and Plains-Pueblo Interaction", Denver, Colorado, American Anthropological Association 114th Annual Meeting, 2015.

Davis, W. W. H., *El Gringo. New Mexico and Her People*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1982.

Delay, Brian, *War of a Thousand Deserts. Indian raids and the U.S.-Mexican War*, New Haven, Yale University Press, 2008.

Dennen, Johan van der, "(Evolutionary) Theories of Warfare in Preindustrial (Foraging) Societies", *Neuroendocrinology Letters*, vol. 23, 4, 2002, pp. 55-65.

Edwards, Frank S., *A Campaign in New Mexico with Colonel Doniphan*, Philadelphia, Carey and Hart, 1847.

Falcón, Romana, "El estado incapaz. Lucha entre naciones: Poder, territorio, 'salvajes' y jefes de departamento", en Palafox Ávila, Ricardo, Carlos Martínez Assad y Jean Meyer, *Las reformas y las políticas del dominio agrario*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1992, pp. 189-214.

Flores, Dan, "Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850," *The Journal of American History*, vol. 78, no. 2, septiembre 1991, pp. 465-485.

- , "The Great Contraction, Bison and Indians in Northern Plains Environmental History", en Rankin, Charles E., *Legacy. New Perspectives on the Battle of the Little Bighorn*, Helena, Montana Historical Society Press, 1996.

Foreman, Grant, "The Texas Comanche Treaty of 1846." *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 51, no. 4, 1948, pp. 313-332.

Foster, Morris, *Being a Comanche. A Social History of an American Indian Community*, Tucson, University of Arizona Press, 1998.

García Martínez, Leticia Dunay, "Una guerra inevitable: El noreste de Tamaulipas frente a los Estados Unidos, 1840-1849", tesis de Maestría, México, El Colegio de San Luis, 2013,

Gelo, Daniel J, "Recalling the Past in Creating the Present: Topographic References in Comanche Narrative", *Western Folklore*, Western States Folklore Society, vol. 53, no. 4, Octubre, 1994, pp. 295-312, en <https://www.jstor.org/stable/1499451>

González de la Vara, Martín, “La rebelión de los cañaderos, 1837-1838”, Cuicuilco, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, vol. 7, núm. 18, enero-abril, 2000, 223-256.

Greenberg, Amy S., *A Wicked War, Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico*, New York, Vintage Books, 2013.

Guardino, Peter, *The Dead March: A History of the Mexican-American War*, Cambridge, Harvard University Press, 2017.

Gwynne, Sammuel C., *Empire of the Summer Moon. Quanah Parker and the Rise and Fall of the Comanches, the Most Powerful Indian Tribe in American History*, New York, Scribner, 2010.

Hämäläinen, Pekka, *The Comanche Empire*, New Heaven and London, Yale University Press, 2008.

- , “The First Phase of Destruction: Killing the Southern Plains Buffalo, 1790–1840”, *Great Plains Quarterly*, vol. 21, 2001, pp. 101–14.

Hyde, George E., *The Pawnee Indians*, Norman, University of Oklahoma Press, 1974.

Immanuel Wallerstein, “Etnicidad, apasionada, impermanente, importante”, traducción de Ramón Vera Herrera, *La Jornada*, 25 de junio de 2016, en <https://www.jornada.com.mx/2016/06/25/opinion/019a1mun#>

John, Elizabeth A. H., *Storms Brewed in Other Men's Worlds*, College Station, Texas A&M University Press, 1975.

Karnes, Thomas L., "Gilpin's Volunteers on the Santa Fe Trail", *Kansas Historical Quarterly*, vol. 30, no. 1, 1964, en <https://www.kshs.org/p/kansas-historical-quarterly-spring-1964/17468> pp. 1-14.

Katharine, “Replay to L. Cordain et al”, *American Journal of Clinical Nutrition*, vol. 72, no. 6, Diciembre 2000, pp. 1590–1592.

Kavanagh, Thomas W., *The Comanches. A History, 1706-1875*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1996.

Keeley, Lawrence H., *War before Civilization*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

Kenner, Charles L., *A History of New Mexican-Plains Indian Relations*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969.

- , *The Comanchero Frontier. A History of New Mexican-Plains Indian Relations*, Norman, University of Oklahoma Press, 1994.

Kintigh, Keith W., *Settlement, Subsistence, and Society in Late Zuni Prehistory*, Tucson, The University of Arizona Press, 1985.

La Vere, David, *Contrary Neighbors. Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000.

Lecompte, Janet, "The Independent Women of Hispanic New Mexico, 1821-1846", *The Western Historical Quarterly*, vol. 12, no. 1, 1981, pp. 17-35.

LeRoy R. Hafen, *Mountain Men and Fur Traders of the Far West: Eighteen Biographical Sketches*, Lincoln, University of Nebraska Press, Bison Book, 1982.

Martin, Jill E., "'The Greatest Evil'" Interpretations Of Indian Prohibition Laws, 1832-1953", *Great Plains Quarterly*, vol. 23, no. 1, 2003, pp. 35-53.

Matovina, Timothy, Jesús F. Teja, y Justin D. Poché, *Recollections of a Tejano Life: Antonio Menchaca in Texas History*, Austin, University of Texas Press, 2014.

Meadows, William C., *Kiowa, Apache and Comanche Military Societies*, Austin, University of Texas Press, 1999.

Medina, Peña L., *La Comanchería*, núm. 62, México, D.F., Centro de Investigación y Docencia Económicas, División de Historia, 2009.

Mihlbachler, Matthew, Florent Rivals, Nikos Solounias y Gina Semprebon, "Dietary Change and Evolution of Horses in North America", *Science*, New York, N.Y., vol. 331, Marzo 2001, pp. 1178-81.

Montemayor Hernández, Andrés sobre "Isidro Vizcaya Canales, *La invasión de los indios bárbaros al noroeste de México en los años de 1840-1841*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores, 1968. 296 p. (Serie de Historia no. 7; Sección de Materiales para la Etnohistoria del Noreste de México, no. II.)", en *Historia Mexicana*, serie 1, v. 19, n. 1, julio 1969, en <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/1234/1125>

Nelson, Margaret C., Scott E. Ingram, Andrew J. Dugmore, Richard Streeter, Matthew A. Peeples, Thomas H. McGovern, Michelle Hegmon, Jette Arneborg, Keith W. Kintigh, Seth Brewington, Katherine A. Spielmann, Ian A. Simpson, Colleen Strawhacker, Laura E. L. Comeau, Andrea Torvinen, Christian K. Madsen, George Hambrecht y Konrad Smiarowski, "Climate Challenges, Vulnerabilities, and Food Security." *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, vol. 113, no. 2, Diciembre 2016, pp. 298-303.

Oliva, Leo E., *Soldiers on the Santa Fe Trail (1829-1880)*, Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1967.

Ortelli, "Un largo periplo de exclusión. Los apaches de Chihuahua: de los tiempos coloniales a la consolidación del estado nacional", en Soto, Martha y Danna Levin Rojo, *Los grupos nativos del septentrión novohispano ante la Independencia de México 1810-1847*, México, UAM-Iztapalapa, 2010. *Los Grupos Nativos Del Septentrión Novohispano Ante La Independencia De México, 1810-1847*, Mexico, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 2010

Ortelli, Sara, "Entre desiertos y serranías: población, espacio no controlado y fronteras permeables en el Septentrión novohispano tardocolonial", *Manuscripts, Revista d' Historia Moderna*, vol. 32, 2014, pp. 85-107.

- , "Crisis De Subsistencia Y Robo De Ganado En El Septentrión Novohispano: San José Del Parral (1770-1790)", *Relaciones. Estudios De Historia y Sociedad*, vol. 31, no. 121, 2010.
- , "Los circuitos del ganado. Robo e intercambio en el noroeste de Nueva España, Siglo XVIII", *Anuario IEHS, Instituto de Estudios Histórico Sociales*, no. 21, 2006.
- , "Roque Zubiarte. Las Andanzas De Un Ladrón De Ganado En El Septentrión Novohispano (1750-1836)", *Revista De Indias*, vol. 70, no. 248, año 2010, pp. 127-154.
- , *Trama De Una Guerra Conveniente: Nueva Vizcaya y La Sombra De Los Apaches (1748-1790)*, México, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 2007.

Ortner, Donald J. y Walter G. J. Putschar, *Identification of Pathological Conditions in Human Skeletal Remains*, Washington D. C., Smithsonian Institution Press, 1981.

Ortner, Donald J., Christopher Knüsel y Charlotte Roberts, "Special Courses in Human Skeletal Paleopathology", *The Global History of Paleopathology: Pioneers and Prospects*, en Buikstra, Jane E., y Charlotte A. Roberts, eds., Oxford, Oxford University Press, 2012, pp. 684-693.

Pawluk, Roman R., "Indigenous knowledge of soil and agriculture at Zuni Pueblo, New Mexico", tesis de Master of Science y Master of Arts, Ames, Iowa, Iowa State University, 1995.

Posthumus, David, "A Lakota View of Pté Oyáte (Buffalo Nation)", en Cunfer, Geoff, W A. Waiser, y Geoff Cunfer, *Bison and People on the North American Great Plains: A Deep Environmental History*, College Station, Texas A&M University Press, 2016, pp.278-310.

Ramírez Almaraz, Jesús Gerardo, "Apaches y Comanches en Nuevo León. 1836-1881", tesis doctoral en Historia, IIH-UMSNH, 2014.

Reséndez, Andrés, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

- , *The Other Slavery: The Uncovered Story of Indian Enslavement in America*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2016.

-

Richardson, Rupert N., y Kenneth R. Jacobs, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, Austin, Eakin Press, 1996.

Río, Ignacio del, *Mercados en asedio. El comercio transfronterizo en el norte central de México (1821-1848)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010.

Rivaya-Martínez, Joaquín, "A different look at Native American depopulation. Comanche raiding, captive taking, and population decline", *Ethnohistory*, vol. 61, no. 3, 2014

- , "Becoming Comanches. Patterns of Captive Incorporation into Comanche Kinship Networks, 1820-1875", en Wallace Adams, David y Crista DeLuzio eds., *On the Borders of Love and Power. Families and Kinship in the Intercultural American Southwest*, Berkeley, University of California Press, 2012, pp. 47-70.
- , "De 'salvajes' a 'imperialistas'. Una revisión crítica de la historiografía sobre los comanches durante el período anterior a la reserva (1700-1875)," en Ana Luisa Izquierdo, ed., *Visiones del pasado. Reflexiones para escribir la historia de los pueblos indígenas de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016
- , "Diplomacia interétnica en la frontera norte de Nueva España. Un análisis de los tratados hispano-comanches de 1785 y 1786 y sus consecuencias desde una perspectiva etnohistórica", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 30 de Noviembre 2011, en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/62228>
- , "Incidencia de la viruela y otras enfermedades epidémicas en la trayectoria histórico-demográfica de los indios comanches, 1706-1875," en Chantal Cramaussel, ed., *El impacto demográfico de la viruela en México de la época colonial al siglo XX*, vol. 3, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 2010, pp. 63-80.
- , "La expansión comanche en la frontera norte de Nueva España durante el siglo XVIII", en Porfirio Sanz Camañes y David Rex Galindo, *La frontera en el mundo hispánico: Tierras de convivencia y espacios de confrontación (siglos XV-XVIII)*, Quito, Abya Yala, 2014, pp. 339-369.
- , "Tras la huella de los bárbaros: Itinerarios comanches a través de México, 1821-1875," en Chantal Cramaussel ed., *Los caminos transversales. La geografía histórica olvidada de México*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, Universidad Juárez del Estado de Durango, 2016, pp. 189-216.

Sánchez Moreno, Francisco Javier, "Continuidad y cambio en las fronteras internas del norte de México en el siglo xix", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 52, 2016, pp. 1-17.

Scott, James C., *Against the Grain. A Deep History of the Early States*, New Haven and London, Yale University Press, 2017.

Soto, Martha y Danna Levin Rojo, *Los grupos nativos del septentrión novohispano ante la Independencia de México 1810-1847*, México, UAM-Iztapalapa, 2010.

Speth, John D., y Katherine A. Spielman, "Energy Source, Protein Metabolism and Hunter-Gatherer Subsistence Strategies", *Journal of Antropological Arqueology*, no. 2, 1983, pp. 1-31.

Spicer, Edward H., *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico and The United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, ed. 2020, Tucson, University of Arizona Press, 1962,

Spielmann, Katherine A., *Farmers, Hunters, and Colonists*, Tucson, University of Arizona Press, 1991.

- , "Interaction Among Nonhierarchical Societies", en Spielmann, Katherine A., *Farmers, Hunters, and Colonists. Interaction Between the Southwest and the Southern Plains*, Tucson, University of Arizona Press, 1991.
- , Margaret J. Schoeninger y Katherine Moore, "Plains-Pueblo Interdependence and Human Diet at Pecos Pueblo, New Mexico", *American Antiquity*, vol. 55, no. 4, 1990, pp. 745-765

Smith, Ralph Adam, *Borderlander. The Life of James Kirker, 1793-1852*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.

Stahle, David W., y Malcolm K. Cleaveland, "Texas Drought History Reconstructed and Analyzed from 1698 to 1980", *Journal of Climate*, vol. 1, no. 1, Enero 1988, pp. 59-74.

Stambaugh, Michael C., Richard P. Guyettea, Erin R. McMurrya, Edward R. Cookb, David M. Mekoc, Anthony R. Lupod., "Drought duration and frequency in the U.S. Corn Belt during the last millennium, (AD 992–2004)", *Agricultural and Forest Meteorology*, vol. 151, 2011, pp. 154–162.

Terrazas y Basante, Marcela, "Efectos del nuevo lindero. Indios, mexicanos y norteamericanos ante la frontera establecida al término de la guerra entre México y Estados Unidos", *Norteamérica*, México, vol.11, no.1, enero-junio 2016, en <https://dx.doi.org/10.20999/nam.2016.a003>

Terrazas y Basante, Marcela y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010*, vol. 1, Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio 1756-

1867, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Centro de Investigaciones sobre América del Norte/Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012.

Trennert, Robert A., "Indian Policy on the Santa Fe Road: The Fitzpatrick Controversy of 1847-1848", *Kansas History*, vol. 1, 1978, pp. 243-253.

- , "William Medill's War with the Indian Traders, 1847", *Ohio History Journal*, Ohio History Connection, vol. 82, 1978, en [https://resources.ohiohistory.org/ohj/browse/displaypages.php?display\[\]=0082&display\[\]=46&display\[\]=62](https://resources.ohiohistory.org/ohj/browse/displaypages.php?display[]=0082&display[]=46&display[]=62) pp. 46-62

Utey, Robert M., *The Indian Frontier of the American West 1846-1890*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2003.

Van Wagenen, Michael, *The Texas Republic and the Mormon Kingdom of God*, College Station, Texas A&M University Press, 2002.

Vázquez Semadeni, María Eugenia, "Las obediencias masónicas del rito de York como centros de acción política, México, 1825-1830", *LiminaR. Estudios sociales y humanísticos*, vol. 7, no. 2, en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-80272009000200004&lng=es&tlng=es pp. 41-55.

Velasco Ávila, Cuauhtémoc, *La frontera étnica en el noreste mexicano: los comanches entre 1800-1840*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2012.

Velasco, V. M., B. Mendoza y G. Velasco, "Reconstruction and Prediction of the Total Solar Irradiance: From the Medieval Warm Period to the 21st Century", *New Astronomy*, vol. 34, Jan 2015, pp. 221-233.

Vizcaya Canales, Isidro, *Incursiones de indios al noreste en el México independiente (1821-1885)*, 1. ed. Monterrey, Gobierno de Nuevo León, Archivo General del Estado, 1995.

- *Tierra de guerra viva. Incursiones de indios y otros conflictos en el noreste de México durante el siglo XIX, 1821-1885*, Monterrey, Nuevo León, México, Academia de Investigaciones, 2001.

Walker D. Wyman, "The Military Phase of Santa Fe Freighting, 1846-1865", *Kansas Historical Quarterly*, vol. 1, no. 5, en <https://www.ksks.org/p/the-military-phase-of-santa-fe-freighting-1846-1865/12563> pp. 415-428.

Wallace, Ernest y E. Adamson Hoebel, *The Comanches. Lords of the South Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 1986.

Welty, J., y X. Zeng, "Does soil moisture affect warm season precipitation over the southern Great Plains?", *Geophysical Research Letters*, no. 45, 2018, en <https://doi.org/10.1029/2018GL078598> pp. 7866-7873.

Wilber, Charles Dana, *The great valleys and prairies of Nebraska and the Northwest*, Omaha, Daily Republican Print, 1881.

Worcester, Donald E., *Forked Tongues and Broken Treaties*, Caldwell, Idaho, Caxton Printers, 1975.

Wozniak, Frank E., *Irrigation in the río Grande Valley, New Mexico. A Study and Annotated Bibliography of the Development of Irrigation Systems*, Colorado, USDA Forest Service, Rocky Mountain Research Station, 1997.

Wrangham, Richard W., "Evolution of Coalitionary Killing", *Yearbook of Physical Anthropology*, vol. 42, 1999, pp. 1-30.